

V

Ritch C. Savin-Williams

La nueva adolescencia homosexual



Morata



PAIDEIA
galiza fundación



Temas: Feminismo
Psicología
Adolescencia
Personalidad
Sexualidad
Familia
Sociología

La nueva adolescencia homosexual

Por

Ritch C. SAVIN-WILLIAMS

Traducido por

Roc Filella Escolá

La Fundación PAIDEIA GALIZA se constituye en julio del año 2001, fusionándose y absorbiendo en enero del 2002 a la Fundación PAIDEIA, fundada en 1986, a la que da continuidad. Se conservan los fines fundacionales de PAIDEIA, ampliándolos en el deseo de adecuarse a las nuevas dinámicas del entorno gallego, escenario institucional donde desarrolla sus acciones.

PAIDEIA GALIZA supone, por una parte, la consolidación de un trabajo y un “saber hacer” participativo y solidario y, por otra, el inicio de una nueva etapa que toma además, como nuevos ejes, el desarrollo productivo económico, social y cultural de territorios gallegos, a través de recursos complementarios entre agentes públicos y privados, priorizando actuaciones que potencien la dinamización y promoción económica, social y cultural, el empleo, la promoción de la mujer y los colectivos en riesgo de exclusión social, operando desde la investigación-acción, y teniendo como premisa una continua reflexión ética y científica.

PROYECTOS Y SERVICIOS

Formación en recursos humanos

- Formación de expertos y master
- Investigaciones aplicadas
- Antear formación y empleo: proyecto de integración laboral
- SIAJ, Servicio de Información y Asesoramiento Jurídico y Social
- Servicio Voluntariado Europeo

Promoción, formación y empleo: Desarrollo empresarial y local

- MANS, Factoría de Empresas y Estudio Grabación Musical
- TREBORE, Empresas de economía social: Diseño Gráfico, Regalo Empresa, Jardinería y Viverismo, Limpieza, Transporte
- Proyecto DELOA, Agrupación de desarrollo comarcal. Objetivo gestionar y ejecutar iniciativas comunitarias
- CULTIGAR, proyecto de investigación en biotecnología vegetal

Colección “Educación crítica”

Director: Jurjo Torres Santomé

- a. Perrenoud, J.: *La construcción del éxito y del fracaso escolar* (4.ª ed.).
- b. Jackson, Ph. W.: *La vida en las aulas* (6.ª ed.).
- c. Usher, R. y Bryant, I.: *La educación de adultos como teoría, práctica e investigación* (2.ª ed.).
- d. Bernstein, B.: *La estructura del discurso pedagógico* (4.ª ed.).
- e. Ball, S. J.: *Foucault y la educación* (4.ª ed.).
- f. Liston, D. P. y Zeichner, K. M.: *Formación del profesorado y condiciones sociales de la escolarización* (3.ª ed.).
- g. Popkewitz, Th. S.: *Sociología política de las reformas educativas* (3.ª ed.).
- h. McCarthy, C.: *Racismo y curriculum*.
- i. Gore, J. M.: *Controversias entre las pedagogías*.
- j. Carr, W.: *Una teoría para la educación* (3.ª ed.).
- k. Squires, D. y McDougall, A.: *Cómo elegir y utilizar software educativo* (2.ª ed.).
- l. Bernstein, B.: *Pedagogía, control simbólico e identidad. Teoría, investigación, crítica*.
- m. Barton, L. (Comp.): *Discapacidad y sociedad*.
- n. Whitty, G.; Power, S. y Halpin, D.: *La escuela, el estado y el mercado*.
- ñ. Epstein, D. y Johnson, R.: *Sexualidades e institución escolar*.
- o. Healy, K.: *Trabajo social: Perspectivas contemporáneas*.
- p. Buckingham, D.: *Creecer en la era de los medios electrónicos*.
- q. Kushner, S.: *Personalizar la evaluación*.
- r. Smale, G.; Tuson, G. y Statham, D.: *Trabajo social y problemas sociales*.
- s. Flick, U.: *Introducción a la investigación cualitativa* (2.ª ed.).
- t. Gee, J. P.: *La ideología en los Discursos*.
- u. Fraser, N. y Honneth, A.: *¿Redistribución o reconocimiento?*
- v. Savin-Williams, R. C.: *La nueva adolescencia homosexual*.

Ritch C. SAVIN-WILLIAMS

La nueva adolescencia homosexual

Director de la colección: Jurjo Torres Santomé



FUNDACIÓN PAIDEIA GALIZA
Plaza de María Pita, 17
15001 - A CORUÑA



EDICIONES MORATA, S. L.
Fundada por Javier Morata, Editor, en 1920
C/ Mejía Lequerica, 12 - 28004 - MADRID
morata@edmorata.es - www.edmorata.es

Título original de la obra:

The New Gay Teenager

© 2005 by the President and Fellows of Harvard College

All rights reserved

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes. Código Penal).

© de la presente edición:

EDICIONES MORATA, S. L. (2009)

Mejía Lequerica, 12. 28004 - Madrid

y

FUNDACIÓN PAIDEIA GALIZA

Plaza de María Pita, 17. 15001 - A Coruña

Derechos reservados

ISBN: 978-84-7112-530-0

Depósito Legal: M-20.181-2009

Compuesto por: Sagrario Gallego Simón

Printed in Spain - Impreso en España

Imprime: LAVEL. Humanes (Madrid)

Cuadro de la cubierta: DYGRA. A Coruña

A mi amiga, Lisa Diamond

Nota del Editor

En esta obra se ha utilizado el término “gay” y “homosexual” de manera indistinta como genérico, el criterio editorial ha sido mantener la terminología anglosajona del autor en la que “gays” incluye a gays, lesbianas, bisexuales, o todas aquellas personas no heterosexuales. Como se verá, Ritch C. SAVIN-WILLIAMS defiende que actualmente los adolescentes no desean ser etiquetados por su identidad sexual como homosexuales, gays, lesbianas o bisexuales o cualquier conducta u orientación sexual. Nos gustaría que la lectura de la obra se realizase teniendo en cuenta esto ya que es la voluntad de Ediciones Morata que toda la diversidad de personas se sienta incluida.

Contenido

PREFACIO	11
CAPÍTULO PRIMERO: ¿Por qué la nueva adolescencia homosexual?	13
<i>¿Quiénes son estos nuevos adolescentes homosexuales?</i> , 15.—Scott, 19.—Abie, 20.—Scott y Abie, 21.— <i>Una completa reconstrucción y renovación cultural</i> , 23.— <i>El futuro</i> , 29.	
CAPÍTULO II: ¿Quién es gay, lesbiana o bisexual?	31
<i>La orientación, la conducta, la identidad</i> , 35.—La orientación sexual, 35.—La conducta sexual, 37.—La identidad sexual, 40.— <i>La respuesta</i> , 42.—¿Debe entenderse por homosexual a quien tenga una conducta sexual con personas del mismo sexo?, 44.—¿Debe entenderse por homosexual a quien se identifica como gay, lesbiana o bisexual?, 45.—¿Debe entenderse por homosexual a quien reconoce una orientación hacia personas de su mismo sexo?, 46.—Y por último, la respuesta, 46.— <i>Las discrepancias</i> , 48.	
CAPÍTULO III: En el principio... estaba la juventud homosexual	52
<i>En el principio</i> , 53.— <i>Las décadas de 1970 y 1980: La invención</i> , 55.— <i>Las décadas de 1980 y 1990: El guión suicida</i> , 59.— <i>El presente: La resiliencia</i> , 63.	
CAPÍTULO IV: ¿Modelos o trayectorias?	69
<i>Erikson y el desarrollo de la identidad</i> , 70.— <i>El modelo de identidad sexual de Cass</i> , 71.—Objeciones, 72.—Las vidas de los jóvenes, 76.—Revisión de los modelos de identidad sexual, 77.— <i>Las trayectorias evolutivas diferenciales</i> , 79.—Las adolescentes son adolescentes, 80.—Algunas distinciones, 81.—Una realidad no monolítica, 84.	
CAPÍTULO V: Sentirse diferente	87
<i>Los primeros indicios</i> , 88.— <i>La atipicidad de sexo</i> , 92.—Las pruebas científicas de la asociación con la inversión, 93.—La atipicidad sexual entre las chicas, 94.—La atipicidad sexual entre los chicos, 97.—Chicas y chicos, homosexuales y heterosexuales, 98.— <i>Sentirse diferente y la expresión de género</i> , 101.	

CAPÍTULO VI: La atracción por personas del mismo sexo	103
<i>La aparición, 104.—Los inicios, 106.—La edad mágica de los diez años, 106.—Cambios generacionales, 109.—Diferencias entre chicos y chicas, 110.—Problemas de medición, 111.—Qué se recuerda, 113.—La importancia de lo que se recuerda, 116.</i>	
CAPÍTULO VII: La primera experiencia sexual	118
<i>Cuándo, 123.—Con quién, 126.—Qué, 127.—Dónde y por qué, 130.—Qué tal fue, 133.—La conducta sexual: Un tema complejo, 133.—Las chicas, 134.—Los chicos, 135.</i>	
CAPÍTULO VIII: La identidad	137
<i>Preguntarse por la propia sexualidad, 138. Adoptar una identidad sexual, 140.—Del cuestionamiento a la identidad, 141.—Incidencia de la edad en que se produce la identificación, 142.—Sentirse bien por ser homosexual, 145.—Etiquetas, etiquetas y etiquetas, 146.—La bisexualidad, 148.—¿Una identidad sexual heterosexual?, 152.</i>	
CAPÍTULO IX: Resiliencia y diversidad	155
<i>¿Particularmente malos?, 156.—¿Particularmente buenos?, 159.—La diversidad, 162.—Positivos, resilientes y diversos, 165.</i>	
CAPÍTULO X: Rechazo de las etiquetas de identidad sexual	168
<i>El panorama cultural, 169.—¿Por qué los adolescentes no se han plegado a la tradición?, 175.—Rechazo a las etiquetas, 179.—Las jóvenes y la fluidez, 182.—Exploradores culturales e ideas extrañas, 184.—Los Joe y las Jane corrientes, 185.—Una banalidad, 190.</i>	
BIBLIOGRAFÍA	192
ÍNDICE DE NOMBRES Y MATERIAS	209
OTRAS OBRAS DE EDICIONES MORATA DE INTERÉS	215

Prefacio

Cuando en 1983 empecé mi primer estudio con adolescentes y jóvenes que se sienten atraídos por personas del mismo sexo y cuando, en 1984, impartí mi primer curso universitario “relacionado con la homosexualidad”, que hoy lleva por título “Género y minorías sexuales”, mi actividad nacía de unas necesidades tanto personales como profesionales. Las personales las resolví gradualmente: puse nombre a mis atracciones sexuales/románticas, me involucré como miembro activo en varias comunidades gays, trabajé a tiempo parcial de terapeuta especialista en cuestiones relativas a la homosexualidad y conocí a un compañero que me enriqueció la vida.

El desarrollo profesional ha avanzado con mayor lentitud, pero hoy, por fin, puedo confiar en que los y las adolescentes actuales estén poniendo punto final a la era de la identidad sexual. A lo largo de la historia, las personas gays han aceptado con excesiva benevolencia el carácter inevitable y deseable de unas divisiones basadas en categorías sexuales. La realidad es que no está desapareciendo la atracción por personas del mismo sexo; al contrario, parece que, a medida que los jóvenes comparten entre sí y con mayor libertad los sentimientos hacia personas del mismo sexo, se intensifica esa atracción. Estos jóvenes no se avergüenzan de la homosexualidad, no la consideran una desviación y la observan por doquier: en la televisión, el cine, las canciones, los iconos culturales, entre sus amigos.

Me alegro de tal avance, porque veo que tenemos a nuestro alcance hacer realidad el sueño profesional que he albergado durante toda la vida: la eliminación de la homosexualidad como característica definitoria de los adolescentes, una forma de marginar y aislar, de separar y discriminar. Pero existe un vacío entre lo que se está consiguiendo en el mundo real de los adolescentes de hoy y lo que reconocen los investigadores y estudiosos, los profesionales de la salud física y mental, los educadores, los dirigentes religiosos, los políticos, los responsables de diferentes servicios y los padres.

Por consiguiente, no puedo alegrarme sin reservas, aunque me sienta satisfecho y justificado al escribir sobre estos cambios. Los profesionales no son mi

único público. También escribo para los jóvenes en quienes influyen. Escribo para los jóvenes “pre-gays”, con la esperanza de que nunca tengan que “hacerse el gay” ni ajustarse a un estereotipo o pensar que deben sacrificar su integridad personal. Si podemos convencerles para que echen al cubo de la basura la idea de “lo gay”, su existencia anterior la olvidarán todos excepto los que se pregunten “¿pero qué es todo esto?”, entonces mejorará la vida de millones de adolescentes.

En este libro expongo mi tesis y las pruebas que la corroboran, con un apretado resumen de lo que se sabe y lo que no se sabe sobre la vida de los jóvenes homosexuales, desde que perciben por primera vez que se sienten diferentes, hasta el primer despertar de la atracción por personas del mismo sexo y las primeras experiencias sexuales con ellas, hasta el momento en que deciden etiquetar o no su sexualidad. Algunas de estas pruebas pueden ser verdaderas pese al hecho de que nuestra perspectiva está gravemente limitada por la forma en que se ha obtenido esta información. El estudio se ha centrado de forma casi exclusiva en la vida de aquellos de quienes podríamos decir que son más gays: aquellos que con mayor probabilidad se sentirán empujados, por razones personales o sociales, a categorizar su sexualidad. Tal vez haya sido éste un hecho inevitable: quienes estudian la homosexualidad en la juventud se han dirigido de forma natural hacia quienes son más visibles y muestran mejor disposición a decir: “Aquí estoy, pueden entrevistarme”. El resultado es que han permanecido invisibles muchos otros jóvenes que se sienten atraídos por personas de su propio sexo, pero que no lo manifiestan con la misma desinhibición y se han librado del mandato de situarse en una categoría. No hay más.

Mi mayor agradecimiento es para los jóvenes que han hablado conmigo a lo largo de los años, han compartido sus vidas y han hecho todo lo posible por educarme. Han puesto en entredicho mis preguntas y mis supuestos, me han obligado a entender mejor las limitaciones de mis conocimientos, y me han ayudado a percatarme de la magia de sus vidas: de su resiliencia y, pese a todo, de cuán corrientes son.

También deseo dar las gracias a la que ha sido mi casa intelectual y profesional en los últimos treinta años —mi universidad (Universidad Cornell), mi facultad (Facultad de Ecología Humana) y mi departamento (Departamento de Desarrollo Humano)—, por concederme la libertad de atender mis intereses intelectuales y académicos. Ha sido un auténtico placer trabajar con el personal paciente y cordial de Harvard University Press, en especial con Elizabeth Knoll, mi principal correctora, y con Donna Bouvier, editora de producción. Por último, como ha hecho durante los últimos quince años, mi compañero, Kenneth M. Cohen, sigue proporcionándome lo que necesito para sobrevivir con buen ánimo.

¿Por qué la *nueva* adolescencia homosexual?

El nuevo adolescente gay es en muchos sentidos el adolescente *no-gay*. Quizá se considere “post-gay” o diga que “le tira lo gay”. A estos jóvenes les importa muy poco ser etiquetados de homosexuales como tampoco el propio hecho de serlo. Sienten deseo y atracción por los de su mismo sexo pero, a diferencia de las generaciones anteriores, los nuevos adolescentes homosexuales tienen mucho menos interés en adjetivar como gays estos sentimientos o conductas.

Con ello no quiero decir de forma implícita que los jóvenes gays hayan desaparecido ni que se haya impuesto la “gayicidad”: la conducta antes considerada característica de los homosexuales. Tampoco creo que se hayan desechado el sexo o el amor homoeróticos. Al contrario, los adolescentes, de forma progresiva, están redefiniendo y reinterpretando su sexualidad y ocupándose de ella de otras formas, de tal manera que poseer una identidad gay, lesbiana o bisexual prácticamente no tiene significado alguno. Su sexualidad no es algo que se pueda describir, categorizar o comprender fácilmente más allá del hecho de que forma parte de su vida en general. Se está abandonando la idea de “gay” como característica destacable o identificadora; ha perdido su definición. Como decía un joven que se autodenominaba “pan-erótico” al que entrevisté: “A la idea de ‘gay’ se le han unido otras, y su significado se ha expandido. Se ha deformado tanto que ha dejado de existir”.

¿Quiénes son estos revolucionarios? Son nuestros alumnos, nuestros hijos, nuestros hermanos y hermanas menores, nosotros mismos. A algunos tradicionalmente los hemos tenido por homosexuales. A otros, en un sentido global y por comodidad, los hemos encuadrado en la “juventud gay”. Les hemos proporcionado grupos de apoyo, Alianzas Gay-Heterosexuales, y terapia; los hemos incluido en nuestros estudios. Y así es como nos lo agradecen: ¿con el rechazo de las propias palabras por las que luchamos?, ¿cómo puede haber derechos gays si no hay personas gays?

Algunos de estos nuevos adolescentes admitirían que se comportan “a lo gay” o que su aspecto es de tal. Es posible que se llamen chicos metrosexuales

o chicas “bi-lo/que/sea”. Tal vez consideren la posibilidad de acostarse con una persona de su mismo sexo si así alguien se lo pide, o si este alguien es realmente apuesto o popular. Incluso se pueden encontrar con que se enamoran de una persona de su mismo sexo. Los encuentros, las alianzas y los flechazos con personas del mismo sexo les resultan atractivos. Es posible que sean adolescentes corrientes y aburridos, pero han distorsionado de tal forma la palabra “gay” que ésta significa algo más que sexualidad y algo menos, algo que nada tiene que ver con la sexualidad. Para estos nuevos adolescentes, “gay” contiene un bagaje excesivo. Una joven me dijo sin ambages: “Si quiere conocerme, no me pregunte por mi etiqueta sexual como hacía mi madre”.

Quizá deberíamos preguntar: “¿Quién *no* es gay?” Hoy se diría que todo el mundo desea salir en la foto. Después de romper con Jéniffer López, el actor Ben Affleck, en el programa *Saturday Night Live*, lucía camisetas para prácticamente cualquier posible contingencia romántica, entre ellas una en la que se leía: “Ben-Gay”, “por si se presenta la muy remota, aunque esperanzadora, posibilidad de que al final aparezca por aquí Matt Damon”. La cantante Liz Phair presume de “haberse hecho lesbiana” cuando se acostó con un par de chicas en la universidad. Las mujeres, dice, “son súper sexy y me excitan”. John Stewart, el presentador de *The Daily Show**, al reconocer el elevado índice de audiencia de su programa, las buenas críticas y el hecho de aparecer en la portada de una destacada revista, bromeaba: “¿Están ustedes diciéndome que somos los nuevos gays?”¹ Mientras la palabra “gay” pierde su significado, la “gaycidad” está por todas partes.

Con la intención de comprender a los jóvenes que se sienten atraídos por personas de su mismo sexo, este libro ofrece un resumen y una interpretación de lo que actualmente sabemos. En primer lugar, expongo las pruebas que me han llevado a creer que es el momento oportuno para reconsiderar la naturaleza y la importancia de la sexualidad entre personas del mismo sexo de los jóvenes de hoy. En el Capítulo II, me planteo la pregunta más desconcertante a la que se enfrentan los estudiosos, educadores, profesionales de la salud mental y los padres: ¿Quién es gay? Las respuestas a esta pregunta han cambiado de forma drástica a lo largo de los años. Como expongo en el Capítulo III, la adolescencia gay como campo de estudio se inventó a finales de la década de 1970 y, en los treinta años siguientes, no ha experimentado más que cambios muy modestos. Un error colosal ha sido la creación de unos modelos de identidad sexual universales y lineales para representar las vidas de los “jóvenes gays”. Estos útiles indicadores domésticos no consiguen captar la diversidad y complejidad de la vida de los jóvenes, y han llevado a investigadores y médicos a caminos equivocados y destructivos. En el Capítulo IV, critico estos modelos y presento una alternativa: la perspectiva de unas “trayectorias evolutivas diferenciales”.

Estas explicaciones establecen la estructura de los Capítulos V al VIII. En ellos repaso el desarrollo de la historia de los jóvenes atraídos por personas del

* Programa de televisión de carácter satírico de la cadena *Comedy Central* estadounidense donde, entre otras cosas, se comentan las noticias de actualidad desde una perspectiva humorística. (N. del T.)

¹ WLOSZCZNA, 2004; MUSTO, 2004; CATLIN, 2004.

mismo sexo, desde sus primeros sentimientos de ser diferentes, pasando por el reconocimiento de sus propios deseos sexuales, hasta sus primeras experiencias sexuales y sus interpretaciones de lo que estos deseos y conductas significan para su sentido del yo.

En los Capítulos IX y X, vuelvo a varios temas planteados en este primer capítulo. Sostengo que los jóvenes atraídos por personas de su mismo sexo se distinguen entre sí más de lo que se asemejan, y tienen más resiliencia que inclinaciones suicidas. En la actualidad, muchos jóvenes se resisten o se niegan a identificarse como gays, y llevan una vida de adolescente corriente. Se están adaptando muy bien, lo cual es de agradecer.

¿Quiénes son estos nuevos adolescentes homosexuales?

Durante mis entrevistas con una serie de chicos y chicas, se me hicieron patentes muchas preguntas que los investigadores deberíamos habernos formulado². Consideremos las siguientes observaciones que una chica de 19 años me hizo cuando le planteé esta sencilla pregunta: “¿Cómo identificas tu sexualidad?”

Me costó un poco, en la universidad. En el segundo semestre había conocido gente de estos apartamentos y empecé a participar en actividades feministas como “Recuperemos la noche”, y esto me mantuvo en contacto con lesbianas. Por mi manera de vestir y el pelo corto, supusieron que era homosexual. Yo no lo creía, pero ellas, sí. No importaba que fuera verdad o no.

Bryan, mi mejor amigo, se estaba enamorando de mí. Mi madre me regaló esa camiseta con un triángulo, el arco iris y la leyenda*: “Preparado o no, allá voy”, y creí que significaba que había terminado mis estudios en el instituto. Me la puse y, al día siguiente, Bryan me mandó un correo en el que me preguntaba si era lesbiana, y se me ocurrió decirle *que no era heterosexual*. Entonces empecé a pensar en él, cosa que me parecía correcta y un día le pregunté sobre su orientación sexual. Una semana después me dijo que sencillamente le atraían las buenas personas, pero que nunca había pensado antes si esto lo convertía en gay.

Así que, ¿quién es gay? No sé cómo se pueda saber. ¿Lo soy yo? ¿Lo es él? ¿Es que no lo somos todos? ¿No lo deberíamos ser, quiero decir, si realmente fuéramos sinceros con nosotros mismos? ¿A quién le iba a importar? Después de aquel fenomenal flechazo mío con una chica, mi hermana me preguntó si se trataba sólo de una experiencia, o si realmente era lesbiana. Le dije que no controlaba mis sentimientos, ¿pero significaba esto que fuera homosexual? Soy tan homo como heterosexual, más o menos, como cualquiera, o quizá sea un hombre metrosexual que hace de mujer. Estamos muy unidas, y le dije que el sexo y el idilio eran una parte muy importante de mi vida, y que no los quería restringir³.

¿Es homosexual esta chica? Quizá sea simplemente que tenga gustos gays. Su respuesta plantea varias preguntas importantes. ¿Es que para ser gay se

² SAVIN-WILLIAMS, 1998a, inédito.

* Símbolo del orgullo gay. (*N. del E.*)

³ SAVIN-WILLIAMS, inédito.

deben tener unos sentimientos particulares e intervenir en determinados actos sexuales? ¿Debe uno saber que es gay para serlo? Tal vez es posible ser gay en algún momento, y luego no serlo en otro —ser gay en algunas situaciones y no en otras— para ser sucesivamente gay / no gay / gay / no gay. En cualquier caso, ¿qué tipo de signos externos denotan la condición de gay?

No sé cómo responder estas preguntas, y dudo de que puedan hacerlo la mayoría de los adolescentes. Y lo más importante es que no quieren responderlas. ¿Para qué? Cuando uno actúa a “lo gay” o cuando de algo se dice que tiene que ver con “lo gay”, ¿qué significa realmente? No está claro que la referencia sea siempre, y ni siquiera normalmente, a algo que se asocie remotamente con la sexualidad entre personas del mismo sexo. Además, piensan estos jóvenes, si los adolescentes heterosexuales no tienen por qué identificarse, ¿por qué tendría que hacerlo yo?

Como reacción a las indagaciones de los padres, los amigos y los investigadores, algunos adolescentes etiquetan su vida con un término sexual, o son forzados a hacerlo. Muchos resisten la tentación, o rechazan la idea. Piensan que son cosas de los mayores, lo de ser gay, y les resulta difícil sentirse relacionados con tal circunstancia. ¿Cuál es exactamente la conexión entre el deseo que sienten hacia personas de su mismo sexo y lo que los gays adultos dicen que experimentaban cuando eran jóvenes? Estos nuevos adolescentes saben que no son completamente heterosexuales y no lo quieren ser. La mayoría se siente bien así. Algunos están encantados con su sexualidad, pero no ven por qué, en consecuencia, deban etiquetarse de homosexuales. Sí, es verdad que les atraen otros chicos u otras chicas, tal vez en un grado mínimo. Quizá sus sentimientos sean románticos pero no sexuales, o sexuales pero no románticos. Nada hay de malo en ello. Es algo natural. Les da cierta preeminencia, cierto misterio. Los distingue de sus iguales y de nosotros, los adultos.

En algunos sentidos, es posible que estos adolescentes se relacionen mejor con sus abuelos pre-etiquetados y pre-identificados que con sus padres liberales ante lo gay, o sus primos mayores resignados ante lo gay. Puede que los hombres y las mujeres de las generaciones anteriores no se identificaran como gays, pero esto no significa que llevaran una vida de decepción ante ellos mismos, de represión y furtiva, en busca del placer pasajero, ni que ellos ni su cultura fueran inconscientes de aquello que los atraía⁴.

En un tedioso crucero por el Caribe, conocí a cuatro mujeres, con sus más de 60 años, en una sesión de “Amigos de Dorothy” que se celebraba por la tarde. Si el lector no es estadounidense y, como mínimo, de mediana edad, es posible que no sepa que la referencia a “Dorothy” significa “gay”. Esas mujeres lo sabían. Su amistad databa ya de muchos años, y llevaban décadas con sus respectivas parejas. Todas eran jubiladas animosas, cálidas, ocurrentes, cariñosas y sensibles, que habían ejercido profesiones relacionadas con la educación y la sanidad. En nuestras horas de conversación nunca se refirieron a sí mismas como lesbianas y, cuando yo lo hacía, lo ignoraban con gracia. Nunca se han “destapado” formalmente, ni han declarado su sexualidad a los compañeros de trabajo ni a los familiares; pero en sus familias se las conoce como Tía Peg, Tía Josephine, Tía Eli-

⁴ ROBB, 2004.

zabeth y Tía Jill. No están acostumbradas a explicar sus enredos sexuales a hermanos, primos ni sobrinos. No tienen unas identidades sexuales, y no las quieren. Simplemente disfrutan de la plenitud de sus vidas y escriben, esquían, preparan mermeladas o hacen buceo con tubo. Comprendo el carácter humano de sus vidas mejor que el carácter gay. Imagino que los adolescentes actuales que minimizan la importancia de la sexualidad en su identidad sabrían relacionarse mejor con estas cuatro mujeres que con unos padres de la generación del *baby-boom*.

Si lo de “gay” no sirve, ¿cuál es la alternativa?, ¿cuál es la mejor forma de designar a los gays antiguos, a los gays actuales y a los que quieren ser gays? A lo largo de los años, las opciones en inglés han sido muchas, algunas con un significado propio y otro similar para referirse, en tono más o menos peyorativo, al homosexual, y otras para referirse sin más al homosexual, aunque también con connotaciones de mayor o menor grado negativo:

<i>bent</i> (torcido)	<i>invert</i> (invertido)	<i>friends of Dorothy</i> (amigos de Dorothy)
<i>queer</i> (raro, extraño)	<i>pervert</i> (pervertido)	<i>gay</i> (gay)
<i>bugger</i> (persona desagradable)	<i>third sex</i> (tercer sexo)	<i>lesbian</i> (lesbiana)
<i>dandy</i> (dandi)	<i>uranian</i> (uraniano)	<i>bisexual</i> (bisexual)
<i>fop</i> (lechuguino)	<i>homosexual</i> (homosexual)	<i>sexual minority</i> (minoría sexual)
<i>molly</i> (“chica” del gángster)	<i>fag</i> (maricón)	LGB (lesbianas, gays, bisexuales)
<i>Ganimede</i> (Ganimedes)	<i>sissy</i> (afeminado)	LGBT (lesbianas, gays, bisexuales, transexuales)
<i>Lavender aunt</i> (tía Lavanda)	<i>tomboy</i> (niña de conducta y gustos considerados propios de niños),	LGBTQ (lesbianas, gays, bisexuales, transexuales, maricas)
<i>androphile</i> (andrófilo)	<i>amazon</i> (amazona)	LGBTQ* (lesbianas, gays, bisexuales, transexuales, maricas, doble espíritu)
<i>sodomite</i> (sodomita)		LGBTQ*U (lesbianas, gays, bisexuales, transexuales, maricas, doble espíritu, indecisos)

Estas palabras no encierran para los adolescentes el mismo significado que para nosotros, los precursores y beneficiarios de la liberación gay y de las vengadoras lesbianas. Algunos jóvenes tienen una idea de lo que son *una* persona gay o *una* lesbiana. Para ellos, ser gay o lesbiana es ante todo un compromiso con la propia identidad, como en: “Soy gay”. “Es lo que soy”. “Es como me etiqueto”. Aunque es posible que algunos aprecien la importancia histórica y el sentido de identidad que la palabra “gay” connota, creo que son pocos los jóvenes que aspiran a aplicársela. Al contrario, cuando crean su propia identidad, suelen utilizar múltiples términos como forma de respetar tanto su género como su sexualidad. Consideremos algunos términos ingleses de reciente acuñación⁵:

* Véase nota 2, pág. 15.

⁵ MARECH, 2004.

<i>boidyke</i> (tortillero)	<i>trisexual</i> (quien mantiene una relación intensa con otras dos personas de diferente sexo o elección sexual, en la que se intercambian afectos, vivencias y todo lo que podría unir a una tradicional pareja de enamorados...)	<i>stem</i> (pene en erección)
<i>queerboi</i> (chico a quien le gusta practicar felaciones)		<i>trannyfag</i> (travestido o transexual)
<i>polygendered</i> (de género múltiple),		<i>bi-dyke</i> (mujer que practica el sexo con mujeres, hombres, parejas...)
<i>trannyboy</i> (hombre nacido mujer)	<i>omnisexual</i> (practicante de toda forma de sexualidad con todos los sexos)	
<i>transman</i> (nacida mujer que se siente hombre)	<i>stud</i> (semental; por analogía, macho humano viril)	<i>multisexual</i> (quien practica el sexo sin hacer referencia a su propio sexo)
	<i>down low</i> (practicar sexo no convencional, pero con discreción)	

Un adolescente moderno también puede “hacerse el gay”, aunque quién sabe qué significa esto. Se puede emplear para referirse a un chico que se comporta como una chica, o a una chica que se comporta como un chico; pero éste no es siempre, ni normalmente, el significado de la expresión. El hecho de que el adolescente piense o no que posee unas “características gays” puede determinar que responda afirmativamente a la pregunta: “¿Eres gay?” La palabra “gay” también puede tener unas implicaciones sociales y políticas, normalmente de carácter izquierdista, con la notable excepción de los republicanos afiliados a *Log Cabin Republicans**.

La mayoría de los jóvenes apenas creen necesario vincular su sexualidad con su identidad, sus actitudes, sus valores, su política, su religión o su filosofía de la vida. Algunos ni siquiera consideran necesario vincular su sexualidad con su conducta sexual y amorosa. La mayoría de los que se sienten atraídos por otros jóvenes de su mismo sexo mantienen una actividad sexual con ambos sexos. Sin embargo, cuando se trata de la vida amorosa, de un modo u otro suelen ser más selectivos.

Los términos que se proponen para etiquetar la sexualidad entre personas del mismo sexo también plantean problemas. Algunos activistas han intentado rescatar la palabra inglesa *queer* (“raro”, “extraño”; pero también “maricón”) de sus connotaciones negativas. Sin embargo, *queer* se refiere menos a la sexualidad que a la postura filosófica o política, o al estilo de vida de la persona aludida. Al fin y al cabo, todos los heterosexuales pueden ser *queer* (raros, extraños). Después de entrevistar a una serie de jóvenes durante varios años, Lisa DIAMOND concluía que *queer* nunca cuajó como palabra para definir una identidad. Se extendió en la década de 1990, para luego apagarse.

“Minoría sexual” tal vez sea una expresión integradora adecuada, si se define de forma limitada. Lamentablemente, es muy fácil también que se malinterprete. ¿Alguien que opte por unas relaciones sexuales con un ser no humano pertenece a una minoría sexual? ¿Se puede considerar que la persona virgen es miembro de una minoría sexual? Además, la expresión da por supuesto algo cuestionable: que las minorías no sexuales —presumiblemente, personas que son exclusivamente heterosexuales— son una mayoría. Por último, “minoría sexual” no es una expresión que a uno le salga espontáneamente.

* Organización estadounidense de gays y lesbianas republicanas. (N. del T.)

Las siglas, como en “LGB” (¿o es LBG? ¿y por qué no GLB, GBL, BGL o BLG?)* pueden ser prácticas. ¿Pero cómo ponerse de acuerdo sobre qué iniciales hay que incluir, y en qué orden? Además, las identidades definidas con iniciales carecen de dinamismo. Es difícil sentirse unido emocionalmente a una L, una G, una B, una T o un signo de interrogación.

Otra posibilidad es describir simplemente aquello de lo que se habla, sin etiqueta alguna. Si lo que me interesa es la conducta sexual de un adolescente, por ejemplo, distinguiría entre la conducta sexual entre personas del mismo sexo y la que existe entre personas de sexo distinto, y entre el coito anal y el vaginal. Si quiero conocer la identidad de la persona, diría: “Elige (o crea) una etiqueta”. Si la orientación sexual es el componente esencial de mi indagación, determinaría la dirección que siguen las fantasías eróticas y la atracción amorosa de la persona. Tales evaluaciones me permiten describir a un individuo que tiene grados variables de conducta sexual con el mismo sexo, identificación con el mismo sexo, y atracción por el mismo sexo. Pero me doy cuenta de que cada uno de estos ámbitos sexuales plantea también sus problemas específicos. Por ejemplo: ¿qué es el sexo?, ¿“sin etiqueta” es una identidad?, ¿y qué se puede decir de quienes no sienten atracción alguna? En los capítulos siguientes me ocupo de estas preguntas.

Los términos o expresiones descriptivas, como la de “atraído por el mismo sexo” y “homoerótico”, nombran determinados aspectos de la sexualidad. Inducen a hablar de un espectro de sexualidades, más que de unas categorías sexuales específicas. También los prefiero por su neutralidad y carácter práctico, su simplicidad y naturalidad. Una persona puede ser homoerótica en algunos dominios sexuales, y no en otros. Asimismo, podemos sentirnos un poco o muy atraído por personas del mismo sexo, en grados y formas variables. El uso de términos descriptivos para referirse a la conducta incluye a los jóvenes gays, lesbianas y bisexuales, así como a quienes rechazan las etiquetas de identidad sexual o se oponen a ellas. También incluye a quien tiene una única relación sexual con personas de su mismo sexo, o varias relaciones. Así pues, también se pueden incluir los vírgenes que quisieran tener relaciones sexuales y/o amorosas con otras personas. Un adolescente al que atraigan las personas de su mismo sexo se puede sentir separado de los mundos del heterosexual y el gay adultos, o puede sentirse parte de ellos. El hecho de describir la conducta, los sentimientos y las actitudes respecto a personas del mismo sexo no implica cualidades positivas ni negativas, aunque algunos adolescentes no estarían de acuerdo con tal afirmación, dadas las opiniones negativas que la homosexualidad genera en su mundo.

Pero todos éstos son temas que analizaré con mayor detalle en los siguientes capítulos. Antes, permítame el lector que le presente a Scott y a Abie, dos jóvenes que ejemplifican la diversidad de su generación.

SCOTT

Scott salió de su largo encierro menos de un año antes de que lo entrevistara⁶. La primera persona a quien se lo contó fue Mike, su mejor amigo, que le proporcionó una relación espiritual y física. Después llegó el asistente social asigna-

* Véase página 17. (*N. del T.*)

⁶ SAVIN-WILLIAMS, 1998a.

do a Scott cuando éste ingresó en la unidad psiquiátrica de su hospital. Había consumido una dosis no letal de somníferos después de que Mike le informara de que su relación sexual y sentimental debía terminar porque “Dios quiere que seamos puros”.

Cuando hablamos, Scott era un chico de 18 años, flaco y rubio, de ascendencia escocesa y alemana, que vivía en la población rural de Vermont con sus padres que se reencontraban con las enseñanzas evangélicas, y un hermano menor drogadicto. Con su excelente expediente académico y su creatividad, era la gran esperanza de la familia para escapar de la clase trabajadora. Consciente desde los 7 años de la intensa atracción física y emocional que sentía por los chicos, Scott tuvo su primera relación sexual a los 10 años, con Jim, a quien describe como “mi peculiar amigo que se destapó en el instituto”. Debido a los “modales amariconados” de Jim, su amistad despertó en sus padres sospechas sobre la sexualidad de su hijo. Era difícil ignorar “los labios pintarrajeados de carmín” de Jim ya en octavo*. Al final, los padres de Scott rompieron la amistad de los dos chicos porque “Jim no está bien de la cabeza”.

Hacia los 12 años, Scott sentía fuertemente la atracción erótica hacia las personas de su mismo sexo, pero no se atrevía a contárselo a nadie. Aunque sabía que tenía inclinaciones “homosexuales” y pese a sus poluciones nocturnas, ¡no podía ser gay! Era posible que tuviera inclinaciones gays, pero no era gay. Su amigo Mike le dijo que los abrazos que se permitían durante toda una noche eran la expresión de su “Hermandad en Jesucristo” y que, según la Biblia, el semen no se debía expulsar a través del sexo con chicas (una monstruosidad fuera del matrimonio) ni con la masturbación (siempre monstruosidades), sino con otro chico cristiano.

Después de un intento de suicidio y de varias sesiones con su asistente social, Scott admitió que era “probablemente bisexual”, pero que se casaría y tendría hijos. Un año después, decía que era “probablemente cien por cien gay”, y estaba tanteando las aguas del sexo y el amor con personas del mismo sexo con los contactos que lograba gracias a un grupo de apoyo de la universidad y en el bar gay local.

ABIE

Estudiante universitaria de segundo curso en la especialidad de Política Pública, Abie “se lió” recientemente con varios chicos. El sexo era “razonable”, me dice durante la entrevista, pero no especialmente satisfactorio. ¿Y lo culpable que una se siente al día siguiente? Utiliza a los chicos para sus propios “egoístas fines hormonales”, pero luego, otra vez: “Son todos unos gilipollas”. Duda de que pueda encontrar en los chicos el cariño emocional que añora.

Hace un mes, Abie sintió una pasión tierna y ardiente a la vez cuando “fue a Pennsylvania”: se comprometió con Penny. Pasaban horas juntas contándose mutuamente historias de sus vidas e imaginando el futuro. Cuando no pueden mantener el contacto diario cara a cara, lo hacen por el móvil. “No es nada

* En el Sistema Educativo Británico corresponde a las edades de 12-13 años. (N. del E.)

sexual”, dice Abie un tanto a la defensiva. Penny ha tenido relaciones sexuales y amorosas desde los 8 años con chicas y con chicos pero no es lesbiana ni bisexual, me dice, porque Penny le dijo que “el amor depende de la persona”. Además, explica Abie, “no somos más que muy buenas amigas”.

Abie da por supuesto que es heterosexual, pero confiesa que nunca ha definido realmente su sexualidad. No se ha “destapado” a nadie porque no hay nada que explicar. Pero se sintió muy desconcertada cuando una noche en la que Penny se quedó a dormir en su casa, después de una fiesta, estuvieron “tonteando”. A la mañana siguiente, Abie necesitaba que Penny le confirmara que ese tontear físico no significaba nada y que no afectaría a su amistad. Una vez que Penny así se lo aseguró, y con su intimidad sentimental y su confianza intactas, Abie no siente necesidad de cuestionar su estatus sexual.

Durante la entrevista, le pregunto por su identidad sexual: “¿Lo que quieres es la parte amorosa y emocional, no la sexual? ¿Tiene algo de esto importancia para tu identidad sexual?”

“O sea, que me dice usted que soy gay”, responde. “No me siento gay”.

“¿Cómo te identificas ahora?”

“No lo hago. ¿Qué necesidad hay?”

“¿Pero, si tuvieras que escoger, qué dirías?”

Indignada, dice: “No. Es que no tengo que escoger. ¿Por qué necesita usted saberlo?”

“Yo no lo necesito”.

Está bien, ¿qué tal “sin etiqueta”?

Al finalizar, Abie me dice en un tono irónico, pero claramente exento de ansiedad: “Sólo quisiera que Penny tuviera pene. Sería perfecto”⁷.

SCOTT Y ABIE

Scott y su Mike se conformaron al modo de pensar tradicional. Abie y su Penny forman parte de la revolución. Estos cuatro jóvenes representan los polos opuestos del deseo por personas del mismo sexo de la juventud actual. Es posible que a sus mayores, tanto heteros como homosexuales, les sea más fácil entender a Scott y Mike. Estos dos jóvenes alcanzaron la mayoría de edad a principios de los años noventa del siglo pasado, cuando la “juventud gay” empezaba a adoptar su histórica actitud reivindicativa y exigía comprensión y atención. Durante aquella década, la caricatura del adolescente gay como drogadicto, enviado, sexualmente promiscuo, con tendencias suicidas, y marginado social sin freno, alcanzó su punto culminante. Scott se ajusta a esta imagen. Su gran problema fue la consecuencia, al parecer inevitable, de ser un adolescente vulnerable en un Estados Unidos lleno de prejuicios sexuales. Es posible que la caracterización fuera correcta a principios de la década de 1990, o tal vez la imagen era exagerada incluso en aquellos años.

⁷ SAVIN-WILLIAMS, inédito.

Abie y Penny, por el contrario, son unas mujeres jóvenes del siglo XXI, una época en la que el cambio y la singularidad son la norma. Ellas y sus amigas, algunas de las cuales mantienen relaciones regulares con chicos, ven programas de televisión como *Queer as Folk* (serie de televisión británica de 1999 que narra la vida de tres hombres gays en Manchester), *Totally Gay* (serie documental estadounidense, en la que se hace un repaso de cómo han cambiado las cosas en el panorama social desde los años ochenta), *Queer Eye for the Straight Guy* (programa estadounidense que muestra a cinco gays —los “Fab Five”: los Cinco Magníficos—, cada uno especializado en algún tema, que ayudan a una persona heterosexual a cambiar su estilo de vida), *The L-World* (serie de televisión que narra las aventuras y desventuras de un grupo de amigas homosexuales, sus familias y amantes), y reposiciones de *Buffy the Vampire Slayer* (serie de televisión basada en la película del mismo nombre, y cuyo argumento gira en torno a la vida de Buffy Anne Summers, una estudiante de Educación Secundaria —posteriormente universitaria— a quien el destino escoge para luchar contra las fuerzas del mal). Ven estos programas no por su mensaje político ni por su carácter de crónica social, sino por el humor, para enterarse de las modas y por la música. Abie y Penny son el nuevo rostro del que se podría llamar el adolescente gay en extinción. Tal vez les vaya “lo gay”. Quizá sean los nuevos adolescentes gays.

Scott y Mike y sus amigos gays, hoy con sus treinta y tantos años, no entienden a Abie y Penny. Tienen (al menos) dos formas distintas de pensar. A Scott le alarma la naturalidad de los personajes gays que aparecen en las cadenas de televisión de mayor audiencia, y le sorprende la pobreza política que rezuma todo ese mundo. En su opinión, hacer de lo gay algo normal equivale a castrarlo. Por ejemplo, el Will de *Will and Grace* (comedia costumbrista sobre la vida de dos personajes: Will Truman, abogado gay, y su mejor amiga Grace Adler, diseñadora heterosexual) no es gay porque no practica el sexo con la suficiente asiduidad. A Mike le dan vergüenza los estereotipos de *Will and Grace*, pero teme que Jack (amigo y vecino de Will, también gay), apasionado hasta la violencia, pueda resultar *demasiado* gay y confundir a los heterosexuales al ofrecer una “imagen falsa”. Los desnudos y las escenas de sexo gay explícito de *Queer as Folk* le dan mucha vergüenza, odia la palabra *queer* (raro, extraño; pero también, marica), y se sonroja al ver todo el conjunto de maquillaje, vestimenta, peinados, etc., de estilo gay de los “Fab Five” de *Queer Eye*.

Esta división cultural no es entre gays y heterosexuales, ni siquiera entre las diversas tendencias de las personas gays. Tampoco lo es entre lesbianas y varones gays, negros y blancos, ricos y pobres, ni gente de la ciudad y del campo. Al contrario, como sostenía hace casi cuarenta años la antropóloga Margaret MEAD en vísperas de los Disturbios de Stonewall*, que supusieron un punto de inflexión en el movimiento de liberación gay, es una división entre generaciones⁸. En la cultura prefigurativa de MEAD, los iguales sustituyen a los padres como modelo de

* Tuvieron lugar el 28 de junio de 1969 en un local gay del mismo nombre de Nueva York, al entrar la policía e intentar arrestar a los presentes, algunos de los cuales se resistieron, y se originó una batalla campal en la que murieron varios gays. Desde entonces, el 28 de junio se celebra el Día del Orgullo Gay en todo el mundo. (N. del T.)

⁸ MEAD, 1970, pág. 60.

actitudes y comportamiento. En tal cultura, el pasado no previó el presente. Es éste un tiempo en que los jóvenes son los auténticos pioneros de una comunidad mundial, inmigrantes en un nuevo orden en rápida evolución cultural. Según MEAD, los jóvenes “creen que tiene que haber un camino mejor, y que deben encontrarlo”. Los principios de justicia, igualdad y libertarismo* pasan a ocupar el lugar de la tradición, los textos sagrados y las enseñanzas culturales.

Un ejemplo reciente ilustra esta brecha generacional. En Estados Unidos, todas las categorías de edad se oponen al matrimonio entre personas del mismo sexo, excepto una. Ante esta cuestión, los alumnos de instituto y centros de formación profesional se encogen de hombros ante el encuestador, y preguntan: “¿Y qué tiene de malo?” Si su grupo de edad pudiera votar y lo hiciera, veríamos más matrimonios entre personas del mismo sexo, más adopciones por parejas del mismo sexo, más personas gays alistadas sin tapujos en el ejército, más derechos civiles que no distinguieran entre sexos, y presidentes que no ocultarían su condición de homosexuales. Para parafrasear la pregunta anterior: “¿Qué diferencia hay?”⁹ Un comentarista señalaba: “Tal vez estemos asistiendo a los inicios de un cambio de paradigma cultural”. Las generaciones mayores son reemplazadas por las más jóvenes, que tienen una actitud más ajena a la tradición o más secular ante el matrimonio¹⁰.

El hecho de que estén desapareciendo las antiguas ideas sobre todo lo “gay” hace que me sienta esperanzado. Tal vez el final de los adolescentes gays tal como hoy los entendemos esté ya a la vista. La posibilidad de que los adolescentes actuales estén diseñando algo nuevo y mejor es la que da fuerza a este libro, aunque se concentre en exponer una historia de lo que creíamos que sabíamos sobre la “juventud gay”. Nunca ha sido mayor la oportunidad de conocer y aceptar el espectro de adolescentes atraídos por personas de su mismo sexo, y que como tales se comportan y marcan sus pautas amorosas.

Una completa reconstrucción y renovación cultural

En este nuevo siglo, los adolescentes que se sienten atraídos por su mismo sexo llevan una vida que es casi incomprensible para las anteriores generaciones de jóvenes gays. Entender qué supone hoy ser un joven que se siente atraído por personas de su mismo sexo implica descartar nuestras ideas previas sobre lo que significa ser gay. No podremos saber nada de la vida de estos adolescentes con la observación de las experiencias de sus hermanos y hermanas mayores gays y lesbianas. En efecto, quienes estudian a los adolescentes gays deberían reconocer la fragilidad de sus conclusiones, ya que, en el momento en que se publican muchos aspectos de sus datos son ya agua pasada. Por ejemplo, la edad en que se alcanzan los hitos evolutivos es cada vez más temprana en las muestras de las sucesivas generaciones. En el mejor de los casos, la vida de las cohortes

* Del término inglés *libertarian*. Pensamiento político nacido del liberalismo en el que prevalece la libertad fundada en los derechos individuales: el natural del individuo sobre su vida y su propiedad privada, y que no tiene más límite que el derecho ajeno. (*N. del T.*)

⁹ Hamilton College & Zogby International, 2001.

¹⁰ SCHEUFELE, 2004.

anteriores no es más que un indicador, y no un texto autorizado sobre la trayectoria de la vida de los jóvenes de hoy.

La rapidez de la reconstrucción y renovación culturales desde el nacimiento del gay actual es asombrosa. Es posible que el hecho de que Ellen DEGENERES se declarara lesbiana en 1997 en una cadena nacional de televisión sea un indicador de progreso generacional, pero hoy parece algo que pertenece a la antigüedad. Ha quedado eclipsado por lo que la columnista Maureen DOWD, en 2003, denominaba en el *New York Times* el “vertiginoso verano de los gays”. Sentía lástima por el presidente George W. Bush, “encallado en su mundo de los años cincuenta del siglo pasado, el mundo de la hipermasculinidad, mientras su país se hace gay o *metrosexual* (heterosexual con gustos tradicionalmente femeninos)”¹¹. Sí es verdad que sigue intacto el carácter retrógrado de las creencias sociales, de las instituciones y de los jueces del Tribunal Supremo (aunque es muy probable que a los adolescentes estas fuerzas les importen menos de lo que los gays adultos creen que debieran importarles). Y sí es verdad que los jóvenes no aprecian como se merece lo que las generaciones anteriores de homosexuales han hecho por ellos.

La generación más joven es razonablemente optimista porque se ha producido un cambio de enormes proporciones, como se refleja en las encuestas. El número de quienes piensan que el sexo entre adultos del mismo sexo es “casi siempre malo” ha bajado casi veinte puntos en la última década¹². El porcentaje de mujeres estadounidenses que dicen haber tenido relaciones sexuales con otras mujeres se ha multiplicado por quince desde 1988. Debido, en parte al menos, a la imagen más positiva de las personas gays en los medios de comunicación, y a las recientes victorias legales (sobre todo en el Tribunal Supremo), hoy es “más fácil que la gente reconozca su interés por personas de su mismo sexo y actúe en consecuencia”¹³.

Otras prueba de este cambio de actitud se encuentra en la cultura popular. El número de septiembre-octubre de 2003 de la revista *Bride's* (que se dirige principalmente a las novias que van a contraer matrimonio), en el primer artículo que publicaba en su historia sobre el matrimonio entre personas del mismo sexo, explicaba cómo planifican estas bodas los canadienses de Columbia Británica, Quebec, Yukón, Manitoba y Ontario. Madonna y Britney Spears se besan en la boca en la ceremonia de entrega de premios de la MTV, sin que por ello se resientan su prestigio ni las ventas de sus discos¹⁴. Representar el papel de homosexual en sus películas no afecta a la carrera profesional de los actores Jéniffer López, Meryl Streep, Russell Crowe y Matt Damon. Los programas de televisión *Will and Grace* y *Queer Eye for the Straight Guy** atraen a una numerosísima audiencia. Las películas actuales de contenido gay raramente “piden la tolerancia del mundo heterosexual ante la sexualidad gay y lesbiana”, sino que asumen de forma ya rutinaria “la existencia de un espacio en el que ya se da una aceptación total”¹⁵. El

¹¹ DOWD, 2003.

¹² YANG, 1997.

¹³ *Reuters News Service*, 2001.

¹⁴ *New York Times*, 2003.

* Véase página 22. (*N. del T.*)

¹⁵ ZACHAREK, 2003.

contraste entre el cine actual y la película gay pionera de mis años jóvenes, *Los chicos de la banda*, con sus estereotipos, la súplica de comprensión y los desgarradores vaticinios, es increíble.

En el mundo de los negocios, nueve de las diez primeras empresas de *Fortune 500* tienen disposiciones que prohíben la discriminación basada en la orientación sexual. Hasta Wal-Mart, la empresa privada que más puestos de trabajo genera en Estados Unidos, y una de las más conservadoras, incluye la orientación sexual en su política de no discriminación. Para justificar su nueva política, un portavoz de la compañía decía: “Declaramos sin reservas que aceptamos a todos nuestros socios”¹⁶. Según la *Human Rights Campaign**, el número de grandes compañías estadounidenses que han obtenido una calificación correcta por su trato justo a los empleados homosexuales se duplicó en 2003¹⁷. Los dirigentes de muchas ciudades —no sólo de las mecas gays, sino de lugares como Bloomington, Pensacola y Filadelfia— despliegan la “alfombra del arco iris” para atraer a los turistas gays y sus dólares. Estas ciudades, aunque no se pueda decir que acojan activamente a la gente gay, al menos están aprendiendo a tolerarla¹⁸.

La demanda legal más importante referente a los derechos de los gays se sentenció en 2003, cuando el Tribunal Supremo de Estados Unidos, en el caso Lawrence contra Texas, revocó las leyes de sodomía. El juez Anthony Kennedy escribió en su sentencia que los hombres gays “tienen derecho a que se respete su vida privada” y que “el Estado no puede degradar su existencia ni controlar su destino haciendo de su conducta sexual privada un delito”¹⁹. Alcaldes, otros dirigentes municipales, gobernadores y otros agentes de la ley de todo Estados Unidos han cuestionado abiertamente las leyes que prohíben el matrimonio entre personas del mismo sexo.

El reconocimiento de las familias gays se ha traducido en la integración de los vecindarios de todo el país, a menudo de forma silenciosa, incluso imperceptible. La zona concurrida de gays de Chicago, conocida como *Boystown*, el primer distrito comercial gay planificado por una ciudad de Estados Unidos, tiene mucho en común con la ciudad tradicionalmente republicana de Wheaton, en Illinois²⁰. Aunque tanto a los adultos gays como a los heterosexuales a veces no les es fácil encontrar lugares cómodos de respeto y cooperación mutuos, estas zonas existen de verdad. El conflicto es hoy muchísimo menor de lo que cualquiera pudiera haber imaginado en las décadas pasadas. Y la asimilación, a su vez, mejora la aceptación, gracias al contacto personal y a la voluntad de acabar por completo con los estereotipos. Los heterosexuales se dan cuenta de que los adultos gays también tienen hijos, hacen sus donativos a obras benéficas, se preocupan de la recogida de la basura, asisten a servicios religiosos, y mantienen el césped de su casa siempre verde y bien cortado.

¹⁶ Associated Press, 2003a.

* El principal grupo de presión de personas lesbianas, gays, bisexuales y transexuales de Estados Unidos. (*N. del T.*)

¹⁷ *USA Today*, 2003.

¹⁸ SHARP, 2003.

¹⁹ Citado en Associated Press, 2003b.

²⁰ ZERNIKE, 2003.

Los cambios culturales en las actitudes hacia las personas gays también han afectado profundamente a las instituciones religiosas. Pocas cosas han provocado una división tan abismal entre las instituciones religiosas estadounidenses como la integración de las personas homosexuales en la vida de la iglesia o de la sinagoga. La Iglesia Episcopal ordenó a su primer obispo que se declaraba gay, Gene Robinson, de New Hampshire, y el Obispo Presidente, máximo responsable de esa Iglesia, señaló que las Sagradas Escrituras *no* condenan el amor, el perdón ni la gracia de las relaciones comprometidas entre personas del mismo sexo. La ordenación del obispo Robinson no hacía más que reconocer “lo que ya es una realidad en la vida de la iglesia y de la sociedad más amplia de la que formamos parte”²¹. La ordenación de personas abiertamente homosexuales es hoy un tema habitual de debate en los ámbitos judeo-cristianos predominantes.

Estos ejemplos ilustran un asombroso progreso en la forma de abordar el homoerotismo. A medida que la cultura imperante asimila lo que queda de la cultura gay, las personas adultas que se sienten atraídas por las de su mismo sexo se mezclan e integran de forma rutinaria en la corriente heterosexual dominante. Esto ocurre, señala el crítico social Michael BRONSKI, porque hoy la heterosexualidad se define con menor frecuencia por la inevitable procreación y el matrimonio, y porque también es menor la frecuencia con que el sexo gay y las personas homosexuales se consideran inmorales o no naturales. En consecuencia, los puntos de contacto adolecen menos de timidez²². Muchos de los efectos supuestamente perniciosos de ser gay son restos de las generaciones anteriores, a quienes les afectaron el estigma y el prejuicio sociales e interpersonales de las décadas de 1950, 1960 y 1970²³.

Hoy no existe una “agenda gay” singular, y la asimilación con lo socialmente común acaba con la diferencia. Tal vez siempre haya sido así. En algunos círculos, lo “gay” se ha convertido simplemente en otro nicho de marketing abierto a su explotación. La imagen gay es menos áspera, menos diferente, más integrada; como admite sin excusas Barney Frank, representante de Massachusetts: “He luchado toda la vida por el derecho de ser aburrido”. Los jóvenes estarán de acuerdo con él. La nueva revolución es la de que a uno lo traten como a todos los demás²⁴. ¿Por qué no atreverme a plantear que el objetivo final está en reconocer lo corriente que es sentirse atraído por personas del mismo sexo?

Es polémico el tema de si esta fusión de lo que antes eran las culturas separadas gay y heterosexual es previsible, inevitable o incluso deseable. No se trata simplemente de los conservadores culturales que temen lo que no pueden controlar. Algunos activistas gays también añoran aquellos tiempos en que podían vivir su vida aparte de la cultura dominante. Este debate entre las personas gays sobre la deseabilidad de la integración de hetero y homosexuales recientemente se ha recrudecido con la polémica que suscita la ampliación de los derechos de matrimonio a las parejas del mismo sexo. Los gays detestan el matrimonio, a la vez que suspiran por poder casarse. Cada bando puede recitar de memoria los

²¹ Citado en Associated Press, 2003c.

²² BRONSKI, 1998.

²³ COHLER y GALATZER-LEVY, 2000.

²⁴ LEWIN, 2004, pág. 5.

principios filosóficos y políticos que avalan su postura. Quienes están más implicados políticamente en la batalla por los derechos de los homosexuales lamentan la homogeneización que la actitud mimética ante la cultura heterosexual impone a las personas gays. La cultura gay, dicen, es mejor porque es menos sexista, menos clasista y menos racista que la heterosexual. Casarse significa venderse a la heterosexualidad. Otros quieren el matrimonio porque representa la verdadera igualdad. Sostienen que no es lo mismo ser una pareja de hecho que estar casados por un juez civil. Tales compromisos reducen a los homosexuales a un gueto y los hacen sentir ciudadanos de segunda clase.

Al hablar de este choque cultural, un artículo del *New York Times* decía del debate sobre el matrimonio entre personas del mismo sexo lo siguiente:

Muchos gays manifiestan el temor de que va a trastocar la idea que tienen de sí mismos. Dicen que quieren mantener los aspectos singulares de su cultura y el puesto que ocupan al borde del cambio social. Es un debate que enfrenta a quienes propugnan un estilo de vida distinto y extravagante, con quienes ansían que se acepte su modo de vida como algo corriente²⁵.

Al reconocer tal disputa, parece que ambas partes convienen en un punto: que existe una perspectiva distintiva gay.

Entre los adolescentes, sin embargo, incluso este supuesto está bajo sospecha. Preguntas del estilo: “¿Cuál es nuestra naturaleza?” “¿Qué es lo que más nos interesa?”, y “¿cuál es la visión gay?” se las formulan los adultos; raramente los adolescentes. Los nuevos adolescentes gays muy pocas veces se ocupan de tales cuestiones. Su mundo está impregnado como nunca lo estuvo de tolerancia, cuando no de la aceptación, sin más. Para muchos, el deseo entre personas del mismo sexo es algo natural. Estos jóvenes son capaces de entender cualquier otra alternativa, pero a menudo deciden no hacerlo. Muchos de sus iguales heterosexuales están de acuerdo con ellos.

¿Qué es lo que ha alimentado este espectacular cambio generacional? Probablemente los medios de comunicación, aunque poco se sabe sobre cómo inciden realmente en las actitudes y la conducta sexuales de los adolescentes. Los conservadores acusan a los medios de comunicación de mostrar unas realidades y unas expectativas permisibles y diversas (léase “malas”) que normalizan el homoerotismo²⁶. En realidad, el papel más bien paradójico de los medios de comunicación ha sido tanto el de silenciar como el de publicitar los deseos juveniles por personas del mismo sexo. Pese a la avalancha de informes científicos sobre unos adolescentes gays con inclinaciones suicidas, deprimidos, drogadictos e ignorantes del riesgo del VIH, *Real World*, *Road Rules* y *True Life* de la MTV* nos presentaron a unos adolescentes gays sanos, con resiliencia y atractivos, a los que se muestra con las mismas necesidades básicas de todos los adolescentes. Quienes se apartan de la norma son los homófobos, que se niegan a tolerar a sus iguales que se sienten atraídos por personas del mismo sexo. El éxito de la industria del entretenimiento al presentar, y con ello normalizar, el deseo

²⁵ KRAUS, 2003, pág. 1.

²⁶ BROWN, 2002; SUTTON y cols., 2002; WARD y RIVADENEYRA, 1999.

* “Reality shows” y series documentales de la cadena MTV. (*N. del T.*)

por el mismo sexo, ha producido un impacto de proporciones incalculables en la capacidad de los adolescentes de entender la que es su atracción sexual emergente. Es posible que esto sólo haya bastado para contrarrestar las pesimistas ideas que alientan personas del ámbito académico y del sanitario.

Otro agente del cambio es el sistema escolar público. En 1984, la profesora de Biología, Virginia URIBE, elaboró el *Project 10*, un programa de aplicación a los centros educativos para sensibilizar y educar al profesorado sobre la presencia y las necesidades de los alumnos gays²⁷. Siguieron esfuerzos similares, primero en los centros de Massachusettss en 1989; unos esfuerzos que derivaron en las actuales *Gay-Straight Alliances* (Alianzas Gay-Heterosexuales, GSA), que abrieron un espacio seguro en casi 2.000 centros de todo el país para los alumnos de sexualidad no definida, identificados como gays, amigos de lo gay y atraídos por personas del mismo sexo. Las GSA, apoyadas y dadas a conocer por la *Gay, Lesbian, and Straight Education Network* (Red Educativa de Gays, Lesbianas y Heterosexuales, GLSEN), tienen como objetivo asesorar y ayudar, mediante la creación de “espacios seguros” para los alumnos gays a los que se acosa o se sienten amenazados; despertar entre el personal escolar la conciencia de todo lo que concierne a los gays así como de las fuerzas destructivas de la homofobia; y aumentar la visibilidad y la educación entre los alumnos y el profesorado en todo lo referente a los gays en los centros de Educación Secundaria Obligatoria y Bachillerato*. Cada GSA asume su exclusiva estructura, agenda y diversidad de sus miembros, basándose para ello en los criterios y las necesidades de la comunidad. Muchas incluyen un gran número de amigos que se identifican como heterosexuales (aunque no totalmente heterosexuales por necesidad)²⁸.

En los últimos cinco años, las GSA han proliferado a un ritmo acelerado. No es en modo alguno infrecuente que los adolescentes más jóvenes, conscientes de su sexualidad no heterosexual, se incorporen a ellas al ingresar en el instituto, y sus amigos y afines compiten por ayudarlos. La popularidad de las GSA ha suscitado polémica. Algunos conservadores arguyen que sirven para identificar a quienes son gays, lo cual agrava el peligro de que se sitúen en el punto de mira de la violencia anti-gay. Sin embargo, los jóvenes parecen mucho más despreocupados; esta inquietud de los adultos los tiene sin cuidado. Al fin y al cabo, los adolescentes que se identifican como gays dicen que sólo el 5% de los alumnos de su centro reaccionan de forma negativa ante su sexualidad**; el 95% muestra una actitud positiva o neutral. Es probable que las GSA sean la causa de este grado de aceptación, pero no está demostrado²⁹. De hecho, aunque sólo una minoría muy reducida de adolescentes a quienes atraen las personas de su mismo

²⁷ URIBE y HARBECK, 1991.

* En el Sistema Educativo Británico la Educación Secundaria Obligatoria corresponde a las edades de 11 a 16 años y la postobligatoria equivalente al Bachillerato en el Sistema Educativo Español, corresponde a las edades de 16 a 18 años. (*N. del E.*)

²⁸ GRIFFIN, LEE, WAUGH y BEYER, 2004; HOLMES y CAHILL, 2004.

** Según los datos presentados por la Federación Estatal de Lesbians, Gays, Transexuales y Bisexuales de España (FELETB), extraídos de una encuesta realizada entre 350 jóvenes de 14 a 15 años, el 56,2% de los jóvenes que se declaran homosexuales aseguran que han sufrido o sufren violencia física o psicológica durante su edad de escolarización. Estudio completo en www.felgt.org, noticia del 28/01/09. (*N. del E.*)

²⁹ HERDT y cols., 2002; S. T. RUSSELL, comunicación personal, 8 de octubre de 2003.

sexo deciden asistir a una reunión de una GSA, la visibilidad que esta organización proporciona a la no-heterosexualidad no tiene precio.

Estas transformaciones de nuestros tiempos han dado a los gays una mayor visibilidad y aceptación, pero han tenido unas ramificaciones inesperadas. Por ejemplo, con la mayor atención cultural que se presta a la homosexualidad, parece que los adolescentes que se sienten heterosexuales, en especial los chicos, son más conscientes de su cuerpo al cambiarse de ropa en sitios públicos. Son más propensos a enrollarse una toalla cuando van a ducharse después de clase de gimnasia. Tienen miedo de que otros de su mismo sexo puedan mirarlos con deseo sexual. Anteriormente, los chicos heterosexuales daban por supuesto que sólo les atraía mirar a las chicas. Podían quedarse mirándoles los pechos embobados y boquiabiertos, comérselas con los ojos y excitarse, pero nunca se les ocurrió que los chicos pudieran igualmente quedarse mirándoles embobados y boquiabiertos el “paquete” y que se lo comieran con los ojos (léase “evaluaran”). Y las chicas siempre han sabido que a los chicos les gusta mirar sus pechos, pero no que es posible que también les suceda a otras chicas.

Sospecho también que los adolescentes que se dicen heterosexuales son hoy menos proclives a hablar de conductas homosexuales y tal vez a participar de ellas. En la actualidad, la homosexualidad está por todas partes. Conscientes de ello, es posible que los adolescentes ya no piensen que practicar el sexo con el mejor amigo no tenga importancia, que no es un signo de homosexualidad. Cuando yo tenía 13 años, era considerablemente más fácil excusar tal comportamiento como un simple experimento sexual nacido de la curiosidad, de las ganas de divertirse o de una excesiva indulgencia con el alcohol. Para los adolescentes actuales, la conducta sexual con personas del mismo sexo puede significar mucho más.

Estos cambios también han tenido unos efectos más positivos, simbolizados, quizá, por el joven heterosexual que se siente satisfecho de lo que han supuesto para él de cambio y renovación los *Fab Five**. Es más probable que el nuevo varón joven, más cercano, tierno y sensible, admita que se siente “un poco” atraído por unos determinados hombres, o que está bien lo de “hacerse el gay”. Sabremos si el cambio realmente ha arraigado cuando se considere normal que los chicos de 13 años que son amigos íntimos pasen todo el tiempo juntos, dibujen corazones que contengan sus nombres, y profesen su amistad y su amor, algo que se considera normal en el caso de las chicas³⁰.

El futuro

Como argumento en los dos últimos capítulos, creo que el adolescente gay acabará por desaparecer. No se esfumarán los adolescentes que sienten deseo por personas de su mismo sexo. Pero no necesitarán identificarse como gays. Es posible que ni siquiera deban tener una orientación predominante o significativa hacia el mismo sexo. Hoy ya es una realidad en muchos casos que los adoles-

* Véase página 22. (*N. del T.*)

³⁰ DIAMOND, 2000a; A. M. L. PATTATUCCI, comunicación personal, 25 de junio de 1995.

centes no vinculen la conducta, la identidad y la orientación sexual. A las jóvenes se les ha permitido esta libertad durante siglos, sin que se las redujera al ostracismo por homosexuales³¹. Han contado con el apoyo de la filosofía (el feminismo) y de un estilo de vida (el sexo para expresar un apego emocional) que sitúa aparte la conducta, la identidad y la orientación sexual. No se percibe de la misma forma que los hombres amen a otros hombres y que las mujeres amen a otras mujeres; aunque quizá debería ser así.

El historiador y activista político John D'EMILIO recoge muchos de estos temas en un contexto sociopolítico más amplio³². Ataca la política de identidad de la comunidad gay, en parte porque se traduce en una mentalidad de "nosotros contra ellos". Centrarse en la peculiaridad impide que los gays vean la posibilidad de crear coaliciones con subgrupos de heterosexuales, como las mujeres, las personas de color y los inmigrantes. La espectacular revolución cultural de los últimos años, señala D'EMILIO, afecta a la vida tanto de los gays como de los heterosexuales. Pero se diría que tal hecho les ha pasado desapercibido a los activistas gays, que al parecer intentan imponer su política radical a todos los no heterosexuales. En consecuencia, los adultos gays han dejado de escuchar a sus hijos gays, a la nueva generación. D'EMILIO, implacable en su crítica de quienes glorifican la condición de gay como medio de identificación, no está a favor de la marginalidad gay, sino de la incorporación de los cambios sociales que los gays han conquistado a las instituciones actuales y a la política dominante. Sin embargo, parece que D'EMILIO no es consciente de que, al menos en el ámbito individual, los jóvenes ya han hecho estas transformaciones y están viviendo el sueño de sus mayores gays.

Así pues, lo que deberíamos anunciar es la integración y normalización del homoerotismo, de las que derivan la casi desaparición del adolescente gay y el surgimiento de los jóvenes sexualmente diversos. Debemos alejarnos del patetismo de los adolescentes gays para acercarnos al reconocimiento de su orgullo y resiliencia y, al final, de lo *corrientes* que son las personas que se sienten atraídas por las de su mismo sexo. El "nuevo adolescente gay" reinterpreta la "gayicidad" para señalar el fin del hecho de ser gay. Confío en que, en el futuro, todos los libros que traten de la "juventud gay" sean libros de historia. Los jóvenes que se oponen a una identidad específicamente gay y la rechazan están haciendo realidad sus esperanzas.

³¹ LIPPA, 2000.

³² D'EMILIO, 2002.

¿Quién es gay, lesbiana o bisexual?

Probablemente, el lector pensará que le basta con ver a una persona para saber si es gay. Y es que basa su juicio en unas características particulares que ha aprendido a asociar con el hecho de ser homosexual. Tal vez la persona que haya visto sea gay. ¿Pero qué dirá de todas las demás que le han pasado desapercibidas, aquellas que no se ajustan a su imagen? ¿Y de las que sí se ajustan a esa imagen pero no son gays? En cualquier caso, ¿quién es gay?

Investigadores, educadores y profesionales de la salud mental “inventaron” la adolescencia gay en la década de 1970, y luego vieron cómo florecía en la de 1990. La adolescencia gay vino a ser lo que los investigadores queríamos que fuera: lo que somos. Se parecía notablemente a la adolescencia de los estudiosos que también eran gays: dura, difícil, dolorosa, reservada y misteriosa. En efecto, muchos de los primeros jóvenes homosexuales se hallaban en unas circunstancias difíciles: en grupos de apoyo, en las consultas psiquiátricas, quizá en la calle. Aquellos a quienes se atendía en los grupos de apoyo a los jóvenes gays, por ejemplo, probablemente se identificaron como gays desde una edad temprana, se destaparon ante muchos, tuvieron una vida sexual activa, consumieron drogas, y decían tener muchos problemas personales y emocionales¹. ¿Pero representa esta imagen a la juventud gay actual?

Depende. Cuando una chica de 15 años dice: “Soy lesbiana”, sus palabras significan para ella algo específico. Sin embargo, aun en el caso de que ese algo esté claro en su propia mente, es posible que lo que ella quiera decir no sea necesariamente lo mismo que otro adolescente de 15 años entienda por esas palabras. Los investigadores normalmente definen su tema de estudio basándose en la respuesta a una pregunta concreta sobre la identidad sexual:

¹ SAVIN-WILLIAMS y REAM, 2003b.

¿Cómo te identificas? Señala el cuadro que corresponda (sólo uno):

- ☐ heterosexual
- ☐ gay/lesbiana
- ☐ bisexual
- ☐ no lo sé

Una persona, sin embargo, podría responder de forma distinta si la pregunta hubiera sido: “¿Has tenido relaciones sexuales con alguien de tu mismo sexo?” La respuesta a la primera pregunta no se correspondería necesariamente con la ofrecida a la segunda. Algunas chicas, por ejemplo, tienen contactos sexuales con otras chicas pero no se identifican como lesbianas, y algunas lesbianas son vírgenes o sólo tienen relaciones sexuales con chicos.

Además de la identidad y el sexo, se han propuesto otros aspectos de la sexualidad entre personas del mismo sexo como un medio adecuado para definir quién es gay. ¿Qué diremos del chico que se enamora de su mejor amigo? ¿Y de la chica que fluctúa entre varias identidades sexuales? ¿Y del adolescente que no es todavía consciente de que es miembro o no de un grupo estigmatizado, o no está dispuesto a destapar cuál sea la realidad? Atracción. Sentimientos amorosos. Sentimientos eróticos. Fantasías. Modo de vida. Salir con determinadas personas. Pertenencias a determinados grupos. ¿Cuáles —o cuántas— de estas características definen como gay o lesbiana a una persona? Se ha debatido a menudo cómo definir simplemente quién es gay, unos debates que se han traducido en un consenso académico muy frágil². Después de medio siglo de estudios, seguimos sin ponernos de acuerdo sobre cómo definir a las personas gays.

La medida que se utiliza (y mal) con mayor frecuencia, es la escala de Kinsey, que normalmente se representa como una línea continua de siete puntos, desde exclusivamente heterosexual a exclusivamente homosexual. Los entrevistadores originales preguntaban a los sujetos sobre “la experiencia sexual manifiesta” y “las reacciones psicosexuales”³. Desde entonces, la escala de Kinsey se ha utilizado de muchas formas ambiguas y con múltiples fines: para evaluar la orientación y la identidad sexuales, y también la conducta sexual.

Otra medida muy conocida es la escala de Shively (Figura 2.1). Ésta se basa exclusivamente en la preferencia física y afectiva. Una aportación creativa es la idea de Shively de que la homosexualidad y la heterosexualidad deberían tener cada una su propia línea continua⁴.

Además de las dos mencionadas, se han empleado otras medidas. La cuadrícula de Klein sobre la orientación sexual evalúa siete dimensiones: la atracción sexual, la conducta sexual, la fantasía sexual, la preferencia emocional, la preferencia social, la auto-identificación, y el modo de vida heterosexual u homosexual⁵. La escala de Sell mide la atracción sexual, el contacto sexual, y la identidad sexual, e incluye un indicador de la intensidad y la frecuencia de los intereses

² McWHIRTER, SANDERS y REINISCH, 1990.

³ KINSEY, POMEROY y MARTIN, 1948.

⁴ SHIVELY y DECECCO, 1977.

⁵ KLEIN, SPEKOPFF y WOLF, 1985.

1	2	3	4	5
No heterosexual en absoluto		De algún modo heterosexual		Muy heterosexual

1	2	3	4	5
No homosexual en absoluto		De algún modo homosexual		Muy homosexual

Figura 2.1. Escala de SHIVELY sobre la preferencia física/afectiva (fuente: SHIVELY y DECECCO, 1977).

sexuales y de la conducta que la persona adopta tanto hacia los hombres como hacia las mujeres⁶. El doctor Eli COLEMAN propone nueve dimensiones, entre ellas el modo de vida actual, las concepciones futuras de la sexualidad idealizada, la identidad del rol sexual, y la aceptación por parte de uno mismo de su propia orientación sexual⁷. Cualquier tipo de evaluación debería apreciar el dinamismo, la fluidez y la diversidad de la orientación sexual, pero son pocas las reglas sobre cómo decidir mejor la importancia relativa de cada dimensión.

Por lo general, los autores de estas escalas ignoran si los adolescentes dan alguna importancia a estas dimensiones. Si lo hubieran considerado, es posible que se hubiesen sorprendido. Un estudio reciente con grupos de referencia de adolescentes abordaba esta pregunta: “¿Qué es la orientación sexual?”⁸ Con independencia del sexo o del estatus sexual de los entrevistados, éstos convenían que la orientación sexual tiene dos aspectos:

La atracción sexual, que se puede describir como un deseo sexual de estar con una persona de un determinado sexo; o un intenso deseo interior y fisiológico hacia personas de un sexo u otro, o hacia una persona o atributo concretos, por ejemplo, una parte del cuerpo.

Un deseo de mantener una relación amorosa primaria, que puede incluir estar enamorado de alguien, adquirir un compromiso a largo plazo, y/o desear tener tales experiencias.

Hay que destacar asimismo lo que los adolescentes decían que *no* es particularmente importante:

Con quién mantengas relaciones sexuales.

La etiqueta que uno se ponga (por ejemplo, heterosexual, gay, bisexual).

Las fantasías sexuales.

⁶ SELL, 1996, 1997; GONSIORREK, SELL y WEINRICH, 1995.

⁷ COLEMAN, 1990.

⁸ FRIEDMAN y cols., 2004.

Paradójicamente, los dominios que los sujetos de la investigación consideraban irrelevantes eran las propias cualidades que los investigadores son más propensos a tomar como indicadores de la orientación sexual⁹.

La *intensidad* de los sentimientos o de la conducta sexuales es importante para el joven, pero raramente se mide, a no ser en la escala de Sell, que se utiliza muy poco. ¿El adolescente que siente un deseo pasajero, tiene fantasías poco definidas sobre personas de su mismo sexo y una conducta acorde y, por consiguiente, también poco asentada, es tan gay como el que se siente abrumado por la carga erótica de estas experiencias? De no ser así, ¿qué intensidad deben tener estos sentimientos antes de que uno cruce la línea que separa al heterosexual del homosexual? ¿Es gay el chico adolescente que tiene una sola relación sexual con otro, y le gusta pero no intensamente? ¿Y si tiene relaciones sexuales con alguien de su mismo sexo tres veces, y la segunda es una relación intensa, pero no así la primera ni la tercera?

Aunque no sea habitual que se mida, también tiene importancia el equilibrio relativo entre las sexualidades¹⁰. ¿Es posible que a los adolescentes heterosexuales les gusten las fantasías y las relaciones con personas de su mismo sexo sin por ello ser gays? Si una adolescente se siente atraída por otras chicas, ¿significa que debe renunciar al deseo de los chicos, a su actividad sexual con ellos, a su identidad heterosexual, para ser lesbiana? Si todo es así, es posible que sea demasiado lo que esa adolescente deba abandonar. Tal vez podría pensar de sí misma que es un poco lesbiana, conservando el deseo de casarse al estilo heterosexual, pero mantenerse virgen. Si tiene demasiados sentimientos aparentemente contradictorios, ¿será una neurótica?, ¿es que la identidad sexual tiene que imponerse a todos los demás aspectos de la sexualidad?

A los adolescentes les da risa la solución simple que proponen muchos estudiosos: preguntarles si son gays o no. Mentirían. Se saldrían por la tangente. No lo entenderían. Es conceptualmente tan difícil y complicado determinar si los muchos dominios sexuales se solapan en el interior de la persona, si siempre son congruentes en el tiempo, si son dinámicos o estáticos, o si se mantienen constantes o no a lo largo de la vida, que generalmente nos rendimos y buscamos la forma más fácil posible de evaluar la sexualidad: “¿Gay o heterosexual?” ¿Pero qué hacemos con el joven que responde “a veces” cuando se le pregunta si alguna vez piensa si es homosexual (gay, lesbiana) o bisexual? No es heterosexual ni gay, sino que se siente “inseguro”¹¹. Lo que seguimos sin saber es de qué se siente inseguro y por qué.

Otra solución que los investigadores utilizan a menudo para definir quién es gay consiste simplemente en determinar quién acude a las organizaciones gays, participa en las manifestaciones del orgullo gay, lee revistas gays, tiene amigos gays, o se presta a participar en un estudio sobre gays. Se ignoran la motivación, la importancia o el significado que estas actividades tienen para la persona. También se ignora el hecho de que muchas personas no gays hacen estas cosas.

⁹ CHUNG y KATAYAMA, 1996.

¹⁰ HOROWITZ, WEIS y LAFLIN, 2001.

¹¹ LOCK y STEINER, 1999b.

El investigador Theo SANDFORT sostiene que lo que sabemos sobre las personas gays “depende muchísimo de la definición de homosexualidad que se adopte y de su puesta en funcionamiento, y de cómo se haya reunido la muestra del estudio”¹². En otras palabras, los resultados quedan determinados por quién dicen los investigadores que es homosexual y a quién escogen para reunir datos.

La orientación, la conducta, la identidad

Al decidir cuáles son los elementos constitutivos del adolescente gay, nos enfrentamos a la tarea práctica, y de capital importancia, de cómo definir a la población. En la Tabla 2.1 se esbozan los tres dominios principales que utilizan los investigadores para definir la sexualidad en una población.

Tabla 2.1. *Dominios de la definición sexual*

	Orientación sexual	Conducta sexual	Identidad sexual
Se puede elegir	No	Sí	Sí
Estable en el tiempo	Sí	Sí/no	Sí/no
Conciencia	Sí/no	Sí	Sí
Excepcionalmente adolescente	No	No	Sí/no
Categorica	No	Sí/no	Sí

La orientación sexual

La orientación sexual se define por el predominio de los sentimientos, los pensamientos y las fantasías eróticas de uno respecto a un sexo determinado, a ambos sexos, o a ninguno de los dos. Si la orientación sexual nace de factores genéticos, está presente desde el momento de la concepción. Si su causa está en factores biológicos o medioambientales intrauterinos que actúan en el desarrollo del feto, empieza antes del nacimiento. Si se debe a factores psicogénicos o sociales, data de la primera infancia. No estamos seguros de cuál es la verdad, aunque son más sólidas las pruebas respecto al primero y el segundo casos¹³.

Generalmente se considera que la orientación sexual es inmutable, estable en el tiempo, y resistente al control consciente. Por mucho que la persona quiera que las cosas sean de otro modo, ni las oraciones ni la terapia reparadora (ni las malas investigaciones) pueden cambiar la orientación sexual hacia un polo o el otro¹⁴. Son más bien la identidad y la conducta sexuales, no la orientación, las

¹² SANDFORT, 1997, pág. 261.
¹³ COHEN, 1999; ELLIS, 1996a, 1996b.
¹⁴ ZUCKER, 2003.

que se pueden someter a la elección consciente y, por consiguiente, se mantienen fluidas a lo largo del tiempo.

La orientación sexual influye en la conducta y la identidad sexuales, pero suele ser independiente de ellas. Al igual que ocurre con quienes tienen una orientación sexual hacia el sexo opuesto que no se identifican como heterosexuales, muchos de los que tienen una orientación sexual hacia el mismo sexo nunca se identifican como gays. Los estudiosos evolutivos han señalado la inconexión entre la orientación sexual y la conducta sexual. El psicólogo Harry Snack Sullivan observaba hace muchos años que algunos amigos preadolescentes practican el sexo entre sí de forma rutinaria, y que tal hecho tuvo poca incidencia en su futuro estatus sexual. A algunos psicólogos les gusta pensar que los amigos que tienen algún tipo de relación sexual ocasional entre ellos no hacen sino “experimentar”, y “realmente” son heterosexuales. En efecto, la eminente Eleonor MACCOBY afirmaba recientemente que “un número considerable de personas, en algún momento de su vida, experimentan la relación sexual con personas de su mismo sexo, y sólo una reducida minoría de ellas mantienen un patrón de homosexualidad durante toda la vida”¹⁵. La incapacidad de asumir un modo de vida gay no se interpreta como una consecuencia del heterosexismo societal. Ocurre más bien que la experimentación natural de los jóvenes se acaba, y se da por supuesta su heterosexualidad inherente.

Es verdad que la mayoría de los jóvenes que participan en actividades sexuales gays son heterosexuales —al menos según la definición que hacen de sí mismos—, según un estudio sobre los centros de enseñanza no universitaria de Massachussetts y Minnesota. En este estudio, poco más de la mitad de todos los alumnos que hablaban de una conducta sexual con personas del mismo sexo se identificaban como heterosexuales¹⁶. Además, muchos chicos varones de enseñanza media postobligatoria que se identificaban como gays y con una conducta pre-adulta orientada hacia personas del mismo sexo, creían “probable” que sus parejas fueran heterosexuales¹⁷. No cabe más que conjeturar si esos adolescentes que habían tenido contactos con personas de su mismo sexo eran totalmente heterosexuales, si mentían, al negarlo, o si se les interpretaba mal. No lo sabemos porque nunca nos preocupamos de preguntar a los heterosexuales sobre la incidencia o el significado de su conducta sexual con personas del mismo sexo. Lo que sí sabemos es que uno de los mejores indicadores para prever la orientación sexual adulta es la conducta sexual durante la adolescencia y la infancia. Hay más probabilidades de que la persona que se identifica como gay hable de experiencias con personas del mismo sexo, de que lo haga el joven heterosexual¹⁸. Sin embargo, la relación está lejos de ser algo absoluto. Los datos de la tesis doctoral de Kenneth COHEN desvelan que, aunque el 90% de los chicos heterosexuales de centros de secundaria postobligatoria hablaban de unos deseos constantes y exclusivos, actitudes y fantasías (incluyendo aquellas que terminaban en orgasmo) hacia las chicas, no llegaron al cien por cien¹⁹.

¹⁵ MACCOBY, 1998, pág. 191.

¹⁶ GAROFALO y cols., 1999; REMAFEDI y cols., 1992.

¹⁷ SAVIN-WILLIAMS, 1998a.

¹⁸ BELL, WEINBERG y HAMMERSMITH, 1981.

¹⁹ COHEN, 1999, 2002.

Los estudios actuales, además de mezclar la orientación sexual con la conducta y la identidad sexuales, están plagados de otros problemas. La mayoría de los biólogos y expertos en ciencias sociales dan por supuesta una orientación sexual categórica, que les permite contrastar a los heterosexuales con los homosexuales. Lo habitual es que se ignore por completo la categoría de bisexual, o que se incluya en la de gay. Se dice que los bisexuales son personas confusas, en estado de transición, que simplemente no han decidido aún lo que son. De ahí que los investigadores decidan por ellos. Realmente son gays. O, sin son “bisexuales tendiendo a gays”, son gays. Si “tienden hacia la heterosexualidad”, son heterosexuales²⁰.

Tal resolución académica del problema de quién es gay raras veces coincide con la forma de ver las cosas de los jóvenes. Los miembros de la generación más joven dudan de que su orientación sexual se pueda reducir a ser homosexual o bisexual o heterosexual. En todos los estudios realizados hasta hoy en los que se deja a los jóvenes que decidan, éstos hablan de diversos grados de atracción homoerótica y heteroerótica. Para ellos, el hecho de sentirse atraído por un sexo y el de sentirse atraído por el otro no se excluyen mutuamente, y es muy posible que el sentirse atraído por los chicos o por las chicas se sitúe a la vez en dos continuos distintos. Una misma persona puede ser de cero a cien por cien heterosexual y de cero a cien por cien gay. Si las categorías de la orientación sexual que emplean los investigadores no se ajustan a la realidad de los adolescentes, ¿quién debería cambiar?

Otra pesadilla de los investigadores son los jóvenes que se niegan a situarse bajo alguno de los epígrafes sobre orientación sexual que hemos creado para ellos. No responden la pregunta. Señalan “no lo sé” o “no estoy seguro”. Utilizan palabras como “ninguno” o “todo lo anterior”. La cantidad de entrevistados que se comportan así puede resultar asombrosa. En un estudio sobre alumnos indios nativos estadounidenses, casi una cuarta parte de ellos no respondió a la pregunta sobre la atracción sexual y las intenciones sexuales. Los investigadores normalmente excluyen de sus estudios a quienes adoptan este tipo de conducta en las encuestas²¹, aunque es posible que, si hay los suficientes participantes gays para poder realizar análisis estadísticos, estos jóvenes de difícil clasificación (y los bisexuales) se cuenten como gays. En un estudio, había más respuestas “no estoy seguro” que gays, lesbianas o bisexuales. De ahí que los investigadores crearan la orientación “GLBN”: gays, lesbianas, bisexuales, “no estoy seguro”²².

La conducta sexual

A primera vista, puede parecer que la conducta sexual sea algo más claro que la orientación sexual. Se han tenido relaciones sexuales o no. Uno debe saber si las ha tenido o no. Pero, en un análisis más detallado, aparecen muchos problemas. Primero, los adolescentes informan pésimamente sobre el sexo, y más aún

²⁰ D'AUGELLI y HERSHBERGER, 1993.

²¹ Por ejemplo, D'AUGELLI y HERSHBERGER, 1993.

²² SAEWYC y cols., 1998; REMAFEDI y cols., 1992; GAROFALO y cols., 1999, respectivamente.

cuando el “sexo” no está definido con claridad. Más del 10% de los alumnos de secundaria (en especial los chicos) que decían haber tenido relaciones pene-vaginales “reivindicaban” su virginidad cuando, un año después, se les hacía la misma pregunta. Sólo una cuarta parte de ellos repetía la fecha de su primera experiencia sexual (no definida) un año después; la mayoría de ellos adelantaba esa fecha, lo cual significaba que eran mayores cuando tuvieron su primera experiencia sexual²³.

Otro problema es que cuando los investigadores preguntan sobre el sexo, normalmente piensan en el viejo y convencional coito pene-vaginal. Aun en los casos en que no se dice así explícitamente, esto es a lo que se refieren y dan por supuesto que los adolescentes de entre 12 y 18 años lo saben. Pero no lo saben. Así pues, si ha habido “sexo” depende de quién decida qué es “sexo”: los investigadores o quienes lo practican. No hay duda de que los adolescentes de todas las orientaciones sexuales ponen en entredicho la igualdad “sexo = coito”, que para los investigadores es incuestionable²⁴. Tal circunstancia dificulta obtener respuestas a preguntas del tipo: “¿Has tenido relaciones sexuales?”, y “¿con cuántas personas las has tenido?”. Estas definiciones tienen su importancia desde el punto de vista de la salud sexual, la prevención del VIH y para quien adopte una postura religiosa positiva.

Que lo que los adolescentes entienden por tener relaciones sexuales coincida con lo que los investigadores entiendan por tal, es especialmente pertinente en el caso de las jóvenes que creen que el idilio y lo romántico están por encima de consideraciones genitales. En efecto, varios estudiosos feministas cuestionan la neutralidad de género de la igualdad “sexo = coito”²⁵. El coito, dicen, representa sólo una forma de sexo, que ni siquiera es necesariamente la más común, agradable ni importante.

Cuando la idea del sexo como coito se aplica a parejas del mismo sexo resulta especialmente desconcertante. Según esta definición, muchos adolescentes que se sienten atraídos por personas de su mismo sexo no han tenido relaciones sexuales, en especial relaciones mutuas. Han tenido encuentros que creen que son de carácter sexual, pero no los cuentan como relaciones sexuales porque no ha habido coito. Dos chicas se abrazan, se besan y se acarician toda la noche. Dos chicos tienen contacto oral mutuo con sus respectivos penes. ¿Han tenido o no han tenido relaciones sexuales estas dos parejas?

Estos jóvenes (o investigadores) pueden decidir que esta actividad sexual con una persona del mismo sexo es una relación sexual, ¿pero qué es exactamente lo que en la actividad sexual con una persona del mismo sexo se corresponde con el coito heterosexual? ¿Es lo que más se parece al coito heterosexual: el coito pene-anal en los varones, y el digital-vaginal en las mujeres? En este sentido, puede ser revelador un estudio sobre alumnos universitarios gays. Los jóvenes gays eran más propensos que las lesbianas a considerar que el besarse con contacto de la lengua y el tocarse los pechos eran relaciones sexuales, y a pensar que el orgasmo es fundamental para que haya sexo. Las lesbianas, en cam-

²³ UPCHURCH, 2002.

²⁴ SAVIN-WILLIAMS y DIAMOND, 2004.

²⁵ PEPLAU y GARNETS, 2000; RODRÍGUEZ RUST, 2000; ROSE, 2000; ROTHBLUM, 2000.

bio, defendían definiciones más amplias de la relación sexual. Más del 95% de las mujeres del estudio pensaban que el contacto oral con los genitales constituía una relación sexual. Para los varones universitarios, ésta sólo se producía con el coito pene-anal²⁶. Una mayoría de los entrevistados afirmaba que la actividad con personas del mismo sexo podría significar la pérdida de la virginidad, sobre todo si los participantes se identificaban como lesbianas, gays o bisexuales²⁷.

Es evidente que para la mayoría de los adolescentes el sexo no se puede definir como una única actividad a expensas de otras. Depende. En general, los jóvenes a quienes atraen las personas de su mismo sexo son más propensos que sus iguales heterosexuales a considerar que una amplia variedad de conductas constituyen “relaciones sexuales”. Tal vez esto explique la conclusión habitual de muchos estudios de que las personas gays tienen mucha actividad sexual y muchas parejas, y que empiezan a tenerlas a una edad más temprana que los heterosexuales²⁸. Cuando los investigadores interpretan lo que los sujetos de sus estudios dicen sobre la actividad sexual, raramente consideran el hecho de que los entrevistados gays definan el “sexo” de forma más amplia.

Sin unos criterios para “certificar” que unas determinadas actividades son relaciones sexuales, es posible que dos adolescentes con una historia sexual idéntica respondan de forma opuesta cuando se les pregunta si han tenido relaciones sexuales o no. La mejor solución es que los investigadores describan la conducta concreta y se concentren en el objeto de su estudio al desarrollar el lenguaje que vayan a utilizar en sus encuestas²⁹. Si desean estudiar el herpes oral, que pregunten por la conducta sexual oral; si quieren estudiar el embarazo, que pregunten por el contacto pene-vaginal. Los investigadores también podrían otorgar mayor peso a los datos cualitativos de las entrevistas, y dejar que sean los adolescentes quienes les hablen de sus propias definiciones de sexo, y no al revés³⁰.

Si se consiguiera que los investigadores fueran más conscientes de los significados de múltiples facetas que los adolescentes atraídos por el mismo sexo dan a su conducta sexual, tal vez los estudios se podrían centrar en las preguntas que realmente son importantes³¹:

¿Qué tiene que ocurrir para que haya sexo?

¿Cuándo empieza el sexo?

¿Es algo conductual? ¿Emocional?

¿Cuál es la progresión de las conductas sexuales específicas?

¿Qué significa realizar una actividad sexual con otra persona del mismo sexo?

¿La actividad sexual debe concordar o no con la sexualidad que uno mismo se atribuye?

¿Debe uno disfrutar con la actividad sexual?

¿Cómo avanzan las trayectorias del significado y la experiencia sexuales a lo largo de la vida?

²⁶ MUSTANSKI, 2003.

²⁷ CARPENTER, 2001.

²⁸ MUSTANSKI, 2003; SANDERS y REINISCH, 1999; BOGAERT y FISCHER, 1995.

²⁹ SCHWARZ, 1999.

³⁰ FINE, 1988; THOMPSON, 1995; TOLMAN, 2002; TOLMAN y DIAMOND, 2001.

³¹ SAVIN-WILLIAMS y DIAMOND, 2004.

En pocas palabras, las simples tabulaciones de conductas aisladas revelan relativamente pocas cosas sobre si los adolescentes han tenido o no relaciones sexuales.

Además, los vínculos entre la conducta sexual (como quiera que se defina) y otros dominios de la sexualidad no se pueden entender de forma independiente. Las motivaciones que subyacen en la conducta sexual desempeñan un papel. Pensemos en el chico adolescente que practica la masturbación mutua con su mejor amigo, pero no cree que se trate de sexo porque, dice: “No soy gay”. Según él, no ha habido una “auténtica” conducta homosexual (es decir, el coito anal). No está enamorado de su amigo, de modo que no puede ser gay. O digamos que una joven que supone que puede ser sexualmente activa o perder la virginidad sólo si un chico la penetra por la vagina, aunque admite que ella y su mejor amiga han “hecho todo lo que dos chicas puedan llegar a hacer”. Es posible que la conducta sexual con personas del mismo sexo que es fruto de la curiosidad, del exceso de alcohol o de la presión social, no signifique nada en lo que a la orientación sexual de la persona se refiere (o lo puede significar todo). Así pues, además, una persona joven puede ser consciente o inconsciente de su orientación sexual y no participar en actividad sexual alguna (se defina ésta como se defina). Los vírgenes pueden tener toda una diversidad de orientaciones sexuales.

La identidad sexual

La identidad sexual es una etiqueta reconocida socialmente que da nombre al sentimiento, la atracción y la conducta sexuales. La simbolizan afirmaciones del tipo: “Soy gay” o “Soy heterosexual”. Aunque la etiqueta específica que se escoga es una cuestión de gusto personal, las opiniones están limitadas por la dotación de posibles identidades, construidas socialmente y definidas por la cultura y el tiempo en los que uno vive. Tales etiquetas cambian y cobran significados nuevos a lo largo del tiempo. Por ejemplo, hoy sabemos que el bisexual no es alguien que se sienta atraído *por igual* por los hombres y por las mujeres, o que en cualquier momento deba tener dos amantes, uno de cada sexo. Los actuales debates sobre las etiquetas de la identidad se ocupan también de si la transexualidad refleja una identidad o un género sexuales, de si la “fluidez sexual” y el “sin etiqueta” son identidades sexuales, y de si los términos actuales idiosincrásicos (por ejemplo, *queerboi* [a quien le gusta la felación]) son razonables. Todos los tipos de identidades personales se ajustan en la adolescencia, de ahí la posibilidad de que la identidad sexual sea especialmente susceptible a la transformación durante esta época de la vida³².

Pese a las posibilidades que acabo de señalar, los investigadores normalmente definen la identidad sexual de modo más bien limitado, con pocas opciones disponibles. Las opciones de elección obligada no atraen a los adolescentes. ¿Qué diríamos de los jóvenes que se identifican con una etiqueta sexual que no se oferta, como las de doble espíritu, polisexual o ambisexual? ¿Y de los que abarcan múltiples identidades, las bi-lesbianas o el heterosexual que siente curio-

³² DIAMOND, 2003c; WEINBERG, WILLIAMS y PRYOR, 1994.

sidad por lo gay? ¿Y de quienes rechazan cualquier etiqueta sexual, que desean seguir en la fluidez de su sexualidad?³³ ¿En qué categoría de identidad habría que situarlos? Se trata de un problema cada vez más complejo al que se enfrentan los investigadores, ya que los adolescentes, en especial las jóvenes, inventan nuevos términos para reflejar su realidad³⁴.

No es fácil intentar ajustar las identidades sexuales personales y/o públicas a la correspondiente orientación sexual o el contacto sexual. Los adolescentes que son cualquier otra cosa que no sea heterosexuales, o que se oponen a las ideas simplistas de la sexualidad, pueden encarnar muchas incoherencias. Así, no sólo ocurre que algunas personas atraídas por el mismo sexo quedan excluidas de las categorías de identidad predeterminadas, sino también que una categoría dada puede incluir toda una variedad de orientaciones y conductas sexuales. Consideremos los siguientes casos:

- Una chica con una única experiencia sexual con un chico pero ninguna con chicas se dice a sí misma y a sus mejores amigos que tiene unos sentimientos bisexuales. No está dispuesta a declarar públicamente que la bisexualidad es su identidad sexual. En su lugar, se llama “lesbiana” porque entre sus amigos encuentra mayor apoyo a las lesbianas que a las mujeres bisexuales.
- Un chico adolescente se etiqueta como “heterosexual” y no sabe qué hacer con los flechazos que siente hacia otros chicos. Realiza actividades sexuales con chicas para conservar su barniz público de identidad heterosexual, al tiempo que en privado “tontea” con chicos para satisfacer sus lujuriosos deseos.
- Una universitaria con deseos heterosexuales, ideas políticas liberales y sin actividad sexual, se declara lesbiana como acto de identificación con un grupo oprimido.
- Un joven afectuoso y sensible que siempre ha sabido que le atraen las mujeres tiene relaciones sexuales con sus amigos varones porque se “guarda” para el matrimonio. Cuando se le pregunta, refiriéndose a sí mismo, dice que no tiene identidad sexual.

Los adolescentes renuncian a la identidad sexual o la retrasan por diversas razones, tanto ideológicas como prácticas. Tal vez la orientación de su sexualidad no sea aún suficientemente manifiesta ni fuerte. Quizá su supuesta identidad no les sea tolerable personalmente ni socialmente aceptable. Ocurre que los adolescentes actuales, por término medio, se etiquetan varios años antes de dejar el instituto³⁵. Esto implica que son muchos los que no se clasifican hasta los años más jóvenes de su edad adulta, o nunca. Nadie sabe a ciencia cierta por qué lo hacen, o por qué no lo hacen antes (pero habría que averiguarlo).

Otra posibilidad es que el joven se haya “destapado” a sí mismo, por ejemplo, pero haya decidido no compartir esta información con otras personas, entre ellas,

³³ BATTLE, 1998.

³⁴ MARECH, 2004.

³⁵ SAVIN-WILLIAMS y DIAMOND, 2000.

los investigadores que le puedan hacer preguntas indiscretas en el instituto. Lo cierto es que la media de edad en la que la persona desvela la identidad gay a otros es justamente antes o después de concluir los estudios de Bachillerato³⁶. ¿Por qué no antes? Es posible que el chico no quiera que los demás lo vean como gay, o que sienta que no encaja, ni quiere encajar, en las definiciones culturales de la homosexualidad masculina, como la del chico afeminado, de pelo rojizo y de punta. Quizá le disgusten las asociaciones sexuales y políticas del hecho de ser gay, o puede que piense que la etiqueta de gay es simplemente demasiado simplista, demasiado reduccionista para que pueda abarcar toda la extensión de su sexualidad. Él es más que gay. El calificativo de gay lo limita, reduce sus opciones, y simplifica en exceso un aspecto complejo de sí mismo. Lo puede autorreclamar, pero no quiere que los demás hagan lo mismo. Es posible que otro chico se sienta indiferente ante el hecho de que sea gay. Es simplemente lo que es. Pero teme las posibles repercusiones que puedan alterar su vida si su homosexualidad llega al conocimiento público.

Así pues, las encuestas y entrevistas no se ocupan de muchos de quienes acabarán por identificarse como gays pasada la adolescencia, ni de casi todos los que nunca se identificarán como tales pero que, pese a todo, tienen una orientación hacia el mismo sexo y mantienen relaciones sexuales de carácter homosexual³⁷. Estos jóvenes escapan al alcance de los estudios de investigación, de los programas educativos, de los grupos de apoyo y de las concentraciones políticas. Una de las consecuencias de tal realidad es que lo que se puede saber de sus vidas y, por consiguiente, de su sexualidad con personas del mismo sexo, es limitado. Los problemas de este tipo obstaculizan la obtención de la información más elemental: sea como fuere, ¿cuántos adolescentes gays existen?

La respuesta

¿Cuántos? Depende. Depende de cómo se defina la población: por el deseo, por la conducta o por la identidad. Fijar definiciones es un empeño un tanto efímero porque, como hemos visto, los heterosexuales que se identifican como tales participan en actividades sexuales con personas del mismo sexo y se sienten atraídos por ellas, y la mayoría de los adolescentes que se orientan hacia personas de su mismo sexo tienen una historia y una identidad heterosexuales. Lo habitual es que la orientación hacia el mismo sexo no se desee y que, a veces, durante la adolescencia, no se reconozca. Tal hecho llevó a un renombrado grupo de estudiosos del sexo a concluir: "Calcular un número exacto de personas en las que prevalezca la homosexualidad es un ejercicio inútil porque implica unos supuestos que son manifiestamente falsos: que la homosexualidad es un atributo universal entre las personas, que es estable a lo largo del tiempo, y que se puede medir fácilmente"³⁸. No por ello, sin embargo, hemos renunciado a hacerlo.

³⁶ *Ibid.*

³⁷ Datos incluidos en DIAMOND, 1998, 2000b, 2003a; SAVIN-WILLIAMS, 2001c; SAVIN-WILLIAMS y DIAMOND, 1999, 2000.

³⁸ LAUMANN y cols., 1994, pág. 283.

Un estudio nacional y representativo de los varones holandeses constituye un buen ejemplo ilustrativo de los problemas inherentes al cómputo de las personas gays³⁹. Theo SANDFORT daba los siguientes datos, basados en diversas definiciones de sexualidad con personas del mismo sexo:

- el 6% de los entrevistados se identificaron como gays o bisexuales. Como no era de extrañar, todos los hombres gays de este grupo dijeron que se sentían atraídos físicamente por personas del mismo sexo, practicaban el sexo con ellas y de ellas se enamoraban. Los bisexuales constituían una mezcla, y convenían en que les eran de aplicación una o dos de estas características, pero raramente las tres. Un hombre que se identificaba como bisexual dijo que no creía poseer ninguna de las tres; no está claro en qué basaba su afirmación de que era bisexual.
- el 7% de los entrevistados dijeron que se habían enamorado al menos una vez de un hombre. Todos estos hombres decían que sentían deseos físicos sexuales hacia personas de su mismo sexo, y casi todos habían practicado el sexo con un hombre. Pese a su amor, su atracción y su sexo homoeróticos, uno de cada cinco de este 7% afirmaba que era heterosexual.
- el 8% de los entrevistados consideraba que *podía ser* que fueran homosexuales. Todos manifestaban que les atraían físicamente los hombres, y la mayoría de ellos había tenido experiencias sexuales con éstos. Más de un tercio de este 8% decía que no era gay.
- el 13% de los entrevistados dijo que habían practicado el sexo con un hombre. Un tercio de ellos, sin embargo, no se sentían atraídos físicamente por los hombres; más o menos la mitad se identificaba como gay u homosexual, o decía que se había enamorado de un hombre.
- el 14% de los entrevistados dijeron que se sentían atraídos físicamente por los hombres. La mitad de ellos señalaban que estos sentimientos desaparecieron en épocas posteriores de su vida; casi todos decían estar enamorados de mujeres. Dos de cada cinco de ese 14% había practicado el sexo con un hombre; menos de la mitad decía que nunca se había enamorado de un hombre.

¿Qué se puede deducir de todo esto? Concluir que el 6% de la población es gay o bisexual (el porcentaje que como tal se identificaba) sería reducir sustancialmente el número total de hombres que experimentaron al menos algún aspecto de la sexualidad con personas de su mismo sexo. Es posible incluso que en los porcentajes que se dan incida la reticencia a decir la verdad, dado el estigma asociado con la homosexualidad (también en los Países Bajos). Otros estudios sobre adultos realizados en Reino Unido, Francia y Australia, informaban de que casi el 20% de los encuestados decían haber tenido una conducta sexual con personas de su mismo sexo o haberse sentido atraídos por ellas desde los 15 años; pero menos de un tercio de estas personas se identificaban como gays⁴⁰.

Es evidente que el cómputo de adolescentes gays depende de lo que se entienda por gay.

³⁹ SANDFORT, 1997.

⁴⁰ SELL, WELLS y WYPIJ, 1995; GANGESTAD, BAILEY y MARTIN, 2000; SANDFORT, 1997.

¿Debe entenderse por homosexual a quien tenga una conducta sexual con personas del mismo sexo?

Normalmente es difícil verificar cualquier estimación sobre la conducta con el mismo sexo. El estigma que el "sexo homosexual" lleva auestas sigue impediendo entre la cultura adolescente. En el punto superior están las cifras de KINSEY sobre adultos que reflexionaban sobre su historia sexual. Aunque el 37% de los hombres y el 13% de las mujeres decían haber tenido "al menos alguna experiencia homosexual manifiesta hasta llegar al orgasmo entre la adolescencia y la edad adulta", sólo el 10% de los hombres y el 4% de las mujeres fueron más o menos exclusivamente homosexuales durante al menos tres años entre los 16 y los 55 años⁴¹. Un estudio intercultural de las pruebas publicadas hace diez años reducía ese índice a la mitad. Además, su autor, Mickey DIAMOND, concluía que "la mayoría de los individuos, la mayoría de las veces y durante la mayor parte de su vida, tienen relaciones sexuales sólo con hombres o con mujeres, no con unos y otras"⁴². Es decir, es posible que la experimentación sexual dure varios años, en especial durante la adolescencia o la primera madurez, cuando más aceptable es y menos significa; pero no persiste durante toda la vida.

Sin embargo, los estudios sobre la conducta sexual con personas del mismo sexo entre adolescentes y jóvenes arrojan unas cifras sorprendentemente más bajas que las obtenidas entre los adultos. Se suele decir que el índice de Estados Unidos está entre el 2 y el 4%⁴³. En el caso de los adolescentes, esta proporción aumenta con la edad, por ejemplo, desde menos del 1% entre los chicos de 12 años, hasta casi el 3% entre los de 18⁴⁴. Los jóvenes que previamente han mantenido relaciones heterosexuales también son más propensos a tener contactos con personas de su mismo sexo; un estudio sobre los estudiantes de Vermont mostraba que el porcentaje iba del 1% entre los estudiantes típicos, hasta el 7% entre los que habían tenido experiencias heterosexuales⁴⁵.

Casi siempre se encuentran diferencias de género. Son más los chicos que las chicas que hablan de conducta sexual con personas de su mismo sexo. Sin embargo, mientras la mitad de los chicos abandonan el sexo con otros varones pasada la adolescencia, y atribuyen su conducta a la curiosidad propia del adolescente o a la iniciación sexual, la mayoría de las chicas con contactos sexuales con otras chicas siguen buscándolos en la madurez⁴⁶. De ahí que la conducta sexual de la adolescente sea un mejor indicador de su futura sexualidad con personas del mismo sexo que en el caso de los chicos. Cuando las jóvenes que se identifican como heterosexuales buscan el sexo con otra mujer, suelen hacerlo ya en la universidad, no en el instituto, quizá porque a lo largo de la historia las chicas han contado con menos oportunidades y menor aquiescencia social para participar en actividades sexuales durante sus años de adolescencia⁴⁷.

⁴⁰ SELL, WELLS y WYPIJ, 1995; GANGESTAD, BAILEY y MARTIN, 2000; SANDFORT, 1997.

⁴¹ KINSEY, POMEROY y MARTIN, 1948; KINSEY y cols., 1953.

⁴² DIAMOND, 1993, pág. 306.

⁴³ HALPERN y cols., 1993; GAROFALO y cols., 1999; FAULKNER y CRANSTON, 1998.

⁴⁴ REMAFEDI y cols., 1992.

⁴⁵ DURANT, KROWCHUCK y SINAL, 1998.

⁴⁶ LAUMANN y cols., 1994.

⁴⁷ GAGNON y SIMON, 1973.

El índice prevalente de conducta sexual con personas del mismo sexo también varía en los diferentes contextos culturales. En estudios sobre adultos jóvenes griegos y británicos, en torno a un 3% hablaba de actividad sexual con personas del mismo sexo⁴⁸. Una encuesta internacional sobre personas de entre 16 y 50 años situaba los índices desde el 6% de los varones de Estados Unidos, hasta el 11% de los franceses, y desde el 2% de las mujeres de Reino Unido, hasta el 4% de las estadounidenses. En todos los países, eran muy pocos los adultos que decían haber tenido experiencias sexuales exclusivamente con personas de su mismo sexo durante los cinco años anteriores⁴⁹. Así pues, la mayoría de quienes mantienen relaciones sexuales con personas de su mismo sexo también las tienen con personas del otro sexo.

Un hecho innegable y bien comprobado es que la mayoría de las personas que durante la adolescencia tienen contactos sexuales con otras de su mismo sexo dicen en ese momento que son heterosexuales. Tal realidad plantea enormes problemas cuando se quiere reunir una muestra representativa de la población de "jóvenes gays", si la base para obtener la muestra es la conducta sexual con personas del mismo sexo. Es imposible saber en qué grado esta conducta, que se dice tener, representa la experimentación, y en qué medida emana de la orientación sexual de la persona.

¿Debe entenderse por homosexual a quien se identifica como gay, lesbiana o bisexual?

Pese al considerable número de jóvenes que tienen algún componente de una sexualidad orientada a su mismo sexo, menos del 2% de los alumnos de Bachillerato realmente se identifican como lesbianas, gays o bisexuales⁵⁰. Además, una vez que el adolescente se identifica como algo que no sea heterosexual, no hay garantía de que vaya a mantener esa identidad. Lisa DIAMOND, en su estudio sobre mujeres jóvenes a lo largo de 8 años, averiguó que el 60% había cambiado su identidad sexual al menos una vez, y casi el 50% había abandonado en un momento u otro su etiqueta de lesbiana o bisexual. Algunas reivindicaban la etiqueta de lesbiana o bisexual, y otras la de anteriormente heterosexual⁵¹. Las mujeres bisexuales y las que no asumían etiqueta alguna eran más proclives a pasarse a otra etiqueta. La categoría "sin etiqueta" era la que más se adoptaba (véase la Tabla 2.2)⁵². No es que esas jóvenes dejaran de sentirse atraídas por las mujeres, ni que consideraran que su identificación sexual anterior fuera una simple "fase". Lo habitual era que la relativa intensidad de la conducta sexual con personas del mismo sexo comparada con los deseos heterosexuales, unida a una relación seria y satisfactoria con un hombre, llevaba a esas jóvenes a identificarse como heterosexuales. Pero aunque así lo hicieran, seguían reconociendo su potencial activo para la sexualidad con el mismo sexo.

⁴⁸ COPAS y cols., 2002; PAPADOPOULOS, STAMBOULIDES y TRIANTAFILLOU, 2000.

⁴⁹ SELL, WELLS y WYPIJ, 1995.

⁵⁰ GAROFALO y cols., 1999; REMAFEDI y cols., 1992; LAUMANN y cols., 1994; SELL, WELLS y WYPIJ, 1995; GANGESTAD, BAILEY y MARTIN, 2000.

⁵¹ DIAMOND, 2000b, 2003a.

⁵² L. M. DIAMOND, comunicación personal, 12 de marzo de 2004.

La interpretación habitual de la inclinación a no identificarse como gay es atribuir ésta al estigma asociado a la identidad de persona a la que atraen otras de su mismo sexo. Raras veces se consideran otras posibilidades, pero en el último capítulo de este libro veremos algunas.

Tabla 2.2. *Cambios en la identidad sexual de las jóvenes*

	Abandonos	Adopciones
Lesbianas	25 %	19 %
Bisexuales	33 %	23 %
Sin etiquetar	33 %	37 %
Heterosexuales	10 %	21 %

Fuente: DIAMOND, 2003b.

¿Debe entenderse por homosexual a quien reconoce una orientación hacia personas de su mismo sexo?

Una muestra nacional y representativa de personas adultas ilustra algunas verdades bien conocidas. Primera, la proporción de personas que sienten atracción por las de su mismo sexo (8%) es considerablemente superior a la de quienes se identifican como gays, lesbianas o bisexuales (2%). Segunda, son más las que sienten esa atracción que quienes participan en actividades sexuales con las de su mismo sexo (7%)⁵³.

Tradicionalmente, entre los adolescentes las cantidades son inferiores, pero los porcentajes permanecen constantes. Aunque casi el 5% tiene fantasías sexuales con personas de su mismo sexo o siente una atracción dominante por éstas, sólo un poco más del 1% habla de una conducta sexual con personas de su mismo sexo o de una identificación y orientación sexuales gays o lesbianas⁵⁴. La edad puede marcar una gran diferencia en estas cifras. En un estudio sobre alumnos de centros educativos no universitarios públicos, el porcentaje de los jóvenes de 12 años que decían sentir predominantemente una "atracción homosexual" apenas sobrepasaba el 2%, para aumentar a partir de esa edad. El porcentaje se duplicaba entre los jóvenes de 15 años, y se triplicaba hasta más del 6% entre los de 18⁵⁵.

Y por último, la respuesta

Un reciente estudio representativo sobre adolescentes aporta información más útil sobre la frecuencia y la regularidad de varios dominios de la sexualidad entre personas del mismo sexo a lo largo del tiempo⁵⁶. La Tabla 2.3 resume la

⁵³ LAUMANN y cols., 1994.

⁵⁴ REMAFEDI y cols., 1992.

⁵⁵ *Ibid.*

⁵⁶ SAVIN-WILLIAMS y REAM, e.p.-a.

proporción de adolescentes que hablaban de una atracción amorosa con personas de su mismo sexo, una conducta y una orientación del mismo tipo, y una identidad gay o bisexual en las edades medias de 16, 17 y 22 años. (Los dos últimos dominios sólo se evaluaron en la 3.^a vez.)

Tabla 2.3. *Dominios a lo largo del tiempo*

Dominio sexual	Mujeres			Hombres		
	1. ^a vez	2. ^a vez	3. ^a vez	1. ^a vez	2. ^a vez	3. ^a vez
Atracción amorosa por personas del mismo sexo	5 %	4 %	13 %	7 %	5 %	5 %
Conducta sexual con personas del mismo sexo	1 %	1 %	4 %	1 %	1 %	3 %
Orientación sexual:						
Predominio heterosexual			10 %			3 %
Bisexual			3 %			1 %
Predominio homosexual			1 %			1 %
Homosexual			0,5 %			1 %
Identidad sexual:						
Lesbiana/Gay			1 %			2 %
Bisexual			3 %			1 %

Fuente: SAVIN-WILLIAMS y REAM, inédito-a

Media de edad: 1.^a vez: 16 años; 2.^a vez: 17 años; 3.^a vez: 22 años.

Considerando sólo la 3.^a vez, la cantidad de jóvenes gays que pueda haber depende de lo que se entienda por “gay”. Entre las mujeres, si “lesbiana” se define como conducta sexual con personas del mismo sexo o como una identidad lesbiana o bisexual, el 4% de ellas son lesbianas. Sin embargo, si el criterio es sentir cierto grado de atracción, entonces hay más del triple. Entre los hombres, si el factor definitorio son la conducta sexual con personas del mismo sexo o la identidad bisexual, la cantidad de gays es del 3% del total. Si la definición es la atracción que se siente por personas del mismo sexo, entonces hay casi el doble.

Estos datos longitudinales pueden quedar ensombrecidos por toda una serie de factores. Es posible que la imagen sea cambiante. Tradicionalmente, los jóvenes hablan de la misma proporción de atracción por personas del mismo sexo y de identificación gay cuando son adultos, pero un tanto menos de contacto sexual con otras de su mismo sexo (después de todo, la oportunidad que han tenido ha sido de menos años). Los datos de la 3.^a vez de la Tabla 2.3 y los resultados de dos estudios recientes indican una nueva tendencia. El porcentaje de jóvenes que dicen sentir atracción por personas de su mismo sexo aumenta de forma progresiva. En los datos de la 3.^a vez, eran el 6% (hombres) y el 15% (mujeres). Entre los universitarios de otro estudio, eran el 10% (hombres) y el 12% (mujeres).

res). Tal vez lo más significativo de la tendencia del grupo estudiado es que casi el 25% de las mujeres y el 20% de los hombres hablaban de “algún tipo de atracción” por personas de su mismo sexo⁵⁷. Entre los alumnos de bachillerato, el 6% sabe que “soy homosexual o bisexual” y, más sorprendente aún, el 13% (el doble tanto de chicos como de chicas) a veces o con frecuencia piensa en la posibilidad de ser homosexual⁵⁸.

Con todas estas pruebas en la mano, mi conclusión es la siguiente:

- Suponiendo que la orientación sexual se determina antes de la pubertad, se puede concluir con seguridad que al menos el 15%, y tal vez hasta el 20%, de todos los adolescentes tiene algún grado de orientación hacia personas de su mismo sexo.
- Menos de la mitad de estas personas se orientan exclusivamente o casi exclusivamente hacia otras de su mismo sexo.
- Los adolescentes que tienen algún grado de orientación hacia su mismo sexo superan con creces el 3-4% de los que asumen una identidad gay o bisexual, o el 3% de quienes dicen tener actividad sexual con otros de su mismo sexo.

Las discrepancias

La forma de entender que tenemos de cómo los adolescentes de cualquier orientación experimentan la sexualidad es asombrosamente primitiva. Tampoco sabemos gran cosa sobre cómo se establece la conexión entre el ámbito de su sexualidad y el de su vida en general. La atracción sexual se entiende como excitación física o como arranques eróticos, amorosos, espirituales, psicológicos o emocionales. Los adolescentes pocas veces mencionan su conducta sexual como característica que defina su yo sexual. Esta desconexión es algo de esperar. Paula RODRÍGUEZ RUST señala que las personas pueden tener fantasías románticas sobre una chica mientras practican el sexo con un chico, pueden flirtear con una chica mientras desean en secreto a su novio, y se pueden casar con un hombre sin dejar de practicar el sexo con una mujer⁵⁹.

Creo que en primer lugar debemos evaluar por separado cada dominio, y no tratar implícitamente a uno de ellos como representante de otro. Si nos seguimos inclinando por lo último, consideremos el informe de 1992 sobre los estudiantes de Minnesota⁶⁰:

- Sólo el 1% tenía una experiencia sexual con personas de su mismo sexo, pero la mayoría de esas personas también tenía una experiencia heterosexual.

⁵⁷ LIPPA, 2000.

⁵⁸ LOCK y STEINER, 1999a.

⁵⁹ RODRÍGUEZ RUST, 2001.

⁶⁰ REMAFEDI y cols., 1992.

- Las probabilidades de que una persona gay hablara de sexo heterosexual eran las mismas que las de una persona que se identificaba como heterosexual.
- De quienes tenían una conducta sexual con personas del mismo sexo, sólo el 27% se identificaba como gay.
- En total, el 1% se identificaba como gay, aunque pocos de ellos hablaban también de conducta con personas del mismo sexo.
- Casi el 5% decía que se sentía atraído principalmente por personas del mismo sexo; de ellos, sólo el 5% se identificaba como gay.
- La correlación entre una identidad sexual gay y una orientación hacia personas del mismo sexo era increíblemente baja: 0,1% en el caso de las chicas y 0,3% en el de los chicos.

Si estos datos nos dejan indiferentes, si las estadísticas no nos impresionan y seguimos sin creernos tan sorprendente realidad, veamos la Figura 2.2. en la que Lisa DIAMOND muestra la relación entre la atracción sexual y la conducta sexual en un grupo de mujeres jóvenes a las que estudió durante 8 años⁶¹. La línea diagonal representa el posicionamiento perfecto entre las dos; los puntos corresponden a las personas del estudio. Hay una relación entre las dos, pero dista de ser perfecta.

Pese a lo que podamos desear, la sexualidad raramente está perfectamente alineada durante los años de la adolescencia y tal vez ni siquiera más allá de ellos. No deberíamos ignorar estas complejidades y contradicciones de la sexualidad con personas del mismo sexo cuando aparecen en nuestros datos o en la persona que tenemos enfrente. ¿Pero qué puede hacerse con ellas?

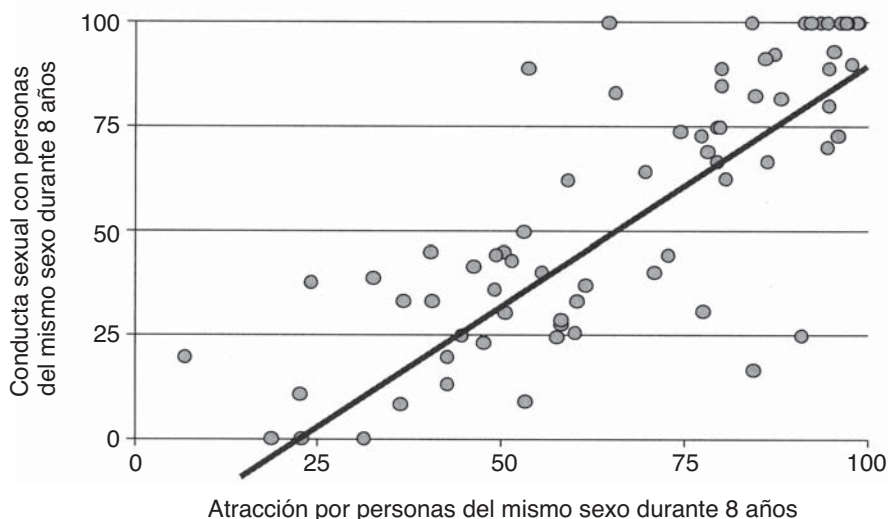


Figura 2.2. *Relación entre la atracción sexual de las mujeres y su conducta sexual.*

⁶¹ L. M. DIAMOND, comunicación personal, 12 de marzo de 2004.

Si lo que más nos impide comprender la sexualidad adolescente son los diferentes significados y conexiones asociados a diversos factores sexuales, entonces necesitamos estudios que evalúen estos significados y conexiones. ¿Cómo es la experiencia que los jóvenes de distintas convicciones sexuales tienen de los sentimientos hacia personas del mismo sexo, el conocimiento de ellas y las interacciones con ellas? ¿De qué forma contrastan estas experiencias con los componentes heterosexuales de esos jóvenes? Un enfoque innovador sería incorporar a los estudios a adolescentes de orientación heterosexual, en especial a quienes hablan de una atracción por personas del mismo sexo y de la correspondiente conducta.

Es posible que los adolescentes con mayor grado de una orientación subyacente hacia personas del mismo sexo busquen actividades con estas personas con mayor regularidad y deseo, y sean más propensos a optar por ellas frente al contacto con las del sexo opuesto. Esto sería menos cierto en el caso de los bisexuales. Por ejemplo, en el estudio de Vermont sobre los centros educativos no universitarios públicos, más de la mitad de los chicos con experiencias con personas de su mismo sexo decían que habían tenido no sólo un compañero, sino más de cuatro distintos. Poco más de la mitad de los chicos que se identificaban como gays o bisexuales, y tres cuartas partes de las chicas que lo hacían como lesbianas o bisexuales, decían haber tenido relaciones heterosexuales⁶². Sin embargo, estos encuentros tienden a producirse a una edad más avanzada, con menos compañeros, y por razones menos “lujuriosas” que en el caso de sus encuentros con personas del mismo sexo⁶³. Entre las jóvenes, el único indicador importante de una futura identidad sexual orientada a personas del mismo sexo era sentir mayor atracción por las personas del mismo sexo que por las del opuesto, lo cual, si la conducta sexual masculina se sustituye por la atracción femenina, reproduce los datos del estudio de Vermont⁶⁴.

Otro esfuerzo útil sería distinguir las características de los adolescentes que tienen predominantemente una orientación sexual hacia personas de su mismo sexo, y determinar cuáles de estos adolescentes adoptan una conducta acorde con esa orientación o se identifican como una minoría sexual. Quizá algunos indicadores de la infancia puedan predecir la identificación gay o la conducta sexual con personas del mismo sexo mejor que otros, o tal vez cuanto más tenga uno de esos indicadores mayor sea la probabilidad de que se identifique como gay o adopte la conducta correspondiente. Pudiera ser que el hecho de que uno posea unas determinadas características refleje fuentes diversas de la formación de la orientación sexual. La única variable de la infancia que ha recibido aunque sólo sea un atisbo de atención ha sido el grado en que la persona posee estas características sexuales atípicas, sea en la forma de moverse asociada a un sexo (“Este chico anda como una chica”), en la personalidad (“Es una chica demasiado extrovertida”), los intereses (“Este chico juega con muñecas”) o la carrera profesional (“Una mujer ingeniero”). Pero Lisa DIAMOND averiguó que los factores típicos de la infancia y la adolescencia que predicen la homosexualidad entre los

⁶² DU RANT, KROWCHUK y SINAL, 1998.

⁶³ SAVIN-WILLIAMS, 1998a.

⁶⁴ DIAMOND, 2000b, 2003a.

chicos, como el del contacto sexual con otros chicos a una edad temprana, muy pocas veces aparecían en las historias de las mujeres a las que atraían otras mujeres⁶⁵. O bien la tarea de predecir la orientación sexual de la mujer es más difícil, o no hemos sacado a la luz aún las variables de la infancia/adolescencia que son relevantes para la joven. En cualquier caso, es evidente la importancia de la sensibilidad al género.

Las consideraciones culturales complican aún más estas cuestiones. Por ejemplo, las actitudes paradójicas ante la relación sexual entre dos hombres son comunes en muchas culturas latinas, que pueden “permitir” que los hombres elijan a otros hombres como compañeros de sexo, siempre que se trate de una actividad privada y realizada con el único fin de satisfacer unas necesidades sexuales. La expresión pública del amor con una persona del mismo sexo o la profesión de una identidad gay son mucho más controvertidas. Además, el hombre latino puede buscar el sexo gay sin poner en peligro su identidad heterosexual (ni ante sí mismo ni ante los demás, incluida su pareja), si es el agente activo en el sexo anal, y el receptor en el oral. Debe mantener una conducta altamente masculina y no expresar ningún sentimiento hacia su compañero (por ejemplo, no besarlo). A los hombres que consienten en ser penetrados a menudo se los ridiculiza como *jotos*⁶⁶ (marica).

En última instancia, lo que más se necesita, aunque tal vez sea lo más difícil de conseguir, es que los adolescentes proporcionen una información cualitativa y exhaustiva sobre sus experiencias sexuales, y sobre lo que consideran el significado y la importancia de tales experiencias. La segunda de las mejores alternativas sería obtener tal información de adultos jóvenes relevantes que acaben de dejar atrás la adolescencia, estén lejos de casa y sean independientes, pero que no estén demasiado alejados de los recuerdos y las experiencias significativas. Es posible que la combinación de una mayor madurez y la exposición a diversas formas de entender la sexualidad con personas del mismo sexo hiciera que los entrevistados mostraran mejor disposición a hablar abiertamente de sus sentimientos y experiencias sexuales.

Lamentablemente, gran parte de los estudios sobre los adolescentes gays han ignorado a los otros muchos que tienen sentimientos homoeróticos. Como decía un investigador, esto nos ha llevado a investigar “no la homosexualidad, sino la auto-identificación como homosexual”⁶⁷. De modo que la gran mayoría de estudios citados en este libro se ocupan de quienes se identifican como gays, lesbianas o bisexuales. Tal realidad no supondría problema alguno si estos mismos jóvenes pueden representar realmente a quienes no se auto-identifican como tales.

La actual generación de adolescentes nos da razones para dudar de tal supuesto.

⁶⁵ DIAMOND, 1998.

⁶⁶ CARBALLO-DIÉGUEZ, 1997; CARRIER, 1995; MANALANSAN, 1996; SAVIN-WILLIAMS, 1996.

⁶⁷ MCCONAGHY, 1999, págs. 296, 302.

En el principio... estaba la juventud homosexual

El paso de no haber adolescentes gays a que los hubiera en gran cantidad prácticamente cogió desprevenidos a los especialistas en el desarrollo del adolescente. Para los profesionales de la medicina, fue un duro golpe inventar adolescentes gays, establecer en su profesión una conciencia de la existencia de tales jóvenes y una sensibilidad hacia ellos. La evolución del adolescente gay desde sus humildes inicios a principios de la década de 1970 no ha sido del todo imprecisa, a pesar de que los expertos, a menudo con la mejor de las intenciones, muchas veces han presentado a estos adolescentes como personas irremediablemente víctimas del sufrimiento y con inclinaciones suicidas. Ajenos a estos conocimientos sobre cómo se supone que se sienten, actúan y piensan, millones de adolescentes a quienes atraen personas de su mismo sexo siguen viviendo a diario con las mismas alegrías y las mismas penas que cualquier otro adolescente.

Se puede decir que la forma de entender de los profesionales a la adolescencia gay ha evolucionado a lo largo de cuatro períodos:

1. *Las décadas de 1970 y 1980.* En esos años, se reconoció la adolescencia gay como una categoría diferenciada de la adolescencia “normal”, casi como si la juventud gay pudiera constituir una especie distinta.
2. *Las décadas de 1980 y 1990.* En estas décadas, al adolescente gay se le asigna el papel del “suicida que sufre”; con ello se supone que reciben orientaciones sobre lo que pueden esperar de su vida.
3. *Principios de la década de 2000.* En la actualidad, se abre paso lentamente la aceptación de la posibilidad de que entre los adolescentes gays haya personas de gran resiliencia, capaces de adaptarse y orgullosas de su condición.
4. *El futuro.* Cabe esperar que, en el futuro, deje de existir la adolescencia específicamente “gay”, y que los individuos que se sientan atraídos por otros de su mismo sexo estén orgullosos de ser personas completamente corrientes, ni mejores ni peores que los demás adolescentes.

En el principio

Quienes se encuentran en los lados opuestos de la línea divisoria biológica-cultural referente a la invención de “el homosexual”¹ convienen en un hecho: los adolescentes que se sienten atraídos en sus sentimientos amorosos y eróticos por otras personas de su mismo sexo han existido siempre, en todas las culturas con registro histórico y en cualquier época. Sin embargo, ha sido sólo en los últimos tiempos cuando los jóvenes han incorporado esa atracción a su sentido del yo, lo han anunciado públicamente a sus amigos y familiares, y se han formado una identidad personal basada en tales deseos. La adolescencia gay es un invento moderno.

Historiadores y antropólogos han documentado la presencia de individuos pre-adultos con deseos orientados a personas de su mismo sexo. En varias culturas, para referirse a la amistad intensa y erótica entre chicas se utilizan las expresiones “impacto”, “amistad mami-bebé” y “amistad apasionada”². En este mundo femenino del amor y el ritual, las chicas representaban sus añoranzas emocionales no satisfechas (suponemos). Hoy, estas relaciones se nos antojan muy similares a las amorosas. En su momento y en su mundo, estos mismos idilios con personas del mismo sexo se consideraban aceptables, en parte porque pocos podían entender que lo que las chicas hacían tuviera algo que ver con el sexo. ¿Qué podrían estar haciendo? Pero, aun en el caso de que las relaciones carecieran de una actividad explícitamente sexual, había en ellas un deseo apasionado de contacto espiritual, emocional y físico. “Siempre estaremos juntas”. “Compartiré mi vida contigo”. “Quiero llenarte de besos”. Emily DICKINSON hablaba de esos deseos a su amiga ausente, Susie. También escribió:

[Quiero que] seas mía de nuevo, y que me beses como solías hacerlo... Siento que debo tenerte ahora, que la esperanza de volver a ver tu cara me excita y hace que arda de fiebre, y que se me acelere el corazón³.

Es difícil ignorar el tono homoerótico de esta carta.

Mejor se han entendido las relaciones de un chico con otro chico, en especial las de orientación explícitamente genital, y se les ha dado un llamado visto bueno. Las familias inglesas de clase alta, según una fuente, solían aceptar “la relación homoerótica no sólo como algo natural, sino deseable”, aunque raras veces se reconocieran en público tales relaciones. Algunas de esas vinculaciones evolucionaban hacia una relación sexual y amorosa adulta y de toda la vida⁴. En la civilización maya, no estaba fuera de lo común que los padres proporcionaran a su hijo varón un compañero, quizá esclavo, para que “atendiera sus necesidades”⁵. Actualmente en algunas culturas nativas de Estados Unidos, los chicos de sexo atípico, de quienes se pensaba que tenían dos espíritus, eran tenidos en gran estima, porque se creía que habían recibido el don de la masculinidad y el de la

¹ FOUCAULT, 1978.

² D'EMILIO y FREEDMAN, 1988; DIAMOND, 2000a; FADERMAN, 1981; SMITH-ROSENBERG, 1985.

³ FADERMAN, 1977, pág. 214.

⁴ BULLOUGH y BULLOUGH, 1980, pág. 123.

⁵ TANNAHILL, 1980.

feminidad. Se les permitía que vivieran como mujeres, de ahí que algunos tomaran esposo⁶. Y en la tribu sambia, de Papúa Nueva Guinea, el hecho de recibir el semen de un varón de mayor edad se consideraba una condición vital y prácticamente universal (obligatoria) para llegar a ser un hombre⁷. Lo que ocurría, sin embargo, es que algunos sambianos traspasaban los límites de lo que era una costumbre, y ofrecían voluntariamente su semen de forma regular.

En Estados Unidos, en las décadas 1940 y 1950, después de que Alfred KINSEY publicara sus estudios, era difícil que alguien afirmara que los adolescentes estadounidenses *no* tenían relaciones sexuales y *no* se enamoraban de otros de su mismo sexo. Algunos adultos admitían que esto les ocurría. Lord Baden-Powell, fundador de los *boy scouts*, en su años de formación tuvo sentimientos y conductas orientadas a personas de su mismo sexo. Según él mismo, fueron unos deseos que acabaron por desaparecer. Baden-Powell escribió sobre el carácter transitorio de la sexualidad “impura” en el manual *Escultismo para muchachos**, de 1908. Para eliminar tales impurezas, aconsejaba sumergir el “órgano racial” en agua gélida⁸.

Harry Snack Sullivan, eminente profesional de la medicina y la psicología, fue otro adulto de relevancia pública que se entregó personalmente a minimizar las consecuencias a largo plazo del deseo homosexual del adolescente. Concluyó que “la masturbación mutua y otras actividades presumiblemente homosexuales” se producían no entre aquellos que acababan por identificarse como “manifiestos homosexuales”, sino entre quienes (incluido él mismo) acababan por “casarse, tener hijos, divorciarse, y todo, cómo no, dentro de la mejor tradición de la sociedad americana”⁹. Así pues, a las relaciones sexuales entre compañeros de infancia se les daba poca importancia precisamente porque nada implicaban para la futura sexualidad de la persona.

Hasta principios de los años setenta del siglo pasado, la única cara de la adolescencia gay fue Lance Loud. Primera estrella de la televisión de los *realities*, en 1973 presentaba un retrato auténtico de sí mismo en el programa *An American Family* de la cadena PBS¹⁰. Su pelo color plateado, su extravagancia y su correspondencia con Andy Warhol coincidían mucho con el estereotipo que el público estadounidense tenía del “invertido sexual”. Lane era el adolescente gay inaceptable pero esperado.

El cambio que el homoerotismo ha experimentado desde 1973 hasta la actualidad no deja de ser revolucionario. Hoy es imposible encender el televisor sin que aparezcan personajes gays, insinuaciones gays, temas gays y anuncios gays. Según un artículo de 2001 de la revista *American Demographics*, los padres que hablaban con sus hijos sobre lo que significa ser homosexual eran más que quienes no lo hacían. Tres cuartas partes de los niños de entre tercero y quinto de primaria se sienten “muy” o “bastante” cómodos al hablar con sus padres sobre lo que significa ser gay. Entre los adolescentes más jóvenes, el porcentaje se acerca al 90%¹¹.

⁶ WILLIAMS, 1986, 1996.

⁷ HERDT, 1987.

* Editorial Oida, S. A., 1976. (*N. del T.*)

⁸ WHETCROFT, 1999.

⁹ SULLIVAN, 1953, pág. 256.

¹⁰ RUOFF, 2001.

¹¹ HALL y SIMMONS, 2001.

A continuación expongo una breve exposición de cuatro épocas de la juventud gay. En cada periodo, los aspectos de la vida de esos jóvenes considerados dignos de estudio, y los enclaves de donde los profesionales han obtenido a los sujetos de sus investigaciones han cambiado. La forma escogida por los profesionales para estudiar a los jóvenes gays ha conducido a sesgos que aún persisten.

Las décadas de 1970 y 1980: La invención

Los profesionales de la medicina y de la salud mental empezaron a considerar la existencia y la difícil situación de los adolescentes gays a principios de los años setenta del siglo pasado. Por lo general, los sujetos de sus estudios eran adolescentes varones en peligro, dedicados a la prostitución o al deambular callejero, y delincuentes. Estos jóvenes atribulados y en situación de riesgo eran los únicos adolescentes gays de los que se ocupaban los agentes y responsables de los servicios sociales. Nadie se preocupaba en particular de si eran representativos, o incluso típicos, de otros jóvenes con los mismos deseos y la misma conducta sexuales. En resumen, había que rescatar a esos adolescentes pesarosos, y los investigadores confiaban en que, al hacer pública su vida de indigencia, forzarían la creación de servicios que abordaran sus problemas. El simple hecho de que éstos estuvieran localizados ya era meritorio.

El primer estudio empírico sobre la adolescencia gay se publicó en 1972, en una revista de medicina. El estudio se centraba en sesenta jóvenes de entre 16 y 22 años, muchos de ellos procedentes del mundo de la prostitución de Seattle¹². Dada la composición de ese grupo, no era de extrañar que el número de encuentros sexuales que los entrevistados decían tener fuera muy elevado, de modo que, en algunos casos, se hablaba de más de 3.000 parejas. La mayoría de los chicos habían estado en un bar gay al menos una vez, eran reservados en lo que se refería a su sexualidad, y se sentían rechazados por la sociedad. Casi la mitad de ellos había acudido al psiquiatra, y había buscado asesoramiento sobre su salud mental. Cuando se les preguntaba cuál consideraban que era el mayor problema asociado con la homosexualidad, hablaban de la falta de aceptación en el mundo heterosexual y del rechazo que ellos mismos sentían hacia otros homosexuales. Para los jóvenes de aquel estudio, los homosexuales son inherentemente personas angustiadas y desesperadas por lo que son y por cómo tienen que vivir. La morbosa inclinación suicida reflejaba la profunda infelicidad de aquellos jóvenes. La agitación emocional era una necesidad evolutiva en la fijación de una imagen y un estilo de vida gays.

Durante quince años ese estudio siguió siendo la única investigación empírica sobre la vida de los adolescentes gays, hasta que, en 1987, Gary REMAFEDI, profesional de la medicina, publicó dos artículos sobre 29 chicos de entre 15 y 19 años¹³. Reunidos a través de medios de información de orientación gay y del departamento de sanidad local, REMAFEDI analizó los elementos que avivaban la

¹² ROESLER y DEISHER, 1972, pág. 1023.

¹³ REMAFEDI, 1987a; 1987b, pág. 336.

angustia de aquellos chicos y que los colocaban en una situación de riesgo, por problemas físicos y emocionales. En efecto, la mayoría de los sujetos de REMAFEDI habían pasado por el absentismo escolar, las malas notas, el consumo de drogas y las dificultades emocionales, y habían acudido a la consulta del psiquiatra o el psicólogo. Casi la mitad de ellos, en algún momento habían padecido una enfermedad de transmisión sexual, habían huido de casa o habían cometido algún delito. Casi una tercera parte había estado en el hospital por problemas de salud mental y había intentado suicidarse. La mayoría de los demás pensaban que en el futuro intentarían suicidarse. Pese a este perfil, REMAFEDI concluía que era “improbable” que su muestra estuviera sesgada hacia adolescentes mal adaptados. Creía que “la propia experiencia de adquirir una identidad homosexual o bisexual a una edad temprana sitúa a la persona en peligro de disfunción”.

Más o menos al mismo tiempo que se publicaban esas conclusiones, se crearon instituciones dedicadas a los adolescentes gays. La más destacable fue el *Institute for the Protection of Lesbian and Gay Youth* (IPLGY), creado en la ciudad de Nueva York en 1979 (hoy el *Hetrick-Martin Institute* y su filial *Harvey Milk School*). Pronto se crearon servicios sociales y grupos de apoyo comunitarios en otros centros urbanos. Estas instituciones se proponían atender las acuciantes necesidades físicas, educativas, terapéuticas y sociales de los jóvenes homosexuales. También constituyeron la primera reserva de posibles sujetos de estudio.

Uno de esos estudios trataba de analizar los problemas a los que se enfrentaban 2.000 jóvenes que llamaban por teléfono en busca de consejo y de atención a su situación crítica, o que acudían a los servicios del IPLGY. Se sentían aislados cognitivamente, emocional y socialmente, en especial de los miembros de su familia, por lo que se enfrentaban a la violencia, los abusos sexuales y el acoso de sus iguales. Los autores del estudio descubrieron que tenían “muchos síntomas de trastorno emocional [con] signos de depresión clínica: una total pérdida del placer, sentimientos de tristeza, trastornos del apetito y del sueño, lentitud en el razonamiento, una baja autoestima unida a una mayor autocritica y autoacusación, y unos sentimientos de culpa y fracaso expresados sin reservas”¹⁴. Se sentían solos en el mundo. Creían que nadie más tenía sus problemas ni sus preocupaciones.

Mary Jane ROTHERAM-BORUS dirigió otro grupo que estudió a jóvenes del IPLGY y contó con la financiación de los servicios federales que se ocupaban de la salud mental y la drogadicción. Muchos de los jóvenes de este estudio decían tener problemas de salud mental (tendencia al suicidio), de consumo de drogas y otros tipos de problemas: llevaban una conducta sexual peligrosa, se habían escapado de casa o de la escuela, y su comportamiento y aspecto distaban mucho de los típicos de su sexo. Una vez más, los investigadores afirmaban que “no hay pruebas de que la entidad atraiga principalmente a jóvenes con problemas”¹⁵.

Así pues, se habían asociado, incluso a propósito, los hechos de ser homosexual, joven y persona *con problemas*. Tal asociación hizo que prosperaran las grandes propuestas y justificaciones de mayores servicios educativos y de aten-

¹⁴ MARTIN y HETRICK, 1988, pág. 172.

¹⁵ ROTHERAM-BORUS y cols., 1992; 1995, pág. 77.

ción sanitaria mental. En efecto, según una reseña, los temas referentes a la juventud homosexual que más se trataban en los estudios que se publicaban en esa época eran la preocupación por la salud física —por ejemplo, las enfermedades de transmisión sexual—, el asesoramiento y la salud mental, la conducta de riesgo, el (bajo) rendimiento escolar y el (no) apoyo de la familia¹⁶.

En consecuencia, los abogados de la salud mental fueron cobrando conciencia progresivamente de las necesidades de estos afligidos adolescentes. Los datos de los estudios se empleaban para justificar la inclusión de los adolescentes homosexuales en las deliberaciones profesionales y en los servicios de médicos, terapeutas y pedagogos¹⁷. Un médico, Alan MALYON, exhortaba a los profesionales de la salud mental a que ayudaran a los jóvenes gays a superar su “empobrecida socialización”, para que se pudieran adaptar “a una identidad estigmatizada [que] es inherentemente problemática”¹⁸. Asimismo, el sexólogo Eli COLEMAN sostenía que los terapeutas deberían “ayudar a las personas homosexuales a reconocer y aceptar su identidad sexual, mejorar su actividad interpersonal y social, y valorar e integrar esta identidad al tiempo que viven en una sociedad predominantemente heterosexual”¹⁹.

Estos abogados pusieron de relieve las dificultades que generaba ser joven y homosexual. Esta imagen quedó fraguada (tal vez) sin que nadie se diera cuenta durante el Primer Simposio Nacional sobre Jóvenes Gays y Lesbianas. Celebrado en Minneapolis en 1986, en él se estableció que el campo de la adolescencia homosexual tenía entidad propia. El objetivo del encuentro, según su organizador, Gary REMAFEDI, era abordar las necesidades médicas, psicológicas y sociales de los jóvenes homosexuales, y crear una red nacional de servicios para ellos. Entre los ponentes había un padre, un asistente juvenil, un asistente social, un médico, un activista y un sociólogo. No había ningún psicólogo evolutivo, ningún especialista en desarrollo del adolescente, y sólo unos pocos especialistas en ciencias no aplicadas. No era de extrañar que la gran mayoría de las ponencias formales y de los talleres se centraran en los “retos” a que se enfrentan los adolescentes gays, entre ellos el desarraigo familiar, el rechazo de sus iguales, la prostitución, el consumo de sustancias químicas, los trastornos mentales, las enfermedades de transmisión sexual, el SIDA, y la necesidad de servicios médicos y diversas estrategias de prevención e intervención. Yo asistí a la conferencia como observador²⁰.

El repaso de la literatura que se produjo en esa época revela que, en general, pocos estudios vieron la luz en publicaciones sobre ciencias sociales de primer nivel y dirigidas a ese público específico. Además, esos primeros descubrimientos raramente se incorporaron al corpus de conocimientos dominante sobre la adolescencia, ni se citaban en los manuales sobre desarrollo del adolescente. Las razones de esta exclusión y esta marginación de los adolescentes gays del

¹⁶ RYAN, 2000.

¹⁷ COLEMAN, 1981-1982; JONES, 1978; MALYON, 1981; MARTIN, 1982; REMAFEDI, 1985; TARTAGNI, 1978.

¹⁸ MALYON, 1981, pág. 231.

¹⁹ COLEMAN, 1981-1982, pág. 42.

²⁰ Había impartido mi primer curso sobre los aspectos evolutivos de la homosexualidad dos años antes, y tres años antes recogí datos sobre los jóvenes gays (SAVIN-WILLIAMS, 1990).

campo del desarrollo del adolescente son objeto de debate, pero es muy posible que entre ellas estuvieran las siguientes:

1. Relativamente pocos esquemas de investigación cumplían con los estrictos requisitos metodológicos del estudio académico, particularmente en lo que se refería a la forma de reunir a la población objeto del estudio en cuestión, y a los instrumentos utilizados en la investigación.
2. La creencia, quizá de una mayoría de estudiosos, de que la homosexualidad no existía como entidad estable durante la adolescencia (al contrario, se consideraba algo experimental, una fase, una curiosidad) hacía que los editores de publicaciones periódicas no aceptaran los estudios que se les proponían.
3. Los investigadores no presentaban sus trabajos a publicaciones de prestigio porque no creían que fueran a ser considerados con seriedad y objetividad.
4. La mayoría de los investigadores eran personas del mundo médico y clínico y, naturalmente, presentaban sus trabajos a publicaciones especializadas. La consecuencia era que muchos especialistas en la adolescencia desconocían la existencia de esos estudios.
5. Gran parte de los mejores estudios no llegaron a publicarse porque los realizaban alumnos de doctorado que o no querían que se les colocara la etiqueta de gays, o pensaban dedicarse a la medicina clínica y, por lo tanto, tenían poco interés en que sus descubrimientos se publicaran.

En defensa de los estudios dominantes sobre la adolescencia y sobre su incapacidad de ser integradores, hay que decir que los criterios científicos que se solían aceptar no podían ignorar fácilmente el hecho de que todas las investigaciones sobre los gays más jóvenes se basaban en unos sistemas de investigación viciados, y utilizaban unas muestras pequeñas o sesgadas de aquellos que buscaban los servicios de salud mental o la ayuda de los agentes de apoyo sociales. En defensa de aquellos primeros estudiosos, hay que señalar que debieron sentirse tan satisfechos de poder acceder a adolescentes gays, que cualquier defecto en lo que al rigor metodológico se refiriera parecía relativamente irrelevante; el hecho de proporcionar información sobre esa población casi invisible ya era un logro admirable y satisfactorio. Las exhortaciones de orientación política sobre la necesidad de atender a los jóvenes homosexuales y las recomendaciones de unas directrices para los profesionales, despertaron la conciencia de muchos. No se consideró de forma seria si las conclusiones de los investigadores se podían generalizar al número muchísimo mayor de adolescentes “no marcados”, identificados como no gays pero que se sentían atraídos por su mismo sexo, y que no se ofrecían voluntariamente como sujetos de los diferentes estudios.

Cuando leía esta literatura a finales de los pasados años ochenta, no podía ignorar mi escepticismo. ¿En qué medida eran típicos aquellos jóvenes? ¿Cómo se podían obtener conclusiones sobre el desarrollo del adolescente gay de quienes más probabilidades tenían de padecer física, psicológica y socialmente? Desde una perspectiva puramente científica, las investigaciones estaban viciadas en su metodología, porque sólo incluían un número muy pequeño de lesbiana-

nas, bisexuales y varones homosexuales procedentes de centros de crisis (que atendían personas que voluntariamente daban ayuda y consejo a quienes se encontraban en situaciones difíciles), establecimientos benéficos que acogían a jóvenes desarraigados, grupos de apoyo y grupos activistas²¹. Pese a las garantías de los investigadores de primera línea y de quienes luchaban por la defensa de aquellos jóvenes, ¿cómo podía pensar yo legítimamente que los conocimientos sobre esos adolescentes que se reconocían angustiados, eran unos conocimientos típicos? Peor aún, no podía evitar un persistente recelo: quizá la información en realidad fuera contraproducente.

Pese a todo, lo que podemos llamar la “primera ola” de estudios sobre la juventud gay de las décadas de 1970 y 1980 se tradujo en algunos avances de utilidad:

- En 1972 se dieron las primeras especificaciones fruto de estudios sobre la juventud homosexual.
- En 1979 se inauguró el *Institute for the Protection of Lesbian and Gay Youth* de la ciudad de Nueva York.
- A finales de los años ochenta se multiplicaron los estudios a pequeña escala sobre la vida de la juventud homosexual “inusual”.
- Los profesionales de la salud mental y los pedagogos utilizan esos estudios para defender la sensibilidad hacia la difícil situación de los adolescentes gays.
- En 1986 se celebra en Minneapolis el Simposio Nacional sobre Jóvenes Gays y Lesbianas, en el que se reconoce formalmente la existencia de la juventud homosexual.

Las décadas de 1980 y 1990: El guión suicida

En los años ochenta sabíamos que los adolescentes gays existían. Aumentó de forma espectacular la cantidad de artículos sobre ellos publicados en diversas revistas, que pasaron de ser unos pocos en los años setenta, a ser cuarenta en los ochenta y más de cien en los noventa²². Aunque a finales de los ochenta se publicaron números especiales de revistas dedicados a la juventud homosexual²³, las que dominaban en el ámbito de las ciencias sociales se quedaron muy atrás. La primera revista sobre la adolescencia que dedicó un número especial a los jóvenes gays lo hizo en 1994²⁴. La revista insignia de la *Society for Research on Adolescence* publicó su primer artículo sobre la juventud homosexual en 1998²⁵.

Muchas de las primeras investigaciones de las décadas de 1980 y 1990 seguían obligadas a buscar a los sujetos de su estudio en entidades sociales o de atención a la salud mental. También eran comunes los estudios cualitativos a

²¹ SAVIN-WILLIAMS, 1994, pág. 262; véase también MUEHRER, 1995, pág. 75.

²² RYAN, 2000.

²³ *Journal of Adolescent Health Care*, 9(2), 1988; *Journal of Homosexuality*, 17(1-4), 1989.

²⁴ *High School Journal*, 77 (1994), seguido años después por *Journal of Adolescence*, 24(1) en 2001.

²⁵ SAVIN-WILLIAMS, 1998b.

pequeña escala, por ejemplo, en un estudio realizado en California sólo participaron cincuenta adolescentes gays y lesbianas, y en otro de Toronto, sólo veinticinco lesbianas²⁶. Pero las cosas empezaban a cambiar. Grupos de investigadores intentaban abordar el problema de la parcialidad de las muestras, pasando para ello cuestionarios a poblaciones escolares de Vermont, Massachusetts y Minnesota²⁷. Sin embargo, parecía que no eran conscientes de que buscar en los centros educativos públicos a los sujetos de sus estudios no garantiza necesariamente que una muestra representativa, o ni siquiera diversa, de adolescentes que se sientan atraídos por personas de su mismo sexo estén dispuestos a marcar el recuadro de identidad "gay" en el cuestionario en cuestión. En efecto, el investigador Theo SANDFORT sostenía que ninguna muestra podía ser auténticamente representativa, porque se desconocen las características básicas de lo que constituye la homosexualidad²⁸. Además, son muchos los factores que influyen en la decisión de destaparse o no. Una joven, por ejemplo, que crezca en el Medio Oeste o en el Sur es menos propensa que un adolescente de cualquiera de las dos costas a asumir el riesgo de etiquetarse como lesbiana²⁹.

En realidad, los adolescentes actuales que con toda decisión se identifican como gays en cuestionarios cumplimentados por alumnos no universitarios no son diferentes de los jóvenes gays de los pasados años ochenta: aquellos estudiantes "destapados", visibles, prestos a identificarse y en busca de ayuda. Aunque, por lo que yo sé, no se ha publicado ningún estudio en el que se comparen directamente los alumnos muy "destapados" con los más discretos, las encuestas realizadas en centros educativos no universitarios normalmente obtienen una respuesta de identificación como homosexual sólo de una fracción muy pequeña (1-2%) del total de la población adolescente que responde todo el cuestionario. Este porcentaje está muy por debajo de los cálculos sobre la población de quienes se sienten atraídos por personas de su mismo sexo. Así pues, es posible que los investigadores que sostienen que disponen de una muestra representativa de adolescentes homosexuales, porque los han obtenido en centros educativos no universitarios públicos, cuenten con unos participantes que coinciden con los estudiados en investigaciones anteriores y obtenidos de los grupos de apoyo a la juventud³⁰.

Otro grupo de investigadores de los años ochenta y noventa aplicaron sistemas de estudio más propios de las ciencias sociales. Y para ello, ante todo, reunieron a jóvenes de muy diversas procedencias. La consecuencia fue que se hicieron más visibles los adolescentes gays étnicamente distintos, lesbianas jóvenes, bisexuales y homosexuales de diversos países (Inglaterra, Francia, México, Brasil, Australia, Suecia). Se podían encontrar adolescentes gays en lugares públicos comunes, en fiestas de la comunidad, en reuniones de cualquier tipo de asociaciones, en redes de amigos y en conferencias de activistas. Varios de los estudios a gran escala se centraban menos en los problemas de salud

²⁶ URIBE y HARBECK, 1991; SCHNEIDER, 1989.

²⁷ DU RANT, KROWCHUK y SINAL, 1998; FAULKNER y CRANSTON, 1998; GAROFALO y cols., 1998, 1999; REMAFEDI y cols., 1998.

²⁸ SANDFORT, 1997.

²⁹ HEDBLÖM y HARTMAN, 1980.

³⁰ SAVIN-WILLIAMS, 2001a; SAVIN-WILLIAMS y REAM, 2003b.

mental y en los factores estresantes psico-sociales, y más en los específicos hitos culturales y evolutivos. Determinaron que los adolescentes gays tienen deseos y experiencias sexuales, desvelan su condición a los amigos y a los padres, y asumen compromisos amorosos³¹.

Si pongo tanto énfasis en la procedencia de las poblaciones objeto de estudio es porque creo que es importante. Una prueba de que así es la da Theo SANDFORT, quien comparó a varones *adultos* gays de los Países Bajos reunidos de forma aleatoria en una encuesta telefónica, con un grupo obtenido de entre lectores de revistas gays y miembros de organizaciones gays. Los primeros eran más religiosos, con un nivel de estudios inferior, más conservadores en política, más propensos a mantener una relación amorosa (que duraba más tiempo), y sexualmente menos promiscuos. La conclusión del autor es que sabemos muy poco sobre las personas que se sienten atraídas por otras de su mismo sexo “que no están vinculadas, sea de forma superficial o sólida, al mundo gay”³².

Lamentablemente, poco se sabe sobre los jóvenes que, por razones desconocidas, se auto-excluyen de los estudios. Quizá se sientan menos positivos en lo que se refiere a su sexualidad y se resisten a admitir una etiqueta de identidad socialmente condenada al ostracismo. Esto, sin embargo, no implica necesariamente que por ello estén peor mentalmente; sólo que siguieron trayectorias evolutivas distintas de las de sus iguales.

Es posible que su rechazo a identificarse refleje su creencia de que no son “jóvenes gays”, sino un joven que resulta que es gay. En esto coincidirían con el diseñador de *Queer Eye for the Straight Gay**, Thom FELICIA, que decía: “¿Sabes una cosa? Soy gay, pero mi sexualidad nunca ha sido la cualidad que me ha definido. Es simplemente un hecho. Mi vida la definen mis amigos y mis intereses, y ocurre que me apasiona el buen diseño”³³. Se niegan a que se los obligue a asumir una categoría de identidad con mucha carga sexual: que se los defina únicamente, o ante todo, por su sexualidad. Se niegan a ser deshumanizados. Se consideran simplemente *adolescentes*, y quieren que se los acepte como tales.

Es posible también que estos adolescentes homosexuales decidan no participar en encuestas y estudios por las mismas razones por las que los adolescentes no se ofrecen voluntarios para otros estudios científicos sobre la sexualidad. Tienen menos experiencia sexual. En lo que a la sexualidad se refiere, mantienen unas actitudes y unas ideas tradicionales. En su caso, la búsqueda de sensaciones sexuales es mucho menos acuciante, o quizá su libido sea menos intensa. Son más propensos a ser ellos mismos quienes controlen su conducta expresiva, incluida su sexualidad³⁴. Si algo de todo lo anterior es verdad —y es probable que lo sea dado su estatus fundamental de adolescentes normales—, entonces las muestras de jóvenes gays de los profesionales están distorsionadas.

Así pues, hay que ser cautos al evaluar el valor científico de los estudios publicados que se citan en este libro. Las críticas de los estudios realizados en

³¹ El primer estudio de este tipo se inició en 1983 (SAVIN-WILLIAMS, 1990); véase también D'AUGELLI, 1991a; HERDT, 1989; HERDT y BOXER, 1993.

³² SANDFORT, 1997, pág. 265.

* Véase página 22. (*N. del T.*)

³³ FINN, 2004.

³⁴ WIEDERMAN, 1999.

las décadas de 1980 y 1990 suscitaron muchos reparos, tanto teóricos como metodológicos³⁵. Entre los más pertinentes:

- una confianza exagerada en los datos recogidos de adultos gays sobre su adolescencia, en lugar de pruebas de cómo los adolescentes homosexuales “experimentan su vida tal como la viven, y no tal como la *recuerdan*”
- una atención de los estudios centrada de forma muy limitada en lo excepcional, como la conducta sexual atípica y el rechazo de los padres, en lugar de fijarse en lo normativo
- la incapacidad de hacer un seguimiento de las mismas personas a lo largo del tiempo, para entender mejor los procesos evolutivos
- una concentración en lo que hay de malo en la vida de los jóvenes gays, y no en las “características asociadas con la capacidad de aguantar las circunstancias adversas de la vida”
- percatarse de que para entender a los adolescentes gays en primer lugar hay que entender a la adolescencia en general (una percepción que aún hoy se ignora en gran medida)

Durante esos años en que leí los estudios empíricos publicados, consideré el saber de la literatura en que se daban consejos, y escuché a los expertos que supuestamente “sabían” de la juventud gay. Luego contrasté todos esos hallazgos con las respuestas que los jóvenes daban a mis encuestas, y con mis propias interacciones con grandes cantidades de jóvenes que se sentían atraídos por otros de su sexo, y empecé a tener dudas. ¿Qué estábamos haciendo exactamente los profesionales? ¿Es que todos los jóvenes que sentían atracción por personas de su mismo sexo no tenían el mínimo sentido del humor y padecían multitud de traumas? Quizá se habían adaptado a su biología y a su cultura heterocéntrica. Tal vez estaban *sanos*. Cabía la posibilidad de que los adultos estuviéramos equivocados.

Sin restar importancia a las experiencias de quienes se sentían angustiados, quería señalar que el ser joven y homosexual tenía otra cara. No todos los adolescentes de ese tipo eran suicidas. Quería argumentar en contra de un enfoque centrado en problemas, y en defensa de un punto de vista alegre por lo que de prometedor y diverso tienen los adolescentes gays. Éste era el mensaje que más deseaba que escucharan y se creyeran nuestros jóvenes. Si escuchaban a los expertos, temía que se dieran por vencidos, que llegaran a la conclusión de que su vida era inevitablemente angustiada, incluso que acabaran por suicidarse. No había duda de que existía una alternativa mejor³⁶.

Otros estudios compartían mis dudas y disponían de datos que las corroboraban. Muy profética fue una pequeña muestra de varones afroamericanos gays y bisexuales. La mayoría de ellos no se identificaban como homosexuales, y eran personas sanas, bien adaptadas, estables en su interacción asocial, sin necesidad de consejos. No querían que su sexualidad se hiciera pública, ni que su familia supiera que eran gays. Sin embargo —y tal vez sea esto lo más sorprenden-

³⁵ BOXER y COHLER, 1989, pág. 319, 321; véase también SAVIN-WILLIAMS, 1990.

³⁶ SAVIN-WILLIAMS, 1990.

te—, no se lamentaban de su sexualidad, sino que incluso se sentían orgullosos de ella³⁷. Se podría decir que los jóvenes de ese estudio fueron los precursores de la nueva ola de sujetos que se han prestado a diferentes estudios.

Sin embargo, la “segunda ola” de estudios sobre los jóvenes gays de las décadas de 1980 y 1990 no estuvo exenta de avances positivos. Entre ellos:

- un fenomenal incremento de los artículos de investigación con una mayor amplitud en la elaboración de las muestras
- la publicación de números especiales de revistas profesionales dirigidas a los jóvenes homosexuales
- la profusión de investigaciones a gran escala sobre la juventud gay
- el reconocimiento de la posibilidad de que los participantes en las investigaciones no fueran representativos de una población mayor de adolescentes a quienes atraían las personas de su mismo sexo
- la publicación de las primeras críticas metodológicas de los estudios existentes sobre los jóvenes homosexuales

El presente: Resiliencia

En los inicios del nuevo siglo, estaban en marcha una serie de innovaciones en lo que se refiere al estudio de los adolescentes homosexuales. Tal vez la más significativa fuera que se amplió la definición de lo que se entendía como adolescente “gay”. La primera insinuación de que tal tema pudiera ser de vital importancia provino de quienes estudiaban el SIDA. Pronto se dieron cuenta de que en esa pandemia era muchísimo más importante apuntar a las personas en situación de riesgo por su *conducta* sexual (por ejemplo, los hombres que tienen relaciones sexuales con otros hombres), que apuntar a grupos de riesgo por su *identidad* o sus etiquetas sexuales (por ejemplo, hombres “gays” o “bisexuales”). Así era en especial entre los afroamericanos y los latinos, que eran menos propensos que los blancos a aceptar una etiqueta socialmente estigmatizada para describir su conducta sexual con personas de su mismo sexo³⁸. También es posible que el hecho de limitar la inclusión en los estudios y en los programas de atención a los enfermos de SIDA a quienes se identificaban como “gays”, excluyera a muchos varones jóvenes que sólo tenían algunas características del “joven gay”, no todas. Se desconocían las posibles consecuencias de esa exclusión en la época del SIDA, pero se presumía que eran de gran calado.

En los estudios sobre las jóvenes también era de gran valor una definición más integradora. Durante su juventud, la mayoría de las mujeres en edad universitaria y que se sienten atraídas por otras mujeres cambian su identidad sexual, en algunos casos varias veces³⁹. Esta fluidez en la identificación sexual necesariamente desacredita los medios tradicionales de identificar a quién deba incluirse como lesbiana o bisexual. La vida sexual futura de las jóvenes sólo se puede

³⁷ EDWARDS, 1996.

³⁸ DOLL y cols., 1992.

³⁹ DIAMOND, 2003c.

prededir mediante la evaluación de la relativa intensidad del interés físico y amoroso por personas de su mismo sexo o del opuesto.

Así pues, al buscar a chicas jóvenes a las que entrevistar para mi último estudio, no partí de una etiqueta de identidad (“lesbianas y bisexuales”), sino de las descripciones de la atracción (“Si te sientes atraída física, amorosa o sexualmente por otras mujeres”). Confiaba en que con esta forma más integradora de reunir una muestra atraería a toda una diversidad de mujeres, que habrían tenido diversas historias de atracción por el mismo sexo y la consiguiente conducta, y no excluiría a las jóvenes que pudieran resistirse a identificarse como lesbianas o bisexuales pero que, pese a todo, reconocían una sexualidad con otras mujeres.

¿Cuándo conviene elaborar las muestras por las etiquetas de identidad sexual, y cuándo por la orientación o la conducta sexuales? Depende de lo que el estudio se proponga. Si, por ejemplo, lo que se propone se refiere a la discriminación o victimización, es posible que las etiquetas sexuales sean las adecuadas, ya que la identidad gay a menudo provoca esas reacciones. Sin embargo, si lo que se propone se refiere a los resultados conductuales, como el embarazo, las infecciones de transmisión sexual o el estatus de virgen, entonces las etiquetas de identidad sirven para muy poco; la conducta sexual tiene mucha mayor relevancia. Si se quiere comprender el desarrollo de la actuación cognitiva, la estructura del cerebro y la elección de carrera profesional, hay que optar por la variable de la persistencia y el objeto preferido de la excitación, el deseo y la atracción sexuales, en otras palabras, la orientación sexual.

Las consecuencias posibles cuando una chica le comunica a sus padres que es lesbiana, ilustra estas diferencias. Es muy posible que la reacción de sus padres configure cuál de esos dominios de la sexualidad sea el que les desvele. Consideremos los diferentes aspectos de su sexualidad que esta chica puede contar a su madre⁴⁰.

- Una declaración supuestamente universal y aparentemente de escasas consecuencias: “Mamá, tengo amigas a las que quiero mucho”.
- Una declaración de conducta, más seria que la anterior, pero que sigue pareciendo benigna: “Mamá, salgo con chicas”.
- Una declaración que previsiblemente va a preocupar a los padres porque define la homosexualidad y desvela que su “pequeña” ya sabe del sexo: “Mamá, me acuesto con chicas”.
- Una declaración de la identidad sexual con unas repercusiones evidentes para toda la vida y unos estereotipos negativos: “Mamá, soy lesbiana”.

Otro avance de los investigadores en los primeros años del siglo XXI es su progresiva disposición a usar nuevas estrategias de formación de muestras, en especial mediante Internet. Los adolescentes que no viven en comunidades académicas o zonas urbanas tienen acceso, mediante la Red, a mucha información nueva, incluida la referente a trabajos de investigación. Es más probable que se presten voluntariamente a participar en esos estudios a través de Internet, porque hay menos riesgo de que uno pueda destaparse. Es verdad que Internet tiene sus

⁴⁰ SAVIN-WILLIAMS, 2001b.

propios problemas. Sólo pueden participar quienes tengan acceso a la Red y sepan manejarse adecuadamente en ese medio. ¿Se traducirá tal circunstancia en una presencia exagerada de los más apocados, y una escasa presencia de los más lanzados en las muestras en cuestión? También es difícil verificar la autenticidad de la respuesta. El entrevistado que dice tener 13 años ¿realmente tiene esta edad, o es alguien de 64 años que simula tener 13? A pesar de estos problemas, Internet sigue siendo una herramienta formidable y útil, en especial para acceder a poblaciones ocultas, incluidas aquellas que, por sus características socialmente estigmatizadas, temen ser el centro de atención.

Quizá el esfuerzo más trascendental realizado por Internet es un estudio de los “jóvenes homosexuales y contestatarios”. Mil ciento noventa y nueve personas de setenta y cinco países, en su mayoría de habla inglesa, respondieron la encuesta *2000 OutProud/Oasis*. Casi el 30% de estos encuestados estaban “desatapados” sólo en Internet. La inmensa mayoría de ellos, el 85%, nunca habían participado en un grupo gay de apoyo. Los investigadores tradicionales, con el uso de los grupos gays de apoyo de los servicios sociales o la comunidad, habrían pasado por alto a la mayor parte de esos adolescentes⁴¹. Esta posibilidad de Internet de llegar a lo más difícil y recóndito, entre ello a las poblaciones rurales y a aquellos que comúnmente no se identifican como gays, era la razón principal que llevó a un grupo de investigadores australianos a utilizar la Red para su estudio nacional sobre “los jóvenes que se sienten atraídos por personas de su mismo sexo”⁴².

Hoy, los investigadores también disponen de la oportunidad única de utilizar preguntas que sondan aspectos de la sexualidad entre personas del mismo sexo entre *todos* los encuestados en varios estudios a gran escala. El *National Longitudinal Study of Adolescent Health* (“Add Health”, en su forma abreviada) pregunta sobre la atracción amorosa hacia personas del mismo sexo, la conducta sexual con chicas y chicos, y la identidad sexual, desde la de heterosexual a la de homosexual. Todo ello se lleva a cabo mediante el uso de cuestionarios asistidos por ordenador y audio, lo cual propicia la sinceridad y el anonimato. El investigador Stephen RUSSELL señala que estas medidas y técnicas probablemente abarquen una variedad mayor de alumnos de Educación Secundaria Obligatoria y Bachillerato que tienen un grado u otro de sexualidad de su mismo sexo, la mayoría de los cuales no se identifican como gays⁴³.

El hecho de que *Add Health* haga un seguimiento de los mismos estudiantes en el transcurso del tiempo apunta a otro avance de nuestros días: los investigadores están tratando de comprender la evolución de los procesos evolutivos a lo largo de la vida. A finales de los pasados años ochenta, se realizó un estudio longitudinal de dos años con personas procedentes del *Hetrick-Martin Institute*⁴⁴, sin embargo, los avances que se han producido en los últimos pocos años han facilitado muchísimo el sistema de investigaciones de seguimiento. Por ejemplo, el estudio longitudinal más ambicioso hasta la fecha incluye a más de quinientas personas gays, en lo que se conoce como “*The Q & A Project*”. Los investigado-

⁴¹ SAVIN-WILLIAMS y REAM, 2003b.

⁴² HILLIER y cols., 1998.

⁴³ RUSSELL y JOYNER, 2001.

⁴⁴ ROTHERAM-BORUS y cols., 1995, pág. 83.

res Tony D'AUGELLY y Arnie GROSSMAN están analizando las conexiones entre el acoso verbal y la violencia física en la salud mental, y la evolución de los hitos evolutivos. Estos estudios son posibles gracias a que hoy se puede mantener el anonimato, y a que éste, dada la creciente desestigmatización de la sexualidad con el mismo sexo, es algo opcional.

El trabajo longitudinal de mayor éxito probablemente haya sido el de Lisa DIAMOND. Participaron en él ochenta y nueve mujeres jóvenes de entre 16 y 33 años. Iniciado en 1995 con la previsión de una entrevista de seguimiento a los diez años, el 90% de las mujeres siguieron en el estudio⁴⁵. ¿Cuáles cree DIAMOND que fueron las razones de su éxito? Como ella misma me dijo:

La perseverancia es lo más importante. Realicé mucho trabajo de detective para seguir a las participantes cuando la información mediante el contacto no funcionaba. Sin duda, Internet ayudó mucho. Además, las jóvenes siempre se mostraron dispuestas a seguir participando, porque realmente les gustaba el proyecto. Quizá también ayudó el hecho de que por entonces yo estaba con los cursos de posgrado, por lo que tenía más o menos su misma edad. De modo que la distancia entre nosotras, en lo que al poder concierne, no era tan grande como la que media en las relaciones entre el investigador y el sujeto, lo cual es posible que ayudara⁴⁶.

Los planes de investigación también se están diversificando. Los estudios sobre los adolescentes gays han salido de lo que era un gueto y han llegado a las publicaciones de ciencias sociales, los manuales y la política pública dominantes. Los descubrimientos específicos sobre los jóvenes homosexuales están unidos a cuestiones psicológicas básicas y más amplias, como la de la sexualidad femenina, las trayectorias evolutivas, y los procesos evolutivos y sociales. Por primera vez, se puede vislumbrar una imagen más normativa, holística y sana de los adolescentes que se sienten atraídos por personas de su mismo sexo. Ya no son considerados únicamente como "si no existieran, ni como objeto del odio y la intolerancia"⁴⁷. Hoy, algunos estudiosos admiten que, quizá a pesar de las muchas posibilidades en contra, algunos adolescentes gays realmente son personas con gran resiliencia.

Así pues, los siguientes son avances actuales en los estudios sobre los adolescentes homosexuales:

- Las definiciones de la población con una sexualidad orientada al mismo sexo se han ampliado más allá de las etiquetas de identidad, para incorporar mediciones conductuales.
- Se han iniciado nuevas estrategias de elaboración de muestras, especialmente Internet y las encuestas entre públicos más amplios.
- Los sistemas de investigación longitudinal se han hecho más comunes.
- La diversificación de los planes de investigación es hoy una característica de muchos estudios.

⁴⁵ DIAMOND, 1998, 2000b, 2003b.

⁴⁶ L. M. DIAMOND, comunicación personal, 22 de junio de 2003.

⁴⁷ URIBE y HARBECK, 1991, pág. 12.

La ola del futuro: La normalidad

El retrato habitual de los adolescentes gays durante los últimos treinta años ha evolucionado, para pasar de una población asediada a la posibilidad de liberación. Cuando simplemente dejábamos que un grupo de adolescentes “contara su historia” se imponía el patetismo. Es comprensible que los investigadores, limitados a esos adolescentes atribulados, y como respuesta a ellos, escribieran un guión suicida. Sin embargo, es importante tener presente que, cuando hombres “homosexuales manifiestos” contaban su historia a Evelyn HOOKER, en su estudio políticamente sesgado y con motivaciones políticas, publicado en los años cincuenta⁴⁸, se produjo un resultado opuesto. Las conclusiones de HOOKER de que esos hombres mostraban una “adaptación media” contradecían la idea de una conducta reprobable y el diagnóstico de trastornos psiquiátricos que supuestamente eran inherentes a la condición de gay. En 1957, HOOKER señalaba que tomar las muestras de entre la población que asistía a terapia, amplificaba y generalizaba de forma desmedida los estereotipos de la inadaptación. Uno hubiera esperado que los estudiosos de la juventud homosexual tomaran nota de esta afirmación y convinieran en ella.

En su lugar, repitieron el mismo fallo. Los investigadores que analizaban a los jóvenes gays luchaban contra los monstruos de la discriminación y el prejuicio sexual, pero caían en la trampa sobre la que HOOKER les había advertido. No dudo de que esos estudiosos y profesionales de la salud mental intentaban ayudar a los adolescentes homosexuales, y no mostrar lo patéticas que eran las vidas de los jóvenes gays. Querían promover los programas de intervención y prevención que mejorarían la salud física y psíquica de la juventud gay. Lamentablemente, las consecuencias de su planteamiento, por mucho que no fueran intencionadas ni previstas, resultaron ser contraproducentes, y provocaron en ese campo de estudio un daño que ha perdurado durante décadas.

Y más grave aún es que ese planteamiento afectó a nuestras vidas. Un joven al que entrevisté en los pasados años noventa se preguntaba si debía o podía participar en mi investigación: “No creo que sea gay”, me dijo. “Aún no he intentado suicidarme”. Al ver que yo no podía ocultar mi sorpresa por sus palabras, añadió: “Bueno, he leído tantas cosas sobre el suicido de jóvenes homosexuales, que pensé que era un ritual para acceder a tal estatus”. Si el insoportable mensaje que transmitíamos a los jóvenes que estaban pensando en destapar su sexualidad era: “Prepárate a morir”, ¿quién iba a destaparse? ¿Aceptarían ella misma y los demás mejor o peor la sexualidad de esa persona? ¿Estaría orgullosa o avergonzada de su sexualidad?

Los investigadores que publicaron esas conclusiones negativas sabían lo que estaban haciendo. Eran conscientes de las limitaciones de sus muestras, de que habían reunido a quienes se encontraban en una situación de desproporcionado peligro de consecuencias sanitarias negativas y conductas de riesgo. Pero fueron pocos los que intentaron corregir esa imagen del adolescente gay angustiado⁴⁹.

⁴⁸ HOOKER, 1957, pág. 18.

⁴⁹ GAROFALO y cols., 1998, 1999.

Al contrario, se seguía el rastro del dinero —las subvenciones— para abordar explícitamente lo que había de *malo* en sus vidas, no lo bueno⁵⁰. Pese a todo, aquellos estudios produjeron algunos resultados positivos. Se creó una serie de organizaciones políticas, sociales y educativas dedicadas a mejorar la vida de los adolescentes homosexuales. Una vez que empezaron su actividad, se necesitaban nuevos datos para justificar su misión explícita: reducir la violencia y la discriminación contra los homosexuales. Formar a profesionales de la salud mental en lo que se refería a los adolescentes gays que vivían entre ellos. Entrar en los enclaves hetero-normativos (como el sistema escolar público) para alertar a la administración, al profesorado y a los iguales sobre los jóvenes homosexuales de su entorno, y de lo perjudicial que podría ser su conducta insensible y brutal. Demostrar y, por consiguiente, abordar la posibilidad de suicidio entre quienes luchaban con la sexualidad orientada a su mismo sexo.

En este tipo de entorno, la capacidad de los adolescentes que se sentían atraídos por personas de su mismo sexo de resistir la opresión y sus efectos y de adaptarse a ambos pasó desapercibida, sin que se registrara ni explicara. Y sin embargo, me parece evidente que muchos jóvenes que orientan su sexualidad hacia su mismo sexo viven la vida de forma muy similar a como la viven los de orientación heterosexual. Van al fútbol, se presentan a pruebas para ser animadoras, intentan entrar en el Consejo de Alumnos, discuten con sus padres y no saben qué ponerse. De algún modo, nosotros nos perdimos todo esto; pero no ocurrirá lo mismo en el futuro si los escuchamos cuando cuentan su vida.

⁵⁰ D'AUGELLI, HERSHBERGER y PILKINGTON, 2001; REMAFEDI, y cols., 1998; ROSARIO y cols., 1996.

¿Modelos o trayectorias?

Después de la creación de la juventud gay durante las décadas de 1970 y 1980, los profesionales de la medicina y la psicología clínicas desarrollaron unos modelos idealizados de cómo se llega a ser gay. La adolescencia resultó ser una época crítica en lo que se entendía como un proceso lineal y universal. Se propusieron unas fases prácticas y fáciles de recordar por las que se podía seguir la transición desde el reconocimiento, ya en la infancia, de una atracción por personas del mismo sexo, pasando por la aceptación del adolescente de su identidad gay, y hasta el compromiso y la integración durante la juventud y la madurez en esa identidad.

Estos modelos de “destaparse” o de “identidad sexual” empezaron como un goteo, para al final convertirse en una ola gigantesca, y no han remitido aún. Según mis cálculos conservadores, más de dos docenas de expertos han creado unos modelos distintos del desarrollo de la identidad sexual. Todo el mundo se ha sentido seducido por el atractivo intuitivo de concebir el desarrollo como una formulación simple y cerrada; algunos, por la posibilidad de alcanzar la fama¹. Pese a las prolíficas apelaciones a la excepcionalidad, en casi todas las construcciones de esas narrativas “modelo”, el paso del “pensar” gay al “hacer” gay y al “ser” gay se produce de un modo bastante uniforme. Se dice que la persona pasa de una sexualidad del mismo sexo privada (a veces desconocida para ella misma) a una sexualidad pública y completamente integrada en el sentido del propio yo. Se supone que las personas gays, en primer lugar, reconocen que son diferentes; después se dan cuenta de que tal diferencia podría estar vinculada a su sexualidad. En este punto, le ponen nombre, comunican su estatus sexual a los demás, e integran su sexualidad con el mismo sexo en su propio sentido del yo. Fácil, claro y evidente.

Estos modelos siguen siendo, hoy al menos, tan populares como lo fueron cuando se propusieron por primera vez, hace 30 años, y no se ve aún el final.

¹ COLEMAN, 1981-1982, págs. 32, 40; CASS, 1979, pág. 219; TROIDEN, 1984, pág. 105; ELIASON, 1996b, pág. 14, respectivamente.

Siguen apareciendo otras versiones “nuevas”. Promesas recientes son la de un *nuevo* “modelo integrador de asunción de la identidad lesbiana”, una *nueva* “perspectiva de la identidad social”, un *nuevo* “modelo integrador de la formación de la minoría sexual” y un *nuevo* “proceso multidimensional”².

¿De dónde proceden estos modelos de identidad sexual? Aunque nacen de diversas orientaciones teóricas, su fuente histórica y teórica decisiva, aunque raramente reconocida, es Erik ERIKSON, el “padre del desarrollo de la identidad”.

ERIKSON y el desarrollo de la identidad

Según el psicoanalista Erik ERIKSON, la tarea evolutiva singular de la adolescencia es consolidar una identidad personal³. La identidad de la persona empieza a evolucionar en la infancia y lo sigue haciendo a lo largo de la vida, pero la adolescencia es el momento crítico de su desarrollo. La tarea implica ampliar la percepción que la persona tiene de la identidad de su yo y sentir la continuidad de su existencia en el tiempo y el espacio. También es esencial que los demás reconozcan esa identidad y continuidad. Formarse una identidad no es algo estático ni inmutable; permite que los adolescentes sepan dónde han estado y adónde van.

El objetivo último es llegar al final de la adolescencia con un sólido sentimiento de un todo en funcionamiento. Es posible que tal proceso le resulte agradable al adolescente, aun en el caso de que la cultura desaprobe o condene el resultado (una identidad negativa), porque en la formación de la identidad el adolescente obtiene “un mayor sentido de unidad interior, con un incremento del buen juicio y de la capacidad de ‘hacer bien las cosas’ según sus propios criterios estándar y los de aquellos que para él son importantes”⁴.

Dados el contexto cultural y la época en que ERIKSON escribía (los pasados años cincuenta y sesenta), el desarrollo de una identidad *positiva* individual o de grupo que se fusionara en torno al estatus sexual, no figuraba en ningún inventario de posibilidades. Si los adolescentes se sentían marginados por su particular proceso de identidad, era posible que se alejaran de los ideales normativos, hacia una identidad *negativa* que frustraría y alienaría a sus padres. Una de estas identidades negativas es la identidad homosexual, una rebelión contra los valores paternos y una aceptación de “todas esas identificaciones y roles que, en fases críticas del desarrollo, se les habían presentado como totalmente indeseables o peligrosos pero, también, muy reales”⁵. Para ERIKSON, la homosexualidad es un intento negativo y desesperado de recuperar el control cuando las rutas hacia la identidad positiva parecen inalcanzables. A la persona le es más fácil estar segura de algo que sufrir una identidad confusa, aunque ese algo esté tan devaluado como la homosexualidad⁶.

² ELIASON, 1996b; COX y GALLOIS, 1996; FASSINGER y MILLER, 1996; HOROWITZ y NEWCOMB, 2001; MORRIS, 1997, respectivamente.

³ ERIKSON, 1968, pág. 50.

⁴ *Ibid.*, pág. 92.

⁵ *Ibid.*, pág. 174.

⁶ *Ibid.*, págs. 92, 96.

El modelo de identidad sexual de Cass

El modelo de desarrollo en seis fases de Vivienne Cass se ha convertido, casi por aclamación, en el punto de referencia estándar de los modelos de identidad sexual⁷. A diferencia de otros investigadores como ella, Cass pasa a pulir y ampliar el modelo que propuso por primera vez en sus días pre-doctorales, a finales de la década de 1970. La identidad sexual, según Cass, es un proceso evolutivo universal de seis fases (en la siguiente lista, obsérvese que hay que evitar la difusión o la negación, y hay que fomentar el análisis de la propia identidad y el avance hacia la síntesis de ésta)⁸:

1. *Confusión de la identidad.* La Fase 1 se inicia cuando la persona reconoce que sus sentimientos, acciones o pensamientos sexuales se pueden etiquetar de homosexuales, y termina con la declaración ante uno mismo de: “No, no lo soy” (negación de la identidad) o “Sí, lo soy” (exploración de la identidad). Se cuestionan las identidades sexuales anteriores, pero no se rechazan. En esta fase, la tensión emocional, el desconcierto y la ansiedad son algo habitual.
2. *Comparación de la identidad.* En la Fase 2, la persona compara sus sentimientos sexuales con los de otras personas y los acepta provisionalmente: “Pudiera ser”. La fase concluye con el reconocimiento de la identidad: “Probablemente lo soy”. Mediante el auto-examen y la retroalimentación de los demás, la persona evalúa esta posibilidad como deseable (auténtico sentido del yo), de costes excesivos (alienación de la familia y de los amigos) o como una aberración temporal (bisexual, un caso especial de deseo).
3. *Tolerancia de la identidad.* La Fase 3 empieza con una creencia provisional (“Probablemente lo sea”) y termina con la certeza, aunque sin una aceptación plena (“Lo soy, pero no quiero serlo”). La persona consigue ver mejor cómo afecta esta identidad a otros dominios del yo. Se establecen los primeros contactos con otros homosexuales y se informa a los heterosexuales con los que se tiene mucha confianza. Estas experiencias llevan a la persona tanto a devaluar o minimizar el contacto con otros homosexuales como a profundizar en la aceptación y compromiso con el estatus de homosexual.
4. *Aceptación de la identidad.* Quienes se encuentran en la Fase 4 tienen una imagen más clara y positiva de sí mismos como homosexuales. “No pasa nada. Soy homosexual”. Cómodos entre otros homosexuales, los que están en esta fase se destapan de forma selectiva, aunque es posible que se hagan pasar por heterosexuales (negación de la identidad). Las diferencias entre las reacciones positivas cuando se está entre gays y las negativas cuando se está entre homosexuales, conducen a la Fase 5.
5. *Orgullo por la identidad.* La incoherencia entre los mundos homosexual y heterosexual empujan a la Fase 5. El universo se dicotomiza entre lo gay (motivo de orgullo) y lo no gay (motivo de enojo): “Soy gay y estoy orgulloso de serlo”. Las inevitables confrontaciones favorecen las asociaciones con personas de ideas parecidas.

⁷ Cass, 1979, 1983-1984, 1990.

⁸ McCONNELL, 1994.

6. *Síntesis de la identidad.* En la Fase 6 se funden los yos homosexuales privado y público. Se consigue un sentimiento integrado del yo como homosexual con otros aspectos del yo. Ser homosexual es un aspecto importante del yo, pero no exclusivo: "Soy un poeta gay, no un gay poeta". La persona está en paz, se siente auténtica y no a la defensiva, y tiene unas interacciones positivas con quienes no son gays.

Objeciones

Los modelos de fases múltiples de la homosexualidad describen un despliegue inherente de la evolución, por lo que las diversas fases deben ser observables, verificables y uniformes en el tiempo y el espacio. La identificación gay, pues, es la misma para todos, y con un principio y un final discernibles. Las críticas a estos modelos surgieron casi en el mismo momento en que se publicó el primero. Han sido unas críticas amplias y profundas, en algunos casos virulentas, y normalmente muy agudas⁹. En su lado positivo, pocos negaron que la adolescencia gay se convirtió en objeto de la atención de los estudiosos debido en gran parte a los modelos de identidad sexual. Así pues, no se pueden desechar fácilmente las aportaciones de éstos. Mayor polémica suscita el tema de si esta aportación neutraliza las graves consecuencias negativas que los modelos generan en la comprensión del adolescente que se siente atraído por personas de su mismo sexo.

Quienes postulan modelos han reconocido en algunas ocasiones la posibilidad de que sus fases no reflejen un hecho absoluto. En este sentido, quizá quien más explícito haya sido sea el doctor Eli COLEMAN¹⁰. Sobre su secuencia de fases, advirtió que no se ajusta exactamente a la realidad, debido a la complejidad y la diversidad de la población gay. Algunas personas no son exclusivamente homosexuales. Otras no alcanzan una identidad integrada. Y otras permanecen estáticas en su desarrollo. La vida de las personas es mucho más caótica, fluida y compleja de lo que pueda indicar un simple modelo.

Richard TROIDEN proponía un modelo, que admitía que era idealizado, que permitiera a los profesionales de la medicina y la psicología atender las necesidades de sus pacientes lesbianas y gays¹¹. Las fases de su modelo no son más que puntos de referencia para la descripción y comprobación de las diversas hipótesis. El modelo de TROIDEN, más espiral que lineal, señala que las personas avanzan y retroceden entre las fases, y que no todas pasan por cada una de las fases o sub-fases. De modo que el desarrollo queda moderado por factores tanto externos (como el heterocentrismo y el prejuicio sexual) como internos (como la homofobia y las virtudes del carácter interiorizadas de la persona). Hasta la propia Vivienne CASS advertía que su modelo "no pretende ser el adecuado en todos los aspectos y para todo el mundo, ya que las personas y las situaciones son inherentemente complejas". Se producen variaciones en el ritmo de avance,

⁹ ELIASON, 1996a; GARNETS y KIMMEL, 1993; HOROWITZ y NEWCOMB, 2001; MCCONNELL, 1994; SAVIN-WILLIAMS, 1998a, 2001a; SCHNEIDER, 2001; SUPPE, 1984.

¹⁰ COLEMAN, 1981-1982.

¹¹ TROIDEN, 1984.

en los caminos que se toman, en las estrategias para afrontar la realidad en cada fase, y en el estado final que se alcanza¹².

Con todas estas reservas, incluso por parte de quienes han propuesto los modelos, resulta un tanto sorprendente que alguien realmente vaya a utilizarlos. Además, estas objeciones teóricas las han asumido los críticos de los modelos, que se limitan a formular la pregunta directa: “¿Son verdad?”, es decir, ¿la vida de las personas que se sienten atraídas por otras de su mismo sexo sigue unos modelos de identidad sexual? Al fin y al cabo, para ser útiles, los modelos deben reflejar la vida real, y no meramente hipótesis científicas.

El hecho es que la base empírica de estos modelos es extraordinariamente frágil. Un estudioso decía de ellos que parece que a las personas se las mete “a la fuerza en unas fases, en vez de procurar que las fases se ajusten a las situaciones de las personas”¹³. Tal vez los modelos sobrevivan porque intuitivamente parecen obvios, incluso ante unas pruebas que al parecer niegan su validez.

Una crítica, que muchos comparten, es que los modelos de identidad sexual son especialmente insensibles a la cohorte, el género y la etnicidad. Los estudiosos feministas no se han andado con rodeos en sus críticas. Acusan a los modelos de fases de ser una imposición del desarrollo del varón blanco dominante, de pretender ser normativos y de que se extrapolan injustamente al desarrollo de la mujer. La doctora Laura BROWN consideraba repugnante el simple intento de imponer uniformidad en el caos creativo de la vida de las mujeres¹⁴. Otros ven pocas pruebas de una “yo lesbiana esencial, de algún conjunto de experiencias exclusivamente lesbianas que se puedan descubrir mediante la introspección”¹⁵. No es infrecuente que las mujeres jóvenes, sea cual sea su orientación sexual, digan sentir cierto grado de atracción por otras mujeres, cuestionen su identidad, rechacen por completo las etiquetas de identidad o sean de identidad múltiple, y cambien las etiquetas a lo largo del tiempo¹⁶. La razón puede estar en cómo se socializan las jóvenes, en una amplia variedad exploratoria de intimidades conductuales y emocionales, que se traducen en el desarrollo de una identidad gradual, fluida y ambigua, carente de orden y de aspectos de la identidad privilegiados. Es posible que las chicas aborden la sexualidad con personas del mismo sexo de forma muy distinta a como lo hacen los chicos¹⁷.

Otros estudiosos están de acuerdo, y plantean dudas sobre si el modelo lineal es válido en el caso de las mujeres. Paula RODRÍGUEZ RUST evita por completo las fases de la identidad sexual, en favor de representar la vida de las jóvenes desde la perspectiva de la fluidez. Algunas de ellas, incluso quienes se identifican como lesbianas, tienen relaciones sexuales con hombres sin que ello perturbe su sentido de la sexualidad. O tienen relaciones con hombres durante períodos de duda y cuestionamiento de su identidad. La variación y la fluidez

¹² CASS, 1979, págs. 220, 235.

¹³ ELIASON, 1996a, pág. 53.

¹⁴ BROWN, 1995, pág. 19.

¹⁵ KITZINGER y WILKINSON, 1995, pág. 102.

¹⁶ COLLINS, 2000; ELIASON, 1996a; DIAMOND y SAVIN-WILLIAMS, 2000; TOLMAN y DIAMOND, 2001.

¹⁷ ELIASON, 1996b; DIAMOND, 1998, 2000b, 2003b; GONSIOREK, 1995.

son la norma, no la excepción. No hay frontera (artificial) claramente delimitada entre lesbianas, bisexuales y otras mujeres que consiga captar la esencia de sus vidas¹⁸.

La historiadora Lillian FADERMAN admitía la posibilidad de que algunas “mujeres homosexuales” mayores se ajustaran a los modelos¹⁹. Se identificaban como lesbianas en momentos ya avanzados de su vida, a menudo al participar en el movimiento feminista; el feminismo las llevó a evaluar de forma crítica las normas sociales que imponían la heterosexualidad. A diferencia de estas mujeres, que “se hicieron” lesbianas después de muchos años de relaciones heterosexuales y de matrimonio, las lesbianas de hoy cruzan al otro lado del camino más por razones de relación que políticas²⁰.

Otros han señalado que los modelos de destaparse parecen de mejor aplicación a unos grupos que a otros. Quizá los siguieran quienes entraron en la adolescencia en los pasados años sesenta y setenta, cuando se propusieron los modelos por primera vez²¹. El trabajo de orientación con jóvenes durante varias décadas convenció a John GONSIORREK de que los jóvenes actuales experimentan un proceso de desarrollo de la identidad truncado o más rápido, y se destapan a los demás mientras siguen siendo adolescentes. Sus vidas no reflejan fielmente las fases que se establecen en la literatura publicada. Por ejemplo, los jóvenes varones de hoy son más proclives que sus hermanos gays mayores a identificarse como homosexuales antes de tener relaciones sexuales con otro hombre. Estas diferencias no son intrascendentes. Los hombres gays que tienen relaciones sexuales con otros hombres antes de identificarse como gays, mostraban unos niveles superiores de homofobia interiorizada, más sexo y relaciones heterosexuales, y más compañeros sexuales masculinos²².

Una tercera crítica es que los supuestos imperantes sobre los modelos de identidad sexual son etnocéntricos, observa que el “progreso” se mide desde la perspectiva del movimiento a lo largo de un continuo compuesto por la mayoría de blancos. Los jóvenes afro-americanos, latinos, asio-americanos e indios nativos americanos están profundamente influidos por unos contextos culturales, de clase e históricos específicos²³. En sus comunidades, la identidad sexual puede ser estratégica y situacional, “en un proceso constante de negociación y renegociación como respuesta a los acontecimientos de la vida y a las fuerzas históricas y sociales”²⁴. La perspectiva de la fluidez de la identidad no encaja fácilmente en la mayoría de modelos de identidad. Sin embargo, para muchos adolescentes pertenecientes a minorías étnicas, las elecciones de una identidad raramente están bien asentadas y permanecen abiertas a la negociación. ¿Puedo vivir abiertamente como gay en mi comunidad étnica y conservar mi patrimonio étnico en la comunidad gay? ¿Estos términos de la identidad llevan consigo

¹⁸ RUST, 1992, 1993.

¹⁹ FADERMAN, 1984, pág. 86.

²⁰ KITZINGER y WILKINSON, 1995.

²¹ GONSIORREK, 1995.

²² DUBÉ, 2000.

²³ ESPIN, 1987.

²⁴ MANALANSAN, 1996, pág. 410; GREENE, 1994.

unas ramificaciones extra para los miembros más cercanos, y también los más lejanos, de mi familia? ¿Cómo puedo afrontar el racismo interiorizado de las comunidades gays?²⁵

Los estudios avalan estas críticas. El grado de autoaceptación y “destape” entre los varones jóvenes afro-americanos se refleja en si mantienen relaciones amorosas con un varón blanco o negro. Si las tienen con un blanco, lo habitual es que sean leales en primer lugar a la comunidad gay antes que a la negra, y en consecuencia contarán con menos apoyo familiar de la comunidad étnica. Si las tienen con un negro, tienden a sentirse alienados de la comunidad gay, y más conectados con su patrimonio étnico²⁶. Además, entre los actuales varones jóvenes afro-americanos existe una cultura de sexo no convencional pero discreto (*down low* [DL]) que, según los modelos de identidad sexual tradicionales, es regresivo, pero que refleja un nuevo medio de integrar la sexualidad con el sexo propio en la identidad afro-americana. La cultura DL se compone de hombres negros que mantienen una estricta conducta híper-masculina, una identidad heterosexual, unas relaciones heterosexuales, y una conducta con su mismo sexo. Se trata de un movimiento que desafía, e incluso ridiculiza, activamente la etiqueta de gay, que se interpreta como algo más propio de los hombres afeminados que de la conducta con personas del mismo sexo. Temerosos de “defraudar a toda la comunidad negra, a las mujeres negras, a la historia negra y al orgullo negro”, estos hombres deciden conscientemente ocultar a quienes no están en el ambiente sus deseos sexuales hacia personas de su mismo sexo²⁷.

En un estudio que realicé con Eric DUBÉ encontramos, entre los varones jóvenes, destacadas diferencias étnicas y de grupo en el ritmo y la secuencia de los jalones evolutivos. Por ejemplo²⁸:

- Los latinos adquirirían muy pronto conciencia de la atracción por personas del mismo sexo, no así los asio-americanos, que la adquirirían más tarde.
- Muchos afro-americanos, pero pocos asio-americanos, tenían relaciones sexuales homosexuales antes de identificarse como gays.
- Los asio-americanos iniciaban relaciones sexuales homosexuales a una edad más tardía.
- Los afro-americanos y los blancos eran más propensos que los asio-americanos y los latinos a tener relaciones sexuales con mujeres.
- Los afro-americanos y los asio-americanos eran los menos proclives a destaparse a los demás, en especial a los miembros de la familia.

Ante estos resultados, es fácil interpretar que ciertos grupos étnicos tienen mayor capacidad que otros para estar integrados en una identidad y, por consiguiente, estar más sanos. Sería un grave error. Los grupos no diferían en lo referente a la homofobia interiorizada. En otro estudio, los americanos japoneses

²⁵ CHAN, 1989, 1995; ICARD, 1985-1986; JOHNSON, 1982.

²⁶ JOHNSON, 1982.

²⁷ DENIZAT-LEWIS, 2003, pág. 31.

²⁸ DUBÉ y SAVIN-WILLIAMS, 1999.

raramente alcanzaban las fases finales de la integración en una identidad²⁹. Se ignoraba el hecho de que la cultura japonesa ofrece pocas oportunidades para que las personas sinteticen su identidad sexual mediante una presentación gay y visible del yo, o para que establezcan un sentido de la identidad gay. Es posible que, dentro de este contexto cultural, el hecho de destaparse a los demás o el de participar en el activismo político no sean indicadores realistas de la formación de la identidad sexual.

Las vidas de los jóvenes

Otra objeción, especialmente crítica, a los modelos de identidad sexual procede de los propios individuos. Cuando se analiza detenidamente, parece que son pocos los que siguen las secuencias propuestas.

Las doctora Joan SOPHIE ilustraba este hecho en los años ochenta en sus entrevistas con mujeres³⁰. Sólo citaré tres ejemplos:

- Nan vivió como exclusivamente lesbiana durante trece años, con dos relaciones amorosas de tres y diez años de duración, pero nunca se identificó como lesbiana. Empezó a salir con hombres porque buscaba la aprobación social y los privilegios heterosexuales. Decía no tener ninguna etiqueta sexual.
- Amy se hizo activista gay en la universidad, pero luego se dio cuenta de que era bisexual porque se enamoró de su mejor amigo (gay). Salió con unos cuantos hombres antes de decidir que su sexualidad no tenía por qué ser coherente con sus ideas políticas.
- Hi llegó a intimar con un chico en el instituto y vivió con él seis años, hasta los veintiuno. Durante ese tiempo inició una relación apasionada con una mujer, lo cual hizo que se cuestionara su heterosexualidad. La asociación con grupos de lesbianas la llevó a un período de exploración de su identidad. Al final se etiquetó como lesbiana, pero luego decidió que las etiquetas eran demasiado restrictivas. Para ella, la sexualidad ocupaba un lugar tan bajo entre sus intereses que terminó por decidir que lo mejor era no tener etiqueta.

Asimismo la mayoría de los chicos que entrevisté tampoco supo seguir las restricciones de los modelos de identidad sexual³¹. Aunque parecía que la media de edad en que alcanzaban los diversos hitos coincidía con la que indicaban los modelos del destaparse, la secuencia que seguían esos jóvenes dice todo lo contrario. La Tabla 4.1 muestra las edades medias en que tres de esos jóvenes alcanzaron los hitos. Las que siguen son sus historias.

²⁹ WOODEN, KAWASAKI y MAYEDA, 1983.

³⁰ SOPHIE, 1985-1986.

³¹ SAVIN-WILLIAMS, 1998a.

Tabla 4.1. *Edad en la que alcanzaron los hitos evolutivos: Ian, Matt y Sean*

	Atracción por el mismo sexo	Posiblemente gay	Etiquetaje	Asociación con gays	Relaciones amorosas
Ian	5	12	18	18	15
Matt	10	10	9	18+	18+
Sean	16	16	18	13	18
Media de edad	10,3	12,7	15	16,3	17

- Ian tenía la atracción por personas de su mismo sexo entre sus primeros recuerdos, pero su desarrollo sexual “se detuvo” hasta el inicio de la pubertad, cuando se dio cuenta de que sus sentimientos eran homosexuales. Eliminó de su mente tal conocimiento, hasta que se enamoró perdidamente de su mejor amigo, su primera relación amorosa auténtica. Para él, esto no significaba necesariamente que fuera gay ni que quisiera unirse a las personas homosexuales. Todo esto tuvo que esperar hasta que ingresó en la universidad.
- Como reacción a que le llamaban “maricón”, Matt entendió que debía de ser gay, y como tal se etiquetó a los 9 años. Sólo más tarde reconoció que sus pensamientos y sentimientos eran homoeróticos. Aunque ya tiene 18 años, nunca se ha enamorado de un hombre, ni ha destapado su sexualidad a los demás.
- Sean empezó a alternar con su hermano y sus amigos gays en octavo. De ahí surgió una experiencia sexual, que él quiso y que fue su primer recuerdo de una atracción y un sentimiento por personas de su mismo sexo. Cuando en primero de universidad se enamoró, se etiquetó como gay.

En resumen, las vidas de muchos hombres y mujeres jóvenes, si no de la mayoría de ellos, no encajan perfectamente en esas “narrativas modelo”³². La mayor parte de los modelos se centran inherentemente en los hombres, sin embargo, los estudios indican que ni siquiera consiguen caracterizar las vidas de los actuales grupos de hombres jóvenes que se sienten atraídos por otros³³. De los muchos jóvenes que entrevisté, sólo el 2% de los varones, y ninguna de las mujeres, aprobaban los modelos de identidad sexual publicados.

Revisión de los modelos de identidad sexual

Los modelos de identidad sexual contribuyeron a hacer de la adolescencia gay un campo de estudio, y apuntaron aplicaciones clínicas y políticas. Su utilidad, sin embargo, está en entredicho porque se ha demostrado que son incapa-

³² DIAMOND, 1998, 2000b, 2003b; véase también GOLDEN, 1996.

³³ SAVIN-WILLIAMS, 1998a.

ces de caracterizar de forma adecuada la dinámica vida de los jóvenes de hoy. Si un modelo de identidad sexual no rechaza explícitamente el universalismo y no incluye consideraciones contextuales, culturales e históricas, está condenado a ser una reliquia obsoleta de una época en que se pensaba que el desarrollo era universal y estaba predeterminado. Sin embargo, si los modelos tuvieran que seguir esas restricciones, ¿qué quedaría que valiera la pena conservar? ¿Existen en la vida de una determinada persona estos puntos de inicio y final bien definidos de la búsqueda de la identidad? ¿No será que los caminos, como dijo un escritor, “corren paralelos, se bifurcan, se cruzan y quizá se unen en un punto más alejado”³⁴? La idea de fases separadas inevitablemente pone entre paréntesis algo que no cabe en ellos. La vida de la persona es más que una categoría, y siempre se encuentra en un estado de flujo y auto-descubrimiento. La vida es dinámica y se reinventa continuamente; no se detiene en un punto final³⁵.

Si se quiere que los modelos de identidad sexual tengan futuro hay que afrontar varios problemas. En primer lugar, esos modelos normalmente asumen una tipología de dos variables. Homosexual o heterosexual. Escoja usted. Pero no escoja bisexual, ni sin etiqueta ni dado a practicar felaciones. Pero, aun en el caso de que sólo aceptemos dos opciones, ¿se ha prestado atención alguna vez a la porción heterosexual de la distribución bimodal? ¿Dónde están los modelos de identidad sexual heterosexual? ¿Cómo llega el adolescente a adoptar una identidad heterosexual? ¿Tienen los adolescentes siquiera una identidad sexual? Si no, ¿por qué no? ¿No deberían también luchar y evolucionar? Si no tienen por qué hacerlo, entonces el tener que avanzar a través de unas fases para lograr una identidad sexual hace de la persona alguien inherentemente desviado. ¿Qué ocurriría si el estigma que la homosexualidad lleva consigo se redujera o desapareciera? ¿Es que la identidad sexual sólo existe en presencia del estigma asociado a sexualidades heterodoxas? Aceptar la validez de los modelos de desarrollo para las personas homosexuales sólo implica sucumbir a los valores, las normas y las definiciones de la realidad heterosexuales³⁶.

Otro problema afín es que algunos heterosexuales cuestionan de verdad su orientación sexual y asumen conscientemente una identidad sexual³⁷. ¿Dónde está su modelo de identidad sexual? ¿Por qué ese cuestionamiento? ¿Debemos concluir que los heterosexuales que ponen en entredicho su identidad son enfermos por definición?

Es fácil culpar a los modelos de identidad sexual de simplificar en exceso un proceso complejo y en evolución. Es un error presumir que un modelo se puede aplicar a todo el mundo, sin tener en cuenta el sexo, la procedencia, el grupo, la etnicidad ni la corroboración empírica. El fracaso de estos intentos de reducir la realidad a modelos era inevitable. Un crítico acusaba a estos constructos de ser “estructuras que los investigadores imponen a los fenómenos” y de que “sólo pueden ser reales para sus inventores”³⁸.

³⁴ WEINBERG, 1984, pág. 81.

³⁵ BROWN, 1995, pág. 17; ELIASON, 1996a.

³⁶ COLLINS, 2000; WEINBERG, 1984; BROWN, 1995, pág. 18; RUST, 1992, 1993.

³⁷ FRANKEL, 2003.

³⁸ WEINBERG, 1984, pág. 78.

Pocas son las alternativas que reflejen la vida diversa, impredecible y en continuo cambio de los actuales adolescentes. Una de ellas, que yo defiendo, es una perspectiva de *trayectorias evolutivas diferenciales*.

Las trayectorias evolutivas diferenciales

Es tan poco lo que se sabe sobre el desarrollo de las personas que se sienten atraídas por otras de su mismo sexo, que creo que es irresponsable postular una teoría global. En su lugar, propongo lo que se podría llamar una estructura de “trayectorias evolutivas diferenciales”.

Trayectorias indica los caminos individuales probables que se dan en el tiempo y el espacio³⁹.

Evolutivas significa los hitos y procesos que se producen en el transcurso de la vida.

Diferenciales se refiere a la variabilidad inherente entre los individuos.

Esta estructura conserva las características reales de las auténticas experiencias que se tienen en la vida del adolescente, entre ellas la idea de hitos, incidentes transitorios, fluidez y desarrollo positivo. Un supuesto básico es que la sexualidad es un contexto válido para el desarrollo del adolescente (para todos los adolescentes, cualquiera que sea su orientación sexual).

Esta estructura descarta los tres siguientes supuestos anticuados:

1. La vida avanza a lo largo de una serie ordenada de fases secuenciales idealizadas.
2. No es necesario considerar la complejidad y la diversidad de los procesos evolutivos que configuran la vida.
3. La vida de los jóvenes se puede entender a partir de los estudios basados en una población de adolescentes muy escogidos (por ejemplo, aquellos que se identifican como gays).

La perspectiva de las trayectorias evolutivas diferenciales del desarrollo tiene en cuenta lo que se sabe y lo que no se sabe sobre la vida de los adolescentes atraídos por su mismo sexo. Por ejemplo, sabemos a qué edad aparece por primera vez la atracción por personas del mismo sexo, pero muy poco sobre el contenido, la intensidad, la fluidez o la influencia motivacional de esa atracción; tampoco sabemos cómo se experimentan e interpretan esos pensamientos, fantasías y deseos. Además, sabemos cuándo los jóvenes tienen las primeras relaciones sexuales con una pareja, pero muy poco sobre qué es una pareja o un acto sexual, sobre cómo se abordan las motivaciones opuestas a favor y en contra de las actividades sexuales, y sobre los diversos significados y repercusiones de la experiencia sexual. Y sabemos cuándo uno se cuelga por primera vez la etiqueta de gay o bisexual, pero muy poco sobre las razones a favor y en contra del

³⁹ STEINBERG, 1995.

auto-etiquetaje, sobre si se consideran identidades alternativas, sobre cómo interactúan la bisexualidad y la homosexualidad, y sobre si es sano proclamar una identidad sexual.

Para tratar estos temas, propongo cuatro principios básicos⁴⁰:

1. Los adolescentes que se sienten atraídos por personas de su mismo sexo son semejantes a todos los demás adolescentes en lo que a sus trayectorias evolutivas se refiere. Todos están sometidos a las influencias biológicas, psicológicas y sociales. Al centrarse exclusivamente en las consecuencias del homoerotismo se corre el peligro de atribuir erróneamente a la orientación sexual unas experiencias que son normales en el adolescente.
2. Los adolescentes que se sienten atraídos por personas de su mismo sexo se diferencian de los adolescentes heterosexuales en lo que a sus trayectorias evolutivas se refiere. Debido quizá a una constitución singular y biológicamente mediatizada y al heterocentrismo cultural (este último manifestado de forma especial en la negatividad hacia la conducta, el temperamento y los intereses sexuales atípicos), el desarrollo de los jóvenes que sienten atracción por los de su propio sexo es distinto del de los heterosexuales.
3. Los adolescentes que se sienten atraídos por personas de su mismo sexo varían entre ellos en lo que se refiere a sus trayectorias evolutivas, algo que puede ser similar a cómo los adolescentes heterosexuales varían entre ellos. La interacción de la sexualidad con el género, la etnicidad, la ubicación geográfica, el estatus socioeconómico y el grupo se traduce en trayectorias distintivas entre los adolescentes. Es imprudente caracterizar el deseo hacia el mismo sexo como algo monolítico: una única entidad con trayectorias y resultados evolutivos similares.
4. La trayectoria evolutiva de una determinada persona no se asemeja a la de ninguna otra persona. Dada la profunda diversidad inherente a las vidas individuales, las descripciones generales de diferencias y similitudes medias de un grupo pueden ser irrelevantes cuando se aplican a una determinada persona.

Los adolescentes son adolescentes

El primer principio —el de que los adolescentes que se sienten atraídos por personas de su mismo sexo son, en primer lugar y ante todo, fundamentalmente adolescentes y, por consiguiente, similares a todos los demás de esa edad de forma importante desde el punto de vista de la evolución— puede parecer tan obvio que no necesite más aclaraciones. No obstante, tal perspectiva se suele perder en las descripciones que se hacen de sus vidas. Los adolescentes viven en unos contextos históricos y culturales precisos, y dentro de unos sistemas y unas limitaciones biológicas esenciales. Durante la infancia, la adolescencia y, al final, en

⁴⁰ SAVIN-WILLIAMS, 1998a, 2001b; SAVIN-WILLIAMS y DIAMOND, 1999.

la madurez, experimentan y afrontan transiciones e hitos evolutivos propios de cada edad. Es verdad que la genética individual varía y que las influencias sociales son, en cierto grado, específicas de cada persona, pero la mayoría de los adolescentes comparten la mayor parte de las características y los procesos evolutivos.

En general, los adolescentes que sienten atracción por personas de su mismo sexo son neurológica, anatómica y químicamente indistinguibles de otros adolescentes. Alcanzan la que será su estatura y la madurez genital durante la pubertad, desarrollan nuevas formas de pensar, y acumulan conocimientos exactamente igual que lo hacen otros jóvenes. También al igual que otros adolescentes, deben ocuparse de las relaciones con sus padres y sus iguales. Los adolescentes de todas las sexualidades piensan en todo lo relativo a la intimidad sexual y emocional y lo analizan. Confían en encontrar a un amigo o una amiga, alguien con quien entablar algo más que amistad, y conocer a otros “como yo”. No se han encontrado diferencias asociadas a la orientación sexual relativas a la química del amor, el grado de autoestima, la seguridad en uno mismo, el grado de estrés, la disponibilidad de ayuda, y la cantidad de relaciones amorosas⁴¹. Cualquiera que sea la orientación sexual, los jóvenes piensan en su futuro educativo y profesional, desarrollan un sistema de valores éticos y de conducta y quieren libertad para ser ellos mismos.

Se dice que los adolescentes que se sienten atraídos por los de su mismo sexo, comparados con sus iguales heterosexuales, tienen una vida con mayores dificultades y pesadumbres, incluidos el suicidio y la depresión. Resulta tentador relacionar el suicidio con el prejuicio sexual, pero supone pasar por alto aquellas circunstancias que sitúan a todos los jóvenes, cualquiera que sea su sexualidad, en situación de riesgo⁴², entre ellas algunas como la dificultad de ocuparse correctamente de las relaciones sociales con sus iguales, el hecho de vivir en una familia descompuesta y con pocas esperanzas de conseguir de ella ayuda o comprensión, padecer alguna enfermedad mental, consumir sustancias tóxicas, y ser testigo de intentos de suicidio de otras personas⁴³. La sexualidad *per se* raramente es causa de suicidio. Si se quiere saber qué adolescentes homoeróticos corren mayor peligro de suicidio, hay que abordar cuestiones que afectan negativamente a todos los adolescentes.

Algunas distinciones

Los adolescentes que se orientan a su mismo sexo se pueden diferenciar de los heterosexuales por su constitución biológica y sus experiencias de socialización. El grado en que así sea y, si lo es, qué importancia evolutiva pueda tener, son cuestiones controvertidas.

La hipótesis es que las diferencias de orientación sexual son, en cierta medida, resultado de los orígenes genéticos o medioambientales prenatales⁴⁴. Es

⁴¹ SAVIN-WILLIAMS, 1990; HILLIER y cols., 1998; DIAMOND y LUCAS, 2002.

⁴² SAVIN-WILLIAMS, 2001c; SAVIN-WILLIAMS y REAM, 2003b.

⁴³ SHAFFER y cols., 1995.

⁴⁴ COHEN, 1999, 2002, 2004; ELLIS, 1996a, 1996b; HERSHBERGER, 1998.

posible que las personas homoeróticas no consigan seguir la canalización normativa de su propio sexo, lo cual indica que, por definición, deberían ser biológicamente distintas de las heterosexuales de su sexo. En este planteamiento se suele ignorar que las personas homo y heterosexuales comparten más similitudes que diferencias en su configuración biológica. Además, pocos son los que reconocen que la sexualidad de los que se sienten atraídos por las de su mismo sexo es diferente de la de los heterosexuales, con mayor frecuencia, en lo que se refiere al grado que al tipo.

Aunque son pocos los investigadores que postulan que todos los individuos homoeróticos varían en la misma medida en su desviación de la biología típica de su sexo, algo tuvo que “ocurrir”, desde una perspectiva estrictamente biológica, para crear a un individuo no heterosexual. Ese algo se debería manifestar en unas variaciones anatómicas, neurológicas y hormonales atípicas del sexo distintas, que de forma inimitable configuraran la presencia física, las percepciones, las cogniciones, los sentimientos, el temperamento, la conducta, las habilidades y hasta los intereses profesionales del adolescente. Por ejemplo, todo un cuerpo de literatura empírica señala que las personas homosexuales difieren de las heterosexuales en el tamaño de determinados núcleos del hipotálamo, en los niveles hormonales durante períodos críticos de la vida prenatal, cuando se conforman los rasgos particulares relativos al sexo, y en características físicas como la ratio entre hombro y cadera, la de la longitud de los dedos, los patrones de las huellas dactilares, el hecho de ser diestro o zurdo y las habilidades acústicas⁴⁵.

El retrato biológico de la sexualidad homoerótica muestra a ésta como una inversión fundamentalmente sexual. Es decir, los chicos gays, en algunos aspectos, en realidad son chicas heterosexuales con pene; y en algunos aspectos, las chicas lesbianas en realidad son chicos heterosexuales sin pene. A veces tal idea se lleva demasiado lejos. Por ejemplo, una característica vinculada al sexo biológico es la edad en que se alcanza la pubertad. Siguiendo el modelo de la inversión sexual, los chicos homosexuales deberían tener un inicio muy temprano de la pubescencia, porque las chicas inician la pubertad varios años antes que los chicos; y las chicas lesbianas deberían tener un retraso en su pubescencia, reflejo del inicio más tardío de ésta en los varones. En un estudio se descubrió que, en efecto, los varones homosexuales y bisexuales experimentan el inicio de la pubertad seis meses antes que los heterosexuales. Ante tal realidad, se formuló la hipótesis de que se trataba del resultado de las diferencias en las “estructuras relevantes del sistema nervioso (por ejemplo, los lugares del hipotálamo anterior)” entre los varones homosexuales y heterosexuales. En el caso de las mujeres no se confirmó una conclusión similar, y recientemente se rebatieron los datos referentes a los varones⁴⁶.

El ejemplo de la edad en que se inicia la pubertad destaca la tendencia de los estudios biológicos a centrarse en las características exclusivas de la no heterosexualidad. La tesis no es que todos los chicos que se sienten atraídos por hombres inician la pubertad de forma atípica según su sexo, sino que, en lo que a la población se refiere, las diferencias de orientación sexual son evidentes. Es decir,

⁴⁵ MUSTANSKI, CHIVERS y BAILEY, 2002; RAHMAN y WILSON, 2003.

⁴⁶ BOGAERT, FRIESEN y KLENTROU, 2002, pág. 78; SAVIN-WILLIAMS y REAM, e.p.-b.

no se puede predecir que un determinado chico sienta atracción por los de su mismo sexo mediante la simple evaluación de la edad en que inicia la pubertad. La “anomalía” de las adolescentes, que realmente se comportan en contra de la predicción biológica, al hablar de una edad un tanto *anterior* del inicio de la pubertad en relación con las chicas heterosexuales, sigue sin explicarse, excepción hecha del principio genérico y relativamente sin significado de que en la orientación sexual de mujeres y hombres inciden procesos diferentes.

Un segundo factor que se dice que es diferente en los heterosexuales y los homosexuales es el impacto de la socialización. Se dice que crecer en el seno de familias, entre amigos íntimos, escuelas, organizaciones religiosas y sistemas jurídicos que dan por supuesta y prescriben de forma exclusiva la heterosexualidad, influye en el desarrollo del adolescente. Se cree que el efecto se produce realmente no sólo en quienes tienen unos deseos evidentes dirigidos a personas de su mismo sexo y que asumen una identidad gay, lesbiana o bisexual, sino también en quienes albergan su identidad homosexual únicamente en el subconsciente.

A los investigadores les resulta difícil evaluar las consecuencias culturales de las diferencias en la orientación sexual, no obstante, se cree que son inevitables, pues así parece dictarlo la intuición. Aunque los adolescentes de todas las sexualidades quieren sentirse relacionados y apoyados, es muy posible que lo que sea exclusivo de los adolescentes que se sienten atraídos por personas de su mismo sexo es el esfuerzo que se requiere para encontrar a otros con esta misma orientación sexual, y la dificultad que ello supone. Los estudios señalan que los jóvenes que se identifican como gays tienen unas redes sociales de menor tamaño, les preocupa más la pérdida de amigos por culpa de su sexualidad, creen que pueden disponer de menos relaciones amorosas, experimentan una mayor probabilidad de relaciones tensas con sus padres, y califican de forma más negativa el clima y la aceptación en sus centros escolares⁴⁷. Cuando en éstos se oyen el comentario: “Eres muy gay”, es más probable que se sientan afectados porque saben que, en efecto, “son muy gays”, frente a los alumnos heterosexuales, que saben que, en su caso, tales comentarios son falsos.

Tony D'AUGELLI ha dedicado gran parte de sus estudios a documentar cómo la negatividad cultural, especialmente en forma de acoso y violencia verbales y físicas, configura al joven gay⁴⁸. Sostiene que la victimización hace que adolescentes ya de por sí vulnerables se sientan más deprimidos, más solos y alienen un deseo suicida más agudo. Incluso los mensajes sutiles y callados sobre la inaceptabilidad de la homosexualidad pueden tener un efecto negativo, en especial durante los frágiles años de la infancia y la adolescencia. El rechazo por parte de los *boy scouts*, de los deportistas o de las animadoras de la escuela, provoca que los adolescentes pierdan las posibles fuentes de apoyo, comodidad e interacción social, a las que sus iguales heterosexuales pueden acceder con mayor facilidad.

No estoy diciendo que todos los adolescentes que se sienten atraídos por personas de su mismo sexo reaccionen idénticamente, y ni siquiera negativa-

⁴⁷ HILLIER y cols., 1998; RUSSELL, 2002; SZALACHA, 2001.

⁴⁸ D'AUGELLI y GROSSMAN, 2001; D'AUGELLI, HERSHBERGER y PILKINGTON, 2001.

mente, a la realidad cultural del género y la expresión sexual. Tampoco ignoro el hecho de que algunos jóvenes heterosexuales se enfrentan a retos de parecida dificultad cuando adoptan conductas hombrunas o afeminadas, o deciden no seguir el guión heterosexual tradicional, sino que desean, por ejemplo, seguir solteros y centrarse en su carrera profesional. Lo que sí creo, sin embargo, es que tales decisiones y conductas son más inevitables y más difíciles para los adolescentes atraídos por los de su mismo sexo. Los dilemas pueden impregnar su vida cotidiana de una forma que no se produce entre los adolescentes heterosexuales, quienes pueden expresar libremente su sexualidad sin tener que pensarla antes ni justificarlo, y sin miedo al escrutinio o la evaluación.

Una realidad no monolítica

El supuesto de los dos primeros principios, tanto de la igualdad como de la diferencia entre los adolescentes atraídos por el mismo sexo o por el opuesto, oculta con excesiva facilidad la increíble cantidad de variaciones que se producen *dentro* de cada población. El análisis de estas variaciones es el campo de estudio sobre las minorías sexuales más prometedor.

Las formas en que los adolescentes orientados a su mismo sexo varían entre ellos mismos pueden ser o no una imagen especular de las divisiones que se observan en las historias evolutivas de los heterosexuales. El número de características que comparte una determinada subpoblación es ilimitado. Entre ellas hay macro factores —como el género, la etnicidad, el grupo y la clase— y micro factores, como las destrezas físicas, las características de la personalidad y las experiencias reales. En muchos casos, estas características son tan comunes en un grupo dado que hacen que cualquier diferencia entre las orientaciones sexuales sea trivial. Es decir, cuando se consideran las características y el estatus de miembros de un grupo definible de los adolescentes que sienten atracción por personas de su mismo sexo, es posible que éstos se asemejen más a sus iguales heterosexuales que a otras personas homosexuales.

Las posibilidades de caminos divergentes son inacabables. Bastarán algunos ejemplos. La adolescente media, en sus relaciones íntimas, alcanza niveles de familiaridad, sensibilidad y empatía superiores a los del adolescente varón medio, sea cual sea la orientación sexual de una y otro. Tal vez como consecuencia de ello, son más las relaciones amorosas de las chicas que las de los chicos homosexuales que evolucionan a partir de la amistad y se caracterizan por una intimidad emocional⁴⁹. Un chico que se sienta atraído por los de su mismo sexo se asemeja más a otros chicos que a las lesbianas en su preferencia por el sexo lujurioso o novedoso más que por el romántico. Es decir, el género se impone a la orientación sexual.

Como señalaba antes, entre los diversos grupos étnicos, los asio-americanos son quienes menos tendencia tienen a desvelar ante sus padres su sexualidad orientada al mismo sexo, y a emprender una actividad y unas relaciones sexuales tempranas de este tipo⁵⁰. En estas cuestiones, son más parecidos a los asio-

⁴⁹ Para ejemplos, véase DIAMOND y DUBÉ, 2002; DUBÉ, SAVIN-WILLIAMS y DIAMOND, 2001.

⁵⁰ DUBÉ y SAVIN-WILLIAMS, 1999; MANALANSAN, 1996.

americanos heterosexuales que a los adolescentes gays afro-americanos en su forma de entender la vergüenza y las expectativas de la familia. Así, además, los jóvenes afro-americanos atraídos por su mismo sexo tienen mucho en común con los afro-americanos heteroeróticos. Ambos deben conducir su identidad étnica dentro de la cultura blanca, la cual previsiblemente absorbe con título preferente lo que de común tienen con los adolescentes homosexuales blancos. O el hecho de ser miembro de una doble minoría puede eclipsar el de ser gay o negro. En todos estos sentidos, una persona que sea gay, negra y mujer, será miembro de una minoría triple con un camino distintivo. Si además es discapacitada, lo será de una minoría cuádruple; si también es económicamente desfavorecida, de una minoría quintuple: los caminos distintivos son a la vez comunes e igualmente importantes.

Las diferencias debidas al sexo y a la etnia también son manifiestas en los centros educativos. Los chicos pertenecientes a minorías sexuales calificaban el clima de su escuela de forma más negativa que las chicas, tal vez debido a las mayores exigencias de conformidad con el rol sexual y a la victimización por su orientación sexual que experimentan los chicos. Dada su mayor necesidad, no es de extrañar que los chicos se vieran afectados más positivamente que las chicas por la asistencia a reuniones de las Alianzas Gay-Heterosexuales escolares⁵¹. Los alumnos hispanos, negros y asiáticos de orientación homosexual mostraban menos actitudes, experiencias y expectativas educativas negativas que los adolescentes gays blancos porque, según se muestra, al menos en un estudio, los jóvenes de color han desarrollado su resiliencia gracias a sus experiencias y al apoyo que reciben de las familias⁵².

Mostrar estos contrastes sexuales y étnicos es relativamente fácil. Mayor dificultad entraña distinguir las trayectorias evolutivas basadas en características de micronivel. La única que ha recibido mucha atención es la presencia de características atípicas del sexo. Algunos adolescentes que se sienten atraídos por personas de su mismo sexo pasan fácilmente por heterosexuales (y también pueden “pasar” como tales en su interior). Otros no podrían hacerlo aunque quisieran. Una adolescente lesbiana es ancha de hombros y estrecha de caderas; otra, en cambio, tiene una complexión más tradicionalmente femenina. Ambas tienen una orientación lesbiana, pero cada una presenta un aspecto, y éste puede afectar a las experiencias que tengan en la vida. No lo sabemos. Tampoco conocemos las respuestas a las siguientes preguntas:

- ¿Ser el capitán del equipo de fútbol de la escuela implica que el deportista que se siente atraído por los de su mismo sexo se identifica más con otros deportistas que con los chicos homosexuales?
- ¿Las chicas que recuerdan deseos hacia personas de su mismo sexo en la adolescencia, pero no en la infancia, difieren de forma importante de las que tuvieron relaciones sexuales con otras chicas cuando, en tercero *, pasaban la noche en casa de sus amigas?

⁵¹ SZALACHA, 2001.

⁵² RUSSELL, 2002.

* Corresponde, en el Sistema Educativo Británico a las edades de 7-8 años. (*N. del E.*)

- ¿El muchacho que tiene relaciones sexuales antes de identificarse como gay es fundamentalmente distinto y, por consiguiente, está destinado a un futuro diferente del de otro que sabe que es gay sin el beneficio del sexo con su mejor amigo?
- ¿Qué diferencia a la chica que tiene relaciones sexuales con otras chicas y se sigue identificando como heterosexual, de la chica que tiene la misma experiencia sexual y se identifica como lesbiana?
- ¿Qué distingue al chico que evita cualquier tipo de etiqueta de identidad sexual, del que se identifica como gay, se destapa y luego “se convierte” a la heterosexualidad?
- ¿La lesbiana sexualmente atípica está orientada más intensamente al mismo sexo que la lesbiana sexualmente típica en lo que se refiere a la fuerza de sus deseos sexuales, su libido y su conducta?⁵³

En este punto, es posible que intentar entrar en este nivel de análisis no sea de utilidad. Es tan poco lo que se sabe sobre cada uno de los aspectos de la sexualidad orientada a personas del mismo sexo, que reflexionar sobre cuestiones tan específicas parece algo falso y carente de sinceridad. Incluso en lo que al género se refiere, donde mayor atención se presta a la comparación dentro del grupo, poco se comprende por qué ser mujer o varón homosexuales parece importar tanto. Es posible que las chicas sean chicas, y los chicos sean chicos, con independencia de la sexualidad. ¿O es que son verdad los estereotipos culturales: que los chicos gays son lesbianas a quienes les atraen las mujeres hombrunas, y las chicas gays, personas de aspecto y actitudes masculinos? ¿Es que los hombres gays y las lesbianas realmente son del otro sexo, y que cada uno de estos dos grupos actúan como lo hace el otro sexo, y es ésta una forma válida de estudiarlos?

En los capítulos siguientes analizo las variaciones entre los sexos entre adolescentes que se sienten atraídos por personas de su mismo sexo. Quizá la categorización sexual sea válida; o quizá tendemos hacia tal categorización basada en la diferencia de sexos debido a lo que los investigadores decidieron estudiar en el pasado.

⁵³ Varios de estos ejemplos figuran en DIAMOND, 1998.

Sentirse diferente

Los investigadores han descubierto algunas cosas sobre la genética y la vida prenatal de las personas que se sienten atraídas por las de su mismo sexo¹. Hasta hoy, sin embargo, no tenemos más que unos conocimientos limitados sobre la génesis de esa atracción y las consiguientes excitación y conducta. En el mejor de los casos, es difícil predecir con exactitud la sexualidad futura sobre la base de la genética o el entorno prenatal. También se ha ignorado la infancia de las personas con esa atracción por otras de su sexo, aunque algunos estudiosos piensan que la conducta infantil puede ser un indicador de la homosexualidad adulta. La oscuridad sobre el “desarrollo latente de los pre-homosexuales” es casi absoluta².

Hay dos puntos dignos de destacar. Primero, lo poco que se sabe se ha deducido de la infancia que recuerdan personas adultas que actualmente se identifican como gays. Y esto plantea muchos problemas, porque tales explicaciones se pueden distorsionar fácilmente debido a décadas de sucesos que han ejercido su influjo, y porque, aun en el caso de que los recuerdos sean precisos, crecer hoy sintiéndose atraído por personas del propio sexo puede ser muy distinto de cómo lo era hace diez años. Segundo, como cabe imaginar, las narrativas de la infancia de atracción por el mismo sexo y una conducta acorde con ella son, en potencia, políticamente explosivas, porque es posible que algunos piensen que tales esfuerzos están motivados por el intento de identificar a los niños “pre-gays” y dirigirlos para que se alejen de su homosexualidad.

Tal vez el mejor vaticinio temprano *subjetivo* de una orientación hacia el sexo propio sea el sentimiento del niño de ser diferente de sus iguales. *Objetivamente*, esto va unido por lo general a una expresión de género atípica. En otras palabras, si se es “invertido” en lo uno, se es “invertido” en lo otro. Los niños no entienden necesariamente esta ecuación, pero sí lo hacen los adolescentes o los

¹ ELLIS, 1996a, 1996b.

² HANSON y HARTMAN, 1996.

jóvenes. Los adolescentes atraídos por personas de su mismo sexo, influidos por los estereotipos de su cultura, llegan a comprender que su sentimiento dominante de que “algo no es normal” y su forma de actuar hombruna o afeminada son los primeros signos de homosexualidad. El supuesto aquí implícito es que todos los adolescentes orientados a su propio sexo fueron, en efecto, niños sexualmente atípicos, y que todos los niños sexualmente atípicos son gays de mayores. Según el investigador Michael BAILEY, lo segundo es sin duda más verdad que lo primero³.

De hecho, sin embargo, poco se sabe sobre estas primeras manifestaciones de homoerotismo, a no ser la media de edad en que aparecen. Su contenido, significado e importancia siguen siendo un misterio. En el proceso de recrear la infancia de personas orientadas a su propio sexo, lo que hay que buscar son los sentimientos de diferencia y de atipicidad sexual.

Los primeros indicios

Si las personas homo y heterosexuales se distinguen de mayores, deben de ser diferentes también de niños. Sospechamos que así es, pero sin saber realmente por qué ni cómo. Después de todo, si los adultos homosexuales tuvieran la misma infancia que los adultos heterosexuales, ¿cómo podríamos establecer la diferencia entre los dos? ¿Cómo llegaron a ser gays? ¿Por qué son gays y no heterosexuales? Algo tuvo que ir “mal” o, más exactamente, de forma distinta. Tal vez una determinada experiencia, o una serie de experiencias, durante la infancia alejaron a las personas gays de la ruta habitual hacia la heterosexualidad. Las posibles hipótesis —una experiencia traumática, una actuación desacertada de los padres, maltrato físico, experiencias sexuales tempranas, mala suerte— parten de consideraciones más teóricas que empíricas.

Con independencia de cuál haya podido ser el conjunto de fuerzas motivacionales, el niño debió sentir esa diferencia, aunque era incapaz de verbalizarla en su momento, o de identificar qué eran exactamente aquellos sentimientos. En su intento de determinar todo esto, los investigadores formulan a los adolescentes ya formados la siguiente pregunta certera: “¿Te sentías diferente al hacerte mayor?” Una pregunta que pocas veces se hace, pero que hay que plantear, es: “¿Cómo te sentías diferente?”

Si una adolescente no está segura de sus deseos sexuales, se pregunta si puede enamorarse de otra chica, no sabe entender cuál es su identidad sexual, o siente un interés inexplicable por las mujeres que aman a otras mujeres, ¿se sentirá distinta de sus iguales? Si un chico adolescente cree que la causa de su sexualidad homoerótica está en la herencia familiar, en la fuerza prenatal de una hormona u otra, en una educación desacertada por parte de los padres, en que lo llamaban “marica” o “afeminado”, en que bebía agua, o en una combinación de estos hipotéticos factores, ¿se sentirá distinto de sus iguales? Lo más probable es que una y otro crean que las experiencias de su vida pre-adolescente fueron diferentes de las de quienes los rodean. ¿Pero no es eso lo que cree la mayoría

³ BAILEY, 1996; BAILEY y ZUCKER, 1995.

de los adolescentes? ¿Es que la mayor parte de ellos no piensa: “Nadie ha vivido antes la vida que yo vivo”?

Si se dejan de lado las cuestiones de, con qué frecuencia y cuán diferente se siente distinto un adolescente durante la infancia, se pueden considerar los datos sustanciales y lo que los adolescentes cuentan de cómo el hecho de sentirse atraído por personas del propio sexo les crea un sentimiento de separación. Si se repasa la literatura sobre el tema, se observa que el hecho de sentirse diferente hunde sus raíces en experiencias de la infancia de alejarse, de forma concreta, de las normas de sus iguales⁴. Los chicos gays, en comparación con los heterosexuales, dicen que son menos agresivos, menos convencionalmente masculinos, más abiertamente femeninos, y más dados a empeños artísticos o científicos que a los deportes, y sienten más interés erótico por otros chicos. Los estudiosos presumen que, en el caso de las chicas lesbianas que no sintonizan con sus iguales, es de aplicación el patrón opuesto. Se supone que el niño experimenta esas características como una diferencia no buena, como una *mala* diferencia, que lo lleva a sentirse incomprendido, aislado, avergonzado, inhibido e interiormente reprimido.

Es frecuente que no se consideren a muchas personas que abarcan toda una variedad de sexualidades: personas orientadas a su mismo sexo que no se identifican como gays; que aman *por igual* a mujeres y hombres; lesbianas que parecen femeninas y se comportan como tales; varones gays que parecen masculinos y se comportan como tales; heterosexuales cuya conducta en lo que al rol sexual se refiere queda fuera de la diversidad normativa de las personas de su sexo; personas cuya característica es el transgénero; personas que no se ajustan a ninguna estructura sexual ni de orientación sexual pero que, pese a ello, forman parte del espectro de la sexualidad adolescente.

Estas complicaciones crean confusión en los modelos de identidad sexual que menciono en el último capítulo. El sello distintivo del primer peldaño del desarrollo es el niño “pre-gay” que al crecer se siente diferente. Para Richard TROIDEN, postulador de modelos, estos sentimientos caracterizan la fase de “sensibilización”. En ella, el niño intuye su alejamiento de lo convencional, pero es sólo vagamente consciente (si es que lo es de algún modo) de la relevancia de estos sentimientos para su sexualidad⁵.

Un estudio pionero realizado en San Francisco comparaba la incidencia del sentirse diferente entre los agrupamientos por identidad sexual⁶. La pregunta que se hacía era: “Cuando cursabas primaria, ¿en qué medida crees que eras diferente de otros de tu edad?” Más o menos uno de cada cinco de los encuestados, homosexuales y heterosexuales por igual, decía que no se sentía diferente “en absoluto” de sus compañeros de curso. Del 80% que sí sintieron diversos grados de diferencia, los gays adultos que se habían sentido “muy diferentes” de niños eran el triple que los heterosexuales. Las razones que daban los gays entrevistados de esos sentimientos eran considerablemente distintas de las que aportaban los encuestados heterosexuales. La razón principal, aunque no la única, que daban

⁴ HANSON y HARTMAN, 1996.

⁵ TROIDEN, 1979.

⁶ BELL, WEINBERG y HAMMERSMITH, 1981; véase también TROIDEN, 1979.

los homosexuales, tenía que ver con sus rasgos relacionados con el género. Las lesbianas recordaban que su interés por los deportes las hacía sentir diferentes de otras niñas. Casi la mitad de los hombres homosexuales mencionados hablaban de su *falta* de interés por los deportes. Sin embargo, casi una cuarta parte de los hombres heterosexuales también se sintieron diferentes porque no participaban en actividades deportivas.

Una segunda razón de sentirse diferentes entre las lesbianas y los hombres homosexuales, y que uno de cada cinco mencionaba, era su interés sexual por las personas de su propio sexo, y su falta de interés por las del sexo opuesto. Entre los heterosexuales, sólo uno de cada cincuenta daba esta razón. Las mujeres heterosexuales eran el único grupo que mencionaba con frecuencia el aspecto físico o las características físicas como razón de sentirse diferente.

Richard TROIDEN, en su modelo de identidad sexual, proponía que el sentimiento inicial de la persona gay de estar marginada se entiende desde la perspectiva del género: no actuar o sentir como una chica o un chico típicos⁷. Los chicos son conscientes de cómo se supone que deben actuar quienes son de su sexo antes de que sepan qué significa ser homosexual o heterosexual. Casi la mitad de los encuestados varones adultos gays de TROIDEN atribuían sus sentimientos infantiles de ser diferentes a inadecuaciones de género, al afeminamiento y a la falta de intereses masculinos. Solían hablar también de sentirse alienados y de experimentar ardor y apasionamiento ante la presencia de otros varones. Sentirse atraído sexualmente por el sexo “equivocado”, algo que a esos encuestados homosexuales les parecía natural, era considerablemente menos una fuente de diferencia que un sentimiento de inadecuación de género. Sin embargo, al llegar a la adolescencia, el 99% de los hombres se sentían *sexualmente* diferentes. El intenso interés sexual por otros chicos, el menguante o nulo interés sexual por las chicas, el contacto sexual con chicos y los sentimientos de inadecuación de género eran las razones que daban de sentirse sexualmente distintos. En otro estudio, tres cuartas partes de las lesbianas adultas se sentían diferentes, pero sólo la mitad creía que esta diferencia estaba relacionada con su identidad lesbiana⁸. En otros estudios realizados en la misma época con personas que alcanzaron la mayoría de edad en las décadas de 1950 y 1960 se daban resultados similares⁹.

En los últimos años, los deseos orientados al mismo sexo se han ido manifestando cada vez más en nuestra cultura, en formas que afectan a la vida de los niños. Cabe suponer, por consiguiente, que durante los últimos diez años haya bajado la edad en que las personas se percatan de que la conducta de género y la orientación sexual guardan relación. Los niños de los patios de los centros de primaria han aprendido a llamar “marica” al afeminado, y “tortillera” a la niña de rasgos hombrunos. Algunos sostienen que estos nombres tienen poco que ver con la sexualidad *per se*, y más con la indeseabilidad en general.

También merece destacarse que algunas personas que se identifican como homosexuales se sienten “normales” al crecer, tienen intereses sexuales por el otro sexo, y participan en deportes, aficiones y juegos típicos de su sexo. Por otro lado, algunos individuos que se identifican como heterosexuales se sienten

⁷ TROIDEN, 1979, 1989.

⁸ SCHNEIDER, 2001.

⁹ SAGHIR y ROBBINS, 1973.

“anormales” al crecer, sienten intereses sexuales por los de su propio sexo, y participan en deportes, aficiones y juegos atípicos de su sexo. Son el tipo de personas a las que sin querer se pasa por alto cuando se traza la relación entre la orientación adulta hacia el mismo sexo y la atipicidad sexual.

Otra circunstancia que hay que advertir es que la mayor parte de lo que sabemos sobre el sentirse diferente se deduce de estudios de generaciones anteriores de adultos que recuperaban recuerdos de sucesos que habían ocurrido décadas antes. Estudios más recientes tienden a no preguntar a los participantes por los sentimientos de la infancia. No estoy seguro de por qué es así; tal vez la relación entre sentirse diferente y sentir atracción por personas del propio sexo parece tan obvia que nadie piensa que necesite más comprobación empírica.

Sin embargo, una reciente investigación longitudinal sobre jóvenes atraídos por personas de su mismo sexo analizaba estas cuestiones. Se descubrió que tres cuartas partes de los chicos y dos tercios de las chicas se sentían diferentes de niños, inicialmente a la edad media de 8 años¹⁰. Algunos menos recordaban que les llamaran afeminados (55%) o marimachos (64%). No está claro si estas etiquetas y estos sentimientos de diferencia guardaban relación en la mente de los encuestados o de quien en ese momento los llamaba con tales apelativos. Un poco más de la mitad de ellos recordaban que alguien les había dicho que *eran* diferentes, y más o menos un tercio decía que sus padres intentaron impedirles sus modales afeminados o poco femeninos. Ambos comportamientos se producían, como promedio, hacia los 10 u 11 años.

Por lo que puedo decir de los reducidos estudios, las personas adultas gays son un tanto más propensas que las heterosexuales a recordar que se sentían diferentes mientras se hacían mayores. Además, se creían *más* diferentes que las personas heterosexuales, y pensaban que esos sentimientos tenían repercusiones (desconocidas) en su futuro. Muchos adolescentes de sexualidad orientada a los de su mismo sexo sienten que no sintonizan con sus iguales por las mismas razones de todos los adolescentes —por su apariencia, su capacidad y sus destrezas—, pero además llevan auestas la potencial carga social de sus características conductuales atípicas de su sexo. Es posible que esta carga sea más pesada para los chicos que para las chicas, debido al ostracismo social asociado con el afeminamiento de los chicos. Estas características no son exclusivas de los jóvenes homosexuales, pero sí parece que son menos típicas del sexo que en el caso de éstos. El hecho de que los chicos homosexuales sean menos masculinos y de que las chicas homosexuales sean menos femeninas que sus iguales (algo que al parecer es más común que el que a los primeros se les llame afeminados y a las segundas marimachos) puede ser problemático. No parece que a ellos les preocupe mucho sentir fascinación erótica por las personas de su mismo sexo. Es una atracción que se estima normal.

Lo que se ha estudiado con mayor extensión es la ausencia de armonía en la persona gay entre el sexo biológico y la manifestación del yo, en otras palabras, la atipicidad de sexo. Se ha ignorado relativamente el menor nivel de tipicidad de sexo en general (chicos que son menos masculinos y chicas que son menos femeninas que los jóvenes heterosexuales).

¹⁰ D'AUGELLI y GROSSMAN, 2001.

La atipicidad de sexo

Las obras de los primeros sexólogos Karl Heinrich ULRICH, Magnus HIRSCHFELD, Havelock ELLIS, Sigmund FREUD y Richard VAN KRAFFT-EBING, de finales del siglo XIX y principios del XX, forjaron el eslabón entre la homosexualidad y la inversión de género¹¹. En la década de 1860, ULRICH sostenía que el varón homosexual albergaba el alma de una mujer en un cuerpo masculino anatómicamente correcto. Según KRAFFT-EBING, la complexión de la mujer homosexual se parecía más a la del hombre que a la de la mujer, con sus correspondientes estructura, pelvis, voz, modo de andar y pene (clítoris alargado) masculinos. ELLIS y FREUD propugnaban que todas las personas tienen características tanto masculinas como femeninas, y que lo que distingue a la homosexual de la heterosexual es el grado en que estas características atípicas de sexo están latentes (en las heterosexuales) o son manifiestas (en las homosexuales).

Los casos de que se tiene conocimiento parecen indicar que esta conexión entre género e inversión sexual no es nueva. A lo largo de la historia, muchas culturas han concebido así la homosexualidad. El historiador George CHAUNCEY, al detallar la historia de los gays de Nueva York en los albores del siglo XX, expone la terminología que se empleaba en la época para describir tres tipos de varones homosexuales¹²:

“*Pansy*”: hombre afectado y de modales afeminados.

“*Queer*”: hombre de aspecto normal pero que se siente atraído por otro hombre.

“*Normal*”: hombre al que le interesan las mujeres pero que de vez en cuando actúa de macho con otros hombres.

Las pruebas de CHAUNCEY indican que la asociación con la inversión existe en muchos enclaves culturales y muchos momentos históricos, pero se interpreta de forma diferente en las distintas culturas y épocas.

Quizá tenga mayor importancia la cuestión de cómo las diversas culturas tratan a las personas que muestran una atipicidad de sexo. “Mal” es la norma en muchas culturas occidentales, al menos en lo que se refiere al afeminamiento entre los hombres. Pero no todas las culturas tratan de la misma forma a los chicos y a las chicas atípicas. En su etnografía de los indios nativos americanos, por ejemplo, el antropólogo Walter WILLIAMS expone casos de niños de “doble espíritu” que casi en su totalidad “acaban por ser homosexuales”, pero que no son dados a sentir la vergüenza que se les ha inculcado a los niños en la cultura occidental. WILLIAMS señala:

En las religiones indias americanas, a las personas andróginas se las considera... prueba de que han tenido la suerte de contar con dos espíritus. Dado que se respeta tanto el masculino como el femenino, a la persona que los aúna se la considera superior a como las de su sexo opuesto no se las considera “desviadas”, sino afortunadas por poseer una doble dosis de espiritualidad. No son “anormales” sino “excepcionales”¹³.

¹¹ ELLIS, 1901; FREUD, 1905; HIRSCHFELD, 2000; KENNEDY, 1988; KRAFFT-EBING, 1922.

¹² CHAUNCEY, 1994.

¹³ WILLIAMS, 1996, págs. 421-422.

Ante la preponderancia de la relación, se ha establecido una conexión biológica entre la orientación sexual atípica y una expresión de género atípica. De modo que se presume que cuanto más atípica del sexo es la expresión de género, más “incurable” (congénita) será la condición de homosexual. La homosexualidad es una anomalía biológica que se manifiesta física y psicológicamente. En efecto, esta asociación ha sido la hipótesis de trabajo imperante de los estudios biológicos durante varias décadas. Se cree que los mismos factores hormonales o genéticos que alteran el cerebro para crear una atracción sexual biológicamente atípica son también responsables de configurar una conducta, unas percepciones, unas cogniciones, un temperamento y unos intereses inapropiados del sexo en cuestión¹⁴.

Al repasar las pruebas, la psicóloga social Anne PEPLAU señala que ese eslabón puede existir en la homosexualidad masculina, pero que las pruebas de su existencia entre las mujeres son muy escasas. Advierte de que “los esfuerzos por presentar unas teorías universales de la orientación sexual que se apliquen a ambos sexos han tendido a tomar como norma las experiencias masculinas, en gran detrimento de nuestra comprensión de las mujeres”¹⁵.

Las pruebas científicas de la asociación con la inversión

En su ingenuidad, algunos llegan a señalar que la correlación entre la inversión sexual y de género es perfecta. Sin embargo, los primeros estudiosos estaban tan convencidos de la relación entre el afeminamiento y la homosexualidad que se negaban a creer que existieran chicos homosexuales masculinos. En su reseña del estudio Terman-Miles, la primera investigación empírica sobre la orientación sexual y el género, Theo SANDFORT señala que los investigadores dividieron la muestra homosexual masculina entre activos y pasivos. Los homosexuales “activos” eran aquellos que, en la actividad sexual con otros hombres, preferían el rol del macho; en el estudio, a estos hombres “masculinos” se los apartó de posteriores consideraciones. No se creyó necesaria explicación alguna al respecto. En algunas culturas latinas se pueden observar vestigios de esta división entre homosexuales “auténticos” y “falsos”, aunque esta realidad está perdiendo fuerza con la aparición del hombre gay *moderno** y occidentalizado¹⁶. Éste puede actuar de macho o de hembra.

A partir del estudio Terman-Miles, los investigadores se han basado con menos frecuencia en los roles específicos que se asumen durante los actos sexuales, quizá porque la mayoría de los gays y las lesbianas, como la mayor parte de los seres humanos, son versátiles en lo que se refiere a las posturas en el acto sexual. En su lugar, los rasgos de personalidad, las conductas y los intereses que tienen un sesgo sexual conocido se han convertido en los puntos de referencia. A veces la feminidad y la masculinidad se conceptualizan situados en los polos opuestos de un único continuo psicológico. Cuanto más femenina es

¹⁴ BAILEY y ZUCKER, 1995; MEYER-BAHLBURG, 1984.

¹⁵ PEPLAU, y cols., 1999, pág. 71.

* En español en el original. (*N. del T.*)

¹⁶ SANDFORT, 2003; TERMAN y MILES, 1926.

una chica, menos masculina puede ser. Otros destacan un planteamiento multidimensional. Las personas pueden puntuar alto o bajo en feminidad, y alto o bajo en masculinidad. Por lo que son posibles cuatro "tipos": el femenino (alta feminidad/baja masculinidad), el masculino (baja feminidad/alta masculinidad), el andrógino (alta feminidad/alta masculinidad), el indiferenciado (baja feminidad/baja masculinidad)¹⁷.

Varios de los primeros estudios sobre el tema que nos ocupa trazaron la conexión entre la feminidad o la masculinidad y la orientación sexual en los niños y adolescentes. Por lo general, incluían a chicos cuyos padres los habían remitido a los estudiosos porque les preocupaban las cualidades propias de chica de su hijo. *The Sissyboy Syndrome*, de Richard GREEN, es el clásico estudio de este tipo¹⁸. Los niños se sentían blandos, les gustaba abrazarse a sus madres, jugaban con muñecas, se vestían de niñas, aborrecían la violencia y la agresividad de los juegos de chicos, eran amigos de niñas y no de otros niños, y mostraban su deseo de ser niña. En algunos casos, deseaban que se les amputara el pene. Su conducta propia de niñas se extendía a sus deseos eróticos y su conducta sexual. Al llegar a la adolescencia y la juventud, casi todos estos chicos extremadamente afeminados decían sentirse atraídos por los hombres¹⁹.

Los niños afeminados de GREEN son casos extremos. Lo más habitual es que los investigadores soliciten a un grupo diverso de adultos que recuerden sus juegos y sus intereses de cuando eran niños y adolescentes. En un estudio se preguntó a ochocientos adultos residentes en la zona de Los Ángeles por ese tipo de actividades²⁰. Aunque los adultos homosexuales recordaban más que los heterosexuales intereses atípicos de su sexo, no existía diferencia entre los niños en lo referente al disfrute de actividades comunes, entre ellas las de trepar, el escondite, leer, montar en bicicleta e ir al cine. Estas actividades eran independientes de la orientación sexual o el sexo del encuestado.

Merece la pena destacar que muchas actividades e intereses, especialmente durante la infancia, no corresponden exclusivamente a uno u otro sexo. También es importante considerar que las características relacionadas con un sexo u otro no son absolutas. Algunas lo pueden estar en un determinado momento o cultura (niñas que practican deportes de equipo; niños que llevan collares) y no en otros. Una tercera posible fuente de error es presumir que los sexos tienden por igual a tener vinculados la orientación sexual y la atipicidad de sexo.

La atipicidad sexual entre las chicas

Según la idea imperante de inversión, si una niña desea a otras niñas (un rasgo masculino), también debe imitar a los niños en otros sentidos. Es muy probable que le gusten, por ejemplo, las carreras de coches, pelearse, construir fuertes, jugar con pelotas, trepar a los árboles, cazar y los libros de aventuras. No le

¹⁷ S. BEM, 1974; SPENCE y HELMREICH, 1978.

¹⁸ GREEN, 1987.

¹⁹ BAILEY, 1996; BAILEY y ZUCKER, 1995.

²⁰ GRELLERT, NEWCOMB y BENTLER, 1982.

interesará vestir muñecas, bailar, saltar a la comba, jugar a mamás o a visitas, cocinar ni los libros románticos. Se vestirá como los niños, odiará las faldas y el pelo largo, y querrá ser niño, no niña. Aspirará a profesiones tradicionalmente masculinas —médico, abogado, ingeniero—; no querrá ser enfermera, secretaria judicial ni recepcionista. Será agresiva, caballeresca, valiente y ambiciosa; y no sentimental, cariñosa, habladora ni paciente. Será quien cace, no quien recolecte. Desde una temprana edad, tendrá unos gustos y un comportamiento considerados propios de niños: machote, no femenina.

Esta imagen, sin embargo, no se ajusta a lo que sabemos sobre las chicas que se sienten atraídas por su mismo sexo frente a las que lo hacen por el sexo opuesto. Pocas chicas sienten ese desasosiego sexual tal como al parecer lo experimentan los chicos afeminados de GREEN. Y las pocas que sí muestran estas características, de mayores no son necesariamente lesbianas. En un estudio longitudinal sobre mujeres jóvenes, se vio que la infancia recordada y la atipicidad sexual adolescente no servían para predecir el cuestionamiento sexual ni la identidad sexual final²¹. Un repaso de los estudios realizados indica que la asociación entre lo uno y lo otro es, en el mejor de los casos, poco sólida: “Los vínculos entre la masculinidad, la feminidad y la orientación sexual de las mujeres son más variables que constantes en todas las culturas y épocas históricas. Lejos de ser la clave para entender la orientación sexual de las mujeres, la adopción de características masculinas o femeninas puede ser un reflejo de las normas y los valores culturales dominantes”²². El único estudio que se suele citar como prueba de las diferencias en la orientación sexual de las mujeres en realidad aporta unos resultados entremezclados²³. Aunque las lesbianas participantes en el estudio vivían en San Francisco, y frecuentaban bares exclusivos para mujeres, en la década de 1960, las diferencias entre ellas y las heterosexuales en lo referente a la conducta relacionada con el género no eran tantas como las que había entre los hombres. Es verdad que, en comparación con las mujeres heterosexuales, las que se identificaban como lesbianas raramente recordaban haber participado en actividades típicas de niñas. Pero solamente un poco más de la mitad de las mujeres heterosexuales recordaban esas actividades. También es verdad que las lesbianas del estudio recordaban con mayor frecuencia que preferían las actividades de chicos, vestirse como ellos y simular que lo eran. Pero solamente un tercio de ellas hablaba de versiones extremas de conducta masculina. En el caso de las actividades que no se consideraban ni masculinas ni femeninas, no se hallaron diferencias en la orientación sexual. En lo que se refiere a las características de la personalidad en la infancia, los efectos de la orientación sexual eran aún más escasos. Las lesbianas solían recordar más que eran niñas dominantes e independientes, comparadas con las heterosexuales.

Al examinar estos patrones, es fundamental tener en cuenta un hecho decisivo: el género psicológico es diferente del conductual. Una chica puede “andar como un hombre” (rasgo conductual) pero ser sensible y emotiva (rasgo psicológico). Teniendo en cuenta esta distinción, consideremos los siguientes puntos

²¹ DIAMOND, 1998, 2003b.

²² PEPLAU y cols., 1999, pág. 83.

²³ BELL, WEINBERG y HAMMERSMITH, 1981.

recogidos de un análisis de la literatura existente sobre la atipicidad sexual y la homosexualidad en las mujeres²⁴:

Las mujeres lesbianas y heterosexuales no se diferencian por una feminidad o una androginia psicológicas.

Las lesbianas se sitúan en niveles modestamente superiores en las mediciones de la masculinidad psicológica, algo que, sin embargo, se podría deber al sesgo de las muestras estudiadas (reunir a lesbianas de orientación feminista).

Entre las características masculinas que las lesbianas más se suelen atribuir están la independencia, la disposición a asumir riesgos, una fuerte personalidad, la autosuficiencia y la decisión.

Las desviaciones conductuales respecto al sexo propio biológico son indicadores de la orientación sexual de las mujeres un tanto mejores que las desviaciones psicológicas; en el caso de las mujeres, estas diferencias conductuales se suelen considerar parte de lo que se llama niña con gustos de niño. Las lesbianas adultas recuerdan una inadecuación de género en su infancia mayor que la que recuerdan las heterosexuales. Sin embargo, la relación entre el carácter de masculino de una niña y la orientación sexual es débil²⁵. De las muchas actividades y las características de la personalidad relacionadas con el género que se han analizado, son relativamente pocas las que pueden identificar a las chicas homoeróticas, en oposición a las heteroeróticas.

¿Por qué es así? La explicación habitual es que el estigma cultural que se asigna a las chicas que participan en juegos propios de chicos es considerablemente menor que el de los chicos que participan en juegos de chicas. Pocos chicos heterosexuales se atreven a que los vean jugando a mamás, a la rayuela (o avión) o a las tabas, aunque realmente les gusten estos juegos. Las chicas que practican deportes agresivos, se juntan con chicos, y quieren ser mecánicas, pilotos y soldados son más comunes y más dadas a conseguir premios. A los padres raramente les disgusta que su hija manifieste una conducta típica de chicos, probablemente porque indica experimentación, fuerza y prestigio, algo que no suele ocurrir con los chicos que adoptan una conducta femenina. En un estudio, el 77% de las lesbianas y el 63% de las heterosexuales dijeron que en su niñez y adolescencia se comportaban como niños y tenían gustos considerados propios de éstos²⁶. Este dato indica que la inmensa mayoría de las niñas que se comportan como niños serán heterosexuales de mayores²⁷.

El *Tomboy Project* de Michael BAILEY, un estudio longitudinal sobre niñas de entre 4 y 9 años cuyos padres pensaban que se comportaban como niños y tenían gustos propios de éstos, al final dará respuesta decisiva a muchas de estas cuestiones antiguas y desconcertantes²⁸. El estudio sondea la historia evolutiva de sus sujetos, incluida la naturaleza de la vida sexual y romántica de las niñas.

²⁴ PEPLAU y cols., 1999.

²⁵ BAILEY y ZUCKER, 1995.

²⁶ PHILLIPS y OVER, 1992, 1995.

²⁷ BAILEY y ZUCKER, 1995.

²⁸ BAILEY, BECHTOLD y BERENBAUM, 2002.

En la entrevista inicial, aunque las niñas de gustos y conducta masculinos demostraron que se parecían más a sus hermanos que a sus hermanas en su preferencia por un tipo u otro de juguetes y actividades, eran menos masculinas que sus hermanos. BAILEY se propone analizar si esas niñas, cuando lleguen a la adolescencia, se sentirán atraídas por las chicas o por los chicos, si tendrán relaciones sexuales con unas o con otros, y si les gustará salir con ellas o con ellos.

La conexión entre la orientación sexual y la expresión conductual y psicológica atípica del sexo propio ha sido más frecuente y se ha confirmado más en los chicos que en las chicas. Sin embargo, incluso en este caso, hay que ser cautos. La relación es más fuerte en cuestiones referentes a las deficiencias de masculinidad de los chicos, que en sus expresiones manifiestas de feminidad.

La atipicidad sexual entre los chicos

La lógica de la asociación entre el género y la inversión sexual en los chicos es semejante a la de las chicas. Si un chico desea a otros chicos —un rasgo considerado femenino— es afeminado y tendrá otras características femeninas. No le gustarán, por ejemplo, el fútbol, el béisbol, pelearse ni cazar. Habita en los reinos de lo artístico y lo creativo, que se consideran femeninos. Una consecuencia de esta feminidad de los niños es que son objeto de considerables burlas de sus compañeros, que llegan a su máximo al final de la infancia y al inicio de la Educación Secundaria Obligatoria, y declinan en el Bachillerato. Entre los más destacados epítetos que en inglés se utilizan para su caso están los de *Gayson* (hijo de homosexual), *Wimp* (pelele), *Tinkerbelle* (el hada Campanilla de Peter Pan) *Pansy* (cariñoso y de modales afeminados) y *Avon Lady* (señorita Avon; vendedoras a domicilio de productos de esta marca)²⁹.

El estudio de San Francisco, cuyos datos se recogieron hace casi cuarenta años, se cita a menudo para avalar la asociación entre la atracción por personas del propio sexo en los varones y la feminización³⁰. Llegados a la madurez, los hombres del estudio raramente recordaban haber participado en actividades masculinas típicas cuando eran niños y adolescentes. Sólo uno de cada diez hombres homosexuales, frente a siete entre los heterosexuales, jugó a béisbol y fútbol. Pocos decían que habían sido niños muy fuertes o activos. Aunque casi la mitad de ellos disfrutaban con las actividades estereotipadas de niñas, como las de jugar a mamá, saltar a la comba o jugar a las tabas, lo que más les gustaba a los encuestados eran los juegos solitarios y las actividades no asociadas con el género, como pintar, la música o leer. Como resumen de las preferencias lúdicas de su infancia, los adultos homosexuales recordaban haber sido un tanto más femeninos, claramente más neutrales en cuanto al género, y decididamente menos masculinos de lo que indicaban los recuerdos de los heterosexuales. Además, los recuerdos de una inadecuación de género en la infancia eran los mejores indicadores de que en la madurez esos hombres se sentían seducidos por los hombres, se acostaban con ellos y asumían una identidad gay.

²⁹ SAVIN-WILLIAMS, 1998a.

³⁰ BELL, WEINBERG y HAMMERSMITH, 1981.

Aunque las diferencias de orientación sexual en las actividades lúdicas de la infancia suelen ser muy marcadas, hay que señalar que se trata de recuerdos de la conducta, no de observaciones de ésta. Además, no todos los hombres que se identifican como gays se ajustan al síndrome infantil del afeminado, ni a una versión atenuada de él: la ausencia tanto de masculinidad como de feminidad. Consideremos los siguientes datos sobre varones homosexuales, también del estudio de San Francisco:

No existían diferencias de orientación sexual entre los hombres homosexuales y heterosexuales en cuanto a sus sentimientos de dominio e independencia.

Una cuarta parte de los gays, cuando eran niños no se sentían muy débiles, sino muy fuertes.

Casi la mitad de ellos recordaban una niñez muy activa.

Casi uno de cada cinco decían haber sido muy masculinos.

A más de la mitad no les gustaban los juegos afeminados; al 10% de los heterosexuales, sí.

La mayoría nunca se había vestido de niña ni había jugado a serlo.

Otros datos confirman estas observaciones³¹. Es de destacar que la ausencia de rasgos masculinos en la infancia es mejor indicio que la presencia de rasgos femeninos de una futura orientación sexual hacia el mismo sexo³². En el estudio de Los Ángeles, los chicos homosexuales eran similares a las chicas heterosexuales en su escasa participación en deportes de equipo, pero similares a los chicos heterosexuales en su poca participación en actividades típicas de chicas³³. Así pues, desde una perspectiva científica, lo que distingue a los hombres homosexuales de los heterosexuales es más la ausencia de rasgos masculinos que la existencia de femeninos. No es que los chicos gays sean afeminados, sino que no son hombrunos.

Chicas y chicos, homosexuales y heterosexuales

Cuando se trata de recuerdos en los que les gustaban los deportes de equipo y los juegos bruscos, los chicos heterosexuales obtienen la mayor puntuación, seguidos de las chicas atraídas por su mismo sexo, los chicos atraídos por su mismo sexo y, por último, las chicas heterosexuales. Las chicas heterosexuales son quienes más afirmaban tener recuerdos en los que jugaban con muñecas, a mamás o a visitas, y a tocar el piano seguidas de los chicos y las chicas atraídos por su mismo sexo, y los chicos heterosexuales. La Tabla 5.1 muestra los resultados de un estudio sobre las puntuaciones masculinas/femeninas en actividades lúdicas, e ilustra las tendencias señaladas (en el original no se detallan las distintas actividades)³⁴.

³¹ BAILEY y ZUCKER, 1995.

³² HOCKENBERRY y BILLINGHAM, 1987, pág. 485.

³³ GRELLERT, NEWCOMB y BENTLER, 1982.

³⁴ *Ibid.*

Tabla 5.1. *Resultados sobre las actividades lúdicas*

Agrupamiento por orientación sexual	Resultados femeninos	Resultados masculinos
Chicas heterosexuales	17,6	7,5
Chicas homosexuales	11,8	11,3
Chicos heterosexuales	6,2	12,9
Chicos homosexuales	10,0	8,3

Fuente: GRELLERT, NEWCOMB y BENTLER, 1982.

Los investigadores, basándose únicamente en informes sobre actividades lúdicas, sostienen que entre el 70 y el 90% de todos los adultos se pueden asignar a su grupo adecuado de orientación sexual³⁵. Las puntuaciones sobre la feminidad normalmente se distribuyen de forma más amplia que las puntuaciones masculinas, de ahí que sirvan mejor de indicadores. Por lo tanto, se dice que los chicos heterosexuales son los más fáciles de predecir, gracias a su extrema aversión por la conducta femenina y su decidida preferencia por los juegos de chicos. En el otro extremo del espectro, las chicas atraídas por su mismo sexo son las más diversas y, por consiguiente, las más difíciles de situar en el grupo correcto³⁶. En general, parece que los niños y niñas heterosexuales (en especial los primeros) adoptan una conducta de tipo sexual “culturalmente apropiada”, más que los chicos y las chicas atraídas por su mismo sexo.

Es fundamental recordar que estas predicciones basadas en la conducta lúdica de la infancia distan mucho de ser perfectas. Además, normalmente derivan de lo que dicen los gays y las lesbianas adultos que se identifican como tales, y no la población mucho mayor de personas no identificadas o no destapadas que se sienten atraídas por las de su mismo sexo. Para complicar aún más estas reservas, el solapamiento entre los agrupamientos por orientación sexual es aún más pronunciado cuando las dos categorías se amplían a tres, para incluir a los bisexuales. El debate sobre si las personas de orientación bisexual se encuentran en el punto medio de su expresión de género, o si se asemejan más a los gays o a los heterosexuales, no está cerrado, ni mucho menos. Las escasas pruebas de que se dispone indican que los bisexuales de ambos sexos son más diversos y, por lo tanto, se los “clasifica erróneamente” con mayor frecuencia que a los heterosexuales o a los gays y lesbianas, a partir de sus asociaciones con el juego y la conducta de su infancia³⁷. Kenneth COHEN aporta unos curiosos datos que dan una solución parcial a este dilema. COHEN separó las puntuaciones de la masculinidad de las de la feminidad. Descubrió que los varones universitarios bisexuales estaban a medio camino entre los varones gays y heterosexuales en su grado de feminidad³⁸. Para el caso de las mujeres, se necesitan datos similares.

³⁵ BAILEY y ZUCKER, 1995.

³⁶ SINGH y cols., 1999.

³⁷ PHILLIPS y OVER, 1992, 1995.

³⁸ COHEN, 2002.

Otro tema digno de atención, basado en las diferencias de orientación sexual en la atipicidad de sexo, es la teoría de “lo exótico se convierte en erótico” (*exotic becomes erotic*, EBE), de Daryl BEM. Dice el autor que las diferencias biológicas entre los niños disponen a algunos a participar en actividades lúdicas más típicamente femeninas, y a otros en otras más típicamente masculinas³⁹. Normalmente, estas preferencias son acordes al sexo biológico de la persona, pero no siempre. Según BEM, los niños cuyos juegos no son coherentes con su sexo biológico se convierten en “pre-gays”. Los críticos de la teoría EBE se han centrado principalmente en que no se puede aplicar a la vida de las mujeres⁴⁰.

Los datos que se exponen en este capítulo sirven de poco para respaldar la atipicidad sexual exclusiva de las chicas que acaban por identificarse como lesbianas. Si conociéramos toda la variedad de atracciones por el sexo propio entre los chicos, creo que lo mismo se podría decir de las chicas. Los jóvenes y las jóvenes a las que entrevisté no daban pruebas que avalaran la teoría EBE. Pocas de las jóvenes lesbianas fueron la clásica niña con gustos y conducta masculinos en sus amistades y sus actividades lúdicas, y sólo una minoría de los jóvenes homosexuales se ajustaban al clásico estereotipo del afeminado.

Veamos, en primer lugar, el caso de las chicas. Sólo una de cada tres practicaba deportes de equipo e individuales y tenían por amigos principalmente a niños. De niñas, sólo se metían con algunas por ser lesbianas o masculinas. Una de cada dos decían que no participaban en actividades que el estereotipo determina como masculinas, y que tampoco tenían amigos niños. Preferían mucho más a las niñas como amigas. Como mucho, tal vez un tercio de las chicas corroboraría la teoría de EBE. Está claro que la mitad de ellas no lo haría.

Los chicos atraídos por personas de su mismo sexo se ajustaban un tanto mejor a la teoría EBE. La mitad de ellos prefería a las niñas como amigas. Lo habitual era que todos los días o todas las semanas se metieran con ellos por su expresión de género o, con menor frecuencia, por su orientación sexual. Además, a la mayoría de ellos no les gustaban las actividades ni los deportes típicamente masculinos. En contra de la teoría EBE, sin embargo, esos chicos no se divertían con actividades típicamente femeninas, y uno de cada cuatro tenía a otros niños como amigos. En el mejor de los casos, quizá la mitad de los chicos avalaría la teoría EBE. Y está claro que una cuarta parte de ellos no lo haría.

La mayoría de las jóvenes con las que hablé no se veían ni como marimacho ni como lesbianas que se comportan al estilo convencionalmente femenino; algo que ha demostrado ser especialmente difícil de aceptar para quienes se adhieren a alguna forma de teoría de inversión de género o sexual. Son muchos los que ignoran alegremente la abrumadora diversidad de expresiones de género entre los niños y los adolescentes orientados a su propio sexo. La variación dentro del grupo para cada agrupamiento por orientación sexual es tan pronunciada que eclipsa cualquier otra consideración⁴¹. La perspectiva de las trayectorias evolutivas diferenciales reconoce esta diversidad.

³⁹ D. BEM, 1996, 2001.

⁴⁰ PEPLAU y cols., 1999.

⁴¹ BAILEY y ZUCKER, 1995.

Sentirse diferente y la expresión de género

Es sorprendente lo poco que se sabe sobre la infancia de las personas orientadas a su mismo sexo. Lo que sabemos, como hemos visto, se basa en los recuerdos de adultos al cabo de muchos años y, a veces, de décadas de la que hoy es la experiencia real de esos sentimientos y actividades. No se sabe si esa distancia distorsiona los recuerdos de los entrevistados, pero debería hacernos pensar cuando hacemos afirmaciones categóricas.

El hecho de sentirse diferente en la infancia ha demostrado ser, en el mejor de los casos, un débil indicador del futuro estatus sexual. Son demasiados los niños homoeróticos que no se sentían diferentes, y demasiados los heteroeróticos que sí lo hacían. Las personas orientadas a su propio sexo sólo son un poco más proclives que sus iguales heterosexuales a recordar haberse sentido diferentes de niños, por algunas de las mismas razones, pero en distintos grados. Sin embargo, más asombroso es el grado de diversidad entre las personas orientadas a su propio sexo cuando se trata de cosas como si se sentían diferentes, el grado en que lo hacían, qué tipo de sentimientos tenían, y el efecto que éstos tuvieron en su propio futuro. En estos campos, los investigadores deben averiguar mucho más.

Lo que se ha descubierto sobre las diferencias de orientación sexual en la expresión de género puede resultar en parte decepcionante. Es posible que los problemas de estructuración de las investigaciones exageren la asociación. En primer lugar, si las personas que se sienten atraídas por las de su propio sexo son más propensas a identificarse como tales y a desvelar a los demás que son gays y lo hacen a una edad más temprana, tendrán mejor disposición a prestarse como sujetos de estudio y, por consiguiente, lo más probable es que sean mayoría en las muestras y las desequilibren. Habrá que pensar que este hecho sesgue lo que sepamos sobre los niños y adolescentes atraídos por personas de su mismo sexo. En segundo lugar, pocos estudios evalúan la expresión de género de los individuos en su niñez y adolescencia, y es raro poder confirmar lo que alguien que sí se utilizaba la confirmación de otras personas (en este caso, de las madres) se descubrió una coincidencia razonable con lo que decían los propios sujetos acerca de la atipicidad sexual en su infancia⁴².

Pero lo que domina son los estereotipos del chico gay y de la chica hombruna. Estadísticamente y como término medio, tales estereotipos son verdad, al menos para aquellos que han participado en los estudios. Son unos estereotipos que no nos permiten ver al varón gay masculino, a la lesbiana femenina, y a la persona que crea una mezcla única de características de género. Es posible que también nos impidan buscar características más reveladoras que distingan los agrupamientos por orientación sexual.

Una de esas posibles características es que, de niños, los chicos y las chicas que sienten atracción por las personas de su mismo sexo tienden a ser solitarios. Esta posibilidad se me presentó al entrevistar a estudiantes universitarios. Muchos no creían que hubieran encajado bien con sus iguales. Un joven recordaba

⁴² BAILEY, MILLER y WILLERMAN, 1993.

“pasear por la ciudad, básicamente mirando a los demás... un juego creativo e imaginativo. Descubrir y disfrutar del tiempo dedicado a excursiones en bicicleta, a ir a otros lugares. Salir de casa y estar fuera, simplemente dando vueltas”⁴³. Una joven decía: “Practicaba las matemáticas, contaba las cosas con que me encontraba, construía cosas en el jardín, cualquier cosa que fuera analítica. Jugaba mucho sola, y salía mucho de casa”.

Otros datos confirman estos recuerdos de los encuestados. Las personas gays tienen mayor tendencia a sentirse solas durante la niñez o la adolescencia⁴⁴. Una explicación (tradicional) es que en el caso de los niños que se sienten atraídos por los de su mismo sexo es más habitual el rechazo por parte de sus iguales y, por lo tanto, que se conviertan en personas solitarias porque son diferentes o extrañas, o que muestren una conducta atípica de su sexo. Otra posibilidad es que estos chicos y chicas opten por la soledad por decisión propia, debido quizá a su creatividad, su imaginación y su inteligencia. Investigar esta posibilidad no como una característica distintiva y definitoria de la atracción por personas del mismo sexo, sino como una ruta alternativa para llegar a comprender la infancia de esos individuos, da a sus vidas un carácter más positivo, y no hay duda de que es una línea legítima de investigación.

Quizá el mejor indicador de la homosexualidad es la aparición de una atracción distintiva por personas del mismo sexo. Muchos estudiosos consideran que se trata del primer hito importante en el desarrollo del adolescente gay. Me ocupo de este tema en el siguiente capítulo.

⁴³ SAVIN-WILLIAMS, 1998a, pág. 35.

⁴⁴ TROIDEN, 1989.

La atracción por personas del mismo sexo

Nuestra ignorancia sobre la aparición de la atracción por personas del sexo propio y sobre el primer contacto sexual es un subconjunto del silencio que impera en lo que se refiere a la sexualidad de los niños pre-púberes y quizá también de quienes inician su adolescencia. Quizá se crea que si se sigue desconociendo la sexualidad del niño, nadie pensará en éste como un ente sexual o que, si los niños son entes sexuales, su sexualidad carece de significado y se puede ignorar. Quienes desafían o trascienden de este acuerdo tácito despiertan la ira. Éste es el caso de Judith LEVINE, autora del provocador libro *Harmful to Minors: The Perils of Protecting Children from Sex* (2002). Dice la autora que, debido a la timidez de larga tradición que existe en Estados Unidos, “es casi imposible publicar un libro que diga que los niños y los adolescentes pueden sentir el placer sexual sin que les suponga daño alguno”. No se acepta la tesis de su libro: la de que la sexualidad puede ser un “vehículo para el auto-conocimiento, el amor, la salud, la creatividad, la aventura y un intenso sentimiento de estar vivo”¹. Al contrario, parece que nos inclinamos a pintar la sexualidad juvenil como algo peligroso². Si no podemos hablar de la heterosexualidad infantil de forma general, es fácil imaginar las sospechas que despiertan quienes reconocen o, peor aún, defienden la sexualidad no normativa.

¿Por qué tal reticencia?

- a. Pensamos que los niños son asexuales, de modo que detestamos preguntarles por miedo a encontrarnos con que lo que pasa es todo lo contrario.
- b. No podemos identificar a los niños homosexuales pre-púberes para preguntarles al respecto.
- c. Pensamos que la homosexualidad llega con la adolescencia o el inicio de la pubertad.
- d. Todo lo anterior.

¹ LEVINE, 2002, págs. XIX, 225.

² SAVIN-WILLIAMS y DIAMOND, 2004.

Respuesta: **d**

Algunos estudiosos han conseguido resistir la presión que los fuerza a seguir callados sobre el tema. Afirman que los niños pre-púberes experimentan y gozan de los sentimientos sexuales, la estimulación y la exploración. Sin embargo, la “ética profesional” y las normas culturales excluyen la recogida sistemática de este tipo de información. Si se quiere verificar que así es, basta con escoger cualquier texto profesional sobre desarrollo infantil y buscar el apartado en que se hable de los sentimientos y la conducta sexuales. Se verá que no existe tal apartado, salvo, quizá, bajo el epígrafe de abuso sexual. La pubertad se entiende invariablemente como el punto de arranque del desarrollo sexual. ¿Pero qué ocurre con los niños que sienten deseos y mantienen actividades sexuales antes de la pubertad? De este tema se ocupan el presente capítulo y el siguiente.

La aparición

Aunque los deseos y la atracción sexuales constituyen una parte importante de la sexualidad adolescente, poca atención se presta a su origen o predominio durante la infancia. A excepción, tal vez, de un reconocimiento de la sexualidad del niño varón, el supuesto implícito (pero equivocado) es que la excitación sexual aparece por primera vez en la pubertad. No obstante, algunos niños —y no todos ellos son varones— sienten deseos y tienen fantasías sexuales intensas y frecuentes. Se desconoce si unos y otras tienen implicaciones a largo plazo para la sexualidad del adulto. Este tipo de datos son difíciles, cuando no imposibles, de obtener, debido a los obstáculos políticos, económicos y logísticos que entorpecen el estudio evolutivo de la sexualidad del niño³.

En un intento por evitar los escollos de la predicción que analizábamos en el capítulo anterior, los investigadores postulan lo que creen que es un indicador más fiable de la homosexualidad: la aparición de atracciones distintivas por personas del mismo sexo. Alfred KINSEY y sus colegas iniciaron el estudio de este tema. Descubrieron que la media de edad de la primera “excitación sexual” del total de su muestra eran los 8 años en el caso de los niños, y casi el doble en el de las niñas (a los 15 años)⁴. Éstas eran más propensas que los niños a la excitación erótica por la estimulación psicológica, más que por la física. Los pensamientos, las fantasías y la imaginación eran fundamentales en su erotismo. Esto no quiere decir que las niñas no mostraran también determinadas conductas sexuales, como la de acariciarse o masturbarse. Sin embargo, y a diferencia de sus hermanos, el juego sexual con otras niñas era sólo una fuente menor de la primera excitación sexual.

A partir de KINSEY, ha seguido vivo el interés por determinar el momento de la primera atracción homosexual y, en cierto modo, de la heterosexual entre quienes se identifican como gays, lesbianas o bisexuales⁵. Este persistente interés nace, en gran parte, del deseo de documentar el inicio de la primera fase del desarrollo

³ *Ibid.*

⁴ KINSEY, POMEROY y MARTIN, 1948; KINSEY y cols., 1953.

⁵ SAVIN-WILLIAMS, e.p.

de la identidad sexual, a la que se denomina de diversas maneras: “confusión de identidad”, “conciencia de las atracciones”, “pre-destape”, “incoherencia” y “significación”.

En todos los modelos de identidad sexual se supone que la persona gay emergente de un modo u otro se siente mal, diferente, confusa, pero eróticamente vinculada a otras de su mismo sexo y, sin embargo, no se han investigado estos temas. ¿Cuál es exactamente el contenido del erotismo del joven homosexual? ¿De qué modo la atracción por personas del mismo sexo altera la importancia y el significado de los primeros recuerdos para el resto de la vida de la persona? En lugar de abordar estas preguntas, parece que los investigadores prefieren centrarse sólo en el momento de la aparición de los primeros signos de una incipiente sexualidad orientada al sexo propio.

Un primer recuerdo de sentirse atraído por personas del sexo propio no es tan fiable como cabría pensar como indicador de una sexualidad orientada también al sexo propio. Aunque el 80% de los varones jóvenes que se sienten atraídos sexualmente por otros, y el 60% de las mujeres jóvenes que entrevisté recordaban haber sentido atracción pre-púber por otras niñas, a menudo esa atracción no se distinguía de otros hitos evolutivos, como la primera experiencia sexual o el primer capricho amoroso. Para complicar aún más las cosas, algunos jóvenes heterosexuales sienten atracción por otros de su sexo, y algunos jóvenes atraídos por los de su sexo experimentan también una atracción heterosexual.

Los estudiosos saben más acerca de la existencia de estas atracciones por personas del sexo opuesto que sobre las atracciones de los heterosexuales por personas de su mismo sexo. Normalmente se considera que las chicas lesbianas tienen mayor orientación hacia ambos sexos que los chicos. En un estudio, el 100% de los adolescentes gays y lesbianas reconocían sentirse atraídos por personas de su mismo sexo y tener fantasías sexuales sobre ellas, pero más del 80% de las chicas y el 60% de los chicos también reconocían atracciones, fantasías y/o excitación heterosexuales⁶. Una joven a la que entrevisté decía: “En segundo curso, en el instituto, estaba segura de que era heterosexual porque me fascinaban los chicos”. Otra me decía: “Durante mis años de secundaria obligatoria, los chicos me volvían loca, algo que a mi mamá le encantaba, pero simplemente no quería salir con ninguno de ellos, de forma que nunca vi el lado sexual de tal situación. Sólo quería saber si les gustaba, y una vez que estaba segura de que así era, dejaban de gustarme”. Aunque los chicos y las chicas no difieren sustancialmente en lo que se refiere a la edad en que por primera vez se sienten atraídos por otros de su mismo sexo, no ocurría así en lo relativo a la atracción heterosexual. Los chicos hablaban de atracción heterosexual a la misma edad que la atracción por el sexo propio, uno o dos años antes que las chicas.

Es extraordinariamente difícil encontrar estudios comparables sobre niños o adolescentes heterosexuales que se ocupen de los inicios de su atracción por personas de su mismo sexo o del opuesto. Uno de los que existe decía que, entre las mujeres heterosexuales, la media de edad de la primera atracción amorosa o sexual por los varones eran los 11 años⁷. Era la misma edad a la que las lesbia-

⁶ D’AUGELLI y GROSSMAN, 2001; véase también ROSARIO y cols., 1996.

⁷ PATTATUCCI y HAMER, 1995.

nas recordaban que se habían sentido atraídas por otras niñas. Dos tercios de los heterosexuales y casi la mitad de las lesbianas hablaban de atracción amorosa o sexual opuesta a su orientación sexual pero a diferente edad: a los 18 años para los heterosexuales, y a los 13 para las lesbianas.

Los datos de ese mismo estudio sobre las mujeres bisexuales siembran aún mayor confusión. Casi todas recordaban sentirse atraídas por otras niñas, a la media de edad de 13 años; unas cuantas menos (el 85%) recordaban la atracción por el sexo opuesto, a una edad considerablemente inferior, los 10 años. Así pues, en lo que al inicio de su atracción por los hombres se refería, las mujeres bisexuales se parecían a las heterosexuales. Respecto al despertar de la atracción por las mujeres, se asemejaban más a las lesbianas⁸. Tal vez la atracción sexual y amorosa coherente con la orientación sexual de la persona aparezca durante la pre-pubertad o en sus primeros momentos, y la atracción incoherente emerja una vez iniciada la pubertad. Merece la pena señalar que la información sobre la atracción que aporta ese estudio es incompatible con la idea tradicional de que la bisexualidad es una fase transitoria bien hacia el lesbianismo, bien hacia la heterosexualidad. Sin embargo, los datos son compatibles con la idea de que la bisexualidad es una orientación sexual legítima.

Un último apunte sobre ese estudio. Al comparar esos datos con estudios sobre varones, los autores concluían que son más las mujeres que los hombres las que sienten una atracción mixta. Esto podría reflejar perfectamente el mensaje cultural que reciben las niñas de que la atracción erótica consiste en unos sentimientos físicos o amorosos dirigidos hacia los niños, y que la atracción emocional o íntima se dirige hacia las niñas.

Los inicios

La atracción sexual existe entre muchos niños y adolescentes. El debate está en cuándo se hace evidente. Las ideas que los investigadores tienen sobre los inicios de la atracción sexual han experimentado un drástico cambio generacional.

La edad mágica de los diez años

El supuesto tradicional es que las atracciones sexuales aparecen sólo después de que aumenten las hormonas gonadales de la persona durante los primeros años de la pubertad. Martha McCLINTOCK y Gil HERDT cuestionan en sus estudios esta idea, y sostienen que la atracción sexual comienza biológicamente varios años antes del inicio de la pubertad gonadal, durante la adrenarquia, el momento en que las glándulas adrenales maduran y producen elevados niveles de esteroides sexuales⁹. El desarrollo de la pubertad puede intensificar los sentimientos sexuales, pero no se trata más que de una intensificación, un incremento de lo que la adrenarquia ya había hecho presente varios años antes.

⁸ *Ibid.*

⁹ HERDT y McCLINTOCK, 2000; McCLINTOCK y HERDT, 1996.

Aunque estoy de acuerdo en lo esencial con su análisis, lo que McCLINTOCK y HERDT no logran explicar son los datos opuestos referentes a la génesis de la atracción sexual. Sí, la sexualidad despierta y adquiere fuerza antes de que se inicie la pubertad; pero muchos piensan que el deseo, la atracción y hasta la conducta sexuales están presentes mucho antes de la adrenarquia. En el estudio de KINSEY, los niños hablaban de una imaginaria sexual inicial anterior a la adrenarquia. Sin embargo, tal como ilustra la Figura 6.1, la media de edad de las primeras atracciones por el sexo propio sólo recientemente ha alcanzado la que se ha llamado la edad “mágica” de los 10 años, y sólo para los niños. A lo largo de cincuenta años de investigación, la primera aparición de la excitación por el sexo propio sólo se ha situado en torno a la adrenarquia en contadas ocasiones; se produce unos años después.

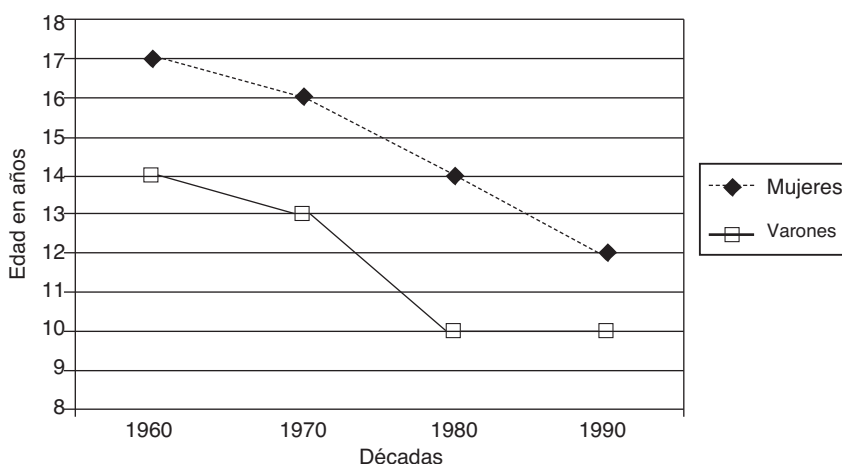


Figura 6.1. Media de edad de la primera atracción hacia personas del mismo sexo.

Es posible que las jóvenes no recuerden ningún momento de su vida en que no se sintieran atraídas por otras chicas. Tal vez, en su momento, a los 3, 5 o 7 años, no se dieran cuenta de que esos sentimientos hacia otras niñas tenían un contenido erótico y sexual, o de un significado duradero para la forma en que al final iban a relacionarse con los chicos y otras chicas. Pero, pese a todo, los sentimientos están presentes, y suelen ser un aspecto importante y gratificante de los primeros recuerdos de su vida.

Melissa, por poner un ejemplo, no recordaba ningún momento de su vida en que no se sintiera atraída por otras niñas. Cuando le pregunté cuándo empezó a sentir atracción por su sexo propio, respondió:

¡Hace muchísimo! ¡Incluso antes! Al menos antes de ir a la escuela. Estos sentimientos siempre estuvieron ahí, y no sé por qué, pero imagino que nací con ellos. No me gusta diseccionar mi infancia ni averiguar la razón de por qué soy así, pero, ya que me lo pregunta, se lo digo.

Siempre me he llevado mejor con las chicas, quizá no con las de gustos y comportamiento masculinos, y no con las remilgadas que siempre van husmeando, ya

sabe, y no piensan más que en tirarse a los chicos. Pero, mire, en general me gustaban las chicas, más que los chicos. Siempre era su mejor amiga, la entregada, la fiel, y lo hacíamos todo juntas. Realmente no consigo recordar haber tenido un amigo, a no ser que cuente a mis primos¹⁰.

Como bien ilustra el ejemplo, es fundamental recordar que la media de edad de los 10 años para la primera atracción sexual que se cita en los estudios actuales no es más que esto, la media, y casi todos los estudios hablan de variaciones extremas. A muchos niños y niñas les ocurre lo mismo que a Melissa: recuerdan haber tenido sentimientos sexuales mucho antes de que se iniciara la adrenarquía. Son unos recuerdos que a menudo están entre los primeros de su vida. Pero en otros casos, como el de Laura, los primeros recuerdos de una atracción por el sexo propio sitúan la aparición de ésta mucho después del inicio de la pubertad.

Los padres de Laura inmigraron de Filipinas a Manhattan antes de que ella naciera. Por lo general, Laura no pensaba en salir con chicos ni en una vida sexual mientras en el instituto pugnaba por alcanzar el objetivo de entrar en una universidad de la *Ivy League**. Luego, casi de forma inesperada, su vida cambió definitivamente. Como ella misma recordaba:

Estaba siguiendo ese curso de Estudios sobre Mujeres y estaba aquella profesora ayudante que no me podía quitar del pensamiento. No es que fuera extremadamente guapa, ni que vistiera muy bien, sino que simplemente [tenía] mucha labia. No sé qué decir. No sabría cómo explicarlo; y lo he intentado muchas veces. Siento no poderle ayudar más. Por ejemplo, iba a su despacho a las horas de atención por lo más estúpido que se diera imaginar. No sabía qué me pasaba ni qué quería. Y no es tampoco que me ayudara mucho con los exámenes, ni que yo tuviera realmente algo que preguntarle, sinceramente. Nunca ocurrió nada, pero hoy me doy cuenta de que era un proceso de enamoramiento¹¹.

Tony D'AUGELLI cuenta que, durante sus estudios, la edad en que despierta la conciencia de la atracción por el sexo propio entre los varones iba desde antes de los 2 años hasta los 20¹².

Ante todas estas pruebas, no estoy convencido de que la adrenarquía sea el factor clave de la aparición de la atracción sexual. Lo puede ser en algunos casos, y no en otros. La génesis del deseo por personas del sexo propio se puede situar al final de la infancia, pero la gente es reacia a admitirlo, hasta que se siente más cómoda con su homosexualidad, lo cual no se suele producir antes del final de la adolescencia. ¿Pero cómo explicamos la gran cantidad de personas que recuerdan sentirse atraídas por otras de su mismo sexo antes de la adrenarquía? Otra pregunta, a propósito de las conclusiones de McCLINTOCK-HERDT es la siguiente: ¿existe algún vínculo con la adrenarquía en el caso de la atracción

¹⁰ SAVIN-WILLIAMS, e.p.

* Asociación de ocho universidades privadas del noreste de Estados Unidos, en las que prima el buen rendimiento y un cierto elitismo. (N. del T.)

¹¹ *Ibid.*

¹² D'AUGELLI, 1991a.

heterosexual entre personas a las que atraen las de su mismo sexo? ¿Y la atracción por personas del mismo sexo y del opuesto entre los heterosexuales va unida también a la mágica edad de los 10 años?

Cambios generacionales

Aunque se puede discutir la edad concreta en que aparece la atracción por personas del mismo sexo, existen pruebas inequívocas de que la edad media en la que se recuerdan los primeros deseos de este tipo, ha bajado muchísimo en los últimos cincuenta años, desde el final de la adolescencia al final de la infancia (como muestra la Figura 6.1 en pág. 107). Es verdad que preguntas como: “¿Cuándo te diste cuenta por primera vez de que sentías una atracción sexual o amorosa por otros chicos/chicas?”, raras veces se formulaban a quienes alcanzaron la mayoría de edad en las décadas de 1950 y 1960; a los que sí se les preguntó, respondían que fueron conscientes de esa atracción después de iniciar la Educación Secundaria Obligatoria (en el caso de los chicos) o el Bachillerato (en el de las chicas). Ya en los años ochenta del siglo pasado, la edad de esa primera conciencia había descendido a justo antes de concluir la Educación Secundaria Obligatoria. Esta edad ha seguido bajando en los años sucesivos, y hoy la media se sitúa en los 10 años para los niños, y en los 12 para las niñas y podría ser incluso inferior en zonas urbanas donde la visibilidad sexual está en su apogeo. Habrá que esperar a futuros estudios para ver si la media de edad ha dejado de bajar o si no es probable que lo haga de forma apreciable hasta situarse por debajo de la edad mágica de los 10 años.

Este sistemático descenso generacional no se puede atribuir lógicamente a la biología. La edad del inicio de la pubertad no ha bajado de forma tan acusada. Se puede vincular mejor a los cambios culturales en la conciencia de los deseos hacia el sexo propio, y a los cambios en las preguntas que los investigadores formulan y las personas a quienes se las hacen. Aunque, por lo que yo sé, no se ha demostrado la existencia de una relación con la visibilidad cultural, creo que ésta es evidente. La razón de que una persona pueda hablar hoy de que sintió sus primeras atracciones a los 8 años, y no a los 18, probablemente está relacionada con la mayor visibilidad de las sexualidades alternativas en los medios de comunicación. Se ha dado nombre y significado a los sentimientos de esa persona, unos sentimientos que antes no se especificaban y parecían intrascendentes. Por ejemplo, un sitio web hace el seguimiento de la contundente proliferación de personajes gays en televisión, desde la homosexualidad sólo insinuada de personajes de los pasados años cincuenta, como Cisco Kid y Annie Oakley*, hasta la actual diversidad de personajes y temas explícitamente gays¹³. Si el efecto mo-

* Cisco Kid era el nombre de una película y una serie de radio y televisión, basadas en un personaje de ficción que O. Henry creó en un cuento breve publicado en 1907. En las películas y en la televisión se representaba como un heroico caballero mexicano, pero en el cuento original era un cruel forajido no hispano.

Phoebe Annie Oakley Moses (1860-1926) fue una tiradora que participó diecisiete años en el espectáculo de Buffalo Bill. Actuó ante muy diversos públicos, incluidos presidentes y reyes. Barbara Stanwick la encarnó en una película que dirigió George Stevens. (*N. del T.*)

¹³ DENNIS, 2002.

delo repercute en la conducta, hoy los adolescentes cuentan con muchísimos modelos. Unos modelos que confirman que las personas atractivas, deportistas, famosas y deseables pueden sentir atracción por otras de su mismo sexo. Existe una pluralidad de imágenes, tanto reales como de ficción, a las que uno puede ajustar el personaje que encarna y sus deseos.

Tara, alumna de Bachillerato de una zona residencial de Missouri, me contaba que sus atracciones sexuales por las mujeres se remontaban a “mucho antes. Simplemente, no me gusta la figura masculina; y que nadie se ofenda. Lo que me atrae es eso, exclusivamente la forma femenina”. “Me he destapado a todo el mundo, excepto a mis padres”. Católicos y muy conservadores, de algún modo sospechan de sus amigas y de su “modo de vida, ¿sabe usted? de mis actividades orientadas a las mujeres”. Recuerda:

Los domingos por la mañana no veía los dibujos de *He-Man*, sino los de *She-Ra*. No me perdía un episodio, y orientaba mi vida en torno a ella. *She-Ra* esto, *She-Ra* aquello. Me encantaban los dibujos, pero tenía miedo de que mis amigos se dieran cuenta de lo que veía. Quizá estaba obsesionada, pero no me ocurría sólo con ella. Simplemente me encantaban las mujeres¹⁴.

Diferencias entre chicos y chicas

Además de los cambios generacionales, hace mucho tiempo que se sospecha que los chicos, cualquiera que sea su orientación sexual, reconocen sus intereses e impulsos sexuales antes que las chicas. No es que ellos sean sexuales y las chicas no; ocurre sencillamente que ellos suelen hablar de atracción sexual a una edad más temprana, y tienden a describirla de forma distinta. En este sentido, las diferencias de sexo se imponen a las diferencias de orientación sexual: es decir, los chicos hetero y homosexuales son más distintos entre sí que los chicos homosexuales respecto a las lesbianas.

El origen de estas diferencias sigue siendo objeto de debate y plantea preguntas fundamentales sobre el papel relativo que desempeñan los factores biológicos y medioambientales. ¿Existen diferencias biológicas (hormonales) entre chicos y chicas en lo que se refiere a la fuerza y la intensidad objetivas del deseo sexual? De ser así, ¿tienen estas diferencias tanta fuerza como los factores de socialización, que retraen a las niñas de reconocer o atender a sus experiencias de excitación sexual, pero que impulsan a los niños a hacerlo? Una afirmación que nadie niega es que la sexualidad femenina es más sensible que la masculina a los factores culturales y sociales, está más sometida al cambio como respuesta a las circunstancias exteriores y es más variable en el transcurso de una determinada vida¹⁵. El siguiente relato de una chica de 17 años lo ilustra a la perfección:

Me atraen más los hombres, pero no siempre es verdad. La atracción por las mujeres simplemente tarda más tiempo en desarrollarse. No, no es verdad. Ese tiempo muchas veces es el mismo. Pensar en las atracciones es igual, bueno, nunca lo he

¹⁴ SAVIN-WILLIAMS, e.p.

¹⁵ BAUMEISTER, 2000.

contado, pero debe de serlo, ¿no? Pero depende, no estoy segura de qué, pero depende. En cuanto a mi relación, es más fácil con los hombres y más frecuente, pero ocurre que voy más con hombres, por lo que no es justo para las mujeres.

Cualquiera que sea el papel que desempeñen la biología y la socialización, nos engañaríamos si pensáramos que estas diferencias entre chicas y chicos sólo empiezan durante la adolescencia. Se pueden rastrear en niños de todas las edades.

Sea por la causa que sea, ésta debe ser lo bastante fuerte para explicar el drástico descenso de la edad a la que las chicas recuerdan haber tenido deseos sexuales. En efecto, tanto las chicas como los chicos pueden recordar estar “excitados eróticamente” a edades que se remontan a los primeros recuerdos de su vida. O su primera excitación puede ser bastante reciente. Como término medio, sin embargo, los chicos hablan de intereses y excitaciones pre-púberes, lo cual significa varios años antes que en el caso de la mayoría de las chicas. No obstante, la diferencia entre sexos se está difuminando. Las chicas están alcanzando a los chicos. Cuando Melissa responde: “¡Hace muchísimo! ¡Incluso antes!” a la pregunta de cuándo se dio cuenta de la atracción que sentía por las personas de su propio sexo, refleja una tendencia que va en aumento. La edad en que despierta la conciencia de sentir esa atracción baja entre las actuales adolescentes con mayor rapidez que entre los actuales adolescentes ¹⁶.

Problemas de medición

Todas estas diferencias de edad, grupo y sexo plantean preguntas legítimas sobre cuándo y cómo se recoge la información, y a quién se pide que la dé. La mayor parte de lo que sabemos sobre la primera conciencia sexual se deduce de una única pregunta, en la que se pide la edad de la manifestación de esa conciencia, y sólo a personas que se identifican como homosexuales. El hecho de que baje la edad en que se sienten los primeros deseos se puede atribuir a que hoy los investigadores formulan estas preguntas a jóvenes, cuando los encuestados sólo distan más o menos una década de la auténtica primera aparición de su atracción por personas de su mismo sexo, y a que esa atracción es hoy menos tabú que en los años cincuenta del siglo pasado, cuando a las personas que la vivían se las tachaba de adoptar una conducta ilícita, patológica y pecaminosa. Investigaciones recientes estudian a personas que son menos proclives a sufrir un sesgo retrospectivo y más a recordar una temprana conciencia de su sexualidad.

Además, ni siquiera podemos estar seguros de que los diversos estudios se refieran a lo mismo. Uno de ellos preguntaba por la atracción y las fantasías sexuales y la excitación con la lectura de literatura erótica, todos ellos factores que los investigadores utilizan habitualmente como indicadores de la primera conciencia de la atracción por personas del sexo propio. Sin embargo, esos tres factores raras veces se daban simultáneamente y, como término medio, se dis-

¹⁶ BAUMEISTER, CATANESE y VOSH, 2001; KNOTH, BOYD y SINGER, 1988; SAVIN-WILLIAMS y DIAMOND, 2000, 2004; ROSARIO y cols., 1996.

tanciaban casi dos años entre sí¹⁷; una discrepancia sustancial, que indica que determinar cuándo se produce la primera excitación sexual depende de la pregunta que se haga, la cual también ha cambiado.

En los primeros estudios se preguntaba al encuestado cuándo “te diste cuenta por primera vez de que eras gay o de algún modo diferente”, o cuándo “fuiste consciente por primera vez de que te atraían sexualmente los hombres/las mujeres”. El hecho de percatarse y la conciencia de ser homosexual son procesos cognitivos que tienden a provocar más respuestas que incluyen edades posteriores, que preguntas que analicen emociones y sentimientos. Es probable que el hecho de percatarse de la diferencia no emergiera hasta que fuera posible establecer comparaciones con los iguales.

Tampoco estoy seguro de que los encuestados entiendan por “atracción sexual” lo mismo que entienden los investigadores. Pocos de éstos dan definiciones claras de tal atracción¹⁸. Es posible que la excitación sexual mediante la lectura de literatura erótica no sea cómo experimentan algunos sus primeros deseos. Cabe suponer que chicas y chicos difieran mutuamente. Es posible que las primeras lo relacionen mejor con preguntas sobre fantasías sexuales o atracciones amorosas, y que los segundos lo hagan con la excitación física o la pornografía. Una persona puede tener un recuerdo que para ella sea singular, por ejemplo el apego cuando era niña a su mejor amiga y que no tenía con nadie más. Es posible que no etiquetara ese sentimiento como indicador de una atracción por personas de su mismo sexo en el momento en que lo sentía, pero tal vez más adelante reconozca que tiene un significado que trasciende de esa amiga particular.

En un caso como éste, ¿qué debería contar? ¿Cuándo la persona sentía ese apego o cuándo se impuso el reconocimiento de su significado? A la pregunta “¿a qué edad sentiste la primera atracción por personas de tu mismo sexo?” Un joven al que entrevisté contestó: “¿Se refiere usted a qué edad supe que era una atracción sexual? o ¿a qué edad reconozco ahora que me sentía atraído por otros chicos?” Hacía una distinción importante: las atracciones sexuales existen antes de que se entienda lo que significan. Si en el proceso de recogida de datos en el momento de la experiencia no existe una intervención del cerebro para imaginar de qué puedan tratarse, ni atención específica alguna, es prácticamente imposible saber con certeza cuándo aparece por primera vez la atracción por las personas del sexo propio en un determinado individuo. Incluso es posible que los mismos encuestados no lo sepan. Tal vez los investigadores se acercarán un poco más a la verdad si añadieran a esa pregunta la advertencia: “No es necesario que en su momento interpretaras que se trataba de una atracción sexual”. Por ejemplo, yo suelo preguntar lo siguiente:

Describe tus primeros recuerdos de sentirte atraído por los chicos/las chicas. ¿Qué edad tenías y qué es exactamente lo que recuerdas? No es necesario que en su momento interpretaras que se trataba de una atracción sexual. ¿Hasta dónde te puedes remontar en el recuerdo de tal experiencia? ¿Qué significaban para ti aquellas atracciones en su momento? ¿Qué importancia tenían? ¿Influyeron en otros aspectos de tu vida?

¹⁷ ROSARIO y cols., 1996.

¹⁸ SAVIN-WILLIAMS, 1990.

Si el entrevistador tiene paciencia, puede conseguir información adicional, ya que los encuestados revisan sus respuestas, y un recuerdo lleva a otro anterior. Una joven negaba al principio tener recuerdos sexuales de su infancia a excepción, quizá, de una vez cuando tenía 5 años. “Quería poner mi cama junto a la de las niñas más listas, y cuando nos íbamos a la siesta deseaba estar ya dormida a su lado, que me abrazaran o abrazarlas, tocarlas. Ésos eran los sueños que recordaba al despertarme de la siesta”. Después, le sobresaltó otro recuerdo que le hizo caer en la cuenta de más cosas. Recordaba algo de dos años antes, cuando tenía 3: “Siempre quería colorear las niñas que aparecían en los cuadernos, y no coloreaba nada más. A los chicos los dejaba en blanco y negro”. Hoy, plenamente comprometida, recuerda con excitación que estaba en casa de su abuela y miraba a la nueva esposa de su tío: “Pensaba que era la mujer más guapa del mundo: con tal gracia y elegancia, tenía que ser actriz. La asociaba con la canción *Let’s Get Physical*, de *Flashdance*. Era la conexión física con los sentimientos”¹⁹.

Esta actitud paciente de escuchar a los que entrevistaba rebajó en un año o dos la media de edad a la que apuntaban los encuestados. Esto puede explicar perfectamente la edad más temprana de la primera conciencia sexual de que hablaban, en comparación con la de participantes en otros estudios anteriores²⁰.

Qué se recuerda

Aunque se puede disponer de información sobre el momento en que las personas experimentan por primera vez la atracción por otras de su mismo sexo, hay muchas cosas desconcertantes. Alfred KINSEY documentó las fuentes de la excitación erótica, pero pocos han seguido indagando por este camino. ¿Cómo cambia esa atracción con el tiempo? ¿Qué se recuerda? ¿Qué es lo que motiva la atracción? ¿En qué contexto se produce? ¿Alguna de esas atracciones se distinguen de forma sistemática por la edad en que aparece por primera vez, por la raza o la etnicidad del encuestado, o por la clase social o la educación urbana o rural de la persona? ¿Tienen alguna implicación esas experiencias de sentirse atraído por el sexo propio, pueden ayudar a entender la transición a la primera experiencia sexual, o mejorar nuestra comprensión del sentido del yo del adolescente?

En toda esta escasez de información hay una pequeña excepción. Cuando se pide a chicos y chicas que hablen concretamente del momento en que tuvieron conciencia por primera vez de sus deseos orientados a personas de su mismo sexo, las jóvenes se acuerdan más de fuertes vínculos sentimentales²¹. Lo que más distingue al chico medio de la chica media es que habla de las muchas excitaciones sexuales, intensas y obsesivas, no una vez a la semana, sino varias veces al día²². Como me decía un joven:

¹⁹ SAVIN-WILLIAMS, e.p.

²⁰ SAVIN-WILLIAMS y DIAMOND, 2000.

²¹ DIAMOND, 2003c.

²² KNOTH, BOYD y SINGER, 1988.

No podía mirar porque siempre tenía el pene en un permanente estado anti-mustio (¿existe esta palabra?). Siempre quería ir a nadar, pero me quedaba en el vestuario todo lo que podía para ver entrar a los tíos, cambiarse, salir, a otros que entraban, y yo seguía allí, sentado, porque odiaba nadar, pero me encantaba ir a nadar. El verano antes de empezar sexto iba todos los días, y los tíos del instituto eran los que más me gustaban, porque se pegaban con las toallas y se cogían, y yo no hacía más que seguir sentado y mirar. Tenía orgasmos secos, existen, ¿sabe?, aunque en clase de sexo me decían que no eran más que tonterías y exageraciones, pero si alguna vez busca usted a alguien que dé fe de ello, cuente conmigo²³.

Estas diferencias en lo que se recuerda se pueden observar en lo que contaban 200 jóvenes del área de Chicago a finales de la década de 1980²⁴. Gil HERDT y Andy BOXER consiguieron que aquellos adolescentes recordaran con viveza la historia de su desarrollo. Aunque decían que habían tenido los primeros deseos sexuales a los 10 años, y las primeras fantasías orientadas a su mismo sexo un año después, al principio muchos no se percataban de la importancia de sus deseos sexuales, en especial del aspecto sexual. En el caso de los chicos “simplemente ocurría” que miraban y observaban a los tíos. En el de las chicas, “sólo querían” estar con una niña especial. El objeto de su deseo a veces eran personas reales, a veces personas famosas, a veces personajes de ficción. Las fantasías sexuales de los chicos eran más explícitamente eróticas que las de las chicas. Una de éstas imaginaba que formaba un hogar con otra niña, con coches, gatos y sin hijos. Un chico imaginaba que tenía relaciones sexuales con varios tíos. El recuerdo de sentirse culpable por romper con un tabú cultural era muy frecuente. Los pensamientos de aquellos adolescentes podían estar prohibidos, pero pese a todo los excitaban.

Parece que las atracciones de las chicas son menos excluyentes, es decir, se excitan ante ambos sexos. Esta diferencia se observa en muchas culturas. Sin embargo, tanto las lesbianas como los varones homosexuales suelen hablar de deseos homoeróticos antes que de heteroeróticos. Recuerdan a menudo la presencia de sentimientos eróticos memorables e intensos hacia personas de su mismo sexo, en los consabidos grupos de sólo chicos o sólo chicas con quienes jugaban²⁵.

Estas diferencias de sexo han llevado a algunos, incluida Anne PEPLAU, a formular la hipótesis de que las atracciones sexuales femeninas son más contextuales que las masculinas, y que dependen más de las relaciones interpersonales²⁶. Para las jóvenes tiene mucha más importancia el deseo de establecer lazos de pareja, la intimidad amorosa y la sensibilidad emocional. Una de las que entrevisté recordaba

aquellos encaprichamientos permanentes con profesoras desde que empecé a ir a la escuela. De infantil a primero de primaria me atraían las maestras, aunque no estoy segura de que fuera algo sexual, sino sólo algo que estaba ahí. Era la niña que seguía a la maestra a todas partes, en el aula, en el baño, en la cafetería, en el gimnasio.

²³ SAVIN-WILLIAMS, entrevista, febrero de 1996.

²⁴ HERDT y BOXER, 1993.

²⁵ HILLIER y cols., 1998; ROSARIO y cols., 1996; STORMS, 1981.

²⁶ PEPLAU y cols., 1999.

Recuerdo que, antes incluso de ir a la escuela, antes del parvulario, me sentaba debajo del piano en la iglesia los miércoles por la tarde, a ver cómo ensayaban las chicas del coro, porque me había encaprichado con algunas de ellas. La forma que tenían de moverse, su alegría, aquellos vestidos largos y sueltos... no sé, pero bastaba su presencia para que me gustaran.

¡Ah, sí! Me encantaba cepillarle el pelo a la maestra de infantil, y lo hacía siempre que podía. Me pregunto si quería decir algo. La maestra me gustaba mucho, y cuando dejé el parvulario lloré, fui la única que lo hizo²⁷.

Esto no significa negar que para “algunas mujeres y en ciertos contextos sociales, la orientación sexual puede tener que ver principalmente con el erotismo y la sexualidad”²⁸. Consideremos los recuerdos de esta joven que, en lo que a recuerdos sexuales explícitos se refiere, puede competir con cualquier chico:

Tendría unos 4 años... Me hice con los *Playboy* de mi padre para ver el desplegable central. Siempre tenía pensamientos sexuales sobre mujeres, y todas mis fantasías eran siempre sobre ellas. A aquella amiga de mi madre le pregunté si le podía tocar las tetas (demasiado grandes para ser auténticas, infladas con silicona, estoy segura; incluso pudiera haber sido prostituta callejera) para ver si eran de verdad, y lo hice. Tenía yo 4 años. Luego llegó *Wonder Woman**. ¡Maldita sea! El objeto de mis fantasías infantiles cuando, sabe, yo ya me tocaba²⁹.

Sin embargo, ignorar que la intimidad y el apego son fundamentales en la sexualidad significa ignorar la experiencia de la mayoría de las jóvenes³⁰. Cuando se pregunta a los jóvenes por las causas del deseo sexual, las respuestas varían claramente entre un sexo y otro. Los chicos en edad universitaria lo atribuían a los procesos biológicos y a la necesidad del sexo; las chicas se referían a las experiencias interpersonales relacionadas con el amor romántico³¹.

La Tabla 6.1 resume mis conclusiones sobre los contextos de los primeros recuerdos infantiles de sentirse atraído por el sexo propio³². En la tabla se ve claramente la presencia de las tradicionales diferencias entre sexos. Las jóvenes son muchísimo más propensas (seis veces más) a recordar un apego sentimental, mientras que los jóvenes recuerdan un pensamiento o una excitación sexuales con una frecuencia más que doble que la de las chicas. Estas diferencias contextuales pueden ayudar a explicar las diferencias de los ciclos de hombres y mujeres. Los flechazos y enamoramientos suelen aparecer más tarde en el proceso de evolución, durante el final de la infancia y la primera adolescencia, mientras que los pensamientos y las excitaciones sexuales son manifiestos en las actividades lúdicas infantiles de jugar a mamás y papás o a médicos con los mejores amigos o los primos. Los datos también apuntan a una perspectiva más matizada: algunas mujeres recuerdan pensamientos sexuales, y algunos hombres

²⁷ SAVIN-WILLIAMS, e.p.

²⁸ PEPLAU y cols., 1999, pág. 90.

* Superheroína, tal vez la más popular de su género, que aparece en historietas, dibujos animados y películas. Lo hizo por primera vez en 1941, en la revista *All Star Comics*. (N. del T.)

²⁹ SAVIN-WILLIAMS, e.p.

³⁰ GOLDEN, 1996; WEINBERG, WILLIAMS y PRYOR, 1994.

³¹ REGAN y BERSCHIED, 1995.

³² SAVIN-WILLIAMS, 1998a; SAVIN-WILLIAMS y DIAMOND, 2000.

Tabla 6.1. *Contenido de los primeros recuerdos de sentirse atraído por personas del mismo sexo*

Contenido	Chicas	Chicos
Apego emocional, encaprichamiento, flechazo	40%	7%
Atracciones en general, fascinación	17%	20%
Pensamientos, sueños, excitaciones sexuales	15%	33%
Conducta sexual	13%	16%
Reconocimiento de la belleza física o admiración por ella	10%	17%
Deseo de tocar o sentir	5%	7%

Fuente: SAVIN-WILLIAMS y DIAMOND, 2000.

evocan contextos sentimentales. Ambos sexos tienden por igual a hablar de relaciones sexuales. En los otros contextos que se nombran en la tabla — más de una tercera parte de todas las respuestas— no hay diferencias claras entre sexos.

El hecho de no disponer de historias de casos ni de relatos de adolescentes actuales sobre sus primeros recuerdos sexuales dificulta la comprensión de estos temas. Tales historias raramente se recogen, interpretan y surgen de sucesos reales de forma sistemática.

La importancia de lo que se recuerda

Los jóvenes a los que entrevisté no solían sentirse preocupados, de niños, por los deseos que albergaban hacia su sexo propio. Estos sentimientos se interpretaban simplemente como una parte natural de lo que esos niños eran. La conciencia de ellos podía aparecer tan pronto como en los primeros recuerdos, o tan tarde como la semana anterior a la entrevista. Podían haber consistido en una sensación de ser diferente a sus iguales, una admiración por la feminidad o masculinidad de los iguales del mismo sexo, una sensación de tener una conducta y unos intereses sexuales atípicos, unas relaciones sexuales concretas o el deseo de tenerlas, una fascinación por la belleza o la musculatura, o simplemente el deseo de que otra mujer u otro hombre los cogieran en brazos.

El primer recuerdo podía ser un flechazo sentimental y apasionado hacia una determinada niña o niño, o hacia una serie de niñas o niños a lo largo de varios años. Puede implicar historias de proezas, sueños y pensamientos sexuales sobre los mejores amigos, los primos o personajes de la pantalla o el cómic que resultaban eróticos y excitantes y, quizá, lo siguen siendo. El hecho es que los recuerdos de sentirse atraído por personas del mismo sexo los tienen quienes se sienten diferentes y quienes no, quienes sienten tentaciones sexuales y quienes no, chicas populares y chicos olvidados, chicas “hombrunas” que luego son les-

bianas hechas y derechas, y chicos que cuestionan su sexualidad y se convierten en “heterosexuales pero curiosos”.

Las primeras atracciones a menudo no guardan relación alguna con cuándo o qué adultos jóvenes al final se etiquetan o se destapan a los demás. Tampoco suelen estar relacionadas con cuándo uno participa en una relación amorosa (ni con quién), ni con si uno acaba por tener una identidad positiva o negativa de persona a la que la atraen las de su mismo sexo. Los hechos de que esas atracciones sean generales, concretas, sentimentales o sexuales tampoco están relacionados. Parece que cada uno tiene su entidad, muy importante, en la mente y en la experiencia de la chica o el chico, pero no están vinculados con posteriores aspectos de la sexualidad de una y otro.

Por poco que sea lo que sepamos sobre la temprana sexualidad de los adolescentes a quienes atraen los de su mismo sexo, es muchísimo si se compara con lo que sabemos sobre la temprana sexualidad de los niños y adolescentes heterosexuales. Una circunstancia que es buena y mala. Buena porque al menos sabemos algo sobre la vigorosa sexualidad de los adolescentes atraídos por los de su sexo, pero estas exploraciones sólo de la sexualidad orientada al sexo propio pueden transmitir el mensaje de que tal sexualidad requiere una explicación y, algunos podrían añadir, una justificación. Es como si los deseos sexuales heterosexuales no tuvieran un punto de inicio, unas características específicas ni importancia. La excitación heterosexual no requiere exculpación ni validación. Simplemente está ahí, presente desde el nacimiento, pre-asentada.

Lo que se puede decir sin riesgo a equivocarse es que, para muchos adolescentes, la atracción temprana por personas del mismo sexo es fuente de gran placer, de recuerdos agradables, y de resonancias a lo largo de toda la vida; pueden ser incluso los recuerdos infantiles más agradables y tiernos de esas personas. Aunque el deseo sexual puede ser perturbador e inexplicable, el vínculo entre dos niñas o dos niños se siente como algo natural, algo, en última instancia, normal y, a la vez, excitante y confortador. No se sabe si estos sentimientos hacia personas del mismo sexo se producen con más frecuencia o tienen mayor intensidad que los que se dan entre niños heterosexuales y, quizá, en definitiva, no tenga importancia alguna saberlo.

Sin embargo, si los jóvenes orientados a su mismo sexo experimentan un deseo hacia el otro sexo más intenso que el de los jóvenes heterosexuales hacia los de su mismo sexo, no es de extrañar que sientan mayor confusión durante la adolescencia sobre la dirección de sus contactos y su identidad sexuales. La consecuencia puede ser un mayor tiempo para identificar su sexualidad, una mayor cantidad de falsas identificaciones, y más fluidez en las identificaciones que hagan. Las relaciones sexuales pueden ser fuentes de información adicionales sobre el yo sexual de la persona. Éste es el tema del siguiente capítulo.

La primera experiencia sexual

La sexualidad infantil sigue siendo un enigma cuando se pasa de considerar los deseos sexuales a estudiar la actividad sexual real. La pregunta que se hacen los investigadores es si las relaciones sexuales de los niños y los adolescentes son significativas para llegar a entender su sexualidad “madura”. En este capítulo, repaso la escasa información disponible sobre la conducta sexual con personas del mismo sexo entre niños y adolescentes, y la conducta sexual de los adolescentes que se identifican como gays, lesbianas o bisexuales.

Con sus entrevistas en profundidad realizadas a miles de adultos, Alfred KINSEY y sus colegas fueron los primeros en analizar sistemáticamente el inicio y la naturaleza de la sexualidad durante la infancia¹. Sostienen estos autores que los seres humanos son sexuales y orgásmicos por naturaleza a lo largo de la infancia, y que su reticencia a participar en actividades con otros de su mismo sexo a menudo se puede atribuir a la socialización represora que no sabe reconocer ni tolerar tal conducta. Pese a estas predilecciones sociales, muchos entrevistados decían haber tenido orgasmos antes del inicio de la pubertad, y que los juegos sexuales entre compañeros del mismo sexo eran la fuente principal de estimulación sexual en ambos sexos.

Estos juegos sexuales suelen consistir en mostrar los genitales a los amigos, y en algunos casos a extraños, y en el manoseo mutuo entre iguales. Los niños eran más propensos que las niñas a esos juegos sexuales, principalmente porque los niños, según KINSEY y sus colegas, comparten un interés inherente por la “anatomía y las capacidades funcionales de los genitales masculinos”. En el caso de los niños, este tipo de juegos sexuales bajaban progresivamente desde los dos tercios entre los preadolescentes, a una cuarta parte entre quienes se encuentran en los primeros años de la adolescencia, y hasta uno de cada diez entre los que ya están saliendo de ella. A medida que disminuía el juego sexual con compañeros del mismo sexo, aumentaba el que se realizaba con los del sexo

¹ KINSEY, POMEROY y MARTIN, 1948; KINSEY y cols., 1953.

opuesto porque, según KINSEY, los adolescentes se convertían en “condicionados heterosexualmente” y estaban “siempre a la defensiva ante las reacciones que se pudieran interpretar como homosexuales”².

Entre las niñas, el juego sexual alcanzaba su apogeo a los 9 años, y era tan habitual como el sexo heterosexual anterior a los 13 años, pero ambos tipos de actividad eran considerablemente menos frecuentes entre las niñas que entre los niños. Hacia el inicio de la adolescencia, una tercera parte de las niñas hablaban de contacto sexual; un contacto que disminuía a una entre diez durante el final de la adolescencia. Las niñas preferían el exhibicionismo, el examen genital y la manipulación de los genitales. Otras actividades menos comunes eran introducir objetos o los dedos en la vagina y el contacto buco-genital³.

Tanto los niños como las niñas encontraban este tipo de relaciones sexuales agradables y útiles por lo que aportaban a su conocimiento sobre el sexo, las partes “privadas” del cuerpo, la masturbación, las caricias, las reacciones socio-sexuales y las técnicas sexuales. El problema podían ser los sentimientos de culpa, especialmente si los padres reprendían o castigaban a sus hijos por su interés y exploración sexuales. KINSEY encontró pocas pruebas de la idea tradicional de que la infancia es un tiempo de latencia o parada en el desarrollo sexual. Aunque el súbito incremento de los niveles de hormonas gonadales se correspondía con repentinos incrementos de la intensidad de los deseos y las actividades sexuales que referían los propios interesados, la pubertad no era un indicador evolutivo importante del inicio de las actividades sexuales.

Varios estudios posteriores al de KINSEY han documentado los “experimentos con la auto-estimulación” de los niños, normalmente en culturas sexualmente positivas (como la escandinava)⁴. Al parecer, niños y niñas, cualquiera que sea su orientación sexual, muestran una gran diversidad de conductas sexuales solitarias y en compañía. A los 12 años, más de tres cuartas partes de los alumnos suecos de secundaria habían participado en actividades auto-eróticas, entre ellas el auto-examen, la auto-estimulación, y la visión de imágenes y/o vídeos explícitamente sexuales⁵. Casi el doble de niños que de niñas se habían masturbado y habían llegado al orgasmo. Parece que los niños de Estados Unidos son menos lanzados, y ofrecen muchos menos ejemplos de actividad auto-erótica. Es posible que la diferencia tenga que ver con el hecho de que los investigadores estadounidenses se basaban en lo que las madres decían de la conducta sexual de sus hijos. Pese a ello, sin embargo, las madres contaban que en torno a un tercio de los niños de entre 6 y 12 años “se tocaban sus partes en casa”⁶.

Al igual que las actividades sexuales solitarias, el sexo en compañía durante la infancia raramente se documenta, o se hace de forma insuficiente. Casi la mitad de las mujeres jóvenes que participaron en un estudio habían practicado el sexo interactivo antes de los 6 años. En otra muestra, tres cuartas partes de ambos sexos habían participado en alguna forma de actividad sexual con otra

² KINSEY, POMEROY y MARTIN, 1948, pág. 168.

³ KINSEY y cols., 1953.

⁴ LARSSON y SVEDIN, 2002; FRIEDRICH y cols., 1991.

⁵ LARSSON y SVEDIN, 2002.

⁶ FRIEDRICH y cols., 1991.

persona antes de los 12 años⁷. Entre las actividades mencionadas estaban las de hablar sobre sexo, besarse y abrazarse, ver o leer pornografía (principalmente los niños), y hacer el amor o simularlo. Menos del 5% de los niños hablaban de actividades sexuales explícitas: coito vaginal, anal, oral o con algún objeto. No sabemos si se trataba de actividades con otros del mismo sexo o del sexo opuesto, porque nadie piensa que haya que preguntar a los niños por el sexo de su compañero (o nadie se atreve a hacerlo).

Tampoco conocemos el significado o la relevancia evolutiva de las actividades sexuales de la infancia, porque nadie lo pregunta. Con independencia del sexo de la persona y de su compañero o compañera, cuando un contacto sexual temprano no tiene nada de abuso ni de coerción, es probable que en el adulto tenga un efecto positivo en la excitación, el placer y la satisfacción sexuales, y en la aceptación de diversas conductas sexuales en uno mismo y en los demás⁸. Dado el grado de negatividad con que se mira el sexo en Estados Unidos, no todo el mundo piensa que estos resultados al parecer positivos sean algo deseable. Como ocurre con la adaptación social en general, el sexo entre niños raramente se asocia con beneficios ni responsabilidades evolutivas⁹.

Para entender correctamente el vínculo entre las primeras actividades sexuales y el desarrollo físico, sexual, personal y social del adolescente, hay que saber más cosas: en torno a qué sitúan el sexo los niños, en qué contextos, qué hacen, y por qué razones. Realizar estudios sobre la conducta sexual de los niños lleva inherentes muchas dificultades, por lo que es posible que se necesite cierto tiempo antes de que las respuestas sean de utilidad. Hasta entonces, un grupo, al menos, de investigadores aconseja ser cautos¹⁰. Se podría suponer fácilmente que las conductas sexuales de los niños son “ensayos” de la sexualidad púber y adulta, sin embargo no hay datos empíricos que avalen tal supuesto. Por ejemplo, una cantidad importante de niños heterosexuales adoptan conductas sexuales orientadas a los de su propio sexo. Es dudoso que se trate de un ensayo de la homosexualidad adolescente. Tal vez sea un “test” sobre si prefieren a los niños o a las niñas. O quizá no sea más que una oportunidad de divertirse.

Es posible que la actividad sexual infantil sea un fenómeno completamente distinto de la actividad sexual adolescente, con sus propios motivos, cualidades y funciones evolutivamente específicos que corresponden a la maduración social, cognitiva y biológica del niño. Lamentablemente, se han realizado pocos estudios sobre estas posibilidades, pese a que los adolescentes distinguen su “primer sexo cuando eran pequeños” de sus “auténticas experiencias sexuales” adolescentes. Esta distinción se recogió —aunque después se abandonara— en el primer estudio empírico sobre los jóvenes gays¹¹. La mayoría de los chicos homosexuales encuestados decían haber tenido experiencias sexuales, de exploración mutua del cuerpo y de juegos sexuales basados en la curiosidad, antes de la pubertad. Sin embargo, subrayaban que había que diferenciar “el simple contacto con otro niño de una auténtica experiencia homosexual”.

⁷ OKAMI, OLMSTEAD y ABRAMSON, 1997; LARSSON y SVEDIN, 2002.

⁸ BAUSERMAN y DAVIS, 1996; RIND, 2001; SANDFORT, 1992; SAVIN-WILLIAMS, 1998a.

⁹ OKAMI, OLMSTEAD y ABRAMSON, 1997.

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ ROESLER y DEISHER, 1972, pág. 1019.

Lo más probable es que KINSEY tuviera razón. La sexualidad se desarrolla a lo largo de la infancia mediante un sutil y gradual entrelazado de experiencias físicas y sociales. Los niños se excitan como reacción a estímulos eróticos, a menudo durante actividades lúdicas con sus amigos. Aunque la idea tradicional es que la mayoría de los niños no actúan sobre los sentimientos sexuales hasta la pubertad, parece que lo que rige son las supuestas excepciones. ¿Por qué? Tal vez porque es divertido. La posibilidad de que los niños tengan una motivación (inconsciente) adicional para la actividad sexual con otros de su mismo sexo, o de que el sexo tenga un significado o una importancia para su identidad personal es, al menos hasta hoy, más fantasía que un hecho demostrado.

Sobre el caso de los adolescentes que establecen contacto con otros de su mismo sexo, normalmente se dan una o dos explicaciones: o simplemente están experimentando para, al final, identificarse como heterosexuales, o son gays y están expresando de forma abierta y explícita su homosexualidad. Sin embargo, existen datos que cuestionan estas afirmaciones aparentemente sensatas, que previenen contra unas conclusiones simples y universales, y que avalan la idea de unas trayectorias evolutivas diferenciales. Por ejemplo, consideremos lo siguiente:

- No todos los adolescentes que se sienten atraídos por personas de su mismo sexo son sexualmente activos y, por consiguiente, son vírgenes heterosexuales y homosexualmente.
- Algunos adolescentes sólo tienen una orientación sexual cruzada, es decir, unos son homosexualmente vírgenes pero han tenido experiencias heterosexuales, y otros son heterosexualmente vírgenes pero han tenido experiencias homosexuales.
- La mayoría de los adolescentes atraídos por otros de su mismo sexo y un número desconocido de heterosexuales practican el sexo tanto con chicas como con chicos.
- Algunos jóvenes, cualquiera que sea su orientación sexual, sólo tienen relaciones sexuales con otros del propio sexo o con otros del sexo opuesto.

El porcentaje de vírgenes homosexuales —definidos como aquellos que no practican el “sexo” con alguien de su mismo sexo— de entre quienes se identifican como gays, normalmente está por debajo del 10% en los chicos, y del 20% en las chicas. Las razones de que esos jóvenes sean vírgenes son las mismas que aportan los jóvenes heterosexuales: la inmadurez física y sentimental, la falta de oportunidades, la prohibición religiosa, la reprobación social y los valores personales.

Relacionado con esto, los chicos, por ejemplo, decían lo siguiente:

“Estoy buscando a alguien muy especial, pero es realmente difícil encontrar a un tipo así. No quieren más que sexo. Yo necesito conocer a la persona; lo ideal es que fuéramos amigos una temporada. Sé que se trata de un objetivo difícil de alcanzar, pero quiero aferrarme a él”¹².

¹² SAVIN-WILLIAMS, 1998a, pág. 90.

"Me espabilé muy tarde, de modo que en el instituto nunca tuve un auténtico orgasmo... Creo que nunca he tenido necesidad del sexo, aunque me gustaría probarlo alguna vez"¹³.

"Sabía que me atraían los chicos de mi clase, pero no podía ser gay por todas aquellas cosas horribles que se asociaban con tal condición. Yo, con lo buen chaval que era, no podía ser nada de eso. Ponérsela a alguien en el culo..."¹⁴

"Simplemente soy una persona no sexual y no me acuesto con el primero que pasa. Antes quiero sentir algo y saber que va a ser una relación duradera"¹⁵.

En contraste con estudios anteriores, en una encuesta realizada por Internet a adolescentes que se sentían atraídos por personas de su mismo sexo, el 30% de los jóvenes y el 50% de las jóvenes decían que no habían tenido relaciones sexuales con alguien de su mismo sexo. Lo importante de este estudio es que muchos de esos encuestados no se identificaban como homosexuales; para participar sólo debían sentirse atraídos por los de su mismo sexo. Esto indica que la proporción de adolescentes no identificados como gays y que se sienten atraídos por personas de su mismo sexo que no habían tenido relaciones homosexuales podría ser mayor que la de los identificados como gays que no habían tenido relaciones homosexuales¹⁶.

Estos datos de Internet confirman los de otras investigaciones, en el sentido de que los chicos hablan más que las chicas de buscar relaciones con otros de su mismo sexo, y que las chicas son más propensas que los chicos a participar en actividades heterosexuales¹⁷. Un estudio realizado en Australia entre diversas culturas confirma estas conclusiones. Las chicas decían que mantenían relaciones sexuales con mayor frecuencia con chicos que con chicas, o con unos y otras¹⁸. Los chicos se centraban de forma más exclusiva en las relaciones con otros de su mismo sexo. En efecto, sólo una minoría de adolescentes que se identifican como homosexuales adopta una conducta orientada exclusivamente a personas de su mismo sexo, y algunos adolescentes tienen una cantidad considerable de relaciones sexuales de orientación cruzada¹⁹. Un estudio sobre alumnos de centros educativos públicos de Massachussets concluía que los alumnos gays tenían cuatro veces más probabilidades que los heterosexuales de tener relaciones sexuales antes de los 13 años, y dos más de haberlas tenido²⁰.

Dados el heterocentrismo y el activo prejuicio sexual, no es de extrañar que la mayoría de los adolescentes que tienen relaciones sexuales con los de su mismo sexo digan que son heterosexuales²¹. Contamos con muy pocos estudios longitudinales, por lo que es imposible saber a ciencia cierta qué porcentaje de la actividad sexual con personas del mismo sexo corresponde a la experimentación, qué porcentaje a una expresión de la orientación del adolescente hacia su mismo sexo, y qué porcentaje a alguna otra motivación.

¹³ *Ibid.*

¹⁴ *Ibid.*, págs. 90-91.

¹⁵ SAVIN-WILLIAMS, e.p.

¹⁶ KRYZAN, 1997.

¹⁷ REMAFEDI y cols., 1992.

¹⁸ HILLIER y cols., 1992.

¹⁹ D'AUGELLI y HERSHBERGER, 1993; D'AUGELLI, 1991a.

²⁰ GAROFALO y cols., 1998.

²¹ HEREK, 2004.

Cuándo

Una realidad casi universalmente aceptada es que los chicos homosexuales, al referirse a su primera experiencia sexual con otro chico, hablan de una edad más temprana que la que refieren las chicas sobre su primera relación con otra chica. El chico gay medio tiene la primera relación sexual con alguien de su mismo sexo poco después del inicio de la pubertad, a los 13 o 14 años. (De momento dejaré de lado la cuestión de qué cabe considerar sexo gay.) Para la chica lesbiana media, esa edad es de uno o dos años más. Sin embargo, en lo que se refiere a la aparición del primer contacto heterosexual entre adolescentes con deseos predominantemente homosexuales ocurre todo lo contrario. En términos medios, la joven lesbiana tiene su primera relación sexual con un chico a los 12 o 13 años. El joven gay tiene la primera relación sexual con una chica unos años después. Una consecuencia de estos patrones de conducta es que la primera relación sexual del joven gay normalmente es con un chico, no con una chica, mientras que la de la joven lesbiana también es con un chico²². Por ejemplo, en el caso de unos jóvenes de Chicago, Gil HERDT y Andy BOXER descubrieron que las chicas tenían doble probabilidad que los chicos de tener relaciones heterosexuales y luego homosexuales, y sólo la mitad de probabilidades de mostrar un patrón sexual exclusivamente gay²³.

Todo lo dicho se refiere a medias de edad, y son muchas las excepciones. La edad de los primeros encuentros sexuales va desde la primera infancia (no es infrecuente que sea a los 5 o 6 años) hasta la edad del encuestado mayor. Una joven a la que entrevisté, cuya madre solía estar fuera de casa por razones laborales, recordaba que solía invitar a los amigos a su casa. Entre ellos estaba su mejor amiga, Ashley, con quien decía que había participado en algún tipo de actividad sexual:

Las dos teníamos 8 años y lo que hacíamos era penetrarnos mutuamente con los dedos: con éste, el gordo. Nos teníamos por las mejores amigas hacía varios años y ocurría sencillamente que era nuestra forma de jugar. No entendíamos nada de sexo ni de nada parecido.

Le tenía cariño como se lo tenía a todos mis amigos, pero no la quería de ninguna forma especial. Era jugar al sexo. Muchas caricias y besos. No éramos amantes, sólo experimentábamos. Así seguimos seis meses, hasta que ella se lo contó a su tía y tuvimos que dejarlo. A partir de entonces hemos tenido poco contacto. Está casada y tiene tres hijos²⁴.

Otra joven, en cambio, esperó muchos años, después de haber reconocido por primera vez su sexualidad orientada a su mismo sexo, a tener una aventura sexual de soltera:

²² D'AUGELLI, 1991a; D'AUGELLI y HERSHBERGER, 1993; DuRANT, KROWCHUK y SINAL, 1998; EDWARDS, 1996; FAULKNER y CRANSTON, 1998; GAROFALO y cols., 1998; GAROFALO y cols., 1999; GOODE y HABER, 1977; HILLIER y cols., 1998; KRYZAN, 1997, 2000; REMAFEDI, 1987b; REMAFEDI y cols., 1992; ROESLER y DEISHER, 1972; ROSARIO y cols., 1996; ROTHERAM-BORUS, HUNTER y ROSARIO, 1994; SAEWYC y cols., 1998; SEARS, 1991.

²³ HERDT y BOXER, 1993.

²⁴ SAVIN-WILLIAMS, e.p.

A los 19 años fui a aquel festival folk de Vancouver, y vi a aquella mujer tres años mayor que yo, y empezamos a hablar. No nos besamos. Al regresar a casa la llamé, y nos encontramos y nos besamos. Pasé la semana con ella y creo que nos acostamos en la segunda cita, aunque tuvo lugar sólo quince días después de la primera. Ocurría esto cuando ya me había destapado²⁵.

Tony D'AUGELLI aporta más pruebas. Su *Challenges and Coping Project* reunió a 350 jóvenes de cincuenta y nueve organizaciones gays de diversas comunidades y de grupos gays universitarios de todo Estados Unidos²⁶. Aunque no se especificaba la definición de conducta sexual —la pregunta se refería simplemente a “experiencias sexuales con hombres/mujeres”—, los resultados concuerdan con los de otros estudios (véase la Tabla 7.1).

Tabla 7.1. *Conducta sexual de los encuestados de D'AUGELLI*

	Mujeres	Varones
<i>Contacto sexual con personas del mismo sexo</i>		
Incidencia	86%	95%
Media de edad	15,9	14,3
Variación de edad del primer encuentro	8-21 años	5-20 años
<i>Contacto sexual con personas del otro sexo</i>		
Incidencia	79%	42%
Media de edad	13,3	14,4
Variación de edad del primer encuentro	3-21 años	8-19 años

Fuente: D'AUGELLI, 1998.

¿Por qué tienden tanto las chicas como los chicos a quienes les atraen los de su propio sexo a tener la primera relación sexual con un chico?²⁷ ¿Es que los chicos son de más fácil acceso? ¿Menos complicados? ¿Es que las chicas son menos conscientes de que las atracciones que sienten por las chicas son íntimas no sólo en el aspecto sentimental, sino también en el sexual?

Tanto en las chicas como en los chicos que se sienten atraídos por los de su mismo sexo, la primera experiencia heterosexual normalmente se produce en el contexto de una relación basada en lo que comúnmente se llama “salir”. Dada tal realidad, la tendencia de las chicas a tener una relación sexual con un chico antes que con otra chica probablemente refleja la mayor presión social que reciben las chicas para que empiecen a “salir”, la mayor probabilidad de que ellas sean las “invitadas” y no “las que invitan” a tener una cita, y la mayor tendencia de las mujeres a sentirse atraídas genuinamente por ambos sexos²⁸.

²⁵ *Ibid.*

²⁶ D'AUGELLI, 1998.

²⁷ D'AUGELLI y HERSHBERGER, 1993; HERDT y BOXER, 1991; ROESTLER y DEISHER, 1972; ROSARIO y cols., 1996.

²⁸ BAUMEISTER, 2000; DIAMOND, en prensa; WEINBERG, WILLIAMS y PRYOR, 1994.

Una joven a la que entrevisté había iniciado su vida sexual con un chico en uno de esos campamentos en que se enseña a jugar a fútbol. Al cabo de una semana, él inició la relación sexual. Recordaba:

Los dos lo queríamos. Nos besábamos y él me tocaba los pechos y luego por debajo de la cintura, en una progresión sistemática. Intentaba masturbarle y él trataba de penetrarme. ¡No había manera! No eran más que bromas, pero con un objetivo claro y exclusivo.

Era la primera de las seis veces durante el campamento de tres semanas. Era más un manoseo en la oscuridad que auténtico sexo, porque ninguno de los dos se corría. Era divertido, porque creíamos que sabíamos lo que estábamos haciendo. La cosa no fue mucho más allá de eso. Cuando regresamos del campamento, se acabó. Estuvo muy bien, ¡pero aburridísimo!²⁹

Quizá el auténtico árbitro sea la chica. Es más circunspecta y sabe discernir mejor en todo lo que se refiere a la actividad sexual y, por consiguiente, está mejor dispuesta a posponer el sexo, con independencia de que el pretendiente sea otra chica (una circunstancia que facilita retardar el sexo, ya que la posible compañera tiene el mismo punto de referencia) o un chico (circunstancia que dificulta dejar el sexo para otro momento, ya que el chico suele ser mayor, ha de mantener su prestigio y es posible que sea más perseverante).

En todos estos estudios, es difícil deducir qué es lo que empuja a una chica o a un chico a participar en encuentros sexuales con otros de su mismo sexo, incluso antes de la adrenarquia, mientras que otros sólo participan en actividades sexuales después de que se haya pasado ampliamente por todos los indicadores de la pubescencia. Tanto en los casos muy precoces como en los muy tardíos, es probable que los sucesos psico-sociales se impongan a los factores biológicos como fuerzas motivadoras. Así ocurrirá si se da la concurrencia de las adecuadas circunstancias o “accidentes”: un primo o un amigo que viene a dormir a casa, una noche en que los padres salen a cenar, el mensaje que algunos jóvenes recuerdan como “aprovechar una oportunidad única”, la comida, la luz, la música, las drogas.

Una última observación. Las chicas de hoy que se sienten atraídas por las de su mismo sexo tienen relaciones sexuales con chicas y chicos antes que las de generaciones anteriores (y con mayor frecuencia). Aunque parezca extraño, no se ha dado una tendencia histórica comparable con la primera relación con un chico por parte de los chicos que se identifican como homosexuales³⁰. Una anomalía que, ante el hecho de que en todos los demás hitos evolutivos se ha producido un descenso sistemático en la edad en que se alcanzan, requiere una explicación. Tal vez las fuerzas que motivan la primera relación sexual gay no han cambiado en el caso de los chicos. El empuje biológico de la pubertad, la disponibilidad de compañeros varones, y la aprobación social tácita que reciben los chicos, en el sentido de que es lógico buscar el placer sexual, son factores que se han mantenido relativamente constantes a lo largo de las generaciones. Por la razón que sea, una generación tras otra, los chicos han participado en actividades sexuales con otros chicos más o menos a la misma edad.

²⁹ SAVIN-WILLIAMS, e.p.

³⁰ SAVIN-WILLIAMS, 1998a; SAVIN-WILLIAMS y DIAMOND, 2004.

Con quién

Durante los últimos veinte años o más, investigadores y profesionales de la sanidad han tenido mucho interés en saber el número de compañeros sexuales que tienen los chicos homosexuales, debido al riesgo asociado con el VIH y el SIDA. Después de leer el primer estudio que se hizo sobre los jóvenes gays, muchos de los cuales eran chaperos o prostitutas, parece que se confirmaba la idea de que los varones jóvenes homosexuales tenían relaciones sexuales con muchos compañeros. Un chico de 18 años de ese estudio dijo haber tenido más de tres mil relaciones. Tal cantidad la consiguió al acudir todos los fines de semana, durante tres años, a aseos públicos, donde hacía felaciones a los hombres. La cantidad media de compañeros de sexo del estudio era de cincuenta. También había muchas compañeras. Casi una tercera parte de los chicos decía haber tenido más de diez compañeras³¹.

Desde entonces, pocos estudiosos se han acercado a cifras parecidas, a menos que los jóvenes se reunieran de fuentes similares. Uno de esos sujetos podría ser un joven de Nueva York que requiriera los servicios de *Hetrick-Martin*, una agencia de servicios sociales y recreativos basada en la comunidad. El varón medio que llamaba a la agencia o acudía a ella decía tener sesenta y nueve compañeros y siete compañeras. En el caso de *encuentros* sexuales, estas cifras se duplicaban³².

Utilizando la misma población masculina pero avanzando casi unas dos décadas, hasta la de 1990, Margaret ROSARIO y sus colegas hablan de muchos menos compañeros masculinos (14) y femeninos (4) para toda la vida, pero no de menos encuentros sexuales. Tal vez la razón sea el miedo al SIDA y la disposición por parte de los jóvenes varones encuestados a renunciar al sexo anónimo y ocasional sin tener que reducir la frecuencia de sus relaciones sexuales³³. En otros estudios, las muestras utilizadas han demostrado que la cantidad de compañeros estables entre los chicos adolescentes es aún menor. ¿Será efecto de la fuente de la que se nutren esas muestras, con menos grupos de apoyo, y más organizaciones universitarias? Así parece. Tony D'AUGELLI habla de una media de seis compañeros de sexo estables entre los varones universitarios, con una variación de cero a cincuenta³⁴. En todos los estudios, y de forma constante, los varones jóvenes con una gran cantidad de compañeros sexuales son los mismos que tienen una cantidad considerable de compañeras. En un estudio sobre alumnos de centros educativos públicos de Vermont, los chicos con cinco o más compañeros masculinos casi siempre tenían dos o más compañeras³⁵.

Mucho menos documentadas están las actividades sexuales de las jóvenes a quienes atraen las personas de su mismo sexo³⁶, sin embargo, raramente han alcanzado las cantidades extremas de compañeras de sus iguales homosexuales. Tienen menos compañeras (8) y compañeros (6) estables que los varones

³¹ ROESLER y DEISHER, 1972.

³² ROTHERAM-BORUS, HUNTER y ROSARIO, 1994.

³³ ROSARIO y cols., 1999.

³⁴ D'AUGELLI, 1991a.

³⁵ DU RANT, KROWCHUK y SINAL, 1998.

³⁶ SAVIN-WILLIAMS y DIAMOND, 2004.

homosexuales, pero muchos más encuentros sexuales con sus compañeras (420) y compañeros (103). Se diría que las jóvenes se privan de relaciones sexuales ocasionales, pero no se abstienen del contacto sexual. Mantienen una relación sexual con sus compañeras durante mucho tiempo y, en consecuencia, practican el sexo con mucha frecuencia³⁷.

En cuanto a qué ocurre cuando dos adolescentes del mismo sexo se acuestan juntos, no estamos seguros. ¿Quién osaría preguntarlo?

Qué

Determinar qué adolescentes han practicado el sexo, a qué edad y con cuántos compañeros depende en gran medida de qué conductas se consideren “sexuales”. Normalmente es una versión de la pregunta genérica: “¿Has tenido relación/experiencia sexual con un/a varón/mujer?” Si no se dan más detalles ni se concreta más, es casi imposible que el encuestado sepa exactamente qué conductas hay que contabilizar³⁸. Las definiciones de “sexo” varían de acuerdo con el estatus de identidad sexual y el género del joven en cuestión. Casi todos los chicos universitarios gays de un estudio consideraban que el coito pene-anal era sexo. Algunos menos pensaban que el contacto oral-genital (80%), el uso de accesorios sexuales (65%) y el contacto oral-anal (60%) contabilizaban como sexo. Casi todas las mujeres homosexuales, en cambio, consideraban que el contacto oral-genital y el uso de accesorios sexuales eran sexo; se inclinaban un poco menos a pensar que lo fueran el contacto manual-genital (80%) y el oral-anal (70%). Los varones gays eran más propensos que las lesbianas a considerar sexo algunas actividades concretas, como besarse introduciéndose las respectivas lenguas o tocarse los pechos. Por otro lado, las mujeres homosexuales se inclinaban más que los varones a definir como “sexo” otras actividades, en especial la estimulación manual de los genitales. Uno de cada diez chicos homosexuales pensaba que los besos apasionados eran sexo. Dos de cada diez decían que era necesario que existiera el orgasmo, como media, dos veces superior a la de las jóvenes lesbianas. Los universitarios homosexuales no estaban de acuerdo necesariamente con estas definiciones de sexo³⁹.

El momento en que se producen por primera vez estos diversos comportamientos sexuales difiere entre las distintas personas y entre uno y otro sexo. En respuesta a un cuestionario para evaluar el riesgo sexual, las jóvenes decían tener su primer contacto manual (mano-genital) con otra mujer a una media de edad de 13 años. La media de edad de su primer contacto oral, anal y oral-anal con otras mujeres era de 14 años⁴⁰. Entre los chicos homosexuales, la banda de edad en toda la variedad de tipos de sexo era más ancha. La media de edad de los chicos en la que tenían el primer sexo manual eran los 12 años, pero casi los 15 para el anilingus.

³⁷ ROSARIO y cols., 1999.

³⁸ REMAFEDI y cols., 1992.

³⁹ MUSTANSKI, 2003; SANDERS y REINISCH, 1999; SAVIN-WILLIAMS y DIAMOND, 2004.

⁴⁰ ROTHERAM-BORUS, HUNTER y ROSARIO, 1994.

La cantidad de adolescentes homosexuales que han tenido relaciones sexuales también depende de lo que se entienda por tales⁴¹. Casi nueve de cada diez chicos adolescentes homosexuales han tenido sexo manual y oral con otro chico. Sin embargo, sólo la mitad, más o menos, han tenido contacto oral-anal. Si ser la parte pasiva en el sexo anal entre dos varones se entiende como más sexual que ser la parte activa, entonces son más los chicos adolescentes los que han tenido relaciones sexuales. Si, en el caso de las chicas, se considera sexo heterosexual el contacto manual y pene-vaginal con chicos, entonces el sexo era mucho más común que si el criterio era el sexo anal. Tanto los chicos como las chicas homosexuales encuestados mostraban la misma propensión a ser la parte activa o receptiva del sexo manual u oral cuando el compañero era varón. Cuando era mujer, las chicas eran más propensas que los chicos a desempeñar la parte activa.

El ciclo del tipo de actividad sexual que se produce durante la adolescencia depende claramente de si el compañero de referencia es chico o chica, como ilustra la Tabla 7.2⁴². Así pues, lo que importa no sólo es la conducta concreta que cuenta como sexo, sino también el sexo de la pareja.

Tabla 7.2. *Ciclo de la conducta sexual*

Orden	Mujer-mujer	Varón-varón	Mujer-varón
Muy temprana	Oral	Oral	Oral
Temprana	Vaginal-digital	Anal	Vaginal-digital
Media	Anilingus	Anilingus	Vaginal-pene
Tardía	Vaginal-consolador	Anal-consolador	Anal
Muy tardía	Anal-consolador		Anal-consolador

Fuente: ROSARIO y cols., 1999.

Una cuestión de la que se habla muy poco es la de si la incidencia, el predominio, la secuencia o la edad de inicio del sexo varían en función del grado de sexualidad con personas del mismo sexo del adolescente. Por ejemplo, ¿la chica que tiene una sexualidad orientada exclusivamente a las personas de su mismo sexo realiza un acto sexual concreto a una edad menor que la de la chica que no tiene un interés más que secundario por el sexo con otra chica? Una encuesta realizada por Internet, y que se resume en la Tabla 7.3, indica que el porcentaje de jóvenes a quienes atraen las personas de su mismo sexo que participan en determinados actos sexuales depende del sexo de la pareja, de la conducta de referencia, y de la identidad sexual de la joven o el joven⁴³.

⁴¹ *Ibid.*

⁴² ROSARIO y cols., 1999.

⁴³ KRYZAN, 1997.

Tabla 7.3. Encuesta sobre conducta sexual realizada por Internet

Conducta sexual	% de chicas			% de chicos		
	Les- bianas	Bise- xuales	Indeci- sas	Gays	Bise- xuales	Indeci- sos
Receptor de sexo oral con persona del mismo sexo	50	39	13	66	66	39
Donante de sexo oral con persona del mismo sexo	48	35	15	68	67	37
Receptor de sexo oral con persona del sexo opuesto	34	52	43	16	43	22
Donante de sexo oral con persona del sexo opuesto	35	54	38	9	35	16
Receptor de sexo anal con persona del mismo/opuesto sexo	7	18	6	42	40	17
Donante de sexo anal con persona del mismo sexo				41	40	17
Donante de sexo anal con persona del sexo opuesto				1	11	1
Vaginal con juguete sexual	18	18	6			
Coito pene/vaginal				14	41	19

Fuente: KRYZAN, 1997.

Tomemos el sexo oral como ejemplo. Es la actividad de sexo más habitual con personas del mismo sexo tanto entre las jóvenes como entre los jóvenes, y unas y otros muestran la misma disposición a adoptar la parte más activa o la más pasiva, cualquiera que sea su identidad sexual. Sin embargo, el porcentaje de los que han tenido sexo oral disminuye cuando el compañero es del sexo opuesto, sobre todo, y de forma muy destacada, entre los varones gays (de dos terceras partes a una sexta parte). Los chicos homosexuales raramente dan sexo oral a chicas.

Además, los bisexuales de ambos sexos tienen algunas similitudes con sus iguales homosexuales masculinos y femeninos, pero también difieren. La proporción de chicos homosexuales y bisexuales que han tenido sexo oral o anal con otro varón es prácticamente la misma. Sin embargo, en el caso de recibir y dar sexo oral con una mujer y de participar en el sexo vaginal, los chicos bisexuales muestran una propensión a tener sexo de tres a cuatro veces superior a la de los chicos homosexuales. Semejanzas parecidas, aunque menos pronunciadas, se dan entre chicas lesbianas y bisexuales.

Un estudio sobre universitarias de los años setenta del siglo pasado aporta más información. De las ciento sesenta universitarias del estudio, el 10% decían que habían tenido sexo con una mujer⁴⁴. Las actividades más comu-

⁴⁴ GOODE y HABER, 1977.

nes, de las más a las menos predominantes, eran el besarse y acariciarse desnudas sin contacto genital, el contacto genital manual, el frotamiento púbico mutuo y el cunnilingus. Casi todas las mujeres de ese estudio tenían relaciones con un hombre, a menudo antes de tenerlas con una mujer. En comparación con las mujeres universitarias sin contacto sexual con otras, las mujeres de ese estudio:

- tenían la mitad de compañeros masculinos
- tenían su primera experiencia sexual casi dos años antes
- tenían una menor diversidad de actividades sexuales con hombres
- tenían la mitad de probabilidades de “siempre alcanzar” el orgasmo con un hombre
- eran más propensas a acostarse con un hombre al que no amaban
- tenían la mitad de probabilidades de disfrutar de forma habitual al hacerle una felación a un hombre
- tenían una probabilidad cuatro veces mayor de masturbarse de forma regular y de disfrutar con ello
- eran mucho menos propensas a haber tenido el orgasmo que les diera mayor placer durante el coito con un hombre
- eran más dadas a las fantasías mientras realizaban actividades sexuales
- eran más dadas a realizar estas actividades a diario

La información de mayor valor es la que aportan los detalles. El grado, la proporción y el nivel de sexo eran los elementos que distinguían con mayor claridad a las mujeres que tenían sexo con una mujer de las que no lo tenían. Es verdad que las que tenían relaciones con mujeres también las tenían con hombres. Pero con estos últimos eran menos frecuentes, más tarde y disfrutaban menos.

No se sabe si estas diferencias se siguen produciendo hoy, en parte porque parece que los investigadores son reacios a preguntar a los adolescentes de forma específica qué hacen cuando tienen sexo y si disfrutaban con ello. Menos se sabe aún del contexto en que se da el sexo y de qué lo motiva.

Dónde y por qué

Probablemente no deberíamos dar demasiado valor a las conclusiones de los estudios que estamos analizando en este capítulo, porque poco se sabe sobre el significado y la importancia que para el joven tienen estas primeras incursiones en el sexo. Poco es lo que se comprende de los motivos y los contextos de la primera experiencia sexual.

En el caso de las actividades sexuales de los niños con otros de su mismo sexo, el contexto más habitual es el juego con los mejores amigos, los primos y, de vez en cuando, un hermano o una persona mayor conocida. Entre los motivos suelen estar la curiosidad y el placer: son encuentros divertidos sin mucho significado. El principal impedimento es el miedo al castigo de los padres. Normalmente se considera que los compañeros son heterosexuales, y el sexo es un suceso o unas actividades solitarias que se producen durante muchos años. Al volver la vista a esos años, los encuestados piensan que qui-

zá estaban más “metidos” que sus compañeros en lo que hacían⁴⁵. Una chica recordaba:

Jugábamos a las casitas y simulábamos que teníamos relaciones sexuales. De modo que nos frotábamos los genitales mutuamente. Nos besábamos, pero no se podía hacer en los labios. Tocamientos en los genitales, fingir orgasmos, roces. Y más adelante, también con otras dos chicas. Y yo siempre quería más que ellas.

Siempre tenía ganas de jugar a esas cosas, pero sabía que no debía hacerlo, porque no estaba bien. ¿Se debía a mi vacío emocional? Algo que puedes conseguir de una niña pero no de un niño. ¿Era un deseo físico? ¡Porque una se sentía tan bien! ¿Ser diferente? Yo siempre era la rebelde.

Aunque no está documentado, es probable que los niños heterosexuales también participen en estas actividades lúdicas infantiles con otros de su mismo sexo, por las mismas razones y con las mismas reservas. Sin embargo, son pocos los que mencionan realizarlas con otros de su mismo sexo cuando hablan con investigadores, padres o profesionales de la salud mental. Quizá se olvidaran de esas actividades por la escasa importancia que se les daba; o no se definían como sexuales, ni siquiera cuando había contacto genital; o los encuestados no conseguían darles un sentido. Un joven homosexual al que entrevisté pensaba que su primer compañero en realidad era heterosexual, y que el sexo que hubo entre ellos en el campamento de verano fue, para uno, un experimento, y para el otro, lo que realmente buscaba:

Al regresar a casa, él perdió interés porque no quiso hacerlo más, pero yo sí. Era evidente que para mí fue algo más que un simple experimento. Hizo que le prometiera “no hablar nunca de ello”, pero yo quería hacerlo, aunque *sabía* que dábamos por supuesto que no debía.

Después de todo aquello, al volver al instituto él sólo salía con chicas y parecía realmente obsesionado con el sexo. En cierta ocasión oí que iba buscando a tíos que se la chuparan, pero él nunca los tocaba. Está casado y tiene cuatro críos. Lo veo por ahí de vez en cuando. No sé qué diría de nuestros “experimentos” en el campamento de verano⁴⁶.

Como ocurre, por lo que sabemos, con las actividades sexuales heterosexuales, las chicas que se sienten atraídas por personas de su mismo sexo suelen tener su primera experiencia sexual con una mujer en el contexto de una amistad o de una relación basada en salir juntas (dos tercios de las participantes en un estudio)⁴⁷. Algunos chicos también prefieren el “sexo de relación” (un tercio de los del mismo estudio), aunque en su caso el contexto más común de la primera experiencia sexual es un encuentro puramente físico.

Sin embargo, a veces se destaca en exceso esta diferencia entre chicos y chicas. El hecho es que a los chicos adolescentes también les gusta el sexo de relación. Un estudio cualitativo concluía que eran más las jóvenes que los jóvenes quienes tenían unas relaciones estables con personas de su mismo sexo, que

⁴⁵ SAVIN-WILLIAMS, 1998a, e.p.

⁴⁶ SAVIN-WILLIAMS, 1998a, pág. 74.

⁴⁷ HERDT y BOXER, 1993, pág. 188.

tenían pocos compañeros de cama, y que asignaban un significado emocional y romántico a sus relaciones previas al sexo⁴⁸. Como era de esperar, los chicos encontraban con mayor frecuencia compañeros de sexo mediante la búsqueda de planes con extraños. *Sin embargo*, lo que más preferían era acostarse con amigos o familiares⁴⁹. Incluso los chicos en situación de riesgo tenían relaciones sexuales con una frecuencia tres veces mayor con amigos de la misma edad que con extraños mayores.

En contados casos también se reconoce todo lo contrario. Algunas adolescentes no rehuyen el sexo anónimo. En una encuesta por Internet se planteaba la pregunta: “¿Te gustaría tener una relación sexual con alguien a quien acabas de conocer y no vas a volver a ver?”⁵⁰ La mitad de los chicos respondieron “sí/tal vez”, y casi cuatro de cada diez de las chicas también respondieron afirmativamente. Tal hallazgo no indica una gran diferencia entre los dos sexos. Aunque las jóvenes de todas las orientaciones sexuales son más proclives que los chicos a tener, o quizá preferir, sexo dentro de una relación conocida, se trata solamente de una cuestión de grado, no de tipo⁵¹.

Además de la naturaleza del compañero de sexo, también la edad ha sido un tema que ha despertado interés. La creencia —o el miedo— es que los jóvenes son víctimas del abuso de una persona mayor, un abuso que los arrastra a la sexualidad con personas de su mismo sexo. Aunque es verdad que el compañero masculino de un joven suele tener una media de 6 años más que éste, la primera compañera de una joven es, prácticamente siempre, de una edad parecida (con una variación de 3 años). En el caso del compañero heterosexual, ocurre lo contrario. Ellos suelen tener una edad más cercana a la de su primera compañera (con una variación de 2 años), mientras que ellas suelen ser 3 años más joven que su primer compañero⁵².

En una entrevista por Internet se habla de tendencias similares, aunque con unas diferencias de edad menores. Casi tres cuartas partes de todos los compañeros de sexo, tanto en el caso de mujeres como en el de hombres, estaban en una banda de edad de 2 años uno del otro. Cuando el compañero sobrepasa en 6 años (como ocurre en el 20% de los chicos, y en el 10% de las chicas), casi siempre se trata de un compañero masculino⁵³. Si un adolescente de cualquiera de los dos sexos, que se siente atraído por las personas de su mismo sexo, tiene un compañero de sexo mayor, la cuestión no está en la orientación sexual, sino en el hecho de que es probable que el compañero de sexo sea masculino. También merece la pena señalar que los jóvenes atraídos por los de su mismo sexo casi nunca (menos del 2% en el estudio citado) tienen un compañero de sexo que sea 3 o más años más joven. Es decir, no son niños que “abusen sexualmente”.

Todos estos hallazgos son coherentes con el primer y el tercer principio de una perspectiva de trayectorias evolutivas diferenciales: es decir, la conducta

⁴⁸ SEARS, 1991.

⁴⁹ EHRHARDT, 1996.

⁵⁰ KRYZAN, 1997.

⁵¹ SAVIN-WILLIAMS y DIAMOND, 2004.

⁵² ROSARIO y cols., 1999.

⁵³ KRYZAN, 2000.

sexual de los adolescentes que se sienten atraídos por los de su mismo sexo se asemeja más a la conducta sexual de los adolescentes heterosexuales de su propio sexo que a la de los adolescentes atraídos por su propio sexo del sexo opuesto; y los sexos no se oponen en su sexualidad, sino que en muchos aspectos importantes se solapan. En eso convienen Gil HERDT y Andy BOXER que señalan: “En general, los chicos ponían mayor énfasis en el placer sexual, mientras que las chicas consideraban más importante la afinidad emocional. Pero los chicos también expresan claramente la necesidad de una cercanía emocional, y las jóvenes lesbianas no descartaban en modo alguno el placer sexual”⁵⁴.

HERDT y BOXER también incluían en su estudio una pregunta que raramente se hace sobre la conducta sexual de los participantes en los estudios: “¿Fue el sexo algo bueno, o algo malo?”

Qué tal fue

En una escala de uno (muy malo) a cinco (muy bueno), los jóvenes de Chicago que HERDT y BOXER estudiaron, calificaron su primera experiencia sexual con alguien de su mismo sexo con un 3,6, mejor que la media, y considerablemente superior a la calificación de la primera experiencia heterosexual, que estaba en 2,8. Pero, aun con esa calificación, se pensaba que el sexo heterosexual era casi “normal”⁵⁵. En otra encuesta sobre jóvenes atraídos por los de su mismo sexo, más de la mitad evaluaban su primera experiencia sexual (no definida, pero supuestamente con una persona del mismo sexo) como positiva. En torno a una cuarta parte pensaba que había sido negativa o que la otra persona se había aprovechado de ellos. Los bisexuales eran quienes habían tenido la primera experiencia más positiva, mientras que las primeras experiencias de los adultos dubitativos o indecisos de ambos sexos habían sido positivas⁵⁶.

No es infrecuente que los adolescentes con deseos orientados a personas de su mismo sexo piensen que tanto sus experiencias homosexuales como las heterosexuales son profundamente satisfactorias, a veces sólo emocionalmente, a veces sólo físicamente, pero a veces ambas cosas⁵⁷. Presumo que lo mismo se podrá decir del primer sexo hetero y homosexual de los jóvenes heterosexuales, aunque no se puede afirmar con certeza porque hay que reunir aún datos relevantes.

La conducta sexual: Un tema complejo

El simple conocimiento de las actividades concretas que configuran la sexualidad del adolescente tiene escaso valor. Los sentimientos, las fantasías, las atracciones, los deseos y el significado están tan entrelazados con la conducta

⁵⁴ HERDT y BOXER, 1993, pág. 188.

⁵⁵ HERDT y BOXER, 1993.

⁵⁶ KRYZAN, 1997, 2000.

⁵⁷ DIAMOND, 1998; SAVIN-WILLIAMS y DIAMOND, 2000.

sexual, que lo que creemos que sabemos sobre los jóvenes y el sexo sería motivo de risa si no fuera un gran error⁵⁸. Sin embargo, esta cuestión es un tema para otro libro, aquí me voy a limitar a dar una idea de lo complejo que puede ser la cuestión del sexo, y para ello señalaré un estudio que simplemente dividía a los encuestados de orientación homosexual en dos grupos, gays/lesbianas y bisexuales, y luego distinguía si alguna vez se habían identificado como miembros del otro grupo (de ser así, se decía que eran “de transición”, frente a los “estables”)⁵⁹. Las conclusiones sobre la cantidad de compañeros sexuales y la edad de iniciación en el sexo se resumen para cada sexo (y no por la orientación sexual), seguidos de mi breve interpretación entre paréntesis.

Las chicas

- En comparación con sus iguales lesbianas, las chicas bisexuales tenían menos compañeras para toda la vida (una frente a cuatro), pero más compañeros (cinco frente a tres). No se distinguían en lo relativo a la edad del primer sexo, fuera con chicas o con chicos. (Unas conclusiones que eran de esperar, ya que las chicas bisexuales se suelen orientar más hacia los hombres que hacia las mujeres que las lesbianas, pero ¿por qué no se reflejan tales conclusiones en la edad de la primera experiencia sexual? Tal vez las presiones de la socialización actúan para determinar esos datos.)
- Aunque las lesbianas estables y las “de transición” no diferían en la edad de la primera experiencia sexual con hombres o mujeres, ni en la cantidad de compañeras, las que cambiaban su etiqueta de bisexual a la de lesbiana tenían más compañeros. (Son chicas que probablemente sienten una atracción hacia los hombres más fuerte que la de quienes nunca dudaron de su identidad lesbiana. Una vez más, estas diferencias no se reflejan en los datos sobre la edad del primer sexo. La cantidad de compañeras podría ser la misma porque las lesbianas “de transición” “se pusieron al día”.)
- Las que cambiaron de lesbianas a bisexuales tenían más compañeras que las bisexuales estables, pero no diferían en la edad del primer sexo con hombres o mujeres, ni en la cantidad de compañeros. (Es posible que esas chicas tengan una atracción hacia las de su mismo sexo más fuerte, lo cual las lleva a tener más relaciones sexuales con chicas que aquellas que siempre supieron que las atraían ambos sexos. Tampoco aquí difiere la edad del primer sexo.)
- Parece que la edad de iniciación de la primera experiencia sexual con una mujer o un hombre no guarda relación alguna con los patrones de identidad actuales o históricos. Sin embargo, el número y la distribución de los compañeros sexuales sí difiere, de modo que la cantidad de compañeros distingue a las lesbianas “de transición” de las estables, y la cantidad de compañeras distingue a las bisexuales “de transición” de las estables. (Una

⁵⁸ SAVIN-WILLIAMS y DIAMOND, 2004.

⁵⁹ ROSARIO y cols., 1996.

cuestión de gran interés y que no analizo en este libro es si las chicas que pasan de bisexuales a lesbianas se distinguen en algún dominio de las que pasan de lesbianas a bisexuales. Imagino que las diferencias son sutiles y tienen una base más experiencial que biológica.)

Los chicos

- Los chicos que se identificaban como gays no tenían mayor propensión que sus compañeros de clase bisexuales a tener como pareja a hombres (cinco), pero tenían más sexo con éstos y menos con mujeres (cero frente a tres). (Un hecho que concuerda con la literatura, donde se afirma que el factor clave no es tanto el número de compañeros —a los que se puede recurrir en cualquier momento— como el número de compañeras. Los bisexuales, que están mucho más fuertemente motivados a tener relaciones sexuales con chicas, tendrán mayor probabilidad que los homosexuales de encontrar compañeras de cama.)
- Los chicos “de bisexuales a gays” tenían más compañeras y más compañeros que quienes nunca habían dudado de su estatus de homosexual. (En este sentido, el hallazgo sorprendente es que los chicos “de bisexuales a gays” tienen más compañeros que los chicos homosexuales estables. Una posibilidad es que los primeros necesiten más “pruebas” —es decir, compañeros masculinos— para dar el paso de bisexual a gay. Otra posibilidad es que tengan una libido superior.)
- Si se consideran los dos subgrupos bisexuales, los chicos “de gays a bisexuales” tenían más compañeros que los bisexuales estables, pero los dos grupos no diferían en la cantidad de compañeras. (El mayor número de compañeros de sexo masculinos tiene sentido en el caso de los chicos “de gays a bisexuales” si, en el proceso de descubrir su identidad, confiaban más en los compañeros masculinos que están siempre disponibles. Sin embargo, al parecer no abandonaban los encuentros sexuales con chicas.)
- De modo similar a lo que ocurría con las chicas, la edad de iniciación del primer sexo, fuera con chicos o con chicas, no distinguía entre identidad, estatus ni patrones. Al contrario, lo que diferenciaba los distintos patrones era la cantidad de compañeros de sexo. Los chicos que empezaban como bisexuales —tanto si se quedaban en esta categoría, como si pasaban a la de gays— solían tener más compañeras. Asimismo, los que empezaban como gays tenían más compañeros, algo coherente con su atracción por las personas de su mismo sexo. Cualesquiera que fueran los resultados, quienes pasaban de un estatus a otro tenían más compañeros que quienes se mantenían estables. (Esto puede indicar la importancia de la disponibilidad de compañeros para la “experimentación”. En cuanto a las chicas, la comparación de los dos grupos “de transición” sería ilustrativa para abordar estos temas.)

Es evidente, pues, que para entender la sexualidad adolescente es bueno analizar el grado de atracción por las personas del propio sexo, la evolución de

esta atracción, y la historia del etiquetaje de identidad sexual de las personas. Lamentablemente, sabemos relativamente poco sobre todo esto.

En resumen, este capítulo ilustra lo que queda por saber sobre la sexualidad orientada al propio sexo, además de lo que ya se conoce⁶⁰. En lo que se refiere a los jóvenes que se sienten atraídos por las personas de su mismo sexo cuando tratan de revisar su sensación de ser diferentes, su expresión de género, su atracción inicial por el propio sexo, y sus encuentros sexuales tanto con chicas como con chicos, la cuestión es si cualquiera de esas circunstancias tiene algún significado sobre quiénes son esos jóvenes.

⁶⁰ SAVIN-WILLIAMS y DIAMOND, 2004.

La identidad

Cuando el adolescente siente una atracción fuerte y persistente hacia personas de su mismo sexo, se puede sentir diferente o no, mostrar o no una conducta o unos intereses sexuales atípicos, y participar o no en un comportamiento con personas de su mismo sexo. Otra posibilidad es que pueda tener esos sentimientos y esa conducta y no sentir atracción por su mismo sexo.

La falta de acuerdo sobre lo que se supone que predice o caracteriza la condición de gay puede ser la causa de que la persona dude de si es homosexual o se pregunte si es posible que lo sea. La progresión desde el sentirse diferente en los primeros años de la infancia hasta percibir la atracción por personas del propio sexo al final de ésta y tener sexo homosexual al inicio de la adolescencia se produce en algunos adolescentes, pero es evidente que no en todos. Los que se ajustan a este patrón quizá sean quienes tienen mayor probabilidad de identificarse como gays durante la mitad de la adolescencia. Tienen un guión, y parece que su vida lo sigue. Muchos otros, sin embargo, no etiquetan su sexualidad, porque hay partes en ese guión que simplemente no parece que vayan con ellos. Una joven, por ejemplo, decía:

La pregunta es: “¿Quién me atrae?” He dicho un montón de veces: “Soy lesbiana”, para luego decir: “¡Qué va!” Pero aún no lo tengo claro, y ya no tengo 12 años. Estudié en una pequeña facultad de artes liberales, y se me animaba a que explorara, pero no lo hice. Había profesoras de ésas y lo sabía.

Cuando es intenso, no sé que hacer. ¿Debería intentar hacer algo o ignorarlo? Hay semanas en que no pienso en ello. Miro más a las mujeres y me atraen más. A los chicos lo más normal es que los excluya, pero en algunos casos siento un fuerte deseo hacia ellos, pero también lo puedo sentir hacia las mujeres. No puedo hacer nada, porque mantengo una relación con un chico. En mi caso, los chicos no me atraen tanto por lo físico como por lo intelectual, por su personalidad¹.

¹ SAVIN-WILLIAMS, e.p.

Como es natural, los teóricos de las fases de la identidad sexual tienen mucho que decir sobre estos temas. Según Vivienne CASS, las personas aceptan que sus sentimientos, acciones o pensamientos sexuales se pueden etiquetar como “homosexuales” durante la Fase 2, y pasan a creer que probablemente son homosexuales al principio de la Fase 3. Al final de ésta, están seguras de que lo son, pero no aceptan plenamente la idea; esta aceptación se produce en la Fase 4. Hacia la finalización de ésta, habrán desarrollado una imagen positiva de sí mismas como homosexuales y se sentirán cómodas entre otros homosexuales².

Para Richard TROIDEN, durante la Fase 2 las personas mantienen separadas su “conciencia de los sentimientos sexuales” de cualquier idea de identidad sexual. Es decir, reconocen sus sentimientos y su conducta sexuales como “indeseables”, pero creen que tales sentimientos tienen poco que ver, si es que tienen que ver algo, con lo que ellas son. No dan un nombre ni una identidad a su sexualidad hasta que se etiquetan a sí mismas de homosexuales, al principio de la Fase 3. Más adelante, entran a participar de la subcultura homosexual y, al final, pasan a definir la homosexualidad como un estilo de vida positivo y viable³.

No se sabe si algún adolescente realmente sigue estos patrones. Yo tengo mis dudas. Es evidente que los supuestos patrones tienen que variar en función del sexo, la etnicidad, las características de la personalidad, la situación económica personal y la generación. ¿Es posible que sean verdad para todos los adolescentes actuales? En mis entrevistas a jóvenes, observé que el sexo marcaba una gran diferencia en la progresión evolutiva. Los jóvenes eran mucho más propensos que las jóvenes a recordar un momento en que se dijeron a sí mismos: “¡Basta ya! Sé que me atraen otros tíos [o chicas, en el caso de las jóvenes], pero esto no significa que sea gay”. Las jóvenes tendían más a decirme: “En cuanto me di cuenta de cuál era el sexo que me atraía, supe quién era”.

Muchos adolescentes actuales de diversas sexualidades —no sólo gays— se preguntan por su identidad sexual. Algunos llegan a determinarla. Otros, no.

Preguntarse por la propia sexualidad

Casi todos los varones adultos que Richard TROIDEN entrevistó para su tesis, recordaban un momento en que se preguntaron por su sexualidad⁴. Lo que con mayor frecuencia los llevaba a tal pregunta era que habían tenido una experiencia sexual con otro hombre. A otros los inducía el hecho de que un hombre los excitara sexualmente, porque sabían qué era la homosexualidad y se daban cuenta de que quizá fuera ése su caso, o el hecho de que las mujeres no los sedujeran. Pocos eran los que se preguntaban por su sexualidad porque se hubiesen encaprichado de otro hombre (aunque de vez en cuando también ocurriera esto).

Un joven al que entrevisté sostenía que sabía que no era gay, excepto cuando pensaba demasiado en el sexo gay que practicaba. Se preguntaba por su

² CASS, 1979, 1983-1984, 1996.

³ TROIDEN, 1979.

⁴ *Ibid.*

sexualidad, pero no estaba dispuesto del todo a pronunciar la palabra “gay” para referirse a él mismo. Recordaba:

En secundaria sabía que lo que hacía con los chicos se podía llamar sexo homosexual, pero como también me atraían mucho las chicas y también tenía sexo con ellas, sabía que no podía ser gay, porque los maricas no tenían relaciones sexuales con chicas, no se peleaban, no les gustaban los deportes ni las cosas de chicos, todas estas cosas a mí sí que me pasaban⁵.

Lisa DIAMOND explica que lo que provoca que las mujeres se pregunten por primera vez por su sexualidad raramente es una excitación o una experiencia sexuales, sino los sentimientos de atracción hacia otras mujeres y el desarrollo de un enamoramiento emocional o de un apego a otra mujer. Otro factor es la exposición a un entorno facilitador, como el de cursar estudios universitarios sobre las mujeres, o hablar con los amigos de temas homosexuales⁶.

Una joven a la que entrevisté, estrella del atletismo y el baloncesto, encontró el amor al otro lado de la cancha, en un encontronazo durante un partido. Recuerda la fecha exacta y lo que sintió:

Sentí hacia ella una atracción irresistible que nunca antes había sentido, y me dije: “¡Ahí está!” Había tenido experiencias antes, pero ninguna de tanta fuerza. Batallé contra ello mucho tiempo.

¡Enamorarme de una chica contra la que competía! Me impresionó mucho, y apenas pude jugar en toda la noche. Así que rompí con mi novio y me pregunté: “¿Qué me está pasando?”

Nunca me lo negué, pero nunca había reconocido antes un enamoramiento. Había tenido esos sueños tontos sobre mujeres, y una vez casi llegué a besar a una, pero nunca pensé qué significaba todo aquello. Pensaba en ello, pero no tenía una cultura gay ni idea de qué significaba ser lesbiana⁷.

¿Por qué esas preguntas? ¿Por qué no asumir simplemente que se es homosexual y seguir adelante? ¿Por qué una adolescente debe asumir que la atracción que siente por otra mujer no es más que una fase, o no tan real, o sencillamente una “tendencia”? Los varones de TROIDEN decían que no podían tolerar la posibilidad de que fueran homosexuales porque eran distintos de los homosexuales “de verdad”. Tenían determinadas imágenes del aspecto de los homosexuales, de cómo actuaban, de cómo eran sus relaciones sexuales. Ellos no eran así. Otros negaban lo evidente porque aún no habían tenido relaciones sexuales homosexuales, que para ellos constituían la prueba irrefutable de la homosexualidad. Incluso algunos que habían tenido relaciones con otros chicos las interpretaban como un simple desahogo sexual, y creían que no significaban nada sobre su futuro modo de vida. Estos encuestados de TROIDEN, sin embargo, eran chicos que alcanzaron la mayoría de edad en la década de 1950. No sabemos si tales ideas son características de las preguntas que los actuales adolescentes se hacen sobre su sexualidad, pero es probable que lo sean.

⁵ SAVIN-WILLIAMS, 1998a, pág. 54.

⁶ DIAMOND, 2003b.

⁷ SAVIN-WILLIAMS, e.p.

Un estudio contemporáneo que se ocupaba de estos temas reunió a jóvenes de organismos recreativos y sociales urbanos de base comunitaria⁸. Más del 80% consideraba que en algún momento de su desarrollo “tal vez eran gays/lesbianas/bisexuales”, lo cual se puede tomar como indicador del cuestionamiento sexual. Los chicos recordaban haber tenido esos pensamientos a los 12 años como media de edad; las chicas, un año después. ¿Cuál fue la causa de ese cuestionamiento durante la primera adolescencia? Lamentablemente, no se investigó este tema. Muchos de los encuestados recordaban que se sentían atraídos por personas de su mismo sexo, tenían fantasías acordes con tales deseos, y se excitaban con la literatura erótica a una edad más temprana, entre los 10 y los 12 años. Puede ser que todo ello motivara que se preguntaran por su sexualidad. La relación entre los motivos sexuales y ese cuestionamiento no es infrecuente⁹, pero no sabemos si ambas circunstancias están relacionadas entre sí o si influyen en el desarrollo de una identidad sexual.

Cuando llegan las edades en que uno se pregunta por su sexualidad, casi siempre son medias de edad, y suelen estar en la primera adolescencia. No obstante, la variedad puede ser muy amplia: a partir de antes de la edad mágica de los 10 años. A los grupos de apoyo urbanos se les preguntó: “¿Cuándo te diste cuenta por primera vez que eras homosexual?” Chicas y chicos por igual se dividían en tres grupos: la infancia (de los 4 a los 10 años), la preadolescencia (de los 11 a los 13 años) y la adolescencia (de los 14 a los 17 años)¹⁰. La media podría estar en la “preadolescencia”, pero esta categoría de edad sólo representa a una minoría de los adolescentes.

En mis entrevistas a jóvenes encontré diferencias entre un sexo y el otro. Sí, la primera adolescencia era el momento más habitual en que los varones jóvenes recordaban sentir deseos “homosexuales” o que “parecían homosexuales” y tener cualidades similares, pero no estaban dispuestos aún a etiquetarse como gays. Las jóvenes no recordaban con la misma frecuencia ese momento pero, cuando lo hacían, lo situaban al final de la pubertad, hacia los 15 años. En los extremos, para ambos sexos, estaban las personas que a los 6 años daban nombre a la atracción que sentían pero no se clasificaban a sí mismos. Otros esperaban hasta la primera madurez para establecer la relación y varias jóvenes con las que hablé aún no habían pensado en esa asociación. Dado que eran tan extremadamente “raras”, o algo así, frente a la que se consideraba la adolescente normal, pensaban que la atracción que sentían por las mujeres no era más que otra manifestación de su rareza. Signo de su estatus de rebeldes e incomprendidas, no de su sexualidad.

Adoptar una identidad sexual

Algunos adolescentes, ya en sus primeros años de adolescencia, establecen una relación entre las preguntas que se hacen sobre su sexualidad y su identidad sexual, pero lo habitual es que haya que esperar a los años de Bachillerato para

⁸ ROSARIO y cols., 1996.

⁹ HERDT y BOXER, 1993.

¹⁰ TELLJOHANN y PRICE, 1993.

que aparezca esa asociación. Quienes reconocen pronto su identidad, al mismo tiempo se dan cuenta de lo inevitable y obvio. Una joven afirmaba que nunca pasó por una fase de cuestionamiento: “Tan pronto como oí la palabra [lesbiana] me di cuenta de que se refería a mí”¹¹. Se desconoce la razón por la que en su caso fuera una transición sin costuras, y en otros, no. Quizá esa chica sintiera su sexualidad con tal intensidad que no podía ignorar su significado. O quizá las experiencias que uno vive, como la de descubrir que un amigo es gay, o la de enamorarse perdidamente de alguien, estimulen la pronta adopción de una identidad sexual.

Del cuestionamiento a la identidad

La transición que lleva a preguntarse por la propia sexualidad no corre paralela necesariamente con la transición a la identidad de persona a quien atraen otras de su mismo sexo. Gil HERDT y Andy BOXER señalan que la segunda podría ser sencillamente una cuestión de “auto-diálogo”: un proceso interior reflexivo por el que la persona reconoce y luego acepta los deseos de carácter homosexual¹². Tal vez. Sin embargo, los dos primeros estudios que se realizaron sobre jóvenes homosexuales indican que la evolución de una persona “quizá” gay, a “probablemente” gay, a “sin duda” gay y a “orgullosamente” gay, avanza por la fuerza del sexo, al menos en el caso de los chicos. Casi todos los jóvenes de un estudio decían que habían tenido una experiencia homosexual con orgasmo antes de llegar a la conclusión: “Soy homosexual”¹³. Algo que también podría ser cierto en el caso de los adolescentes de hoy¹⁴.

Además del sexo, hay otros factores que también influyen en el etiquetaje sexual. La atracción persistente por los hombres tiene doble importancia que el hecho de tener relaciones sexuales homosexuales hasta llegar al orgasmo, incluso entre chicos gays¹⁵. También se mencionan la inexistencia de atracción por las mujeres, el hecho de que las relaciones sexuales con éstas sean menos intensas, y una identificación con una comunidad gay. En el caso de los chicos bisexuales, la atracción persistente por ambos sexos es decisiva. Tres cuartas partes de una muestra australiana de chicas y chicos hablaban de la atracción por personas del mismo sexo como el agente de mayor fuerza que los llevaba a reconocer su identidad gay¹⁶. Dos tercios reconocían tener fantasías sobre personas de su mismo sexo; más de la mitad hablaba de que “simplemente lo sabían”; y la mitad, de una experiencia sexual.

Entre los jóvenes a los que entrevisté, las respuestas a la pregunta de qué los llevó a auto-etiquetarse se agruparon en ocho categorías (véase la Tabla 8.1). Las jóvenes recordaban con frecuencia la importancia de un apego o un encaprichamiento emocional y el papel facilitador de un determinado libro, curso o

¹¹ SAVIN-WILLIAMS, e.p.

¹² HERDT y BOXER, 1993, pág. 210.

¹³ ROESLER y DEISHER, 1972; REMAFEDI, 1987a, 1987b.

¹⁴ DUBÉ, 2000.

¹⁵ REMAFEDI, 1987a.

¹⁶ HILLIER y cols., 1998.

Tabla 8.1. *Contenidos que intervienen en el auto-etiquetaje*

Contenidos	Chicas	Chicos
Apego emocional, encaprichamiento, enamoramiento	25%	15%
Atracción en general, fascinación	20%	18%
Libros, películas, cursos, programas facilitadores	20%	9%
Amigos	10%	13%
Pensamientos, sueños, excitación sexuales	9%	26%
Admiración o reconocimiento de la belleza física	8%	0%
Ausencia de interés por el otro sexo	6%	7%
Contacto sexual con personas del propio sexo	2%	13%

Fuente: SAVIN-WILLIAMS, 1998a, inédito; SAVIN-WILLIAMS y DIAMOND, 2000.

película. No mencionaban alguna experiencia sexual con personas de su mismo sexo. Los jóvenes, en cambio, eran representativos de estudios anteriores. Para ellos, lo más relevante era el sexo. Lo que menor importancia tenía para unas y otros eran la ausencia de interés por las personas de su mismo sexo y la pura belleza física.

Incidencia de la edad en que se produce la identificación

Es difícil determinar cuántos del total de adolescentes que se sienten atraídos por personas de su mismo sexo se identifican como homosexuales y a qué edad, porque los investigadores evalúan la identidad sexual de múltiples formas, entre ellas, las siguientes:

- Admiten que son homosexuales.
- Se consideran homosexuales.
- Se describen como homosexuales.
- Se dan cuenta de que son homosexuales.
- Tienen una identidad de ser homosexual.
- Se etiquetan como homosexuales.
- Saben que son realmente homosexuales.

Los adolescentes se deben identificar como gays antes de poder participar en investigaciones sobre los jóvenes homosexuales, de ahí que casi todos los estudios manifiesten que el cien por cien de los encuestados tienen ya una etiqueta sexual. Evidentemente, de estos datos no se debe concluir que todos los adolescentes que sienten deseos por los de su mismo sexo se etiquetan de homosexuales, ni que el adolescente que no se identifica como persona a la que atraen las de su mismo sexo no haya aceptado su sexualidad. Así lo demuestra un estudio realizado por Internet sobre más de 800 jóvenes que no

debían cumplir el requisito de tener una etiqueta sexual para poder responder el cuestionario¹⁷.

Si se consideran únicamente a quienes colocan una etiqueta sexual a su identidad personal, destacan dos tendencias. En primer lugar, parece que la edad a la que las personas se identifican como homosexuales por primera vez es considerablemente más baja en la actual generación de jóvenes que en grupos anteriores. Ha descendido como mínimo cinco años (más en el caso de las mujeres) respecto a los que se iban haciendo mayores en las décadas de 1960 y 1970. Pasar de los 21 años a los 16 es un descenso significativo: se pasa de los últimos años de universidad o los primeros en el mundo laboral, al primer curso de Bachillerato; de vivir fuera del hogar paterno, a vivir aún en él.

Una segunda tendencia es que han desaparecido en una gran medida las diferencias entre los dos sexos en lo que se refiere a la edad en que se produce la auto-identificación. Antes, se podía calcular cómodamente la media de edad en que los varones se identificaban como gays por primera vez: bastaba con tomar la media de edad en que eso mismo ocurría entre las mujeres y restarle uno o dos años. Ya no es así. La media de edad de la auto-identificación en un grupo de 2.000 adolescentes son los 16 años para las chicas, y los 15,6 para los chicos¹⁸. ¿Por qué ese equilibrio entre los sexos? Quizá la revolución sexual ha facilitado que el reconocimiento e identificación de la sexualidad de una joven sean hoy mayores que en generaciones anteriores.

Sin embargo, esta revolución no ha afectado por igual a todos los aspectos de la sexualidad. Hasta hoy al menos, siguen existiendo diferencias entre hombres y mujeres en lo que se refiere a la secuencia del sexo y el etiquetaje. Tradicionalmente, el contacto con personas del propio sexo se producía un año o dos antes de que el chico se identificara como gay, mientras que la chica era más propensa a tener el primer contacto con otra mujer *después* de identificarse como lesbiana¹⁹. Tal diferencia se atribuía a que la actividad sexual se daba más por supuesta en los chicos que en las chicas. Si ésta es la razón, entonces parece que esta diferencia también se difumina a medida que las chicas se preguntan con mayor frecuencia por su sexualidad y tienen relaciones sexuales con otras chicas a una edad más temprana. La tendencia temporal también actúa en sentido contrario. A medida que los chicos se identifican antes como gays, son más los que lo hacen antes de tener relaciones sexuales. Sin embargo, sigue habiendo una diferencia general entre chicos y chicas. Como ocurre con sus iguales heterosexuales, las chicas a las que atraen las de su propio sexo están más influidas que los chicos en su desarrollo psico-sexual por factores interpersonales y situacionales²⁰.

La etnicidad también puede afectar a la historia evolutiva, aunque no se suele abordar la cuestión de por qué es así. Los chicos blancos y los afroamericanos estadounidenses no difieren en la edad a la que se auto-etiquetan, sin embargo, los segundos son menos propensos a etiquetarse de homosexuales y a desvelar que lo son a amigos y familiares. Quizá ser gay sea una afrenta a su identidad

¹⁷ KRYZAN, 2000.

¹⁸ *Ibid.*

¹⁹ DIAMOND, 1998; HERDT y BOXER, 1993; ROSARIO y cols., 1996; SAVIN-WILLIAMS y DIAMOND, 2000.

²⁰ DIAMOND, 2003c; DUBÉ, 2000; PEPLAU y cols., 1999; SCHNEIDER, 2001; UDRY y BILLY, 1987; UDRY, TALBERT y MORRIS, 1986.

étnica, algo que no experimentan los jóvenes blancos. Los jóvenes latinos de la muestra se auto-etiquetan y destapan como homosexuales varios años antes que los afroamericanos y los blancos. ¿Por qué? Quizá por la naturaleza selectiva de los latinos que se prestaron voluntarios para el estudio: chicos afeminados a los que se había marginado por su no conformidad de género²¹.

El tiempo que media entre que la adolescente toma conciencia de su sexualidad y se auto-etiqueta casi siempre es más corto que el del adolescente. En un estudio, la chica sólo tardaba como media algo más de tres años en pasar de la primera conciencia al primer auto-etiquetaje. El chico lo hacía como media en cinco años. Esta diferencia entre sexos, como otras muchas, disminuyen en los grupos recientes. No obstante, incluso en el caso de los adolescentes actuales, el tiempo entre los diversos hitos para un determinado adolescente puede ser extenso o no existente; de más de una década o instantáneo²².

Pese a mi complicidad al publicar estas conclusiones, soy consciente de que esta investigación plantea varios problemas²³. Muchos estudios confunden las evaluaciones de la identidad sexual con la orientación sexual, a una de las cuales la llaman de una manera, y a la otra la miden. Cuando los entrevistadores empiezan, sin más, con la pregunta: "¿Eres homosexual?", ésta resulta demasiado vaga. Luego, seguir con las preguntas: "¿Cuándo lo supiste?" y "¿Qué te llevó a ello?" agudiza la confusión. Cada una de las personas a quienes se dirigen tales preguntas pueden entender que significan cosas distintas: identidad, orientación sexual o conducta sexual. En estas circunstancias, tanto la interpretación de los datos como la comparación entre los individuos, los grupos y los estudios son tareas difíciles, si no imposibles.

También es un problema que muchas muestras son escasamente representativas. Cabría suponer que los primeros estudios, que se basaban en granujas y chicos que se prostituían, están más sesgados que los actuales, que se basan en alumnos de secundaria que se han "destapado". ¿Pero es así? Es probable que ambos grupos se identifiquen como gays a la misma edad. Pero otro problema es que algunos de los primeros estudios incluían una amplia variedad de participantes: no era infrecuente que la edad de éstos estuviera entre los 18 y los 60 años. De modo que en un mismo estudio pueden existir diversos grupos, a los que raras veces se distingue.

Se suele subestimar la importancia de este hecho, un tema que normalmente se pierde en los estudios que aparecen en los medios de comunicación sobre jóvenes que se identifican sexualmente a edades más tempranas. Si, por ejemplo, una muestra actual está compuesta de personas menores de 25 años, es casi seguro que la edad a la que se auto-identifican sea notablemente menor que la que se señala en estudios anteriores, que incluían a grupos de adultos de entre 18 y 60 años. La primera muestra no incluye a aquellos del grupo que no se identifican hasta una edad superior a los 25 años, mientras que la segunda sí incluye a estas personas. Si todas estas identificaciones post-adolescentes se sumaran al total del estudio contemporáneo, es muy probable que la media de edad aumentara significativamente.

²¹ DUBÉ y SAVIN-WILLIAMS, 1999; EDWARDS, 1996.

²² D'AUGELLI, 1998; D'AUGELLI y GROSSMAN, 2001; D'AUGELLI y HERSHBERGER, 1993; SEARS, 1991.

²³ SAVIN-WILLIAMS, 2001a.

Menos se sabe aún sobre la importancia o la evaluación del auto-etiquetaje. Debido, quizá, a que casi todos los modelos de identidad sexual contienen alguna versión del “orgullo por la identidad” que sigue a la “aceptación de la identidad”, los investigadores generalmente interpretan este hito como la necesidad de “sentirse positivo” sobre la propia sexualidad.

Sentirse bien por ser homosexual

Aunque quizá pueda sorprender a los estudiosos que subrayan la tendencia al suicidio, la depresión, la victimización, la prostitución y el consumo de drogas como características de los jóvenes gays²⁴, los adolescentes homosexuales normalmente se sienten a gusto con su sexualidad. Puede que para llegar a tal estado de ánimo se necesiten algunos años; incluso toda la vida. O puede ser algo instantáneo, o que se produzca antes de la adopción de una identidad sexual.

En un estudio, los jóvenes adultos decían sentirse a gusto con su sexualidad a los dos años de adoptar una identidad gay²⁵. Es posible que estos descubrimientos les parezcan sorprendentes a algunos, en especial porque los jóvenes de ese estudio en particular se criaron en el Sur, en la década de 1980. Casi un tercio de ellos se sintieron a gusto el mismo año en que se identificaron como gays o bisexuales. Un chico de 24 años, Irwin, decía que se sintió bien con su sexualidad cuatro años antes de que dijera que tenía una identidad gay. Dos jóvenes, uno de 19 años, Kimberley, y otro de 18, Nathan, nunca dijeron que tenían una identidad sexual, no obstante, se sentían bien con su sexualidad. Es posible que aquí esté la clave. Si los jóvenes en general tienen una autoestima positiva, es probable que se sientan bien con su sexualidad.

Otra interpretación posible es que sólo los homosexuales que se aceptan como tales se prestan voluntarios para esos estudios. Tal vez, pero no creo que sea así. Me parece que los adolescentes que se sienten atraídos por personas de su mismo sexo se aceptan a sí mismos al mismo ritmo que lo hacen los adolescentes heterosexuales. Veamos los datos que aparecen en la Tabla 8.2. Tres cuartas partes de los jóvenes a quienes atraen las personas de su mismo sexo se sienten muy bien, bien o indiferentes ante el hecho de ser homosexuales. Menos de uno de cada diez no quiere ser gay u odia serlo²⁶.

De los jóvenes a los que entrevisté, unos nueve de cada diez mujeres y hombres desarrollaban una actitud positiva ante su sexualidad orientada a su mismo sexo, y lo hacían, como promedio, hacia los 18 y 19 años. Es discutible si a un sexo le es más fácil que al otro hacer una evaluación positiva. Por otro lado, dado que las chicas que sienten atracción por las personas de su mismo sexo sufren en menor grado algún tipo de maltrato por su orientación sexual, incluidos la agresión verbal, el maltrato físico y sexual y, con menos frecuencia, el miedo a

²⁴ Para reseñas relacionadas, véase SAVIN-WILLIAMS, 1994, 2001c; SAVIN-WILLIAMS y REAM, 2003b.

²⁵ SEARS, 1991.

²⁶ D'AUGELLI y GROSSMAN, 2001; HILLIER y cols., 1998; KRYZAN, 1997, 2000.

Tabla 8.2. *Sentimientos que despierta el hecho de ser homosexual*

	(1) V y M	(2) V y M	(3) V	(4) M	(5) V	(6) M
Sentirse muy bien	24%	32%	16%	22%	63%	66%
Sentirse bien; no se quiere hacer problema de ello	46%	28%	45%	47%	27%	17%
No marca diferencia alguna	9%	30%	13%	17%	6%	13%
Preferir ser heterosexual	12%		19%	11%		
No querer ser marica	4%	7%	5%	3%	3%	2%
Odio; hacer lo que sea para cambiar	2%	3%	2%	1%	2%	1%

V = varón

M = mujer

Fuentes: (1), D'AUGELLI y GROSSMAN, 2001; (2), HILLIER y cols., 1998 ; (3) y (4), KRYZAN, 1997 ; (5) y (6), 2000.

Notas: En (2), los términos empleados fueron "muy bien", "bastante bien", "bien", "bastante mal", "muy mal"; en (6), la comodidad con que se vivía la orientación sexual se evaluaba como "mucho", "un tanto", "mezcla", "incómoda", "muy incómoda".

la reacción de los padres ante la atracción que sienten²⁷, se podría pensar que están en situación de ventaja. Por otro lado, en los medios de comunicación, sus vidas se muestran y se aceptan con menor frecuencia.

Etiquetas, etiquetas y etiquetas

Los términos de identidad sexual que adoptan los jóvenes reflejan los valores, como decía un autor, "de la relación, la pertenencia, la diferencia y la diversidad. Ofrecen continuas posibilidades para la invención y la reinención, unos procesos abiertos por los que se puede producir el cambio"²⁸. Tradicionalmente, las opciones entre las que elegir han sido claras. Se es homosexual o heterosexual o, más recientemente, se es gay, lesbiana, bisexual o heterosexual.

Sin embargo, a lo largo de los últimos años, en el léxico de los adolescentes se han ido deslizado otras etiquetas, en especial entre las jóvenes. En efecto, sólo una minoría de las mujeres que sienten atracción por otras mujeres dicen que son lesbianas. Se prefiere mucho más el término "bisexual"²⁹. Paula RODRÍGUEZ RUST descubrió que, cuando tienen oportunidad de escoger la palabra que

²⁷ D'AUGELLI y GROSSMAN, 2001; SAVIN-WILLIAMS, 2001b; SAVIN-WILLIAMS y REAM, 2003a.

²⁸ WEEKS, 1995, pág. 44.

²⁹ SAVIN-WILLIAMS y DIAMOND, 2000.

defina su identidad sexual —y no sólo una, sino tantas como quieran—, los adultos bisexuales eligen de promedio 2,6 términos. Algunos escogen diez o más. Especialmente populares son las identidades compuestas, sobre todo la de bisexual con modificadores (por ejemplo, bi-lesbiana, bi-homosexual). Esto, en palabras de RODRÍGUEZ RUST, es una forma de “bisexualizar una identidad monosexual”, un medio con el que los entrevistados pueden expresar su desagrado y, a veces, odio hacia las etiquetas y los guiones sexuales implícitos que parecen dictar. “Bisexual” es el término más amplio, menos definitorio y menos ofensivo³⁰.

Seguidamente enumeramos algunas de las palabras y expresiones que utilizan varias de las mujeres que dicen sentirse atraídas física o románticamente por otras mujeres³¹:

ambisexual
atraída por la persona
atraída por las mujeres
atraída por una mujer especial
bi-homosexual
bi-lesbiana
bisexual, según la persona
bisexual con una relación lesbiana
bisexual fluida
bisexual identificada como heterosexual
bisexual identificada como lesbiana
bisexual identificada como mujer
dubitativa
gay
heterosexual
heterosexual, tendencias lesbianas
heterosexual con bisexualidad
heterosexual con reparos
lesbiana
lesbiana que se acuesta con hombres
no heterosexual
pansensual
pansexual
poli-fiel
poli-sexual
rara
salir con/amar una mujer
sin etiqueta
transgénero bisexual

³⁰ RODRÍGUEZ RUST, 2001.

³¹ SAVIN-WILLIAMS, inédito; RODRÍGUEZ RUST, 2001.

Esto no significa que hoy las personas que se sienten atraídas por las de su mismo sexo abandonen los términos habituales de gay, lesbiana y bisexual. Indica una mayor flexibilidad (y, añadiría yo, creatividad) en el etiquetaje sexual. Tal vez, de todos los términos tradicionales, el de bisexualidad sea el más abierto a la reinterpretación, porque tiende un puente entre las sexualidades.

La bisexualidad

El principal dilema al que se enfrentan los bisexuales en lo que se refiere a ajustarse a los modelos tradicionales de identidad sexual, es que muchos de ellos no están seguros de su identidad. Esto hace difícil contemplar la bisexualidad como un punto final estático de un proceso evolutivo de auto-descubrimiento. Los modelos raras veces son lo bastante flexibles para considerar la bisexualidad como algo que no sea una identidad “de transición”, o un estado de confusión de identidad, pese a que en realidad puede ser una identidad plenamente integrada³².

Para abordar este problema, algunos estudiosos han propuesto unos modelos de fases específicamente para los bisexuales. También se han establecido paralelismos entre las formaciones de las identidades bisexual y birracial. Se cree que tanto quienes son bisexuales como quienes son birraciales experimentan unas fases comparables de cuestionamiento/confusión, rechazo/ocultación, inserción/exploración, y resolución/aceptación³³. Sin embargo, a semejanza de Alfred KINSEY, la mayoría de los modelos presentan a los bisexuales como medio homosexuales y medio heterosexuales, o situados en algún punto entre la homosexualidad y la heterosexualidad. Los bisexuales no están de acuerdo con tal idea, pero lo habitual es que se ignore su opinión.

Gil HERDT y Andy BOXER, en uno de sus primeros estudios sobre los jóvenes homosexuales, presentan de forma convincente la bisexualidad como un compromiso con el concepto que uno tiene de sí mismo:

Para la gran mayoría de los miembros de *Horizons*, la bisexualidad supone agarrarse al tiempo, al tiempo social y al evolutivo... En resumen, el bisexual es un camaleón, un ser embrionario similar al embaucador del folclore indio americano, lleno de posibilidades de serlo todo y cualquier cosa, pero esquivo ante los demás y perplejo ante el yo que pueda dirigir una mirada sistemática a su propia vida.

Cuando estas personas llegan a los 21 años, concluyen HERDT y BOXER, la mayoría de ellas “mantendrán unas relaciones en gran parte exclusivamente con otras de su mismo sexo”. Sin embargo, más adelante, cambian y rechazan esta idea, después de decidir que la bisexualidad “se va aceptando progresivamente por una generación de personas más jóvenes que se oponen a la identificación con las principales categorías de identidad sexual”³⁴.

³² HILLIER y cols., 1998.

³³ WEINBERG, WILLIAMS y PRIOR, 1994; COLLINS, 2000.

³⁴ HERDT y BOXER, 1993, págs. 199, 201; HERDT, 2001, pág. 277.

Margaret ROSARIO y sus colegas aportan apoyo empírico a esta idea de la bisexualidad como estado de transición, al menos para quienes acaban por identificarse como gays³⁵. Cuando realizaban sus entrevistas, casi dos tercios de los jóvenes gays y lesbianas que participaban en el estudio pensaban que habían sido bisexuales en el pasado, aunque fuera por un breve período. Sin embargo, creo que estos datos no son tanto prueba de la inseguridad de la identidad sexual durante la adolescencia, como de la inestabilidad de la identidad bisexual. Al fin y al cabo (aunque se trata de un hecho que ROSARIO y sus colegas ignoran en gran medida), casi dos tercios de los que se auto-identifican como bisexuales, antes pensaban que tal vez fueran lesbianas o gays. Pero son pocos los que creen que el hecho de ser gay o lesbiana es una identidad de transición para los bisexuales. En casi todos los estudios realizados hasta la fecha con adolescentes y jóvenes, una parte considerable elige libremente el término “bisexual” para describir su sexualidad. ¿Se referirán a una transición? ¿Estarán evitando una identidad? ¿Será verdad lo que dicen? Es evidente que no sabemos qué *entienden* por bisexual los adolescentes. La Tabla 8.3 resume los principales tipos de bisexualidad que se proponen en la literatura especializada.

Paula RODRÍGUEZ RUST ha revisado más de 1.000 artículos, libros y capítulos que tratan de la bisexualidad. Reconoce que gran parte de la literatura da por

Tabla 8.3. *Tipos de bisexualidad*

Tipo	Definición
Situacional	Heterosexuales que, en unas circunstancias restrictivas atenuantes (por ejemplo, las que se dan en la cárcel), adoptan una conducta sexual con personas de su mismo sexo.
Chic	Heterosexuales que adoptan una conducta sexual con personas de su mismo sexo en busca de la aceptación social (por ejemplo, en los grupos de personas sexualmente desinhibidas).
De transición	Personas que utilizan la bisexualidad de puente para pasar de una identidad a otra.
Histórica	Historias sexuales que incluyen conductas/fantasías opuestas a la identificación actual.
Secuencial	Relaciones seguidas con los dos sexos a lo largo del tiempo, de modo que en cualquier momento la persona mantiene relaciones sólo con personas de uno de ellos.
Concurrente	Personas que mantienen relaciones con ambos sexos al mismo tiempo.
Experimental	Personas que prueban relaciones con más de un sexo, para comprobar cuál de los dos las atrae más.
Técnica	Personas que tienen relaciones sexuales con ambos sexos, pero prefieren ser gays/lesbianas.
Evasiva	Personas que quieren “lo mejor de ambos mundos” sin tener que comprometerse con un determinado compañero ni un estilo de vida dado.

³⁵ ROSARIO y cols., 1996.

supuesto que los bisexuales están en una fase de transición entre su yo heterosexual anterior y su yo homosexual futuro. Se supone que los bisexuales temen ser identificados como gays. O niegan su “auténtica” identidad, o no están dispuestos a situarse en un grupo socialmente oprimido. Después de todo, pueden “pasar” por heterosexuales. “Pese a la extendida idea de que no existen”, señala RODRÍGUEZ RUST, “el estereotipo [del bisexual] es el de una persona psicológicamente en conflicto, emocionalmente inmadura y sexualmente promiscua”³⁶.

La consecuencia habitual es que se excluya a los bisexuales o se los junte con los gays, como si unos y otros tuvieran la misma identidad sexual. A pesar de los pocos datos de que se dispone, RODRÍGUEZ RUST afirma que se saben algunas cosas:

- Los deseos y las conductas bisexuales son más comunes que las exclusivamente homosexuales, pero el predominio de una identidad bisexual es menos común que el de una identidad gay o lesbiana. RODRÍGUEZ RUST lo atribuye a la ausencia de una validación y un respaldo sociales a la identidad bisexual. Heterosexuales y homosexuales por igual manifiestan desprecio por los bisexuales “agentes dobles”: reflejos de la bi-fobia o la bi-negatividad.
- Los bisexuales jóvenes tienden a recordar deseos heteroeróticos antes que homoeróticos. Dada la atracción que sienten tanto por los hombres como por las mujeres, es posible que los sentimientos heterosexuales, más aceptables y menos estigmatizados, se recuerden antes y como más característicos.
- Los bisexuales (en especial las mujeres) prefieren relaciones monógamas consecutivas, por lo que raramente mantienen conductas sexuales simultáneas con ambos sexos, y no suelen decir que se sienten atraídos por igual por uno y otro. Si tienen relaciones con los dos, cuentan con un compañero sexual principal, a quien dedican la mayor parte de la atención y el tiempo.
- A medida que se hacen mayores, los bisexuales se van orientando hacia uno de los dos sexos; son más proclives a decir que son exclusivamente gays o heterosexuales, y menos a decir que son bisexuales.
- Tanto los bisexuales como las bisexuales suelen gustar de las relaciones sexuales con varones y de las relaciones amorosas con mujeres.
- Como término medio, los bisexuales tienen más compañeros de su mismo sexo que los heterosexuales, menos compañeros de su mismo sexo que las lesbianas y los gays, y más del sexo opuesto que las lesbianas y los gays, pero no necesariamente menos compañeros del sexo opuesto que los heterosexuales.
- Los bisexuales mantienen unas relaciones amorosas prolongadas, pero éstas no suelen durar tanto ni ser tan monógamas como las de los heterosexuales, los gays o las lesbianas. Los bisexuales tienen mayor tendencia a rechazar la monogamia sexual como ideal cultural.

³⁶ RODRÍGUEZ RUST, 2000, 2002, pág. 185.

- Los bisexuales son menos propensos a mantener una identidad coherente, y más a alcanzar los hitos evolutivos a una edad superior. Enfrentados a dos mundos incrédulos —el heterosexismo de los heterosexuales y los gays, que niegan la legitimidad de la bisexualidad—, los bisexuales suelen contar con menos comunidades de apoyo y, por lo tanto, deben esforzarse por alcanzar los hitos evolutivos.

RODRÍGUEZ RUST descubrió que las mujeres son más propensas que los hombres a identificarse como bisexuales y a querer utilizar “bisexual” como un término compuesto. Aproximadamente tres cuartas partes de las casi 1.000 participantes en su estudio decían que eran principalmente bisexuales en sus sentimientos y capacidades, pero raramente señalaban la relevancia de este hecho para su conducta sexual. Según RODRÍGUEZ RUST, la bisexualidad representa la “percepción [de estas personas] de que siguen siendo *capaces* de albergar sentimientos tanto hacia hombres como hacia mujeres y/o contactos sexuales con unos y otras; no el hecho de que tengan esos sentimientos y experiencias”³⁷. Lo esencial es la *posibilidad*, la *capacidad* de tener estos sentimientos hacia ambos sexos. ¿Por qué limitarse uno mismo a un solo sexo o a una menguada diversidad de relaciones? Para los bisexuales, el sexo de un posible compañero raras veces es el “punto en discordia”. Asientan sus deseos sexuales en otras bases, sobre todo en la personalidad y las características físicas (no genitales). Anna, australiana de 22 años, así lo expresaba al responder a una entrevista por Internet: “No me atraen las personas por su sexo, sino que me seduce su personalidad”³⁸.

Una minoría de las entrevistadas del estudio de RODRÍGUEZ RUST decía que su identidad bisexual refleja sus auténticas interacciones sexuales. Algunas se identifican como bisexuales meramente por razones políticas, como medio de oponerse al monosexismo. El hecho de etiquetarse como bisexuales no implica que quieran sexo o una relación con ambos sexos. RODRÍGUEZ RUST concluye: “Las personas se pueden sentir atraídas sexualmente por personas con las que nunca consentirían tener relaciones sexuales, y pueden imaginar amores con personas a quienes ni siquiera quisieran conocer”³⁹.

¿Qué relación tiene todo esto con los adolescentes? Parecer ser que la idea dominante es que los adultos pueden ser “verdaderamente bisexuales”, pero los adolescentes sólo caen en la tentación cuando se presenta. Entre algunos alumnos de Bachillerato, la bisexualidad se considera una moda superficial y pasajera, pero también puede ser un medio con el que el adolescente se identifica con una comunidad y manifiesta una solidaridad política con todos los no heterosexuales. Al hacerlo así, combate la invisibilidad bisexual, se opone a la materialización de las etiquetas sexuales, y reconfigura la política sexual. También puede ser una *auténtica* identidad sexual del adolescente, un reflejo de la atracción, los deseos y las fantasías relativas a ambos sexos. La bisexualidad puede ser también la etiqueta que mejor recoja la sensación de fluidez, una identidad flexible

³⁷ RODRÍGUEZ RUST, 2001, pág. 66.

³⁸ HILLIER y cols., 1998, pág. 27.

³⁹ RUST, 1993; RODRÍGUEZ RUST, 2001, 42; 2002.

que facilita una mayor libertad de expresión, más posibilidades, más transparencia, y una eliminación de las fronteras.

Aunque todo lo dicho sobre la bisexualidad es verdad, los adolescentes de hoy afirman cada vez con mayor frecuencia que etiquetarse de bisexual es en sí mismo algo restrictivo y empobrecedor. Las jóvenes que yo entrevisté, por ejemplo, centraban su objeción al término “bisexual” en cuatro razones:

1. Provoca un conflicto en la comunidad de mujeres, porque a las lesbianas no les gusta. Piensan que refuerza el patriarcado y facilita a las mujeres bisexuales el acceso al privilegio heterosexual.
2. Subraya únicamente el aspecto sexual de la identidad.
3. Parece que la gente cree que significa que a uno le atraen ambos sexos por igual, o que tiene un amante masculino y otro femenino. Decir que se es “bisexual” significa sentir dos tipos iguales de atracción.
4. Parece que el término implica una confusión sobre la sexualidad de la persona.

Una universitaria, con la mejor intención de ayudarme a comprender su complejo modo de pensar, reflexionaba sobre algunas de estas preocupaciones:

Soy francamente bisexual en mis deseos, si se refiere usted a si siento atracción por los dos sexos. Pero procuro inclinarme hacia el lado femenino, porque no creo que, en general, la gente entienda a qué me refiero cuando hablo de bisexualidad. Piensan con toda sinceridad que estoy confundida, o que me va todo, o que no sé por qué decidirme, o que quiero mucho sexo (¡bueno, a decir verdad, así es!).

Intenté etiquetarme de lesbiana, pero simplemente no parecía adecuado, porque me atraen los tíos. En el instituto me atraían más los tíos porque no tenía ninguna experiencia sexual con chicas, pero hoy, sinceramente, me atraen más las mujeres que los hombres, ¿pero significa esto que me llame bi-lesbiana? ¿Lesbo-bisexual?⁴⁰

Pese a su posible componente de fluidez, la etiqueta de bisexual sigue siendo una parte de un sistema de identidad sexual triple. Para algunos, nada que no sea el rechazo a cualquier etiqueta sexual es adecuado.

¿Una identidad sexual heterosexual?

¿Es que los bisexuales tratan de mimetizar a los heterosexuales al rechazar el uso de la sexualidad de base para la diferenciación? Todos los adolescentes tienen una orientación sexual, y a la mayoría de ellos les interesa el sexo, ¿pero se puede presumir realmente que los heterosexuales no interpretan que su sexualidad significa que tienen una identidad sexual? Todos los modelos de identidad sexual postulan que la homosexualidad de las personas a quienes atraen las de su mismo sexo es la característica que las define. El corolario inevitable es que, debido a su sexualidad, su vida transcurre de forma sustancialmente distin-

⁴⁰ SAVIN-WILLIAMS, e.p.

ta de la de los heterosexuales. Un supuesto adicional, aunque tácito, es que los heterosexuales no tienen una identidad sexual.

Se trata de un supuesto que, en general, se ignora. La heterosexualidad sigue siendo no interpretada, “no marcada”. La idea directriz es que la heterosexualidad no es una característica destacada ni fundamental de la identidad, a diferencia de lo que ocurre con otras características, como la raza, la clase social, la profesión y la religión⁴¹. Como señalan los autores de un peculiar artículo sobre el desarrollo de la identidad heterosexual:

No son pocos los estudios que se ocupan de cómo perciben las personas heterosexuales su propia identidad sexual. En efecto, algunos estudiosos se preguntan en qué medida existe algo que se pueda parecer remotamente a lo que se llama “desarrollo de la identidad heterosexual”, algo que se demuestra en el hecho de que prácticamente toda la literatura sobre la orientación sexual se encuentra en obras que se ocupan de temas relativos a lesbianas, gays y bisexuales (LGB)⁴².

La heterosexualidad se considera normal. Presumir una postura diferente sobre la heterosexualidad es algo tan raro que carece de auténtico sentido para el desarrollo de teorías de la identidad en torno a la orientación sexual⁴³. El hecho de que los heterosexuales desarrollen un sentido de identidad sexual es tan raro, e incluso tan carente de sentido, como el de que los blancos estadounidenses reivindiquen una identidad racial.

Sin embargo, muchas chicas, cualquiera que sea su orientación sexual, no creen que su sexualidad lo integre o lo abarque todo hasta el punto de que pueda servirles de base de su identidad⁴⁴. Es verdad que sienten deseos sexuales y amorosos, pero esto no implica que tengan una identidad sexual. Algunas se niegan a tener una identidad sexual o, en el mejor de los casos, aceptan una identidad de poca fuerza o marginal. En las entrevistas, chicos y chicas universitarios decían que no suelen pensar en su identidad sexual. No eran conscientes de cómo su sexualidad pudiera haberles afectado, o pudiera haber condicionado sus relaciones con los demás. Sólo tres de las chicas entrevistadas cuestionaban su sexualidad y su supuesta identidad sexual heterosexual⁴⁵.

En su tesis doctoral, Loren FRANKEL investiga estos temas entre chicos universitarios gays y heterosexuales⁴⁶. A partir de una asociación libre con la pregunta: “¿Quién soy?” como punto de referencia, menos de uno de cada diez heterosexuales ponen nombre a su identidad sexual (“heterosexual”). Sólo dos de cada diez cuestionan en algún momento su heterosexualidad. En comparación con los jóvenes varones que no se identifican, el 10% que se etiquetaban solían tener familiares homosexuales y habían cuestionado (normalmente durante la mitad de su adolescencia) su supuesta heterosexualidad. Sin embargo, parece que la introspección guarda mayor relación con su orientación sexual que con su

⁴¹ BUZWELL y ROSENTHAL, 1996.

⁴² WORTHINGTON y cols., 2002, pág. 496.

⁴³ En este sentido, dos intentos recientes son MOHR, 2002 y WORTHINGTON y cols., 2002.

⁴⁴ DIAMOND, 2003c; RODRÍGUEZ RUST, 2002.

⁴⁵ ELIASON, 1995.

⁴⁶ FRANKEL, 2003.

identidad. Se preguntan por la atracción que sienten por los hombres, no están seguros de la atracción que les causan las mujeres, y se preguntan por su curiosidad por la experiencia sexual con otros hombres. Una prueba más de la poca importancia que se da a su orientación sexual, los heterosexuales son significativamente menos proclives que los homosexuales del estudio de FRANKEL a pensar que su sexualidad afecta a otros ámbitos de su vida (profesión, relaciones familiares, aficiones, política).

Estos datos no avalan la idea de que el heteroerotismo tiene una importancia evolutiva para la mayoría de las personas heterosexuales. Es posible que algunas de ellas, durante la adolescencia, se pregunten por su sexualidad, y quizá algunas esbocen un primer perfil de una identidad sexual. Sin embargo, la medida en que así sea mengua mucho si se compara con el supuesto desarrollo de una identidad sexual en las personas que se orientan a las de su mismo sexo.

En efecto, en el ejercicio “¿Quién soy?” de FRANKEL⁴⁷, dos tercios de los varones jóvenes de sexualidad orientada a los de su mismo sexo mencionan su identidad sexual. No el 20, sino el 90% de ellos cuestionan su sexualidad, y a una edad más temprana (primera adolescencia). Conviene observar que, como ocurre con los varones heterosexuales, el cuestionamiento del que hablan estos hombres a quienes atraen los de su mismo sexo se refiere más a la orientación que a la identidad. No les atraen las mujeres, sino los hombres. Lo que les diferencia con mayor claridad de sus iguales heterosexuales es que, en ese momento, aquellas preguntas significaban algo sobre su sexualidad y su elección de las actividades sociales y los amigos. Sin embargo, menos de la mitad de los varones gays dicen que su sexualidad orientada a los de su mismo sexo afecta a su carrera profesional, a su práctica del deporte, a sus clases en la universidad y a sus aficiones. Además, una cantidad sustancial (más de un tercio) de los jóvenes orientados a su mismo sexo no piensan en la sexualidad al describir quiénes son.

Los dos últimos capítulos se ocupan de esos chicos y chicas. Se están convirtiendo en la norma; son las personas corrientes.

⁴⁷ *Ibid.*

Resiliencia y diversidad

Los modelos de identidad sexual son el mejor ejemplo de la tendencia a meter en el mismo saco a todas las personas homosexuales, como una “especie aparte”. Son unos modelos que no sólo carecen de utilidad para la mayoría de las personas con orientación hacia su mismo sexo, sino que resultan perjudiciales, porque impiden comprender las vidas diversas y en continuo cambio de los adolescentes de hoy. Fomentan una visión arcaica y de tinte machista sobre el desarrollo del homosexual.

Hay toda una serie de estudiosas feministas que plantean serias objeciones a los modelos de identidad sexual, en especial en lo que se refiere al desarrollo femenino. Lisa DIAMOND, Anne PEPLAU, Deborah TOLMAN, Paula RODRÍGUEZ RUST y Lucia O’SULLIVAN están reorientando este campo de estudio, de una forma que permite contemplar unas vidas adolescentes románticas que son positivas, de fortaleza de carácter, diversas, fluidas y sin etiquetas. Para corregir parcialmente el carácter estático de los modelos existentes, he propuesto una perspectiva de trayectorias evolutivas diferenciales, que en mi opinión es un esquema mejor tanto para investigar como para apreciar el curso de la vida de los adolescentes de hoy.

En este capítulo y en el siguiente, analizo la vida de los adolescentes tal como hoy la viven. Es un mundo donde imperan el homoerotismo y la diversidad sexual, algo que está en considerable desacuerdo con lo que la mayoría de nosotros experimentamos en nuestra adolescencia. Las responsabilidades de la idea dominante y negativa sobre la adolescencia gay son demasiado graves. En cambio, una opción mejor es concentrarse en la resiliencia de los jóvenes, en los aspectos positivos del sentirse atraído por personas del mismo sexo ya en la juventud, y en la diversidad que caracteriza el mundo en el que viven (y vivimos).

¿Particularmente malos?

Muchos investigadores, profesionales, activistas y organizaciones simpatizantes con el mundo gay detallan una amplia lista de características de los adolescentes homosexuales que hacen que se desvíen de sus iguales heterosexuales. Tal vez lo hagan para justificar el dolor de crecer sabiéndose gay, para despertar simpatía por los jóvenes homosexuales, o para conseguir recursos económicos o de otra índole para programas de prevención y/o intervención. El dedo acusador suele apuntar a una cultura dominante que se desentiende; el objetivo normalmente es educar a los profesionales de las instituciones oficiales (en especial, los centros educativos) sobre las necesidades particulares de los adolescentes gays. Estos “abogados” del homosexual suelen representar a los jóvenes gays como personas débiles e indefensas ante un mundo atribulado y violento. ¿Es que no existen adolescentes homosexuales fuertes y con resiliencia que saben desenvolverse, sobrevivir y prosperar? Si es verdad que los adolescentes homosexuales corren un grave riesgo de suicidarse o intentarlo, ¿en qué se pueden parecer a los heterosexuales? Se piensa que una parte de la población es “normal”, y la otra no. Imagine el lector cuál es esta segunda.

Algunos dan por supuesto que la insana anormalidad de los jóvenes gays es consecuencia de una anomalía evolutiva inherente, tal vez genética, quizá del entorno prenatal, que hace homosexual a la persona y seguirá afectando a su adaptación conductual durante la adolescencia. Otros sostienen que el propio estatus de gay genera un acoso psico-social que conduce a mayores niveles de victimización, angustia emocional, drogadicción y trastornos mentales.

En un reciente resumen de la literatura empírica se responde con un sonoro “sí” a la pregunta: “¿Las personas gays, lesbianas y bisexuales muestran un mayor grado de trastornos mentales?”. ¿La razón? El *estrés de la minoría*. “El estigma, el prejuicio y la discriminación contra las personas homosexuales crean un entorno social hostil y estresante que provoca problemas de salud mental”¹. El autor de este estudio reconoce los problemas para obtener las muestras a los que ya me he referido en este libro, pero no alteran sus ideas. Es muy revelador que en sus estudios se compare a los gays con los heterosexuales, pero no entre ellos; de este modo, se ignoran las variaciones dentro de una misma población, en especial entre los “que se identifican de forma manifiesta y temprana” y la mucho más amplia mayoría de personas a quienes atraen las de su mismo sexo.

Me parece una postura desconcertante. Si uno quiere conocer el desarrollo de la mujer, no reúne una muestra de sólo feministas que se reconocen como tales. Si se desea conocer el avance de los afroamericanos, no se reúne una muestra de defensores de estas personas. Si alguien quiere conocer lo referente a los deseos hacia el propio sexo, ¿por qué ha de reunir únicamente a personas que se identifican como homosexuales? Es verdad que se descubren muchas cosas, pero son muchas también las que se pierden.

Se podría decir, como hace el autor del resumen que acabo de mencionar, que la omisión es aceptable y que las conclusiones son conservadoras porque “las personas más seguras y sanas estaban *representadas en exceso*” (la cursi-

¹ MEYER, 2003, pág. 685.

va es mía). Sin datos reales, el autor imagina que quienes no se identifican como gays ni se prestan a participar en las investigaciones están peor adaptados que quienes sí lo hacen. ¿El mensaje? Identificarse como gay es algo sano, o que sólo las personas sanas están dispuestas a identificarse como homosexuales.

Una idea, sin embargo, que varios estudios recientes contradicen. En uno de ellos se concluye que dos indicadores importantes de jóvenes que intentaron suicidarse fueron el que se destaparan ante otros con quienes compartían que se sentían atraídos por personas de su mismo sexo, y que acudían a grupos de apoyo². Éstos son los “que se identifican de forma manifiesta y temprana”. En otro estudio se decía que el consumo de drogas era sustancialmente superior entre los jóvenes que decían tener relaciones homosexuales y se identificaban como lesbianas, gays o bisexuales, además de tener pensamientos/deseos sexuales³. Éstos son también los “que se identifican de forma manifiesta y temprana”. Estas conclusiones indican que quienes mayores probabilidades tienen de gozar de mejor salud son los adolescentes que se sienten atraídos por personas de su mismo sexo *que no se identifican* como tales.

En efecto, mi pronóstico es que un “factor de riesgo” de enfrentarse a problemas psicológicos no es la existencia de una atracción por personas del propio sexo, sino las presiones sociales y psíquicas que llevan al joven (en especial a una edad temprana) a identificarse como lesbiana, gay o bisexual. Además, sospecho que lo insano y lo que lleva al suicidio o al consumo de drogas no es la identidad por sí misma, sino las características sociales que coexisten con la etiqueta, con la identidad. El hecho de identificarse como gay durante la adolescencia puede ser el intento del joven atribulado de enfrentarse a unas circunstancias adversas. Al hacerlo puede encontrar apoyo, un elemento que lo distingue y una comunidad.

Aunque no se cuenta con suficientes datos para afirmar con seguridad que los adolescentes que se identifican como gays son menos sanos que los que no lo hacen pero se sienten atraídos por las personas de su mismo sexo, mi principal objeción va dirigida al modelo del déficit dominante. Esta idea lleva a demasiados a buscar, y por tanto a desenterrar, problemas entre los adolescentes homosexuales. En efecto, es un sesgo tan afianzado que en ocasiones lleva a los estudiosos a interpretar unos hallazgos positivos de la peor forma posible. Por ejemplo, sólo el 3% de los jóvenes participantes en un estudio decían que se sentían realmente mal ante la atracción que sentían por los de su mismo sexo o que tenían mucha dificultad para aceptarla. Sin embargo, los autores, al parecer incrédulos ante sus propios datos, señalan que muchos jóvenes que hablaban de sentimientos positivos sobre su sexualidad “habían tenido una serie de dificultades”⁴. Se olvidan el éxito y la felicidad. Se insiste en el aislamiento y la confusión. Se destaca la preocupación por las consecuencias societales e interpersonales negativas de una sexualidad estigmatizada. Es como si realmente no fuera posible el desarrollo gay positivo; en algún lugar debe de haber algún punto débil y negativo. ¿Quién se extrañará de que en un repaso de los artículos relacionados

² SAVIN-WILLIAMS y REAM, 2003b.

³ ORENSTEIN, 2001.

⁴ HILLIER y cols., 1998, pág. 31.

con la salud de los jóvenes homosexuales publicados a partir de la década de 1970, revelara que los temas más frecuentes han sido el VIH/SIDA, la victimización/la violencia, las enfermedades de transmisión sexual, el embarazo, la confidencialidad, las pruebas del VIH y los abusos sexuales?⁵ No es ésta una imagen atractiva de quien es joven y homosexual.

Esta obsesión de los estudiosos por lo destructivo y perjudicial se puede atribuir, como señalaba en el Capítulo Primero, a dos circunstancias. En primer lugar, los primeros estudios empíricos y las advertencias sobre salud mental de los médicos, psiquiatras, asistentes sociales y educadores, fueron los que marcaron la pauta. Todos esos profesionales decidieron que los jóvenes homosexuales se percibieran como una clase exclusiva de personas que necesitaban de los servicios médicos. La equiparación de “joven homosexual” con “joven angustiado” enraizó tanto que cualquier otra caricatura quedó indocumentada y, por consiguiente, pasó desapercibida. El “adolescente homosexual típico no tan angustiado” siguió siendo en gran medida invisible.

Otra circunstancia importante fue que los primeros estudios sobre la naturaleza del homoerotismo adolescente derivaban de lo que decían personas que se identificaron como homosexuales durante la adolescencia. Estos primeros identificadores solían ser tan atípicos de su sexo en sus expresiones de género que eran incapaces de ocultar su sexualidad. Sus iguales tiraban de ellos para que “salieran del armario” por su conducta “afeminada” o “marimacho”, o los empujaba a hacerlo su propia confusión interior, con lo que se quedaban en la situación perfecta para ser víctimas de los acosadores de la escuela y el barrio, para que sus padres los rechazaran, para vivir en unas familias disfuncionales que ofrecían pocas esperanzas de apoyo o comprensión, para sufrir alguna enfermedad mental, para caer en la drogadicción, para enfrentarse al aislamiento social. Ante esta realidad, proclamar una identidad gay y participar en estudios sobre la homosexualidad eran esfuerzos comprensibles de los jóvenes homosexuales para encontrar apoyo, entrar en contacto con una comunidad, buscar una venganza catártica contra los opresores y contar su versión de la historia.

Tanto ha arraigado esta imagen que incluso los padres mejor intencionados dudan de que ser gay sea algo decoroso para su hijo. Si es hija, tendrá una vida difícil, quedará excluida del servicio militar y sufrirá la victimización. Si es hijo, lo acosarán en la escuela, le negarán empleos, no podrá ser padre⁶. Los psicólogos escolares, consejeros, asistentes sociales y profesionales de la sanidad perciben unas expectativas igualmente negativas para sus alumnos homosexuales. Creen de forma abrumadora que los alumnos homosexuales de los institutos están en situación de riesgo ante los siguientes problemas (en paréntesis aparece el porcentaje de quienes están de acuerdo)⁷:

ansiedad, depresión, intentos de suicidio, acoso (90%)
baja autoestima (80%)
consumo de drogas (70%)
abusos sexuales (60%)

⁵ RYAN, 2000.

⁶ SAVIN-WILLIAMS, 2001b.

⁷ PORTER, 2001; SMITH, 2001b.

abandono de los estudios/absentismo escolar, trastornos alimentarios, sexo sin protección (50%)
pobres resultados académicos (40%)

Para invertir la “clínicalización” de los jóvenes homosexuales se requieren un nuevo enfoque y una nueva actitud. Casi treinta años después de que las principales organizaciones dedicadas a la salud mental eliminaran la homosexualidad de su lista de trastornos mentales, tal como se exponía en el “Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales”, de la Asociación Americana de Psiquiatría, los profesionales siguen tratando a los jóvenes gays como si fueran unos parias. A medida que los adultos gays abandonaban los registros de discapacitados y disfuncionales, los jóvenes homosexuales ocupaban su lugar. Científicos y médicos por igual en realidad han *repatologizado* la homosexualidad al presentar a los adolescentes gays como personas extremadamente vulnerables que llevan una vida de alto riesgo.

¿Particularmente buenos?

Es posible una perspectiva alternativa: la *firmeza de carácter*. El reconocimiento de que muchos adolescentes con deseos por su mismo sexo son personas sanas, amantes de la vida y capaces de afrontar con eficacia las incertidumbres que se presenten, incluidas las relacionadas con su sexualidad⁸. Decir de estas personas que poseen firmeza de carácter y que saben recuperarse del infortunio supone reconocer los valores evolutivos que han ido acumulando en el transcurso de su vida: capacidades, rasgos y formas de sortear la adversidad y las conductas nocivas para la salud, y de conseguir unos resultados mejores de los que cabría esperar dada la cantidad de factores de riesgo que tienen⁹. Los factores de riesgo se han documentado muy bien. No así los factores protectores, que pueden ser innatos o medioambientales (incluidas la escuela y la familia).

Ya a finales de la década de 1980, se advertía a los investigadores del desequilibrio negativo de sus estudios. No aparecían en ellos datos sobre “las características asociadas con la capacidad de mantenerse fuertes ante las circunstancias adversas de la vida”¹⁰. En los años noventa del siglo pasado, Tony D’AUGELLI recordaba a sus colegas educadores que apreciaran la excepcionalidad de los alumnos homosexuales y que “los animaran a planificar su propio desarrollo de forma activa y enérgica”¹¹. Pocos lo escucharon. Sin embargo, esto no quiere decir que no existan unos perfiles sanos del adolescente a quien atraen las personas de su mismo sexo.

La forma más fácil de demostrar la resiliencia es fijarse con detenimiento en las investigaciones “catastrofistas”, demostrar la invalidez de los datos en que se basa la supuesta mala salud de la población no heterosexual. Es una tarea fácil, porque los estudios están tan viciados metodológicamente que uno se pregunta,

⁸ SAVIN-WILLIAMS, 1990, 1998a, 2001c.

⁹ CLARK y cols., 1996; LUTHAR, CICHETTI y BECKER, 2000; RUTTER, 1987.

¹⁰ BOXER y COHLER, 1989, pág. 319.

¹¹ D’AUGELLI, 1991b, pág. 225.

ante todo, por qué llegaron a creerse en cierto momento, a no ser que sirvieran a algunos planes particulares.

Bastará con un sencillo ejemplo. Quienes repasan la literatura sobre la tendencia al suicidio de los jóvenes homosexuales hablan de una amplia variedad de tasas de incidencia de los intentos de suicidio. La mayoría de ellos consideran que el 30% es una media aceptable¹². Dos estudios, que se suelen ignorar en estos cálculos, parten de la medición de la *orientación* sexual, y no de la *identificación* sexual; en los dos se encontró una tasa considerablemente inferior: en torno al 10%¹³. Aunque el consenso abrumador es que el riesgo de que los jóvenes homosexuales intenten suicidarse es muy alto y desproporcionado, algunos investigadores observan que la mayoría de ellos —una media del 70%, pero posiblemente hasta del 90%— *no* intentan suicidarse. Dado el bien documentado grado de intimidación y acoso que sufren los jóvenes gays, es de notar el hecho de que la inmensa mayoría de ellos no intenten suicidarse; indica que estos adolescentes tienen unas habilidades excepcionales, pero no reconocidas, para afrontar la adversidad y recuperarse de ella.

Algunos estudios recientes reflejan este tipo de enfoque alternativo. Revelan la salud y la capacidad de adaptación de los adolescentes a quienes atraen las personas de su mismo sexo. Más del 90% de los jóvenes de un estudio decían que, después de desvelar públicamente que se sentían atraídos por las personas de su mismo sexo, recibían apoyo de la “vida real” (el mundo ajeno a Internet). Esto, observan los autores del estudio, ilustra la capacidad de los adolescentes de desarrollar “procedimientos complicados y sofisticados para mantenerse a salvo cuando se sienten amenazados”¹⁴. Asimismo, los adolescentes homosexuales suelen ser inteligentes al decidir a quién desvelar primero su sexualidad. En casi todos los casos, esa primera revelación se traduce en unas reacciones positivas y, a veces, entusiastas¹⁵.

Un tercer estudio concluía que, a diferencia de sus iguales blancos de una minoría social, los estudiantes negros, asiáticos e hispanos no experimentaban en la escuela actitudes, actos, expectativas ni rendimientos significativamente más negativos que sus compañeros heterosexuales. Los autores señalan que la experiencia del prejuicio y la discriminación étnicas “vacunaba” a los jóvenes contra el prejuicio social con que se encontraban en el entorno escolar¹⁶.

Los jóvenes afroamericanos atraídos por los de su mismo sexo saben crear una “identidad equilibrada y positiva” mediante su adaptación psicológica a un rol socialmente estigmatizado. Según un estudio:

Como bien revela la muestra de encuestados en este estudio, el adolescente varón que se identifica como homosexual puede moverse adecuadamente en su entorno heterosexual si desarrolla una identidad que sea capaz de resistir las actitudes homofóbicas con las que se va a encontrar¹⁷.

¹² MCDANIEL, PURCELL y D'AUGELLI, 2001; REMAFEDI, 1999a; SAVIN-WILLIAMS, 2001a.

¹³ RUSSELL y JOYNER, 2001; SAVIN-WILLIAMS, 2001c.

¹⁴ HILLIER y cols., 1998, pág. 36.

¹⁵ SAVIN-WILLIAMS, 1998a, e.p.

¹⁶ RUSSELL, SEIF y LAFFLIN, 2001.

¹⁷ EDWARDS, 1996, pág. 245.

Este saludable resultado era posible, en parte, por la cuidadosa y sensata forma en que los jóvenes abordaban el hecho de “ser homosexual” y desvelarlo. Aunque, en general, estos adolescentes no se habían destapado públicamente por su deseo de mantener una imagen heterosexual, sus mejores amigos lo sabían, y tenían amigos gays. Ninguno de los jóvenes había recibido orientación profesional, ni pensaba que la necesitara. Algunos se sentían malhumorados ante la idea de ser homosexual.

Por último, una encuesta de ámbito nacional revela que quienes se habían acostado con personas de su mismo sexo a partir de los 18 años no se distinguían de la población general en una serie de variables, entre ellas, la felicidad, la satisfacción profesional, el consumo de drogas, la sensación de estar sano, la práctica de deportes, las depresiones, los problemas de salud mental, recibir golpes, padecer traumas, conocer a alguien que se hubiera suicidado, tener unos sentimientos positivos, y tener sentimientos negativos¹⁸. Otra recensión de la literatura sobre el tema habla de pocas diferencias en la calidad de vida debidas a la orientación sexual¹⁹.

En la vida real, alejada del insano interés profesional por saber si los homosexuales son enfermos mentales, es cada vez más evidente la posibilidad de un desarrollo y un firme carácter gays. Quienes se preocupan de captar a los mejores estudiantes para su universidad consideran que los alumnos identificados como gays de los institutos son un nicho nuevo y atractivo, por la supuesta determinación, fuerza y capacidad de resolución de estos jóvenes. Saber afrontar la experiencia de destaparse en el instituto otorga unas cualidades que las universidades desean en sus alumnos: la confianza en uno mismo, las habilidades de liderazgo y la conciencia cultural. Además, la experiencia de ser gay ha enseñado a los jóvenes a cuestionar normas y supuestos, una característica del buen líder y la persona que consigue lo que se propone. Pero quienes buscan a este tipo de alumnos se encuentran con una dificultad singular: ¿cómo pueden identificar a los homosexuales de los institutos? Atentos siempre al mercado, asisten a las fiestas, los eventos y las manifestaciones del orgullo gay. Preguntan a los alumnos sobre palabras clave para poder deducir su opinión positiva sobre la homosexualidad. Toman nota de quienes obtienen premios por su buen rendimiento. Desean que quienes solicitan ingresar en la universidad sean sensibles a los temas de la diversidad²⁰.

Otro ejemplo de la vida real de la resiliencia del homosexual es el de una popular página web dirigida a adolescentes, www.YoungGayAmerica.com. Ninguno de sus dos creadores, Benjie NYCUM y Mike GLATZE, es doctor en desarrollo juvenil. La página web no cuenta con ninguna ayuda económica ni de instituciones académicas. Las entrevistas que aparecen (“los datos”) no se ajustan a los estándares científicos. La declaración de intenciones incluye el objetivo de “promover una auto-imagen positiva y el sentimiento de pertenencia”. Benjie y Mike viajan por toda Norteamérica, entrevistan a jóvenes cuyos deseos sexuales se orientan a los de su mismo sexo y cuelgan sus historias, fotografías y aventuras

¹⁸ HOROWITZ, WEIS y LAFLIN, 2001.

¹⁹ PETERSON, FOLKMAN y BAKEMAN, 1996.

²⁰ HEALY, 2002.

en esta página y también en la presentación que llevan cuando van de viaje, llamada “¡Exuberancia!”. Otra dirección, www.outproud.org, con su revista online, *Oasis*, busca los mismos objetivos. Y el libro ilustrado de la *Matthew Shepard Foundation*, con fotografías de hombres y mujeres homosexuales diversos y felices, de todas las edades, complexiones y razas, celebra las vidas de los adolescentes a quienes atraen las personas de su mismo sexo²¹.

Los investigadores también pueden contribuir a la desaparición de los modelos de la deficiencia, señalando para ello las destacadas habilidades y el talento de los jóvenes homosexuales. Son posibles unos modelos de desarrollo desde una perspectiva orientada a los valores o de una psicología positiva. No es aún demasiado tarde para que los expertos en ciencias sociales exijan el estudio de la adolescencia gay y reclamen su función de adecuados y legítimos depositarios de los conocimientos sobre los adolescentes a quienes atraen las personas de su mismo sexo. El primer paso que deben dar es dotar a sus investigaciones del grado adecuado de rigor y sofisticación metodológicos. El segundo, apreciar la diversidad de personas homosexuales y de los tipos de atracción que sienten.

La diversidad

Jonathan ALEXANDER sostiene que la diversidad es a la vez el mejor tesoro y el mayor obstáculo en el campo de lo que ha venido en denominarse “estudios *queer*”²². En los tiempos actuales de mayor visibilidad cultural y protección política, debería desaparecer cualquier idea de singularidad de la “gayidad”. Sin embargo, la academia y el gobierno se siguen refiriendo a los gays como a una entidad singular. Las camarillas y los grupos de interés gays participan de la misma culpa en su búsqueda de la unidad política. La realidad es que las personas gays son diversas y a veces paradójicas en su forma de identificarse, en su política y sus estrategias políticas, y en el grado en que asimilan la cultura dominante o quieren integrarse en ella.

Esta diversidad se manifiesta de forma abierta, y a veces embarazosa, en las publicaciones gays y las conversaciones personales. Cualquier tema que se escoja es seguro que el hecho de preferir como compañero de cama a una persona del propio sexo no implica una unidad en las ideas políticas ni en las opciones vitales. Separar una identidad de la otra puede “darnos simultáneamente una idea de lo que somos y, al mismo tiempo, crear divisiones y líneas separadoras entre las personas”²³. La pregunta es: ¿pueden coexistir y aglutinarse en un mismo grupo estas divisiones naturales? Hasta hoy, la respuesta ha sido: “Sí, vamos a intentarlo”. Sin embargo, a medida que se hace más evidente la diversidad que caracteriza a las personas con deseos orientados hacia los de su mismo sexo, se ha ido haciendo cada vez más obvia la improbabilidad de que ese grupo sea una población única con unos puntos de referencia comunes.

²¹ PETERSON y BEDOGNE, 2003.

²² ALEXANDER, 1999, págs. 287, 289.

²³ *Ibid.*

Al estudiar a los adolescentes gays, algunos investigadores evolucionistas han reconocido las diferencias entre las poblaciones. Jim SEARS defiende la tesis de que ser adolescente gay en el Sur es una experiencia única, debido a la antigua cultura y las tradiciones de esa región. Gil HERDT y Andy BOXER señalan varias secuencias en la adopción de una conducta con el mismo sexo y con el sexo opuesto en relación con la identificación gay. Paula RODRÍGUEZ RUST documenta que el registro de las medias de edad no abarca adecuadamente la diversidad inherente entre los bisexuales²⁴.

A partir del sexo y del amante, Barry ADAM definió cinco “tipos” de hombres que tienen relaciones sexuales con hombres (Tabla 9.1)²⁵. Christopher HEWITT también elaboró una tipología de la homosexualidad masculina; la suya se basa en la amplitud, duración y secuencia de la relación sexual (Tabla 9.2)²⁶.

Tabla 9.1. *Los cinco tipos de ADAM de hombres que tienen relaciones sexuales con hombres*

Tipo	Sexo	Amor
No gay	Masculino y femenino	Femenino
Bisexual	Masculino y femenino	Masculino y femenino
Gay, no bisexual	Masculino y femenino	Masculino
Gay	Masculino	Masculino
Raro (Marica)	Masculino	Masculino

Fuente: ADAM, 2000.

No sólo se han establecido tipologías para los hombres. Margaret SCHNEIDER basa sus cuatro trayectorias evolutivas en los recuerdos de mujeres adultas sobre su adolescencia²⁷. Sus cuatro trayectorias se pueden describir como sigue:

1. Conciencia y atracción tempranas caracterizadas por la frase: “Siempre supe que era lesbiana/bisexual”.
2. Heterosexual durante la adolescencia, que pasa a lesbiana en la madurez, normalmente después de enamorarse de una mujer.
3. Confusión, desconcierto y considerable vacilación en lo que se refiere a la atracción sexual; algunas adoptan la etiqueta de bisexuales.
4. Sentimientos de no estar nunca adaptada, aplazamiento de la sexualidad durante la adolescencia por falta de interés por el sexo en general.

SCHNEIDER conjetura que las condiciones esenciales que ponen en marcha unas determinadas trayectorias varían en función de la etnicidad, la clase social,

²⁴ SEARS, 1991; HERDT y BOXER, 1993; RODRÍGUEZ RUST, 2001, 2002.
²⁵ ADAM, 2000.
²⁶ HEWITT, 1998.
²⁷ SCHNEIDER, 2001.

Tabla 9.2. *Tipología de la homosexualidad de HEWITT*

Tipo	Auto-identidad	Destape social	Edad/estado civil	Conducta homosexual	Conducta heterosexual
Preferencial abierto	Gay o bisexual	Abierto a todos	No casado	Frecuente	Muy rara
Preferencial reprimido	Dice ser heterosexual	“En el armario”	A menudo casado	Intermitente e infrecuente	Moderada
Bisexual	Gay o bisexual	Varía	A menudo casado	Frecuente	Frecuente
Experimental	Indeciso	Varía	Joven no casado	Corta duración	Infrecuente
Situacional	Heterosexual	Oculto	No casado de mediana edad	Intermitente	Infrecuente

Fuente: HEWITT, 1998.

el carácter, y cualquier otra circunstancia que distingue a los seres humanos. Sin embargo, cada uno de los hitos evolutivos tiene un significado y una importancia exclusivas para una persona determinada. Como señala SCHNEIDER: “Cuando las encuestadas identifican sus propios hitos, nombran toda una serie de acontecimientos y cogniciones mucho más variadas de lo que se refleja en los modelos existentes, y el significado que se atribuye a algunos de los hitos va en sentido contrario de lo que dicta el saber convencional”²⁸.

Positivos, resilientes y diversos

Cuando se observan con atención las vidas de los jóvenes a quienes atraen las personas de su mismo sexo, no se puede evitar sentirse impresionado por la energía y la destreza con que eluden las caracterizaciones estereotipadas. Los intentos científicos de identificar lo que es “normal” o “típico” en los adolescentes con deseos orientados a los de su propio sexo ofrece, según Deborah TOLMAN y Lisa DIAMOND, “un enfoque empobrecido”. Habría que discernir “no sólo *si* factores como el sexo, la raza, la etnicidad y la clase social están relacionados estadísticamente con las conductas sexuales específicas, sino también *cómo y por qué* estos factores generan una relación significativa con las experiencias que los adolescentes tienen de su sexualidad”²⁹.

Tal vez el paso más importante que hay que dar es derribar las tradicionales barreras que impiden hablar de forma natural y positiva de la sexualidad con los adolescentes. Michele FINE lo ha hecho en centros educativos, y ha analizado cómo las políticas de los centros y los programas de educación sexual dibujan la sexualidad de las niñas de forma diferente de como dibujan la de los niños. Deborah TOLMAN ha hecho lo mismo en comunidades, y ha comparado las cualidades de la experiencia de los deseos sexuales de chicas urbanas y suburbanas, y de cómo influyen en la percepción que esas chicas tienen de sí mismas y en su toma de decisiones de carácter sexual³⁰.

En esas charlas, los investigadores deben asumir un modo de pensar realista y positivo, y dejar de lado las trayectorias evolutivas preconcebidas, como la de que una adolescente a quien atraigan las personas de su mismo sexo ha de ser consciente pronto y de forma continua de esos deseos, y de que la atracción sexual que siente debe ser exclusivamente hacia personas de su mismo sexo. Si el investigador no relega tales ideas preconcebidas y la joven que se estudie no sigue esta secuencia normativa —por ejemplo, si nunca se ha sentido diferente, ni sexualmente atípica, ni atraída ni fascinada por otras personas del mismo sexo (las experiencias que los investigadores creen que mejor predicen ya en la infancia una orientación hacia el propio sexo)—, es muy posible que se sienta “doblemente desviada”³¹. Sin embargo, según Lisa DIAMOND, su historia evolutiva no sería desviada ni inusual³².

²⁸ *Ibid.*, pág. 79.

²⁹ TOLMAN y DIAMOND, 2001, pág. 52.

³⁰ FINE, 1988; TOLMAN, 2002.

³¹ TOLMAN y DIAMOND, 2001, pág. 62.

³² DIAMOND, 1998, 2000b, 2003b.

Esa joven podría unirse a otros muchos adolescentes actuales atraídos por personas de su sexo que están construyendo unas vidas sexuales y amorosas no sólo positivas y sólidas, sino también diversas, fluidas y no normativas. La tendenciosidad masculina o las ideas preconcebidas de estudios anteriores pueden embaucar a los estudiosos, pero los adolescentes nos pueden enseñar mucho sobre la increíble diversidad que caracteriza sus vidas³³.

Los precursores de la revisión exhaustiva de cómo vemos las vidas de las personas atraídas por otras de su mismo sexo han sido en gran parte mujeres jóvenes. ¿Por qué? Paula RODRÍGUEZ RUST atribuye la mayor diversidad, flexibilidad e incoherencia interior a la socialización de las mujeres³⁴. Su formación cultural afecta a las adolescentes en cuatro sentidos:

1. Les permite expresar sus sentimientos e intimar en unas relaciones con el mismo sexo, lo cual se traduce en una mayor libertad para analizar los sentimientos de cariño hacia otras personas de su mismo sexo.
2. Les inhibe de expresar su sexualidad abiertamente, cuya consecuencia son mayores discrepancias entre el sentimiento y la conducta.
3. Les enseña a hacerse con una identidad mediante las relaciones, y a buscar el sexo en este contexto, y fruto de ello son unos cambios paralelos en las relaciones y las identidades.
4. Aumenta la politización y las identidades no heterosexuales, cuyo resultado son mayores discrepancias entre la identidad sexual, los sentimientos y la conducta.

Según los criterios convencionales, de este modo se crean “incoherencias” evolutivas entre las mujeres. RODRÍGUEZ RUST señala:

si las mujeres son menos propensas que los hombres a tratar la identidad sexual como un reflejo unitario de la esencia individual, y más a utilizar la auto-identidad para reflejar sus relaciones amorosas, sociales y políticas con los demás, así como sus sentimientos y conductas sexuales, entonces lo que, desde un punto de vista machista, parece ser una incoherencia de hecho es una forma distinta de coherencia³⁵.

Lo que estas jóvenes nos enseñan es que una visión singular de la adolescencia de la persona a quien atraen las de su mismo sexo es equivocada, cuando no absurda. Nos enseñan que debemos ser conscientes del adolescente de firme carácter, del que afronta muy bien las vicisitudes de la vida. Estos adolescentes ya están presentes en nuestras vidas. Sólo necesitamos verlos, ir más allá de nuestros bienintencionados esfuerzos por exponer las injusticias y los efectos nocivos de las fuerzas culturales dominantes. ¿Por qué no aprender algo sobre las efectivas habilidades de los adolescentes para afrontar los problemas y que facilitan una vida sana? Dadas nuestras arraigadas ideas preconcebidas, tal vez no quepa sorprenderse de que no consigamos contemplar la posibilidad de que los adolescentes con deseos hacia los de su mismo sexo puedan llevar y lleven

³³ DIAMOND y SAVIN-WILLIAMS, 2000.

³⁴ RODRÍGUEZ RUST, 2000.

³⁵ *Ibid.*, pág. 215.

una vida productiva y feliz. Su energía y fuerza de carácter para superar las adversidades están incrustadas en la propia historia de su vida, y es a ésta a la que deberíamos atender.

Mi aversión por abordar la adolescencia homosexual con la permanente obsesión por los problemas que pueda plantear, no sólo se basa en mi deseo de rectificar la mala ciencia. Quiero que los jóvenes dejen de creer en las exageraciones sobre los elevados índices de suicidio entre los jóvenes gays que aparecen en la prensa tanto popular como gay. Soy consciente de que algunos jóvenes seguirán suscribiendo el guión del “sufrir suicidio” porque, en parte, refleja su vida³⁶. Pero estos desdichados jóvenes son sólo una minoría de entre quienes se sienten atraídos por personas de su mismo sexo, por lo que hay que tener cuidado de no propagar el mensaje de que el suicidio entre los jóvenes homosexuales es algo normativo. La pregunta importante no es si los jóvenes gays son suicidas, sino *qué* jóvenes están en situación de riesgo. Con esta información, podemos determinar mejor cómo aplicar unas intervenciones y servicios médicos y psiquiátricos eficaces a esta minoría de adolescentes homosexuales.

Dirigir programas especiales de forma genérica a los “jóvenes gays” puede contribuir a que se agudice la conducta auto-destructiva, en vez de promover el bienestar; puede favorecer la propia conducta que se pretende evitar. También puede impedir la conducta sana que confiamos en generar, como la de reconocer la atracción por las personas del propio sexo. También puede dar alas a quienes sostienen que los jóvenes no deberían “decidir” ser gays, porque ser gay se traduce inevitablemente en un funesto modo de vida³⁷. Esos jóvenes que ya se sienten atribulados son precisamente los más susceptibles a ese tipo de mensajes.

Ser joven, gay y estar orgulloso de ello no debería ser un oxímoron, una contradicción. Los jóvenes con deseos dirigidos a los de su mismo sexo son como la mayoría de los adolescentes: diversos. No hay duda de que pueden avanzar hasta convertirse en personas sanas, resueltas y capaces de afrontar los problemas. Podemos lanzar este mensaje sin ignorar a quienes sufren, a veces hasta el punto de acabar con su vida. La experiencia que muchas personas tienen de la adolescencia es la de un período prometedor de su vida. No hay razón para excluir de esta posibilidad a quienes se sienten atraídos por personas de su mismo sexo. Éste es el mensaje que debemos formular en voz alta y clara, e incluir en las páginas de nuestras publicaciones profesionales y en los medios de comunicación. Tal vez así los adolescentes —y otros también— puedan oírlo y creer en él³⁸.

³⁶ RUSSELL, BOHAN y LILLY, 2000; SAVIN-WILLIAMS, 1990.

³⁷ LABARBERA, 1994.

³⁸ SAVIN-WILLIAMS, 1990, págs. 182, 185.

Rechazo de las etiquetas de identidad sexual

Para un número de principios de 2004 de la publicación de carácter intelectual *Gay and Lesbian Review*, pidieron a una serie de dirigentes homosexuales que reflexionaran sobre la evolución que se había producido en los últimos diez años. La mayoría de ellos se mostraban descontentos con la situación actual. El historiador Martin DUBERMAN se siente obligado a censurar a los gays y lesbianas actuales que no quieran ser “más que gente”, nada más que acomodarse a las circunstancias. En cambio, escribe DUBERMAN, deberían exigir un análisis radical de la cultura contemporánea. “¿Dónde está el Frente de Liberación Gay de 1970 ahora que lo necesitamos?” preguntaba¹. Asimismo, la novelista Sarah SCHULMAN, fundadora de *Lesbian Avengers* (Vengadoras Lesbianas), se lamenta de la inexistencia de un movimiento activista entre los jóvenes². Los embaucan, dice, para que se conformen, porque creen en la representación que los medios de comunicación hacen de sus vidas.

Pero, ¿y si no se ha producido embaucamiento alguno, y esa representación se ajusta a la realidad? ¿Y si los jóvenes con deseos orientados a los de su mismo sexo están básicamente contentos con la cultura actual y no desean un análisis crítico? ¿Y si los medios de comunicación reflejan, y no manipulan, la realidad de las vidas de los adolescentes de hoy? Quizá se han producido unos auténticos cambios en la política, las leyes y la conciencia sobre los jóvenes homosexuales actuales que han abierto la posibilidad de que la orientación sexual sea, o pronto vaya a ser, irrelevante en muchos e importantes sentidos. El escritor Michael HATTERSLEY plantea estas posibilidades, y otras:

¿Qué significaría ser gay en un mundo en que el hecho de que un amigo, un hermano o un tío sea homosexual fuera más o menos tan irrelevante como el color de su pelo? ¿Cuáles son las implicaciones de un mundo en que gays, lesbianas, bisexuales y transexuales sean componentes comunes en la familia, los medios de comunica-

¹ DUBERMAN, 2004, pág. 22.

² SCHULMAN, 2004.

ción, la literatura y el ámbito político? Tal circunstancia plantearía un serio reto a la perpetuación de la “política gay”, para decirlo suavemente; lo que no está tan claro es qué ocurriría con la literatura, el arte y la cultura popular gays y lesbianas³.

Esto es lo que realmente asusta a los viejos dirigentes del movimiento gay. La posibilidad de llevar una vida normal no es lo que desean. Su ideal romántico es la transgresión y la rebeldía. HATTERSLEY se pregunta si esta actitud tiene más de auto-destructora que de noble. Puede reflejar:

odio hacia uno mismo, dificultades legales, enfermedad mental, suicidio, rechazo de la familia, y un amor frustrado... ¿Quién puede culpar a las personas perseguidas y amenazadas de que vivan al día y busquen la gratificación inmediata, o de que ardan en deseos de hacer algo nuevo, de sobrevivir, de luchar por ser diferentes? ¿Cómo nos definiríamos si todo esto dejara de ser necesario?⁴

En ese mismo número especial, el novelista Andrew HOLLERAN también expone sus dudas sobre la primordial importancia de ser gay. En una cena con alumnos de la Universidad de Harvard, se preguntaba: “¿Qué era lo que realmente nos unía?” ¿Era adecuado estar aislado en la “mesa gay”?

¿No era mejor que el estudiante perteneciera a la cultura común? ¿Era posible que la política de la identidad fuera un error? ¿Qué hay exactamente en el espacio que media entre dos personas homosexuales que se conocen hoy? ¿Lo mismo de siempre y siempre, o algo nuevo? Entonces ¿por qué —la pregunta que planteaba hace diez años— *dimos* tanta importancia a nuestra homosexualidad?⁵

Hoy, son menos los jóvenes homosexuales que dan tanta importancia a su “gaycidad”, la cual, según HOLLERAN, es “prácticamente irreconocible: se ha evaporado, casi, en la asimilación y el ciberespacio”⁶. Para él, tal circunstancia no es motivo de alegría, sino de resignación. ¿Pero no es esto por lo que los activistas gays supuestamente han estado trabajando durante los últimos cuarenta años: que se los trate como a iguales, como personas, que se valore nuestra humanidad y no nuestra sexualidad? Si el análisis que se hace en *Gay and Lesbian Review* es correcto, hemos alcanzado un éxito que supera con mucho nuestros sueños más disparatados.

El panorama cultural

Los debates sobre si los homosexuales son iguales o distintos a los heterosexuales llevan activos decenas de años⁷. Si son diferentes, ¿son personas diferentes buenas o malas? ¿Son creativos, ingeniosos e inteligentes, o promiscuos, inmorales y enfermos mentales? ¿Se deben identificar en voz alta y con orgullo,

³ HATTERSLEY, 2004, pág. 33.

⁴ *Ibid.*, pág. 34.

⁵ HOLLERAN, 2004, pág. 12.

⁶ *Ibid.*

⁷ D'EMILIO, 1983.

u ocultarse? ¿Deben luchar por los derechos civiles, o buscar la aceptación social?

Se discute desde hace mucho tiempo, por un lado, si la vida de las personas homosexuales puede discurrir de una forma distintiva, reflejo de un profundo sentimiento de su "rareza", de su sentimiento de diferencia; o si, por otro lado, son básicamente similares a las personas heterosexuales, es decir, si parecen heterosexuales y actúan como éstos, si valoran el matrimonio y la familia como lo hacen los heterosexuales, si tienen las mismas aspiraciones profesionales, y si defienden los mismos valores dominantes⁸. Una perspectiva de trayectorias evolutivas diferenciales permite que *ambas* ideas sean verdad y que una notable diversidad sea característica de las personas con deseos dirigidos a otras del mismo sexo. Desean adaptarse a la cultura dominante al mismo tiempo que exigen que se acepte su sexualidad como normativa y que aprecian la progresiva cualidad gay de la cultura.

Los comentaristas de mayor edad no hablan de esta complejidad de la vida real. Quienes más levantan la voz de entre ellos adoptan posturas extremas. Un ejemplo excelente es el escritor y activista Larry KRAMER, que despotrica contra los homosexuales acomodaticios que, dice, se pierden en la convencional cultura de masas heterosexual. En un artículo de *Rolling Stone*, sostiene que en el corazón de la existencia de la persona gay debería anidar la preocupación por el destino de su gente. "Somos un cuerpo de gente, un país de gays, un numerosísimo grupo político capaz de ejercer el poder... Somos los esclavos del blanco heterosexual"⁹.

De sus años de alumno de la Universidad de Yale, Larry KRAMER recuerda que era "un joven muy solitario... Siempre he soñado en que daría lo que pudiera para asegurar que los actuales jóvenes homosexuales de Yale lo pasen mejor de lo que yo lo pasé". Apoyándose ingenuamente en informes sobre la elevada tasa de suicidios entre los jóvenes gays, argumenta que, gracias a las imágenes de las experiencias evolutivas singulares de los jóvenes homosexuales, éstos pueden aliviar su sufrimiento. Los escritores gays deberían escribir sobre la vida de los homosexuales, y en las universidades se debería enseñar historia gay. ¿El objetivo? El desarrollo de una nueva cultura gay. Ésta, piensa KRAMER, es la forma de "empezar a librarse de esta plaga [el suicidio] que sigue matando a nuestros hijos, uno tras otro"¹⁰.

Algunos otros escritores homosexuales de mayor edad están de acuerdo con KRAMER. Michelangelo SIGNORILE clama contra quienes defienden el conservadurismo político y social, y desdeña los movimientos "ex-gay", "demasiado gay" y "post-gay" que "se han colado en el escenario". Según él, quienes rechazan la identidad gay se someten a la cultura heterosexual dominante en lo que se refiere a las ideas, los valores, las apariencias, el modo de vida y la complacencia política¹¹. Asimismo, los críticos sociales Michael BRONSKI y Jeffrey WEEKS advierten de los peligros de la uniformidad. El sexo gay, dicen, es esen-

⁸ *Ibid.*; SAVIN-WILLIAMS y DIAMOND, 1997, págs. 218-219.

⁹ KRAMER, 1997, pág. 70.

¹⁰ *Ibid.*, págs. 67, 70.

¹¹ SIGNORILE, 1999, págs. 73, 75.

cial al hecho de ser gay, de ser diferente de los heterosexuales, de forjar identidades gays¹².

Nada podría ser más extraño para los jóvenes actuales que estas ideas tradicionales. La inmensa mayoría de los adolescentes a quienes atraen las personas de su mismo sexo desprecian estas posturas extremas. En su lugar, destacan simultáneamente lo que tienen de común con la humanidad al tiempo que cuestionan, según D'EMILIO, "la deshumanización que tanto pesa sobre nuestras vidas y nos convierte en objetivo de la opresión"¹³. La cultura de los adolescentes de hoy incorpora fácilmente a sus miembros homoeróticos. Es algo más que simpatizar con los gays. Se trata de no distinguirlos.

James Geltzloff, estrella del *reality show* de 2003 *Boy Meets Boy* (Chico conoce a chico), reaccionó negativamente ante el engaño de los productores del programa, quienes, en la mezcla de quince hombres entre los que él podía escoger a uno a quien intentar ligar, incluyeron en secreto a heterosexuales que simulaban ser gays. Dice: "Lo último que nos conviene es que alguien haga chistes o se divierta a nuestra costa y por puro entretenimiento. Ponemos mucho empeño en dar una imagen positiva de personas simplemente normales, que se esfuerzan como todo el mundo y sólo faltaba esto"¹⁴.

Aquellos responsables del programa afirman que apoyan este objetivo de integración. Douglas Ross, productor ejecutivo y codirector de *Boy Meets Boy*, dice que quiere que su programa sea "realmente innovador" y atraiga a un amplio público. "Prevedemos que muchos telespectadores tanto gays como heterosexuales verán que se cuestionan sus supuestos sobre lo que significa ser gay y lo que significa ser heterosexual"¹⁵. Al explorar la sociología de los estereotipos masculinos, dice Ross, el programa fomenta la integración:

¿Qué podemos decir de estos heterosexuales que estuvieron dispuestos a simular que eran gays y que se sentían lo bastante cómodos consigo mismos para admitir que no encarnaban la perfecta imagen machista del heterosexual? Sin duda indica un avance en la conciencia de algunos hombres heterosexuales; y me parece que el programa produjo el efecto de hacer añicos los estereotipos de los telespectadores tanto gays como heterosexuales¹⁶.

Otros recientes programas de televisión dirigidos al público joven atenúan también la separación entre gays y heterosexuales. Algunos ejemplos:

*Queer Eye for the Straight Guy**, según el comentarista Art COHEN, trata de "hombres heterosexuales que buscan consejo en hombres homosexuales, se ríen con ellos, y quieren ser más como ellos"¹⁷.

*The L Word*** presenta a las mujeres que aman a otras mujeres como algo envidiable. Las lesbianas que aparecen en esta serie suelen ser guapas, ambiciosas y

¹² BRONSKI, 1998; WEEKS, 1995.

¹³ D'EMILIO, todas las citas pág. 48.

¹⁴ Citado en CHAMPAGNE, 2003.

¹⁵ *Reuters News Service*, 2003.

¹⁶ Citado en A. COHEN, 2003.

* Véase página 22.

¹⁷ COHEN, 2003, pág. 50.

** Serie de televisión estadounidense que retrata las aventuras y desventuras de un grupo de amigas lesbianas, sus familias y amantes. (*N. del T.*)

modernas, sin problemas de trabajo, ni un gramo de grasa, unos dientes blanquísimos, y sexo permanente, habitantes de un mundo radiante y exquisito¹⁸.

En un episodio reciente de *South Park**, Butters confiesa: "Ahora ya conoces mi terrible secreto". Stan lo tranquiliza: "¿Que eres gay? No me importa. Me parece muy bien".

En el programa de televisión *Oliver Beene*** el actor Taylor Emerson representa a Michael, un niño de 11 años cuyos intereses y amaneramiento lo caracterizan claramente como futuro adulto homosexual (algo que se confirma en imágenes del futuro de ese niño)¹⁹.

En la edición de *Real World**** de la MTV de Chicago aparecen Aneesa y Chris, dos atractivas participantes que no son heterosexuales²⁰.

En *Boston Public*****, se dice que Jeremy Peters, alumno del último curso, ha tenido relaciones sexuales anales con otro chico²¹.

Esta perspectiva se observa perfectamente en otros aspectos de la vida de los jóvenes, unos aspectos todos ellos que son signo de un drástico cambio cultural. En el mundo del deporte, Jason Fasi, estudiante de licenciatura y deportista universitario, pide la firma de sus compañeros de equipo en apoyo de la formación de un grupo de la Alianza Gay-Heterosexuales en Mission Viejo, California. Todos firman. Nadie le da una paliza, nadie evita vestirse y desnudarse cerca de él, y nadie le hace comentarios molestos²². Dos corredores heterosexuales de un centro educativo de Ohio llevan unos calcetines con los colores del arco iris, símbolo del orgullo gay, durante una competición en pista, para mostrar su apoyo a sus dos compañeros de equipo homosexuales²³.

En el cine, en *Besando a Jessica Stein*²⁴, dos chicas "heterosexuales pero con agallas" deciden hacer de su amistad algo más completo, y ensayan una relación lesbiana. El joven actor Sean Biggerstaff, que encarna a Oliver Word en la serie de *Harry Potter*, recibe miles de cartas de sus fans, y no todas son de chicas²⁵.

Un sondeo de opinión de la *Kaiser Family Foundation* y de la revista *Seventeen* concluye que el porcentaje de jóvenes de entre 13 y 19 años que "no tienen ningún problema" con la homosexualidad se multiplica por más de tres, hasta el 54%, durante la década de 1990²⁶. Dos chicas de Illinois son elegidas como la

¹⁸ D'ERASMO, 2004.

* Serie sobre las aventuras de cuatro niños que viven en el pequeño pueblo llamado *South Park*. Es una crítica de muchos aspectos de la cultura estadounidense y hechos históricos recientes, y pone en entredicho las creencias más firmes, a menudo mediante el humor negro. (N. del T.)

** Comedia de situación de la televisión estadounidense, donde las historias y los problemas se ven desde la perspectiva en primera persona de Oliver, un niño de entre 11 y 12 años. (N. del T.)

¹⁹ GOODRIDGE, 2003.

*** Tradicional programa similar a Gran Hermano, en el que varias personas se juntan en una misma casa, donde deben decidir cómo van a organizar su convivencia. Su actividad se filma permanentemente y se ofrece por televisión. (N. del T.)

²⁰ EPSTEIN, 2002a.

**** Antigua serie de televisión ambientada en un centro educativo ficticio ubicado en Boston. (N. del T.)

²¹ EPSTEIN, 2002b.

²² SHAIKIN, 2000.

²³ *Ibid.*

²⁴ STUKIN, 2002.

²⁵ LYNCH, 2002.

²⁶ SHAIKIN, 2000.

“pareja más guapa” por sus compañeros de cursos superiores del instituto²⁷. Tegan y Sara Quin, dos hermanas gemelas lesbianas, viajan por Norteamérica interpretando canciones de su nuevo CD, en el que se fomenta la tolerancia y la aceptación²⁸.

Tal vez los jóvenes no se dieran cuenta de que la versión más reciente del popular juego de ordenador *The Sims* tenía personajes gays²⁹. Ni de que el primer bebé nacido en la capital de EE.UU. en 2003 tenía dos madres, Helen Tubin y Joanna Bare³⁰. A esta generación más joven le divierte el invento del “metrosexual”, pero se sorprende de que un hombre urbano heterosexual, con suficientes afinidades femeninas y ambigüedad en su sexualidad para resultar atractivo a ambos sexos, arme tal revuelo³¹.

Este cambio se refleja en dos artículos de la revista *Rolling Stone*. Hace algunos años, en un artículo que se titulaba “Ser joven y gay”, se hablaba del creciente número de adolescentes que salían del armario y se encontraban con la aceptación de sus iguales y su familia. El autor, David LIPSKY, concluía que la adolescencia gay se está redefiniendo como una época de angustia y lucha y como una época de placer, aceptación y de posibilidades ilimitadas³². Tres años después, en la misma revista, el escritor Jay DIXIT hablaba de más avances. Los universitarios homosexuales de KRAMER ya no piensan que “ser gay” sea un aspecto fundamental de su identidad. La “gaycidad” ha pasado a “segundos planos”, como lo indican las siguientes citas de alumnos de Yale con los que DIXIT habló:

Muchos no sienten la necesidad de situar en primer plano esta parte de su identidad. La mayoría de las personas gays pasan la mayor parte del tiempo fuera de situaciones estrictamente gays.

Domina la idea de que el hecho de ser gay significa que la homosexualidad sea mi vida. No soy una “persona gay”. Soy una persona que resulta que es gay.

Así uno puede vivir la vida diaria, y no ir de un sitio a otro recordándose continuamente que es gay, luchando por todas esas causas³³.

Estos adultos jóvenes, en vez de obsesionarse con su sexualidad, se ocupan de lo que el universitario típico se suele ocupar, por ejemplo, de los deportes, de las asociaciones juveniles y de las carreras profesionales. Un estudiante señala que “el nuevo gay de Yale no se viste, habla ni actúa de forma distinta de como lo hacen sus iguales heterosexuales”. El ámbito del sexo es semejante al de los heterosexuales, con muchas amistades y pocas relaciones amorosas duraderas. Son muy pocos los que afirman su identidad gay o se definen en relación con la cultura heterosexual:

²⁷ IRVINE, 2002.

²⁸ GDULA, 2000.

²⁹ DUKOWITZ, 2003.

³⁰ WHORISKEY, 2003.

³¹ FLOCKER, 2003.

³² LIPSKY, 1998.

³³ DIXIT, 2001.

A nadie le importa realmente que seas gay, y nadie pone objeción alguna. De hecho, se considera de mal gusto hacer un problema de la homosexualidad. La norma no escrita es: puedes hacer lo que quieras, siempre que no actúes como si formarás parte de una minoría amargada.

Se trata de evitar la actitud del “Aquí estoy, soy marica, ¿y qué?”, porque es algo que revienta a los demás, sobre todo porque no hay ninguna necesidad... en realidad, muchos estudiantes gays rechazan el activismo.

Podrá sonar realmente terrible, pero para mejorar su vida sexual en el campus, la gente pone todo su empeño en evitar que se la etiqúete de activista. A quienes están siempre en primera línea de fuego se los considera en cierto modo impopulares. No voy a hablar de estigma, porque es una palabra muy dura, pero algo hay de eso³⁴.

Tal vez estos “nuevos” estudiantes “gays” o “post-gays” convendrían con el novelista Armistead Maupin, autor de la serie *Historias de San Francisco*, en que “la única forma de eliminar el estigma de la homosexualidad es considerarla con toda normalidad”. Sus historias van dirigidas a todos y tratan de todos, sin que tenga nada que ver la orientación sexual. Unos personajes son homosexuales, y otros, no. El objetivo es normalizar la existencia de las personas a quienes atraen otras de su mismo sexo. Cuando se le pregunta por qué escribe sobre heterosexuales en San Francisco, Maupin rechaza la idea de que significa “renegar de mi identidad. Quiero ser yo mismo en el mundo en general, y esto es un acto mucho más radical que el de limitarse a un único público”. Afirma que no es un escritor gay, sino un escritor que es gay³⁵.

Los adolescentes actuales a quienes atraen personas de su mismo sexo están de acuerdo en lo esencial con los estudiantes de Yale y con Maupin, y no con KRAMER ni con SIGNORILE. Sin embargo, la escritora Gloria Jean Watkins nos recuerda las dificultades a las que se enfrentan los miembros de grupos marginados que discrepan de la “postura oficial” de su grupo, como la que KRAMER y SIGNORILE representan. ¿Hay espacio para la disensión? Los homosexuales adultos se pueden sentir presionados a ajustarse a las normas del grupo, cuya consecuencia puede ser la auto-censura y el temor a que su “disidencia minoritaria” socave la solidaridad del grupo, en cambio los jóvenes se sacuden tal presión. Dejemos que los homosexuales antiguos y profesionales sean excéntricos, extravagantes y radicales, piensen estos miembros de la generación más joven. Los mayores ya han perdido la batalla. Los jóvenes tienen poco interés en subvertir la civilización estadounidense. Lo que ha conquistado el corazón y la mente de la América media es la humanidad de las personas que se sienten atraídas por las de su mismo sexo³⁶. Además, los jóvenes nunca quisieron ante todo formar parte de un grupo gay marginado.

³⁴ *Ibid.*

³⁵ Citado en MINZESHEIMER, 2000, pág. 2D.

³⁶ BAWER, 1993.

¿Por qué los adolescentes no se han plegado a la tradición?

¿Cuál ha sido la causa de este radical cambio generacional: pasar de “gay y a mucha honra” a “adolescente y a mucha honra”? ¿Qué alcance tiene tal transformación? ¿Cuál es la diferencia entre los adolescentes orientados hacia los de su mismo sexo que se hacen preguntas y se identifican como tales y aquellos que no lo hacen o entre los adolescentes heterosexuales que se hacen preguntas y se identifican como tales de quienes no lo hacen? ¿Cuáles son los factores que lo determinan? ¿Las experiencias personales? ¿La fuerza de la libido? ¿Importa el género? ¿Y el grupo? ¿Cuál es la mejor forma de entender en qué medida esta indiferencia hacia el hecho de ser gay es algo positivo? ¿Convendría animar a los adolescentes a que se identificaran como gays?

Me gustaría responder estas preguntas, pero no sé. Por la información de que disponemos, y por la que se expone en este libro, sí sé varias cosas. En primer lugar, la sexualidad de los adolescentes, cualquiera que sea su orientación sexual, constituye en grado diverso un componente nuclear de su identidad. Pero el desconcierto surge cuando se quiere determinar qué es lo que hace que la sexualidad sea algo más o menos esencial. Quizá sea el grado en que el adolescente se siente sexualmente distinto de lo que se considera normal. Un niña con aires de marimacho puede delimitar su sexualidad porque se ha encontrado con las bromas insoportables por su supuesto lesbianismo. O quizá la fuerza del impulso sexual del adolescente determina la importancia que la sexualidad tiene para la identidad personal. Una experiencia erótica o un encaprichamiento tempranos o de particular importancia pueden influir en la solidez de la identidad sexual. Quizá dependa de si el adolescente vive en un hogar, una comunidad o una época en la que la sexualidad es fuerte y omnipresente. Tal vez el joven tiene una tía lesbiana o un tío gay, u otros hermanos identificados como gays, o amigos que se han destapado, y esto ha influido en el grado de identidad gay de la persona.

En segundo lugar, los adolescentes que desean a otros de su mismo sexo no son los únicos en cuestionarse su sexualidad, en analizar qué significa ésta para su identidad. Además, no todos los adolescentes se preguntan por su sexualidad ni pretenden establecer una identidad sexual. La identidad sexual por sí misma no es un factor, excepto en la medida en que la persona y la sociedad en general decidan que lo sea y con frecuencia así ha sido, por razones obvias, dado el supuesto de la heterosexualidad universal. Además, cuando sólo se habla con aquellos para quienes la sexualidad es un aspecto importante e influyente de lo que son, con quienes peor abordan su sexualidad, lo que se obtiene no es una imagen precisa. Es evidente que esas personas harán de su identidad sexual algo de suma importancia.

En tercer lugar, es verdad que la sexualidad “heterodoxa” de una persona se puede traducir, por las razones mencionadas anteriormente, en que esa persona se centre más en la identidad sexual que otra persona heterosexual, pero esto no significa necesariamente que las conductas, las percepciones, las cogniciones y las interacciones sociales de la persona estén influidas en toda su extensión por esa sexualidad. *Es posible* que los varones jóvenes gays como grupo tiendan a optar más que los heterosexuales por profesiones como las de decorador de inte-

riores y ayudante de vuelo, y tengan menos interés por otras como la de mecánico y deportista. *Es posible* que las mujeres jóvenes homosexuales tiendan a optar más que las heterosexuales por la carpintería y la mecánica, y sientan menos interés que aquéllas por ser esteticistas o modelos. El hecho es que son relativamente pocos los adolescentes atraídos por personas de su mismo sexo que realmente piensen en esas profesiones (o las eviten)³⁷. La sexualidad puede ser un factor importante en la elección de una profesión, pero sólo para unos pocos. Los valores físicos y mentales, la personalidad, la presión familiar y las oportunidades sociales tienen mucha mayor importancia en esa elección, para los adolescentes de todas las convicciones sexuales.

En cuarto lugar, pese a las especulaciones de algunos profesionales de la medicina, no está demostrada la teoría de que es más sano que el adolescente se identifique con una sexualidad. A los médicos les gusta dar por supuesto que no adoptar una etiqueta es insano, que podría ser un indicio de posibles problemas psicológicos³⁸. La reticencia de la persona a asumir una identidad sexual, dicen, indica que esta persona se niega a afrontar su realidad sexual o tiene miedo a hacerlo. Pero ¿cómo conciliamos esta idea con las abrumadoras pruebas —que esos mismo médicos aportan— de alarmantes niveles de depresión, drogadicción, actividades sexuales peligrosas y suicidio entre los jóvenes que se auto-identifican como gays?³⁹ ¿Es posible que los jóvenes que se auto-identifican como gays sean más enfermizos que los jóvenes adultos a quienes atraen los de su mismo sexo pero no están identificados como tales?

Creo que todo lo insinuado es perfectamente posible. Algunos adolescentes homosexuales se destapan “en voz alta y con orgullo”, como un acto de autoafirmación, y algunos jóvenes a quienes atraen los de su mismo sexo permanecen ocultos por razones auto-destructivas. Pero también es cierto que algunos declaran su sexualidad como un grito de socorro ante las horribles circunstancias en que se encuentran, y que otros están psicológicamente sanos porque tienen bases para su auto-identificación distintas de la sexualidad y más adecuadas a su proceso evolutivo.

¿Es posible que nuestro consejo a los jóvenes que se sienten atraídos por personas de su mismo sexo haya sido equivocado, y que tal vez deberíamos animarlos a *no* identificarse como gays? Los políticos de derechas y pastores de la iglesia abogan por esta postura, pero quieren más. Quieren que los adolescentes *abandonen* su sexualidad orientada a las personas de su mismo sexo. En este sentido son unos ingenuos, porque es imposible que la persona abandone su sexualidad.

Como bien lo demuestran millones de adolescentes, es posible no identificarse sexualmente sin por ello dejar de aceptar la propia sexualidad. La inclinación a rechazar “ser gay” puede ser una estrategia de adaptación para la supervivencia emocional durante épocas hostiles y en entornos peligrosos. O el no identificarse puede indicar la presencia de un adolescente prudente y con mucha autoestima. O quizá el motivo de auto-identificarse, o no, tenga poco que ver con la

³⁷ LIPPA, 2000.

³⁸ FERGUSON, HORWOOD y BEAUTRAIS, 1999; MEYER, 2003.

³⁹ SAVIN-WILLIAMS, 1994.

salud mental de la persona. La identidad gay puede ser signo tanto de buena como de mala salud mental.

En estos temas, es muy posible que los adolescentes con deseos dirigidos a las personas de su mismo sexo imiten a los adolescentes heterosexuales. La realidad es que se trata de un asunto completamente personal. Para Alex, es lo esencial; la identidad sexual define su identidad personal. Alex vive en el barrio de *Boystown* de Chicago *, se está especializando en estudios gays, con la intención de ser abogado y ocuparse de casos de discriminación por ser homosexual, y escribe cartas airadas a *The Advocate*, revista gay de ámbito nacional, en las que transmite su enfado porque en su portada aparecen actores heterosexuales. Al asistir a los encuentros del grupo juvenil *Horizons* de Chicago, descubrió a los 15 años “lo que necesitaba: que había otras personas gays y que la homosexualidad no es simplemente una fase, y que había modelos de mayor edad en quien fijarme”. En los desfiles del Orgullo Gay, en entrevistas por la radio, en declaraciones a la prensa: Alex se define como “maricón profesional. Soy tan marica como puedan imaginarse, y estoy orgulloso de serlo”⁴⁰.

A diferencia de Alex, Jen me dice que su identidad sexual no es más que una faceta de su identidad esencial, y que tiene poco que ver con otros aspectos de su vida. De vez en cuando asiste a alguna reunión de la Alianza Gay-Heterosexuales de su instituto, para expresar su apoyo a la diversidad sexual. Sólo en el último año ha vuelto a ocuparse de su sexualidad:

No empecé a pensar en ello hasta hace muy poco. Y no lo hice antes porque la escuela me ocupaba por completo. No tenía tiempo porque salía formalmente con un chico. El verano pasado él se encontraba fuera del país y yo disponía de muchísimo tiempo, y un día observé que no me había fijado en cuáles eran mis sentimientos: estaba siempre llorando.

No ha sido nada fácil, porque era la primera persona a la que muchos se lo contaban. Como heterosexual solidaria, fui a las Fiestas del Orgullo Gay varias veces, llevaba distintivos de apoyo a los homosexuales, pero nunca había pensado en mí misma⁴¹.

Jen está considerando formar pareja con Lisa y acompañar a dos amigos gays en el baile del colegio. Sin embargo, prefiere no destaparse hasta este punto si puede suponer algún perjuicio para su solicitud de ingreso en la universidad.

La identidad sexual de Thomas pasó desapercibida hasta que entró en la universidad. Entonces inició una relación apasionada y turbulenta con su compañero de habitación:

Deseaba con todas mis fuerzas ser heterosexual, y la etiqueta implicaba cierto grado de compromiso. Salía con chicas y notaba que me atraían, por lo que pensé que era heterosexual. Dejé que las cosas siguieran así durante un cierto tiempo, y luego, en los primeros meses de primer curso, me di cuenta de que lo que sentía por los tíos debía de significar algo, y debe de significar que soy bisexual. O quizá no era más que sexual.

* El primer pueblo gay de Estados Unidos reconocido oficialmente, además de centro cultural de una de las mayores comunidades de lesbianas, gays, bisexuales y transexuales. (*N. del T.*)

⁴⁰ SAVIN-WILLIAMS, entrevista inédita.

⁴¹ SAVIN-WILLIAMS, e.p.

He vivido con esto como si formara parte de mí, pero sin darle excesiva importancia... No quiero acostarme sin más con quien sea, sino que busco en los chicos la misma atracción emocional que siento por las chicas. Ahora sé que prefiero a los hombres, pero es probable que sea más bisexual que la mayoría de los gays⁴².

En el momento de la entrevista, Thomas me dijo que estaba comprometido y que tiene pensado casarse con una mujer porque le ofrece lo que él más desea: una relación emocional e íntima.

Para Sheena, la identidad sexual no es lo que le preocupa, aunque le encanta preguntarse por sus deseos sexuales y pensar en ellos. Cuando se le pregunta al respecto, suele decir: "Imagino que soy heterosexual con inclinaciones lesbianas". Y sigue:

Quando se presenta la oportunidad y me apetece, no dudo en probarlo, la parte física quiero decir. La amistad con mujeres es muy intensa, de una dependencia mutua. Me di cuenta de ello la semana pasada. Antes siempre había pensado lo contrario, pero ahora estoy dispuesta a considerarlo.

Este año realmente me ha abierto los ojos, en lo que a la sexualidad se refiere. Mi mejor amiga me reveló que era heterosexual con inclinaciones lesbianas. Estábamos en una fiesta, habíamos bebido de más, y quería que la besara en la boca, y lo hice y fue algo muy dulce. Sobria, mi amiga nunca lo haría, pero yo sí. No hay duda de que necesito mis momentos de intimidad con otra chica.

Entonces, ¿qué significa todo esto? Me atraen por igual los chicos y las chicas. Si, por ejemplo, entro en una habitación, miro a los tíos guapos y a las chicas guapas. O sea que imagino que soy mitad y mitad. Veo en las mujeres unas determinadas cualidades que me atraen. Me gustaría pasar el resto de la vida con mi mejor amiga. Me fijo en los chicos como me fijo en las chicas. No es justo que no pueda encontrar chicos como ella⁴³.

Sheena admite que estos temas son interesantes, pero cree que normalmente se quedan en insignificantes ante otras de sus preocupaciones de mayor importancia.

En lo que los adolescentes actuales cuentan de sus vidas no asoma idea alguna de que la sexualidad del adolescente que se siente atraído por los de su mismo sexo sea siempre la misma, ni de que tenga unas trayectorias evolutivas y unas consecuencias predeterminadas. Su sexualidad no es más que una faceta de un sistema interactivo que configura sus vidas⁴⁴. Cualquier suposición de que los adolescentes tienen unas líneas evolutivas idénticas porque comparten una sexualidad orientada a los del mismo sexo, o de que su sexualidad tiene la misma importancia para la idea que los diversos adolescentes tienen de sí mismos, no sólo es inaceptable, sino que supone una burda y errónea representación de sus vidas. Para decirlo con una sola palabra, la idea de que hay una única identidad gay es absurda, especialmente para los adolescentes.

Para corregir las falsas y equivocadas percepciones que nos dominan, debemos desmitificar la sexualidad y verla como una legítima cuestión evolutiva, y no

⁴² SAVIN-WILLIAMS, 1998a, pág. 135.

⁴³ SAVIN-WILLIAMS, e.p.

⁴⁴ STEINBERG, 1995.

como un factor de riesgo clínico. El desarrollo sexual se debe entender como un aspecto legítimo, esencial y necesario para el desarrollo de lo que significa ser adolescente⁴⁵. Al mismo tiempo, debemos comprender que la medida en que la sexualidad define la identidad va desde algo de suma importancia (es lo que soy) a algo que no es más que un simple hecho biológico.

Rechazo a las etiquetas

Una reciente encuesta realizada en un instituto de Massachusettss revelaba que más del 11% de los alumnos se atribuían al menos un aspecto del homoerotismo. Sin embargo, raras veces hablaban de haber tenido algún tipo de relación sexual con alguien de su mismo sexo, ni de identificarse como gays. Menos del 3% estaban dispuestos a aceptar la etiqueta de gay o bisexual⁴⁶. En un instituto de California, el 6% de los alumnos decían que “sé que soy homosexual o bisexual”, y otro 13% decía que con frecuencia o a veces se preguntaban si eran homosexuales⁴⁷.

Emplear la sexualidad para acuñar una interpretación personal y positiva del discurrir de una vida es una práctica relativamente reciente. Identificarse como gay se impuso por primera vez entre quienes alcanzaron la mayoría de edad en las décadas de 1970 y 1980⁴⁸. Como decían Gil HERDT y Andy BOXER, las personas que se atribuían tal identificación se referían a “vivir con lo que deseaban, no en el secreto y la alienación, sino a la vista de todos, a la luz de lo que conducía a la adaptación social y a un creativo sentimiento de realización personal mayor del que hubieran podido imaginar al inicio del proceso”⁴⁹.

Aunque es posible que hoy algunos jóvenes puedan obtener estas ventajas al identificarse como gays, tal vez especialmente si viven en zonas apartadas y conservadoras del país, muchos otros se oponen a auto-etiquetarse. Algunos creen que su sexualidad es más fluida que la que permiten los modelos construidos de identidad sexual. Algunos tienen su idea del aspecto de la persona homosexual, de cómo actúa y cómo piensa, y ellos no son así. No saben o no quieren atribuirse estas características. Algunos se oponen por principio a la idea de que se “encasille” su sexualidad. Para ellos, la simple creación de unas categorías sexuales materializa las etiquetas en el tiempo y el espacio, y exagera unas diferencias que no existen⁵⁰. Algunos jóvenes se ponen una etiqueta nada común o no reconocida (por ejemplo, doble espíritu), o una que abarca múltiples identidades (por ejemplo, bi-lesbiana). Muchos simplemente piensan que las etiquetas son un fastidio. Me decía una joven:

Pensaba sencillamente que no había necesidad alguna de etiquetas, así que no se lo dije a nadie. Pero cuando estaba en décimo [curso] * sentía interés por esa otra

⁴⁵ SAVIN-WILLIAMS y DIAMOND, 2004.

⁴⁶ ORENSTEIN, 2001.

⁴⁷ LOCK y STEINER, 1999a.

⁴⁸ CHAUNCEY, 1994.

⁴⁹ HERDT y BOXER, 1993, pág. 202.

⁵⁰ MUEHLENHARD, 2000.

* Corresponde en el Sistema Educativo Británico a las edades de 14-15 años. (N. del E.)

chica y mantuvimos una relación romántica. Luego empecé a definirme de forma distinta, más definitiva y más real. Simplemente pensaba que etiquetarme era una tontería, pero luego la gente empezó a pedirme que lo hiciera. Para tranquilizar a todos decía que era bisexual.

Siempre quise hacerme amiga de aquella chica, y luego empecé a interesarme más y más, hasta que nos encaprichamos mutuamente. Esto no cambió la idea que tenía de mí misma... Lo que quería decir era que simplemente mantenía una relación con una mujer. La gente preguntaba porque la mayoría de mis amigos participaban en la comunidad gay y muchos eran gays o lesbianas⁵¹.

Beatrice GREEN, en su trabajo con jóvenes, observa a adolescentes que adoptan una conducta orientada a las personas de su mismo sexo pero "rechazan la política de la identidad sexual porque, dicen, estos temas son cosa de otras generaciones. Reivindican el derecho de amar y tener relaciones sexuales con quienquiera que sea y comoquiera que deseen". Se refiere a ellos como "la nueva generación del *Act Up*" y razona que, aunque puedan ser una amenaza para las fuerzas dominantes tanto gays como heterosexuales, "es posible que sean el futuro en una sociedad en la que impere la política de la post-identidad"⁵². Estoy de acuerdo.

Estos jóvenes, cuando ponen en entredicho las definiciones culturales de las vidas gays, tachan de inadecuadas y artificiales las definiciones dicotómicas de la identidad sexual. Es posible que las categorías de homosexual y heterosexual sirvieran para sus padres, pero a ellos no les sirven. La cultura de los jóvenes está impregnada de matices, en especial en lo que a la sexualidad se refiere. La conducta y la orientación sexuales fluyen dentro de diversas expresiones de género y definiciones cambiantes de qué es gay, bisexual y heterosexual. Si se les insiste, es posible que acepten algunos términos vagos, como "raro" o "no heterosexual". Lo que prefieren es no llamarse, ni llamar a su futuro, de ninguna forma. Se niegan a etiquetarse porque desean separar el deseo sexual de la tirantez de la política. Una persona a la que se entrevistó para el popular artículo sobre el "normal polimorfo" afirmaba que su sexualidad nada tiene que ver con la política, sino con el placer y la felicidad. Otra evitaba las categorías de la identidad porque "mi experiencia es continua. No está compartimentada en poesía, sexualidad y pensamiento racional. Confundimos el mapa con el territorio"⁵³.

A algunos de estos jóvenes se les ha llamado *queer* ("raro" y, posteriormente, "marica"), unas personas a las que la antropóloga Melinda KANNER define como decididas a "desestabilizar las categorías convencionales, subvertir las identidades que derivan del hetero-patriarcado y que éste convierte en norma. La 'rareza' desafía las categorías binarias y fijas, como las de hetero/homosexual, masculino/femenino, incluso lesbiana/gay. La 'rareza', tanto en el com-

⁵¹ SAVIN-WILLIAMS, e.p.

* "Dar guerra" y también siglas de *AIDS Coalition to Unleash Power* (Coalición del SIDA para liberar energía), nombre adoptado por un grupo de personas diversas y no partidistas dedicadas a la acción directa para acabar con el SIDA, y que se creó en el Centro de Servicios para la Comunidad Gay y Lesbiana de Nueva York, en 1987. (*N. del T.*)

⁵² GREEN, 1998, pág. 91.

⁵³ D'ERASMO, 2001, pág. 106.

portamiento social como en las identidades vividas, frena la convención y las expectativas”⁵⁴. Sin embargo, la mayoría de los adolescentes no piensan que sean “raros” ni aprueban la palabra. Simplemente rechazan las repercusiones de tal etiqueta, pues pueden alterar la vida de la persona.

Su rechazo de las designaciones mediante etiquetas está motivado por muchas cosas: por razones filosóficas, porque las etiquetas parecen irrelevantes y sin una caracterización propia, en un intento por evitar la homofobia, o porque se piensa sencillamente que la etiqueta es imprecisa. Es posible que algunos piensen que la atracción que sienten o la relación que mantienen son “especiales”, una anomalía que poco tiene que ver con ellos o su sexualidad. Otros tienen miedo a las consecuencias de ser gay, por lo que siguen sin etiqueta y encerrados en el armario, del que posiblemente salgan en otro futuro momento de su vida. Conocemos muy poco a estos adolescentes no identificados, pero sabemos que existen.

En una entrevista realizada en 2001, le preguntaban al actor y cineasta Jason Gould sobre el hecho de ser gay, de salir del armario y de desvelar su sexualidad a sus famosos padres, Barbra Streisand y Elliott Gould. Jason, que recordaba que había sentido el primer “impulso gay” a los 8 años, dice que no se ha destacado como gay, porque nunca se ha dicho: “¡Oh! Soy gay”. Niega que viva encerrado en el armario y que se avergüence de lo que es. “Estoy muy a gusto con mi sexualidad”, dice; y añade:

Mire, cuanto más comprendo mi sexualidad, más... quiero decir que no me importa que me llamen gay, porque es verdad que me atraen los hombres. Pero también pienso que es algo restrictivo. Creo que dentro de la comunidad gay —como miembro de la comunidad gay— el hecho de estereotiparnos nos limita. La atracción es algo más complejo de lo que denotan los términos gay, heterosexual y bisexual. Y confío en que al final la gente evolucione y acepte una interpretación más amplia de la atracción⁵⁵.

Parece que el rechazo de Gould a declarar una identidad sexual no nace de una homofobia interiorizada, ni del odio hacia sí mismo, ni del miedo. Ha declarado su sexualidad: le atraen los hombres. Lo que ocurre es, sencillamente, que el término “gay” le parece inadecuado para describir su sexualidad.

Jason Gould no está solo. A la actriz cómica Rosie O'Donnell no le gusta el adjetivo “gay” con el que siempre se acompaña su nombre. La atracción por las mujeres, dice, “nunca fue para mí nada del otro mundo”⁵⁶. Sophia, del programa *Road Rules* de la MTV, resta importancia a su sexualidad: “Para mí no es algo fuera de lo común porque no hago que sea algo fuera de lo común... Simplemente forma parte de lo que soy”⁵⁷.

La balcanización* de la sexualidad, según un escritor, domina de forma especial entre los artistas, los estudiantes, los exploradores culturales y las jóvenes.

⁵⁴ KANNER, 2003, pág. 34.

⁵⁵ BAHR, 2001, págs. 70, 72, 74.

⁵⁶ BAUDER, 2002, pág. 42.

⁵⁷ CHAMPAGNE, 2001.

* Término de origen geopolítico para describir un proceso de división o fragmentación. (N. del E.)

Prefieren una etiqueta de identidad alternativa y que ellos mismos hayan generado, o ningún tipo de etiqueta, antes que las que se suelen ofrecer en las investigaciones⁵⁸. Las taxonomías sexuales estándar han sido especialmente inadecuadas para dos de estos grupos: las jóvenes y los exploradores culturales⁵⁹.

Las jóvenes y la fluidez

A la sexualidad femenina difícilmente se le pueden aplicar unos límites inamovibles y distintivos⁶⁰. Es posible que las fantasías sexuales más placenteras de una joven sean sobre otras mujeres, mientras que el sexo que más placer le proporciona es el que practica con hombres o viceversa. Las jóvenes son más propensas que los jóvenes a incorporar a compañeros de ambos sexos en sus fantasías y su conducta. Ante películas con escenas de sexo explícitas, las mujeres lesbianas y las heterosexuales no se distinguen en el grado de excitación subjetivo y genital según en esas escenas aparezcan un hombre y una mujer o dos mujeres⁶¹, y ambos grupos de mujeres experimentan la mayor excitación ante escenas de sexo heterosexual. En sus estudios, Meredith CHIVERS y sus colegas señalan que las mujeres, cualquiera que sea su orientación sexual, tienen un patrón de excitación sexual “no específico”⁶². Es decir, aunque es posible que las universitarias digan que prefieren la literatura erótica heterosexual a la homosexual (entre mujeres, o entre hombres), la excitación genital que experimentan ante las escenas de sexo indica que no existe una preferencia por las primeras sobre las segundas. Prefieren las escenas de sexo entre dos mujeres a las de entre dos hombres, y son las que más les excitan. En contraste, los hombres gays y heterosexuales muestran un patrón muy definido (“categórico”) de preferencia sexual. A los homosexuales les excitan más las escenas entre dos hombres, aunque los heterosexuales reaccionan con mayor fuerza ante las imágenes eróticas entre dos mujeres. La consecuencia puede ser que las mujeres se estigmaticen menos por el hecho de adoptar una conducta sexual con otras mujeres⁶³.

En octavo, Stephanie y Lolita se tenían mutuamente por las mejores amigas. Stephanie recordaba:

Lolita se quedaba a dormir en mi casa muy a menudo, y una noche, hablando de su novio Juan y de sexo, yo simulaba que sabía más de lo que realmente sabía. Nos teníamos mucho cariño, como ocurre con las amigas. Le pregunté cómo la besaba Juan, y me besó para demostrarme cómo lo hacía. Fue toda una experiencia. A partir de entonces, cuando estábamos juntas nos besábamos mucho, y empezamos a tocarnos y a acariciarnos. Para que estuviera “bien”, una de las dos hacía de chico. Había penetración con los dedos, pero nunca sexo oral. Por lo que sé, es heterosexual.

⁵⁸ HILLIER y cols., 1998, pág. 26; D'ERASMO, 2001, págs. 104, 106.

⁵⁹ D'ERASMO, 2001.

⁶⁰ RODRÍGUEZ RUST, 2001, 2002; ROTHBLUM, 2000.

⁶¹ LAAN, SONDERMAN y JANSSEN, 1996.

⁶² CHIVERS y cols., 2004.

⁶³ PATTATUCI y HAMER, 1995; RODRÍGUEZ RUST, 2000, 2001; ROTHBLUM, 2000; SCHNEIDER, 2001; WEINBERG, WILLIAMS y PRIOR, 1994.

Nunca he hablado de esto. No sé qué es hoy Lolita, pero yo fui la única con quien hizo lo que fuera. Nunca dijimos que fuésemos lesbianas. De un modo u otro, yo sabía que no estaba bien, pero nos gustaba. Mi madre nos sorprendió en la cama, y se armó todo un drama familiar. Llevábamos seis o siete meses en que todos los días nos juntábamos al salir del instituto, pero mamá nos lo puso más difícil.

La actitud de Stephanie era la de que su experiencia con su amiga no fue más que una experiencia de niñas. Muchas tenían relaciones sexuales, sólo con chicos, de modo que el sexo no era nada fuera de lo habitual⁶⁴.

Cuando una joven reconoce que no es totalmente heterosexual, hay pocas garantías de que se declare lesbiana o bisexual. En un intento por identificar a las “auténticas” lesbianas, los investigadores tradicionalmente se han basado en lo que creen que ha funcionado para identificar a los chicos homosexuales: alcanzar unos hitos evolutivos. Pero, como hemos visto, estos modelos no distinguen a las lesbianas que mantienen su identidad de tales a lo largo del tiempo de las que no lo hacen. Se obtiene más y mejor información con el examen de los patrones de atracción y conducta⁶⁵.

En el transcurso de ocho años, casi dos terceras partes de las jóvenes a quienes entrevistó Lisa DIAMOND cambiaron las etiquetas de identidad al menos una vez, a menudo porque “las categorías de identidad sexual no servían para representar la inmensa diversidad de sentimientos sexuales y amorosos que eran capaces de experimentar con los patrones masculinos y femeninos en diferentes circunstancias”⁶⁶. Algunas de esas mujeres manifestaban su ambivalencia al considerar que su sexualidad era indecisa. El amor depende de la persona, le decían, no del sexo de la persona.

Estas mujeres a las que DIAMOND entrevistó y que renunciaban a su identidad lesbiana o bisexual por un estatus heterosexual o sin etiquetar, tenían unas historias evolutivas similares. Lo que difería era la *interpretación* que hacían de sus experiencias sexuales. Las que no se etiquetaban decían de su sexualidad que era indecisa, y se mostraban inseguras sobre su futura vida sexual. Quienes se cambiaron a una etiqueta heterosexual tenían un grado de atracción y conducta hacia personas de su mismo sexo menor que el de las otras mujeres. Para ellas, una identificación heterosexual era una solución viable al “problema” de sus deseos y conducta no excluyentes.

Sin embargo, el hecho de renunciar a una etiqueta de identidad sexual no significaba que esas mujeres renunciaran a su sexualidad orientada a su mismo sexo. La atracción que sentían por las mujeres y la consiguiente conducta eran algo real, no una fase. Todas admitían la posibilidad de que en el futuro se identificaran como lesbianas o bisexuales. DIAMOND señalaba:

estas conclusiones concuerdan con la idea de que la renuncia a la identidad no representa un cambio fundamental en la propia orientación sexual, sino más bien un cambio en la forma en que las mujeres interpretan su orientación sexual y actúan según ésta... El carácter no excluyente y la plasticidad de los deseos y las conductas de las mujeres favorecen transiciones múltiples en la identificación y la conducta a lo largo de la vida⁶⁷.

⁶⁴ SAVIN-WILLIAMS, e.p.

⁶⁵ DIAMOND, 2003b, pág. 360.

⁶⁶ TOLMAN y DIAMOND, 2001, pág. 61.

⁶⁷ DIAMOND, 2003b, págs. 361-362.

En resumen, los intentos de ajustar “las complejas y muy contextualizadas experiencias de la sexualidad orientada hacia los del mismo sexo y el opuesto de la adolescente, a unos moldes indeformables de ‘gay’, ‘heterosexual’ y (sólo recientemente) ‘bisexual’”, están condenados al fracaso⁶⁸. El hecho de que estas jóvenes no sigan los modelos de identidad sexual en los que hay una progresión en esta identidad refleja simplemente la complejidad de sus vidas.

Exploradores culturales e ideas extrañas

En las culturas y subculturas de Estados Unidos se observa con claridad un alejamiento similar entre la ortodoxia y la vida concreta de los jóvenes. Al revisar las pruebas interculturales, Fernando Luiz CARDOSO y Dennis WERNER concluyen: “Las personas varían muchísimo en sus conductas con otras personas de su mismo sexo, en sus deseos sexuales y en la forma en que se definen. Las culturas también difieren ampliamente en cómo definen y tratan estas relaciones y a las personas que intervienen en ellas”⁶⁹. Las definiciones de sexualidad occidentales se consideran excesivamente rígidas. Por ejemplo, como observa un escritor, en algunas comunidades “las relaciones entre personas del mismo sexo se definen entre los individuos y pueden implicar sexualidad, erotismo y una amistad y unos sentimientos muy intensos. De modo que los hombres se pueden coger de la mano en público, o dormir desnudos en la misma cama”. Un iraní señala que en su cultura las etiquetas referidas a la sexualidad son relativamente poco comunes⁷⁰.

No es difícil encontrar ejemplos transculturales de una vida homoerótica que no se identifica como tal. Uno de ellos se ha denominado la “homosexualidad mediterránea”. En una cultura con este tipo de sexualidad, según Iñaki TOFIÑO, activista gay catalán, existe una “amplia zona de libertad para la actividad homoerótica entre hombres, pero nada que sea una ‘identidad homosexual’ como tal”. Es habitual que los sexos se separen durante la adolescencia y la primera madurez; las amistades y alianzas homoeróticas y el contacto físico no son infrecuentes. La identidad de la persona (hombre o mujer por igual) normalmente no se define por lo que hace en el ámbito de la sexualidad ni por la persona de la que se enamora. Si así fuera, se negarían las normas culturales más legítimas de la identificación basada en la religión, la región o la etnicidad. “Destaparse como gay” tiene poco sentido en esta cultura. Asumir una personalidad gay “en todas las situaciones es una idea extraña”, y muchas veces puede resultar problemática cuando el sexo no forma parte del discurso público⁷¹.

TOFIÑO sostiene que, para que se produzcan cambios culturales a gran escala, no son necesarias las ideas occidentales de una identidad gay pública o privada que uno lleve de una situación a otra. Por ejemplo, en España son pocos los que se identifican como gays; sin embargo, la orientación sexual es una cate-

⁶⁸ TOLMAN y DIAMOND, 2001, pág. 61.

⁶⁹ CARDOSO y WERNER, 2004, pág. 204.

⁷⁰ SCALIA, 2003, pág. E2.

⁷¹ TOFIÑO, 2003, pág. 18.

goría que goza de mucha protección legal, pues se reconocen las parejas del mismo sexo y se protege a los homosexuales de los delitos de animadversión contra ellos.

En un artículo reciente publicado en *New York Times Magazine* se expone un ejemplo de cómo se ha subvertido la identidad gay en Estados Unidos. Su autor, Benoit DENIZET-LEWIS, explora el mundo de los jóvenes varones afroamericanos que mantienen relaciones sexuales y amorosas con hombres, y que están forjando una “exuberante identidad nueva” basada no en su sexualidad, sino en su cultura y el color de su piel.

Al rechazar una cultura gay que les parece blanca y afeminada, muchos hombres negros han afianzado una nueva identidad, con sus propias costumbres y vocabulario: *Down Low* (DL)*... Un fenómeno de la última década es la creación de una subcultura organizada y *underground* compuesta en su mayor parte por hombres negros que, por lo demás, viven una vida heterosexual... Muchos hombres DL no se identifican como gays ni bisexuales sino, primero y ante todo, como negros. Para ellos, como para muchos negros, esto equivale a ser inherentemente masculino⁷².

Una identidad DL significa un rechazo virulento a una identidad gay asociada con las “*drag queens* y los afeminados”. Un chico de 18 años con el que habló DENIZET-LEWIS no vacila en su deseo de esta separación. “Los gays son los maricones que se visten, hablan y actúan como las chicas”, decía. “Yo no soy así”. Estos hombres reconocen la sexualidad en su vida, pero el hecho de ser DL no se percibe simplemente como otra etiqueta de identidad sexual. Se trata “de ser quien eres, pero con toda discreción”⁷³. Significa optar por la afinidad étnica frente a la sexualidad, y por la masculinidad frente a la feminidad.

La mayoría de los jóvenes de ambos sexos con deseos orientados a las personas de su mismo sexo se oponen y se niegan a identificarse como gays. Sabemos poco sobre ellos porque normalmente no quieren saber nada de investigaciones, programas educativos ni grupos de apoyo. Lo que desean es no destacar “como una mancha de semen en un vestido azul”**, sino ser tan aburridos como el vecino de al lado, comprarse un todoterreno y fundirse en el discurrir de la vida estadounidense⁷⁴.

Los Joe y las Jane corrientes

En el capítulo anterior, hablaba de un incipiente movimiento que va a cambiar nuestras ideas de unos modelos de deficiencias por otras que reconocen la resiliencia de carácter de los adolescentes homosexuales. Aunque, en general, aplaudo este cambio —no hay duda de que es preferible un guión que tome como refe-

* Véase página 18.

⁷² DENIZET-LEWIS, 2003, pág. 30.

⁷³ *Ibid.*, pág. 31.

** En los momentos de mayor intensidad del *affaire* Bill Clinton-Monica Lewinsky, la becaria aseguró que tenía en su poder un vestido azul con manchas de semen del que fue presidente de Estados Unidos. (*N. del T.*)

⁷⁴ BERGMAN, 2004, pág. 17.

rencia la resiliencia a otro que opte por el suicidio—, creo que, en última instancia, también es un cambio equivocado, ya que se limita a sustituir una caracterización universal y radical por otra. La realidad es que los adolescentes homosexuales, tanto en situación de riesgo como los de resiliencia, son intérpretes de menor rango de la sinfonía de las personas a quienes atraen otras de su mismo sexo. La mayoría no tienen ni mayor ni menor resiliencia, ni son más ni menos sanos que sus amigos heterosexuales. Por lo general son, para decirlo de alguna manera, personas *corrientes* que llevan una vida sin grandes acontecimientos.

Una posible alternativa, que en mi opinión se acerca más a la verdad, es reconocer no sólo las características positivas del ser “diferente de la norma”, sino también la naturaleza *corriente* de la mayoría de los jóvenes que desean a personas de su mismo sexo. La oposición a esta idea es pertinaz, quizá menos en el ámbito cultural que en el mundo académico y erudito, un mundo ciego ante la existencia de lo corriente debido a los sesgos inherentes a las preguntas típicas que se formulan en las encuestas. Como se ha demostrado en los capítulos anteriores, no todos los adolescentes que experimentan un deseo hacia las personas de su mismo sexo se identifican como gays ni participan en actividades con otros de su sexo. No todos los adolescentes que se identifican como gays tienen una orientación hacia los de su propio sexo ni adoptan la consiguiente conducta. No todos los adolescentes que tienen relaciones sexuales con personas de su mismo sexo se identifican como gays ni se sienten atraídos por otros de su sexo. Los estudios que ignoran estos hechos en algunas ocasiones encuentran poblaciones “ocultas” que reúnen una o dos de estas características, pero no las tres. O que tienen las tres, pero en grados diversos.

Si se pudiera encontrar el grupo de adolescentes que forman una “mayoría no gay con sentimientos homosexuales”⁷⁵, tal vez lo que se descubriría no sería su excepcionalidad, sino sus intereses adolescentes normales. Lisa DIAMOND señala que los adolescentes con deseos orientados hacia personas de su mismo sexo piensan mucho más en “el amor y lo romántico que en el suicidio, la animadversión o la falta de un hogar, y actualmente no sienten necesidad de cambiar sus intereses”⁷⁶. El amor no discrimina por la orientación sexual ni por la persona de la que se encapriche. Consideremos las siguientes citas, la primera, de Catherine Deneuve:

Estar enamorado de un hombre o de una mujer es lo mismo; tiene que ver con dar y escuchar y ser muy sincero con alguien, por lo que no hay gran diferencia⁷⁷.

Y la siguiente, de Dennis Quaid:

Nos atrae quien nos atrae. No podemos evitar querer a las personas que queremos, y no podemos impedir que nos atraigan quienes nos atraen⁷⁸.

⁷⁵ MCCONAGHY, 1999, pág. 296.

⁷⁶ DIAMOND, 2003a, pág. 86.

⁷⁷ DURALDE, 2002b, pág. 53.

⁷⁸ DURALDE, 2002a, pág. 44.

Para enamorarse de un chico o de una chica, no es necesario que uno se identifique como gay ni que adopte una conducta orientada a los de su mismo sexo. En efecto, la mayoría de las personas que aman a otras de su propio sexo no reivindican una identidad gay. La conclusión más acertada, aunque no insólita, es que la orientación sexual dicta parte de la esencia de lo que significa estar vivo, pero no toda ella.

Así pues, para comprender a los adolescentes sexualmente orientados a los de su mismo sexo debemos comprender, en primer lugar, la adolescencia en general. Con excesiva frecuencia, nuestras investigaciones ignoran la cuantiosa literatura teórica y empírica sobre la adolescencia, en favor de unos estudios gays metodológicamente viciados. Y al revés, pocas veces se señala que los estudios sobre los jóvenes gays pueden ser una aportación más a la comprensión general del desarrollo del adolescente.

Veamos el estudio reciente de John GOTTMAN y sus colegas sobre las relaciones entre personas del mismo sexo⁷⁹. Situaron su investigación en el contexto más amplio de los estudios sobre las parejas en general, y descubrieron lo siguiente:

1. A semejanza de las parejas heterosexuales, las expresiones de desprecio, aversión y recelo de las parejas del mismo sexo se asocian con una menor satisfacción con la relación; y el humor y el cariño, con una elevada satisfacción con la relación.
2. En situaciones de conflicto, las parejas del mismo sexo son menos beligerantes, dominantes e inflexibles que las heterosexuales, y muestran mayor interés por la equidad, el humor, el cariño y la alegría. En esas situaciones de conflicto, las parejas heterosexuales se suelen mostrar distantes, mientras que las del mismo sexo se implican más, tanto emocional como mentalmente.
3. En la relación, las lesbianas son más proclives que los varones homosexuales a manifestar abiertamente su cariño mutuo (expresividad emocional); los varones homosexuales tienden más a reivindicarse mutuamente. Estas diferencias concuerdan con las que existen entre ambos sexos en las parejas de heterosexuales.

Al reflexionar sobre estas diferencias, GOTTMAN y su equipo observan que las parejas del mismo sexo son más propensas a valorar la equidad y a adoptar una actitud positiva hacia el otro. En las parejas del mismo sexo está ausente en gran medida el inherente estatus diferencial entre las mujeres y los hombres en las relaciones heterosexuales, que “alienta la hostilidad, en particular por parte de las mujeres, que suelen tener menos poder que los hombres, y que también tienden a ser quienes más hablan de cuestiones referentes a la relación”. Según los autores: “Dado que existen menos obstáculos para abandonar una relación homosexual que una heterosexual, es posible que las parejas homosexuales sean más precavidas en cómo aceptan la influencia mutua. Así pues, señalamos que las variables del proceso de resolución de los conflictos pueden ser el propio ele-

⁷⁹ GOTTMAN y cols., 2003b, pág.88.

mento de cohesión que mantiene estables esas relaciones”⁸⁰. En otras palabras, las parejas del mismo sexo tienen algo que enseñar a las heterosexuales sobre el respeto, la equidad y la estabilidad.

Lo habitual es que se ignore la doble responsabilidad de los estudios sobre los jóvenes a quienes atraen las personas de su mismo sexo: enraizar las hipótesis y las interpretaciones del estudio en el contexto más amplio del desarrollo del adolescente, y traducir los resultados desde la perspectiva del grado en que extienden los conocimientos sobre la adolescencia en general. Es como si, con anterioridad a nuestra particular investigación de estos temas referidos a los jóvenes gays, nadie hubiera realizado nunca estudios sobre el rendimiento escolar, el acoso entre iguales, la autoestima, las relaciones amorosas o las familiares.

Ante estas deficiencias, no puede sorprendernos de que se piense que los adolescentes homosexuales siguen una trayectoria vital significativamente distinta de la de los heterosexuales. Para el estadounidense medio, los adolescentes gays son unos extraños arrogantes pertenecientes a otra cultura, situados en los márgenes de la sociedad, con muchos *piercings*, el pelo de color violeta y que no se visten en *Abercrombie and Fitch**; para los gays adultos, se supone que son la nueva generación de activistas políticos que lucharán por los derechos de los homosexuales y contra el heterosexismo, el racismo, el sexismo y el clasismo.

Sin embargo, estos jóvenes no son ni nuestros herederos ilustrados ni nuestros hijos pródigos. La diversidad sexual se está normalizando, y la división entre heterosexuales y homosexuales se desdibuja. Los adolescentes heterosexuales tienen un aspecto “a lo gay”, actúan con este mismo estilo y lo van interiorizando, y va apareciendo a la luz pública una diversidad cada vez mayor de adolescentes no heterosexuales. Estos jóvenes son más propensos a decir cosas como: “¿Por qué mis padres no me dejan ir al concierto?”, y “Si me decido por la química, ¿cómo afectará a mi nota media?”, que a decir: “Soy gay, soy gay. ¡Oh, Dios mío! ¿Qué voy a hacer?”

Esto no significa negar que se ridiculice a algunos por su expresión de género. Ni que no pueden salir abiertamente con quienes más quieren porque las relaciones entre personas del mismo sexo en el instituto son aún difíciles para la mayoría de los alumnos. Ni que piensan que deben ocultar a sus padres y amigos algo de sí mismos. Pero los adolescentes a quienes atraen personas de su mismo sexo no son los únicos jóvenes que se enfrentan a este tipo de problemas. También se ridiculiza a las personas con discapacidad, a los de inteligencia superior o inferior a la media, a los poco agraciados, a los obesos y a los pertenecientes a minorías étnicas. Muchos adolescentes de estos grupos no salen con la persona a la que desean porque creen que es “inasequible”. Muchos guardan profundos secretos que no desvelan a sus padres ni amigos, como los que se refieren al embarazo, el consumo de drogas, los vehementes deseos sexuales no tradicionales y las creencias psíquicas. ¿Qué razón hay, entonces, de que sólo las experiencias vitales de los adolescentes atraídos por los de su propio sexo tengan tan singular importancia que se los considere incapaces de abordar los problemas y de vivir una vida feliz y productiva?

⁸⁰ GOTTMAN y cols., 2003b, pág. 88.

* Popular cadena estadounidense de tiendas de ropa deportiva, y que vende también por catálogo y online. (*N. del T.*)

Vemos que los gays *adultos* son capaces de llevar una vida feliz, sana y productiva; se dice de ellos que no se distinguen de los heterosexuales en su adaptación psicológica⁸¹. También podríamos ver así a los jóvenes. Los que sienten deseos por los de su mismo sexo quieren integrarse en el mundo heterosexual de sus iguales y participar en él. La generación anterior organizaba “bailes gays” en el colegio o la universidad —primero en Detroit y después en Los Ángeles— como una forma de construir el apoyo, el orgullo y el cambio social. En la actualidad, la tendencia es que las parejas del mismo sexo asistan a los bailes *normales*. Es una revolución de alcance muchísimo mayor. Normaliza la sexualidad entre personas del mismo sexo de una forma que no era posible cuando sólo se aceptaba a las parejas homosexuales en los bailes organizados para ellas⁸².

Nada de lo que afirmo en este libro justifica que se ignore a los jóvenes gays que sufren y piensan en el suicidio debido a su sexualidad. Estoy dispuesto a pensar que esta realidad *pudo* haber sido más característica de generaciones anteriores de lo que pueda serlo de las actuales. Pero cualquier motivo que pueda inducirnos a ofrecer una imagen sensacionalista del destino de los adolescentes homosexuales, o a representarlos como heroicos supervivientes, no es científicamente válido hoy, como no lo era en el pasado.

Tanto la prensa nacional como la gay presentan una imagen falsa de los adolescentes homosexuales, y lanzan un peligroso mensaje a quienes se preguntan por la posibilidad de que lo sean. Consideremos los siguientes titulares de diversas publicaciones aparecidas en los últimos años:

¿Morir por ser *boy scout*?

Inclinaciones suicidas: ¿provoca la angustia por la orientación sexual que los adolescentes gays y lesbianas se suiciden?

Mortal desesperación de los jóvenes homosexuales.

La historia de Robby: un frágil joven de 14 años abatido en su lucha por aceptar su homosexualidad.

“No podía protegerlo el resto de la vida”.

Malos tiempos para los adolescentes gays.

La peste oculta⁸³.

Los estudios serios deben imponerse a esta caricatura sombría y agorera presente en el contexto más amplio de la vida de los adolescentes.

¿A qué se debe esa gran resistencia a la normalización de los jóvenes a quienes atraen las personas de su mismo sexo? ¿Por qué se centra la atención en los marginados, y no en los que constituyen la mayoría? Pensemos en estas cuatro (malas) razones:

1. Porque la vida sana y positiva de los adolescentes gays actuales típicos se contradice con la adolescencia agitada y dolorosa de los estudiosos y responsables políticos homosexuales.

⁸¹ DiPLACIDO, 1998, págs. 139, 148; véase también MEYER, 2003; SANDFORT, 1997.

⁸² LEVEY, 2002.

⁸³ Respectivamente, de *The Advocate*, 19 de junio de 2001, pág. 15, y 5 de abril de 1994, pág. 35; *Washington Post*, 24 de octubre de 1988, pág. A1; *Cleveland Plain Dealer*, 6 de abril de 1997, pág. 1A; *Texas Triangle*, 21 de julio de 1993; *Raleigh News and Observer*, 30 de junio de 2000, pág. 1; y *Out*, julio de 2001, pág. 38.

2. Porque los adolescentes gays equilibrados son un obstáculo para quienes piden subvenciones para estudios que se centran en problemas, y para la necesidad, como decía un crítico, de “fabricar víctimas para la industria de la psicología”⁸⁴.
3. Porque, de lo contrario, los adolescentes actuales no apreciarían en todo su valor lo que investigadores, educadores, profesionales de la salud mental y activistas hicieron por ellos para que pudieran vivir la vida sin temor. ¿Cómo se puede despreciar tal “regalo” de forma tan displicente?
4. Porque los jóvenes de hoy son los precursores de unos tiempos en que la identidad sexual no tendrá importancia y por eso arrojan los estudios pasados al vertedero en donde se amontona la ciencia anticuada que consideran únicamente como una curiosidad para historiadores y antropólogos.

Los nuevos adolescentes homosexuales desdeñan las categorías sexuales, y creen, como dice Michael BRONSKI, “que algunos de ‘nosotros’ tenemos más en común con algunos de ‘ellos’ de lo que tenemos entre nosotros mismos... Dentro de todas estas identidades hay algunos que se encuentran totalmente en la corriente dominante, y otros que marchan al ritmo de su propio tambor”⁸⁵. Tal vez sería sensato escuchar las voces de esos adolescentes y apreciar las razones por las que rechazan la idea de que se los identifique por su sexualidad. Los nuevos adolescentes gays, encabezados por las jóvenes actuales que entregan las etiquetas de “lesbiana” y “bisexual” en prenda de términos que mejor reflejen su realidad, no hacen más que tratar de vivir el fluir de su adolescencia⁸⁶. Sus vidas, como observa Jeffrey WEEKS, ofrecen “continuas posibilidades de invención y reinvención, procesos abiertos por los que se puede producir el cambio”⁸⁷. Unos se adaptan a la realidad, y otros la acomodan a su vida. Algunos abrazan la “gaycidad”, y otros la rechazan. Ocurre simplemente que las viejas categorías de gay y lesbiana han dejado ya de encajar en la realidad⁸⁸.

Una banalidad

El hecho es que las vidas de la mayoría de los adolescentes a quienes atraen las personas de su mismo sexo no son excepcionales ni por su patología ni por su capacidad de adaptación. Al contrario, son corrientes. Los adolescentes gays tienen los mismos intereses, activos y responsabilidades evolutivas que los heterosexuales. Es muy posible que esta banalidad de nulo interés sea su mayor activo. Indica que están a la vanguardia de lo que se puede denominar una era post-gay, en la que las personas con deseos orientados a las de su propio sexo puedan fijarse objetivos personales y políticos diversos, ya sea el de integrarse

⁸⁴ DINEEN, 1996.

⁸⁵ BRONSKI, 1998, págs. 48-49.

⁸⁶ TOLMAN y DIAMOND, 2001, pág. 61.

⁸⁷ WEEKS, 1995, pág. 44.

⁸⁸ ALEXANDER, 1999, pág. 289.

en la sociedad dominante, o el de luchar para reestructurar radicalmente el discurso actual sobre la sexualidad.

Tengo la firme esperanza de que lo que se consiga en el mundo real se pueda conseguir también en el ámbito de los estudios y la investigación. Confío en vivir lo suficiente para ser testigo de la desaparición de la sexualidad entre personas del mismo sexo como *una* característica definitoria de los adolescentes. Si se puede relegar a la insignificancia, mejorará drásticamente la vida de millones de adolescentes.

Cedo la última palabra a “Andrew James”, un universitario que concluía su trabajo “En busca de los Joe corrientes” con un objetivo muy simple: “Fomentar el perfil del homosexual banal... No va a ser fabuloso, no va a ser el no va más, pero creo que debe ser la nueva ola del movimiento gay”⁸⁹.

⁸⁹ JAMES, 1999.

Bibliografía

- ADAM, B. D. (2000). "Love and sex in constructing identity among men who have sex with men". *International Journal of Sexuality and Gender Studies*, 5, págs. 325-339.
- ALEXANDER, J. (1999). "Introduction to the special issue: Queer values, beyond identity". *Journal of Gay, Lesbian, and Bisexual Identity*, 4, págs. 287-292.
- ASSOCIATED PRESS (2003a, 2 de julio). "Wal-Mart adds gays to workplace policy". Obtenido en las noticias de Earthlinks.
- (2003b, 26 de Junio). "Supreme Court strikes down Texas law banning sodomy". *New York Times*, www.nytimes.com/2003/06/p.../
- (2003c, 30 de septiembre). "Episcopal head defends choice of gay bishop". *New York Times*, www.nytimes.com/2003/09/03/national/30BISH.html.
- BAHR, D. (2001, 16 de enero). "This boy's life". *The Advocate*, págs. 68-75.
- BAILEY, J. M. (1996). "Gender identity". En R. C. SAVIN-WILLIAMS y K. M. COHEN (Eds.), *The lives of lesbians, gays, and bisexuals: Children to adults*, págs. 71-93. Forth Worth, TX, Harcourt Brace College Publishing.
- , BECHTOLD, K. T. y BERENBAUM, S. A. (2002). "Who are tomboys and why should we study them?" *Archives of Sexual Behavior*, 31, págs. 333-341.
- , MILLER, J. S. y WILLERMAN, L. (1993). "Maternally related childhood gender nonconformity in homosexuals and heterosexuals". *Archives of Sexual Behavior*, 22, págs. 461-469.
- y ZUCKER, K. J. (1995). "Childhood sex-typed behavior and sexual orientation: A conceptual analysis and quantitative review". *Developmental Psychology*, págs. 43-55.
- BATTLE, C. (1998, febrero). *Sexual identity development among ethnic/sexual minority males*. Trabajo presentado en el Séptimo Encuentro Bienal de la *Society for Research on Adolescence*, San Diego.
- BAUDER, D. (2002, 27 de marzo). "Rosie O'Donnell says being gay was 'never a big deal for me'". En *Newsweek*, 11/31, pág. 42.
- BAUMEISTER, R. F. (2000). "Gender differences in erotic plasticity: The female sex drive as socially flexible and responsive". *Psychological Bulletin*, 126, págs. 247-374.
- , CATANESE, K. R. y VOHS, K. D. (2001). "Is there a gender difference in strength of sex drive? Theoretical views, conceptual distinctions, and a review of relevant evidence". *Personality and Social Psychology Review*, 5, págs. 242-273.
- BAUSERMAN, R. y DAVIS, C. (1996). "Perceptions of early sexual experiences and adult sexual adjustment". *Journal of Psychology and Human Sexuality*, 8, págs. 37-59.

- BAWER, B. (1993). *A place at the table: The gay individual in American society*. Nueva York, Poseidon Press.
- BELL, A. P., WEINBERG, M. S. y HAMMERSMITH, S. K. (1981). *Sexual preference: Its development in men and women*. Bloomington, Indiana University Press.
- BEM, D. J. (1996). "Exotic becomes erotic: A developmental theory of sexual orientation". *Psychological Review*, 103, págs. 320-335.
- (2001). "Exotic becomes erotic: Integrating biological and experiential antecedents of sexual orientation". En A. R. D'AUGELLI y C. J. PATTERSON (Eds.), *Lesbian, gay, and bisexual identities and youth: Psychological perspectives*, págs. 52-68. Nueva York, Oxford University Press.
- (1974). "The measurement of psychological androgyny". *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 42, págs. 165-172.
- BERGMAN, D. (2004, enero-febrero). "Please pass the pepper". *The Gay and Lesbian Review*, 11, págs. 17-19.
- BOGAERT, A. F. y FISHER, W. A. (1995). "Predictors of university men's number of sexual partners". *Journal of Sex Research*, 32, págs. 119-131.
- , FRIESEN, C. y KLENTROU, P. (2002). "Age of puberty and sexual orientation in a national probability sample". *Archives of Sexual Behavior*, 31, págs. 73-81.
- BOXER, A. M. y COHLER, B. J. (1989). "The life of gay and lesbian youth: An immodest proposal for the study of lives". *Journal of Homosexuality*, 17, págs. 315-335.
- BRADY, S. y BUSSE, W. J. (1994). "The Gay Identity Questionnaire: A brief measure of homosexual identity formation". *Journal of Homosexuality*, 26, págs. 1-22.
- BRONSKI, M. (1988). *The pleasure principle: Sex, backlash, and the struggle for gay freedom*. Nueva York, St. Martin's Press.
- BROWN, J. D. (2002). "Mass media influences on sexuality". *Journal of Sex Research*, 39, págs. 42-45.
- BROWN, L. S. (1995). "Lesbian identities: Concepts and issues". En A. R. D'AUGELLI y C. J. PATTERSON (Eds.), *Lesbian, gay, and bisexual identities over lifespan: Psychological perspectives*, págs. 3-23. Nueva York, Oxford University Press.
- BULLOUGH, V. y BULLOUGH, B. (1980). "Homosexuality in nineteenth century English public schools". En J. HARRY y M. S. DAS (Eds.), *Homosexuality in international perspective*, págs. 123-131. Nueva Delhi, Vikas.
- BUZWELL, S. y ROSENTHAL, D. (1996). "Constructing a sexual self: Adolescents' sexual self-perceptions and sexual risk-taking". *Journal of Research on Adolescence*, 6, págs. 489-513.
- CARBALLO-DIÉGUEZ, A. (1997). "Sexual research with Latino men who have sex with men". En J. BANCROFT (Ed.), *Researching sexual behavior: Methodological issues*, págs. 134-144. Bloomington, Indiana University Press.
- CARDOSO, F. L. y WERNER, D. (2004). "Homosexuality". En C. R. EMBER y M. EMBER (Eds.), *Encyclopedia of sex and gender: Men and women in the world's cultures*, vol. 1, págs. 204-215. Nueva York, Kluwer Academic/Plenum.
- CARPENTER, L. M. (2001). "The ambiguity of 'having sex': The subjective experience of virginity loss in the United States". *Journal of Sex Research*, 38, págs. 127-139.
- CARRIER, J. (1995). *De los otros: Intimacy and homosexuality among Mexican men*. Nueva York, Columbia University Press. (Trad. cast.: *De los otros: intimidad y comportamiento homosexual del hombre mexicano*, Madrid, Talasa Ediciones, S.L., 2001.)
- CASS, V. (1979). "Homosexual identity formation: A theoretical model". *Journal of Homosexuality*, págs. 219-235.
- (1983/1984). "Homosexual identity. A concept in need of a definition". *Journal of Homosexuality*, 9, págs. 105-126.
- (1990). "The implications of homosexual identity formation for the Kinsey Model and Scale of Sexual Preference". En D. P. MCWIRTHER, S. A. SANDERS y J. M. REINISCH (Eds.),

- Homosexuality/heterosexuality: Concepts of sexual orientation*, págs. 239-266. Nueva York, Oxford University Press.
- CASS, V. (1996). "Sexual orientation identity formation: A Western phenomenon". En R. P. CABAJ y T. S. STEIN (Eds.), *Textbook of homosexuality and mental health*, págs. 227-251. Washington, DC, American Psychiatric Press.
- CATLIN, R. (2004, 20 de enero). "'The Daily Show' gears up for election". Del *Hartford Courrier* tal como se cita en *Fayetteville Observer* (NC), pág. 3E.
- CHAMPAGNE, C. (2001, agosto). "On the road". *Out*, pág. 30.
- (2003, 4 de septiembre). "Gaywatch: The dish from James of 'Boy Meets Boy'". Consultado en www.planetout.com/entertainment/news/splash.
- CHAN, C. S. (1989). "Issues of identity development among Asian-American lesbians and gay men". *Journal of Counseling and Development*, 68, págs. 16-20.
- (1995). "Issues of sexual identity in an ethnic minority: The case of Chinese American lesbians, gay men, and bisexual people". En A. R. D'AUGELLI y C. J. PATERSON (Eds.), *Lesbian, gay, and bisexual identities over the lifespan: Psychological perspectives*, págs. 87-101. Nueva York, Oxford University Press.
- CHAUNCEY, G. (1994). *Gay New York: Gender, urban culture, and the making of the gay male world, 1890-1940*. Nueva York, Basic Books.
- CHIVERS, M. L., RIEGER, G., LATTY, E. y BAILEY, J. M. (2004). "A sex difference in the specificity of sexual arousal". *Psychological Science*, 15, págs. 736-744.
- CHUNG, Y. B. y KATAYAMA, M. (1996). "Assessment of sexual orientation in lesbian/gay/bisexual studies". *Journal of Homosexuality*, 30, págs. 49-62.
- CLARK, L., MARSH, G. W., DAVIS, M., LGOE, J. y STEMBER, M. (1996). "Adolescent health promotion in a low-income, urban environment". *Family Community Health*, 19, págs. 1-13.
- COHEN, A. (2003, noviembre-diciembre). "Eyes on the guys: Gay men's turn on TV". *Gay and Lesbian Review*, 10, pág. 50.
- COHEN, K. M. (1999). *The biology of male sexual orientation: Relationship among homoeroticism, childhood sex-atypical behavior, spatial ability, handedness, and pubertal timing*. Disertación doctoral inédita, University of Detroit Mercy, Detroit.
- (2002). "Relationships among childhood sex-atypical behavior, spatial ability, handedness, and sexual orientation in men". *Archives of Sexual Behavior*, 31, págs. 129-143.
- (2004). "Etiology of homoeroticism". En E. C. PERRIN, M. GOLD, C. RYAN, R. C. SAVIN-WILLIAMS y C. M. SCHORZMAN (Eds.), *Gay and Lesbian Issues in Pediatric Health Care* (Número especial, págs. 355-359). *Current Problems in Pediatric Adolescent Health Care*, 3 (10), págs. 355-358.
- y SAVIN-WILLIAMS, R. C. (1996). "Developmental perspectives on coming out to self and others". En R. C. SAVIN-WILLIAMS y K. M. COHEN (Eds.), *The lives of lesbians, gays, and bisexuals: Children to adults*, págs. 113-151. Forth Worth, TX, Harcourt Brace College Publishing.
- COHLER, B. J. y GALATZER-LEVY, R. M. (2000). *The course of gay and lesbian lives: Social and psychoanalytic perspectives*. Chicago, University of Chicago Press.
- COLEMAN, E. (1981-1982). "Developmental stages of the coming out process". *Journal of Homosexuality*, 7, págs. 31-43.
- (1990). "Toward a synthetic understanding of sexual orientation". En D. P. McWHIRTER, S. A. SANDERS y J. M. REINISCH (Eds.), *Homosexuality/heterosexuality: Concepts of sexual orientation*, págs. 267-276. Nueva York, Oxford University Press.
- COLLARD, J. (2000, enero). "Pet Shop Boys". *Out*, págs. 40-43, 89.
- COLLINS, J. F. (2000). "Biracial-bisexual individuals: Identity coming of age". *International Journal of Sexuality and Gender Studies*, 5, págs. 221-253.
- COPAS, A. J., WELLINGS, K., ERENS, B., MERCER, C. H., McNAMUS, S., FENTON, K. A., KOROVESIS, C., MACDOWALL, W., NONCHAHAL, K. y JOHNSON, A. M. (2002). "The accuracy of reported sensitive sexual behavior in Britain: Exploring the extent of change, 1990-2000". *Sexual Transmission and Infection*, 78, págs. 26-30.

- COX, S. y GALLOIS, C. (1996). "Gay and lesbian identity development: A social identity perspective". *Journal of Homosexuality*, 30, págs. 1-30.
- D'AUGELLI, A. R. (1991a). "Gay men in college: Identity process and adaptations". *Journal of College Student Development*, 32, págs. 140-146.
- (1991b). "Teaching lesbian/gay development: From oppression to exceptionality". *Journal of Homosexuality*, 22, págs. 213-227.
- (1998, febrero). "Victimization history and mental health among lesbian, gay and bisexual youths". Trabajo presentado en los encuentros bienales de la *Society for Research on Adolescence*, San Diego, CA.
- y GROSSMAN, A. H. (2001, agosto). "Sexual orientation victimization of lesbian, gay, and bisexual youths". Trabajo presentado en la *American Psychological Association*, San Francisco.
- y HERSHBERGER, S. L. (1993). "Lesbian, gay and bisexual youth in community settings: personal challenges and mental health problems". *American Journal of Community Psychology*, 21, págs. 421-448.
- , HERSHBERGER, S. L. y PILKINGTON, N. W. (2001). "Suicidality patterns and sexual orientation-related factors among lesbian, gay, and bisexual youths". *Suicide and Life-Threatening Behavior*, 31, págs. 250-264.
- D'EMILIO, J. (1983). *Sexual politics, sexual communities: The making of a homosexual minority in the United States, 1940-1970*. Chicago, University of Chicago Press.
- (1999, invierno). "The gaying of America". *Harvard Gay and Lesbian Review*, 6, págs. 48-49.
- (2002). *The world turned: Essays on gay history, politics, and culture*. Durham, NC, Duke University Press.
- y FREEDMAN, E. B. (1988). *Intimate matters: A history of sexuality in America*. Nueva York, Harper & Row.
- DENIZET-LEWIS, B. (2003, 3 de agosto). "Double lives on the down low". *New York Times Magazine*, págs. 28-33, 48, 52-53.
- DENNIS, J. (2002, 4 de diciembre). Consultado en <http://wise.fau.edu/jdennis/gaytv>.
- D'ERASMO, S. (2001, 14 de octubre). "Polymorphous normal: Has sexual identity—gay, straight or bi— outlived its usefulness?" *New York Times Magazine*, págs. 104-107.
- (2004, 11 de enero). "Lesbians on TV: It's not easy being seen". *New York Times*, Arts & Leisure, pág. 1.
- DIAMOND, L. M. (1998). "The development of sexual orientation among adolescent and young adult women". *Developmental Psychology*, 34, págs. 1085-1095.
- (2000a). "Passionate friendships among adolescent sexual-minority women". *Journal of Research on Adolescence*, 10, págs. 191-209.
- (2000b). "Sexual identity, attractions, and behavior among young sexual-minority women over a two-year period". *Developmental Psychology*, 36, págs. 241-250.
- (2003a). "Love matters: Romantic relationships among sexual-minority adolescents". En P. FLORSHEIM (Ed.), *Adolescent romantic relations and sexual behavior: Theory, research and practical implications*, págs. 85-107. Manwah, NJ, Lawrence Erlbaum.
- (2003b). "Was it a phase? Young women's relinquishment of lesbian/bisexual identities over a five-year period". *Journal of Personality and Social Psychology*, 84, págs. 352-364.
- (2003c). "What does sexual orientation orient? A biobehavioral model distinguishing romantic love and sexual desire". *Psychological Review*, 110, págs. 173-192.
- (2006). "What we got wrong about sexual identity development: Unexpected findings from a longitudinal study of young women". En A. OMOTO y H. KURTZMAN (Comps.), *Sexual orientation and mental health: examining identity and development in lesbian, gay, and bisexual people*. Washington, DC, American Psychological Association.

- DIAMOND, L. M. y DUBÉ, E. M. (2002). "Friendship and attachment among heterosexual and sexual-minority youths: Does gender of your friend matter?" *Journal of Youth and Adolescence*, 31, págs. 155-166.
- y LUCAS, S. (2002, abril). "Close relationships and well-being among sexual-minority and heterosexual youths". Trabajo presentado en la *Society for Research on Adolescence*, Nueva Orleans, LA.
- y SAVIN-WILLIAMS, R. C. (2000). "Explaining diversity in the development of same-sex sexuality among young women". *Journal of Social Issues*, 56, págs. 297-313.
- DIAMOND, M. (1993). "Homosexuality and bisexuality in different populations". *Archives of Sexual Behavior*, 22, págs. 291-310.
- DINEEN, T. (1996). *Manufacturing victims: What the psychology industry is doing to people*. Montreal, Robert Davies.
- DIPACIDO, J. (1998). "Minority stress among lesbians, gay men, and bisexuals: A consequence of heterosexism, homophobia, and stigmatization". En G. M. HEREK (Ed.), *Psychological perspectives on lesbian and gay issues: Vol. 4. Stigma and sexual orientation: Understanding prejudice against lesbians, gay men, and bisexuals*, págs. 138-159. Thousand Oaks, CA, Sage.
- DIXIT, J. (2001, 11 de octubre). "To be gay at Yale". *Rolling Stone*. Consultado en www.rollingstone.com/features/college/article.asp?id=7.
- DOBINSON, C. (1999). "Confessions of an identity junkie". *Journal of Gay, Lesbian, and Bisexual Identity*, 4, págs. 265-269.
- DOLL, L. S., PETERSEN, L. R., WHITE, C. R., JOHNSON, E. S., WARDSS, J. W. y BLOOD DONOR STUDY GROUP (1992). "Homosexuality and nonhomosexually identified men who have sex with men: A behavioral comparison". *Journal of Sex Research*, 29, págs. 1-14.
- DOWD, M. (2003, 3 de agosto). "Butch, butch Bush!". *New York Times*, pág. 11.
- DUBÉ, E. M. (2000). "The role of sexual behavior in the identification process of gay and bisexual males". *Journal of Sex Research*, 37, págs. 123-132.
- y SAVIN-WILLIAMS, R. C. (1999). "Sexual identity development among ethnic sexual-minority male youths". *Developmental Psychology*, 35, págs. 1389-1399.
- , SAVIN-WILLIAMS, R. C. y DIAMOND, L. M. (2001). "Intimacy development, gender, and ethnicity among sexual-minority youths". En A. R. D'AUGELLI y C. J. PATERSON (Eds.), *Lesbian, gay, and bisexual identities and youths: Psychological perspectives*, págs. 129-152. Nueva York, Oxford University Press.
- DUBERMAN, M. (2004, enero-febrero). "The unmaking of a movement". *Gay and Lesbian Review*, 11, págs. 22-23.
- DUKOWITZ, G. (2003, 4 de febrero). "Virtually gay". *The Advocate*, pág. 21.
- DURALDE, A. (2002a, 29 de octubre). "A man's man". *The Advocate*, págs. 44-48.
- (2002b, 29 de octubre). "Belle toujours". *The Advocate*, págs. 53-54.
- DURANT, R. H., KROWCHUK, D. P. y SINAI, S. H. (1998). "Victimization, use of violence, and drug use at school among male adolescents who engage in same-sex sexual behavior". *Journal of Pediatrics*, 132, págs. 113-118.
- EDWARDS, W. J. (1996). "Operating within the mainstream: Coping and adjustment among a sample of homosexual youths". *Deviant Behavior: An Interdisciplinary Journal*, 17, págs. 229-251.
- EHRHARDT, A. A. (1996). "Our view of adolescent sexuality: A focus on risk behavior without the developmental context". *American Journal of Public Health*, 86, págs. 1523-1525.
- ELIASON, M. J. (1995). "Accounts of sexual identity formation in heterosexual students". *Sex Roles*, 32, págs. 821-834.
- (1996a). "Identity formation for lesbian, bisexual and gay persons: Beyond a 'minoritizing' view". *Journal of Homosexuality*, 30, págs. 31-58.
- (1996b). "An inclusive model of lesbian identity assumption". *Journal of Gay, Lesbian, and Bisexual Identity*, 1, págs. 3-19.

- ELLIS, H. (1901). *Studies in the psychology of sex: Vol. 2. Sexual inversion*. Filadelfia, F. A. Davis. (Trad. cast.: *Estudio de psicología sexual*, Madrid, Editorial Reus, S.A., 1913.)
- ELLIS, L. (1996a). "Theories of homosexuality". En R. C. SAVIN-WILLIAMS y K. M. COHEN (Eds.), *The lives of lesbians, gays, and bisexuals: Children to adults*, págs. 11-34. Fort Worth, TX, Harcourt Brace College Publishing.
- (1996b). "The role of perinatal factors in determining sexual orientation". En R. C. SAVIN-WILLIAMS y K. M. COHEN (Eds.), *The lives of lesbians, gays, and bisexuals: Children to adults*, págs. 35-70. Fort Worth, TX, Harcourt Brace College Publishing.
- EPSTEIN, J. (2002a, enero). "Sensitive souls". *Out*, págs. 38-44.
- (2002b, mayo). "Boston Public sex". *Out*, págs. 30-32.
- (2004, febrero). "Daytime's newest diva". *Out*, págs. 37-41.
- ERIKSON, E. H. (1968). *Identity: Youth and crisis*. Nueva York, Norton. (Trad. cast.: *Identidad, juventud y crisis*, Madrid, Taurus, 1985, 2.ª ed.)
- ESPIN, O. M. (1987). "Issues of identity in the psychology of Latina lesbians". En Boston Lesbian Psychologies Collective (Ed.), *Lesbian psychologies: Explorations and challenges*, págs. 35-55. Urbana, University of Illinois Press.
- FADERMAN, L. (1977, septiembre). "Emily Dickinson's letters to Sue Gilbert". *Massachusetts Review*, 18, págs. 19-27.
- (1981). *Surpassing the love of men: Romantic friendship and love between women from the Renaissance to the present*. Nueva York, William Morrow.
- (1984). "The 'new gay' lesbians". *Journal of Homosexuality*, 10, págs. 85-95.
- FASSINGER, R. E. y MILLER, B. A. (1996). "Validation of an inclusive model of sexual minority formation on a sample of gay men". *Journal of Homosexuality*, 32, págs. 53-78.
- FAULKNER, A. H. y CRANSTON, K. (1998). "Correlates of same-sex sexual behavior in a random sample of Massachusetts high school students". *American Journal of Public Health*, 88, págs. 262-266.
- FERGUSON, D. M., HORWOOD, L. J. y BEAUTRAIS, A. L. (1999). "Is sexual orientation related to mental health problems and suicidality in young people?" *Archives of General Psychiatry*, 56, págs. 876-880.
- FETTO, J. (2001, junio). "Don't ask, don't tell". *American Demographics*, 23(6), pág. 27.
- FINE, M. (1988). "Sexuality, schooling, and adolescent females: The missing discourse of desire". *Harvard Educational Review*, 58, págs. 29-53.
- FINN, R. (2004, 25 de marzo). "This Queer Eye takes design to the masses". *New York Times*, pág. B2.
- FLOCKER, M. (2003). *The metrosexual guide to style: A handbook for the modern man*. Cambridge, MA, Da Capo Press. (Trad. cast.: *Metrosexual: guía de estilo. Un libro de consulta para el hombre de hoy*, Madrid, Mr Ediciones, 2004.)
- FOUCAULT, M. (1978). *The history of sexuality*. Traducido por Robert HURLEY. Nueva York, Pantheon. [Trad. cast.: *Historia de la sexualidad*, (3 Vols.), Madrid, Siglo XXI (Vol. 1. *La voluntad de saber*, 1987, 5.ª ed. Vol. 2. *El uso de los placeres*, 1987. Vol. 3. *La inquietud de sí*, 1987).]
- FOX, R. C. (1995). "Bisexual identities". En A. R. D'AUGELLI y C. J. PATTERSON (Eds.), *Lesbian, gay, and bisexual identities over lifespan: Psychological perspectives*, págs. 48-86. Nueva York, Oxford University Press.
- FRANKEL, L. B. (2003). *Do heterosexual men have a sexual identity? An exploratory study*. Disertación doctoral inédita, Cornell University, Ithaca, NY.
- FREUD, S. (1905). *Three essays on the theory of sexuality*. Londres, Imago. (Trad. cast.: *Tres ensayos sobre teoría sexual y otros escritos*, Madrid, Alianza Editorial, S.A., 2008, 8.ª ed.)
- FRIEDMAN, M. S., SILVESTRE, A. J., GOLD, M. A., MARKOVIC, N., SAVIN-WILLIAMS, R. C., HUGGINS, J. y SELL, R. L. (2004). "Adolescents define sexual orientation and suggest ways to measure it". *Journal of Adolescence*, 27, págs. 303-317.

- FRIEDRICH, W. N., GRAMBSCH, P., BROUGHTON, D., KUIPER, J. y BEILKE, R. L. (1991). "Normative sexual behavior in children". *Pediatrics*, 88, págs. 456-464.
- GAGNON, J. H. y SIMON, W. (1973). *Sexual conduct: The social sources of human sexuality*. Chicago, Aldine.
- GANGESTAD, S. W., BAILEY, J. M. y MARTIN, N. G. (2000). "Taxometric analyses of sexual orientation and gender identity". *Journal of Personality and Social Psychology*, 78, págs. 1109-1121.
- GARNETS, L. D. y KIMMEL, D. C. (1993). "Introduction: Lesbian and gay male dimensions in the psychological study of human diversity". En L. D. GARNETS y D. C. KIMMEL (Eds.), *Psychological perspectives on lesbian and gay male experiences*, págs. 1-51. Nueva York, Columbia University Press.
- GAROFALO, R., WOLF, R. C., KESSEL, S., PALFREY, J. y DURANT, R. H. (1998). "The Association between health risk behaviors and sexual orientation among a school-based sample of adolescents". *Pediatrics*, 101, págs. 895-902.
- , WOLF, R. C., WISSOW, L. S., WOODS, E. R. y GOODMAN, E. (1999). "Sexual orientation and risk of suicide attempts among a representative sample of youth". *Archives of Pediatric Adolescent Medicine*, 153, págs. 487-493.
- GDULA, S. (2000, 21 de noviembre). "Double the power". *The Advocate*, pág. 80.
- GIDEONSE, T. (2001, diciembre). "Teen target". *Out*, págs. 17-19.
- GOLDEN, C. (1996). "What's in a name? Sexual self-identification among women". En R. C. SAVIN-WILLIAMS y K. M. COHEN (Eds.), *The lives of lesbians, gays, and bisexuals: Children to adults*, págs. 229-249. Fort Worth, TX, Harcourt Brace College Publishing.
- GONSIORREK, J. C. (1995). "Gay male identities: Concepts and issues". En A. R. D'AUGELLI y C. J. PATTERSON (Eds.), *Lesbian, gay, and bisexual identities over the lifespan: Psychological perspectives*, págs. 24-47. Nueva York, Oxford University Press.
- , SELL, R. L. y WEINRICH, J. D. (1995). "Definition and measurement of sexual orientation". *Suicide and Life-Threatening Behavior*, 25 (suplemento), págs. 40-51.
- GOODE, E. y HABER, L. (1977). "Sexual correlates of homosexual experience: An exploratory study of college women". *Journal of Sex Research*, 13, págs. 12-21.
- GOODRIDGE, M. (2003, 1 de abril). "Pre-Stonewall preteen". *The Advocate*, pág. 52.
- GOTTMAN, J. M., LEVENSON, R. W., GROSS, J., FREDERICKSON, B. L., MCCOY, K., ROSENTHAL, L., RUEF, A. y YOSHIMOTO, D. (2003a). "Observing gay, lesbian and heterosexual couples' relationships: Mathematical modeling of conflict interaction". *Journal of Homosexuality*, 45, págs. 23-43.
- , LEVENSON, R. W., SWANSON, C., SWANSON, K., TYSON, R. y YOSHIMOTO, D. (2003b). "Observing gay, lesbian and heterosexual couples' relationships: Mathematical modeling of conflict interaction". *Journal of Homosexuality*, 45, págs. 65-91.
- GREEN, B. C. (1998). "Thinking about students who do not identify as gay, lesbian, or bisexual, but..." *Journal of American College Health*, 47, págs. 89-91.
- GREEN, R. (1987). *The "sissy boy syndrome" and the development of homosexuality*. New Haven, CT, Yale University Press.
- GREENE, B. (1994). "Ethnic-minority lesbians and gay men: Mental health and treatment issues". *Journal of Consulting Clinical Psychology*, 62, págs. 243-251.
- GRELLERT, E. A., NEWCOMB, M. D. y BENTLER, P. M. (1982). "Childhood play activities of male and female homosexuals and heterosexuals". *Archives of Sexual Behavior*, 11, págs. 451-478.
- GRIFFIN, P., LEE, C., WAUGH, J. y BEYER, C. (2004). "Describing roles that gay-straight alliances play in schools: From individual support to school change". *Journal of Gay and Lesbian Issues in Education*, 1, págs. 7-22.
- GROSS, J. J. (2000, agosto). "The queen is dead: Once a gay icon, Judy Garland has become an embarrassment". *Atlantic Monthly*.
- HALE, E. (2003, 3 de mayo). "The most famous athlete in the world (except in the USA)". *USA Today*, págs. 1-2.

- HALL, C. y SIMMONS, K. (2001, 26 de junio). "Talking about sexual orientation". *USA Today*, pág. 8D.
- HALPERN, C. T., UDRY, J. R., CAMPBELL, B. y SUCHINDRAN, C. (1993). "Testosterone and pubertal development as predictors of sexual activity: A panel analysis of adolescent males". *Psychosomatic Medicine*, 55, págs. 436-447.
- HALPERT, S. C. (2002). "Suicidal behavior among gay male youth". *Journal of Gay and Lesbian Psychotherapy*, 6, págs. 53-79.
- HAMILTON COLLEGE y ZOGBY INTERNATIONAL (2001, 28 de agosto). "High school seniors liberal on gay studies". *USA Today*, pág. 8D.
- HANSON, G. y HARTMANN, L. (1996). "Latency development in prehomosexual boys". En R. P. CABAJ y T. S. STEIN (Eds.), *Textbook of homosexuality and mental health*, págs. 253-266. Washington, DC, American Psychiatric Press.
- HARRIS, D. (1997). *The rise and fall of gay culture*. Nueva York, Ballantine Books.
- HATTERSLEY, M. (2004, enero-febrero). "Will success spoil gay culture?" *Gay and Lesbian Review*, 11, págs. 33-34.
- HEALY, P. (2002, 21 de mayo). "College recruiters look to gays but schools see problem in identifying students". *Boston Globe*.
- HEDBLUM, J. H. y HARTMAN, J. J. (1980). "Research on lesbianism: Selected effects of time, geographic location, and data collection technique". *Archives of Sexual Behavior*, 9, págs. 217-234.
- HERDT, G. (1987). *The Sambia: Ritual and gender in New Guinea*. Nueva York, Holt, Reinhart & Winston.
- (Ed.) (1989). *Gay and Lesbian youth*. Nueva York, Harrington Park Press.
- (2001). "Social change, sexual diversity, and tolerance for bisexuality in the United States". En A. R. D'AUGELLI y C. J. PATTERSON (Eds.), *Lesbian, gay, and bisexual identities and youth: Psychological perspectives*, págs. 267-283. Nueva York, Oxford University Press.
- y BOXER, A. M. (1993). *Children of Horizons: How gay and lesbian teens are leading a new way out of the closet*. Boston, Beacon Press.
- y MCCLINTOCK, M. (2000). "The magical age of 10". *Archives of Sexual Behavior*, 29, págs. 587-606.
- , RUSSELL, S., SWEAT, J. y MARZULLO, M. (e. p.). *Sexual inequality, youth empowerment, and the GSA: A community study in California*. San Francisco State University, San Francisco, CA.
- HEREK, G. M. (2004). "Beyond 'homophobia': Thinking about sexual prejudice and stigma in the twenty-first century". *Sexual Research and Social Policy: Journal of NSRC*, 1(2), págs. 6-24.
- HERSHBERGER, S. L. (1998). "Homosexuality". En H. FRIEDMAN (Ed.), *Encyclopaedia of mental health* (Vol. 2), págs. 403-419. San Diego, Academic Press.
- HEWITT, C. (1998). "Homosexual demography: Implications for the spread of AIDS". *Journal of Sex Research*, 35, págs. 390-396.
- HILLIER, L., DEMPSEY, D., HARRISON, L., BEALE, L., MATTHEWS, L. y ROSENTHAL, D. (1998). *Writing themselves in: A national report on the sexuality, health and well-being of same-sex attracted young people*. Colección monográfica 7, Australian Research Centre in Sex, Health and Society, National Centre in HIV Social Research, La Trobe University, Carlton, Australia.
- HIRSCHFELD, M. (2000). *The homosexuality of men and women*. Traducido por M. A. LOMBARDI-NASH, Amherst, NY, Prometheus Books.
- HOCKENBERRY, S. L. y BILLINGHAM, R. E. (1987). "Sexual orientation and boyhood gender conformity: Development of the Boyhood Gender Conformity Scale (BGCS)". *Archives of Sexual Behavior*, 16, págs. 475-492.
- HOLLERAN, A. (2004, enero-febrero). "The day after". *Gay and Lesbian Review*, 11, págs. 12-16.

- HOLMES, S. E. y CAHILL, S. (2004). "School experiences of gay, lesbian, bisexual, and transgender youth". *Journal of Gay and Lesbian Issues in Education*, 1, págs. 53-60.
- HOOKE, E. A. (1957). "The adjustment of the male overt homosexual". *Journal of Projective Techniques*, 21, págs. 17-31.
- HOROWITZ, J. L. y NEWCOMB, M. D. (2001). "A multidimensional approach to homosexual identity". *Journal of Homosexuality*, 42, págs. 1-19.
- HOROWITZ, S. M., WEIS, D. L. y LAFLIN, M. T. (2001). "Differences between sexual orientation behavior groups and social background, quality of life, and health behaviors". *Journals of Sex Research*, 38, págs. 205-218.
- ICARD, L. (1985-1986). "Black gay men and conflicting social identities: Sexual orientation versus racial identity". *Journal of Social Work and Human Sexuality*, 4, págs. 83-93.
- IRVINE, M. (2002, 16 de diciembre). "Two Illinois girls voted high school's 'cutest couple'". *Ithaca Journal*, pág. 9.
- JAMES, A. (1999, otoño). "In search of ordinary Joes". *McGill News*, pág. 52.
- JOHNSON, J. M. (1982). "Influence of assimilation on the psychological adjustment of Black homosexual men". *Dissertation Abstracts International*, 42(11), págs. 4620-B.
- JONES, G. P. (1978). "Counseling gay adolescents". *Counselor Education and Supervision*, 18, págs. 149-152.
- JOURNAL OF GAY AND LESBIAN ISSUES IN EDUCATION (2004). "Gay-straight alliances". Número especial, 1(3).
- JOURNAL OF GAY AND LESBIAN ISSUES IN EDUCATION (2005). "Resiliency", Vol. 2, N.º 3.
- KANNER, M. (2003, julio-agosto). "Can Will & Grace be 'queered'?" *Gay and Lesbian Review*, 10, págs. 34-35.
- KAUTH, M. R. (2002). "Much ado about homosexuality: Assumptions underlying current research on sexual orientation". *Journal of Psychology and Human Sexuality*, 14, págs. 1-22.
- KENNEDY, H. (1988). *The life and works of Karl Heinrich Ulrichs: Pioneer of the modern gay movement*. Boston, Alyson.
- KINSEY, A. C., POMEROY, W. B. y MARTIN, C. E. (1948). *Sexual behavior in the human male*. Philadelphia, W. B. Saunders.
- , POMEROY, W. B., MARTIN, C. E. y GEBHARD, P. H. (1953). *Sexual behavior in the human female*. Philadelphia, W. B. Saunders.
- KITZINGER, C. (1987). *The social construction of lesbianism*. Londres, Sage.
- y WILKINSON, S. (1995). "Transitions from heterosexuality to lesbianism: The discursive production of lesbian identities". *Developmental Psychology*, 31, págs. 95-104.
- KLEIN, F., SEPEKOFF, B. y WOLF, T. J. (1985). "Sexual orientation: A multi-variable dynamic process". *Journal of Homosexuality*, 11, págs. 35-49.
- KNOTH, R., BOYD, K. y SINGER, B. (1988). "Empirical test of sexual selection theory: Predictions of sex differences in onset, intensity, and time course of sexual arousal". *Journal of Sex Research*, 24, págs. 73-89.
- KRAFFT-EBING, R. VON (1925). *Psychopathia sexualis: A medico-forensic study*. Traducido por F. J. REBMAN. Brooklyn, NY, Physicians and Surgeons.
- KRAMER, L. (1997, 27 de mayo). "Sex and sensibility". *The Advocate*, págs. 59, 64-65, 67-70.
- KRAUSS, C. (2003, 31 de agosto). "Now free to marry, Canada's gays say, 'Do I?'" *New York Times*, págs. 1, 14.
- KRYZAN, C. (1997). OutProud/Oasis Internet Survey of Queer and Questioning Youth. Patrocinado por OutProud, The National Coalition for Gay, Lesbian, Bisexual and Transgender Youth and *Oasis Magazine*. Para información, dirigirse a survey@outproud.org.
- (2000). OutProud/Oasis Internet Survey of Queer and Questioning Youth. Patrocinado por OutProud, The National Coalition for Gay, Lesbian, Bisexual and Transgender Youth and *Oasis Magazine*. Para información, dirigirse a survey@outproud.org.

- LAAN, E., SONDERMAN, M. y JANSSEN, E. (1996, junio). "Straight and lesbian women's sexual responses to straight and lesbian erotica: No sexual orientation effects". Trabajo presentado en la conferencia anual de la *International Academy of Sex Research*, Rotterdam, Países Bajos.
- LABARBERA, P. (1994, febrero). "Gay youth suicide: Myth is used to promote homosexual agenda". *Insight*, publicado por el *Family Research Council*; obtenido en www.frc.org/insight/is94b3hs.html.
- LARSSON, I. y SVEDIN, C. G. (2002). "Sexual experiences in childhood: Young adult's recollections". *Archives of Sexual Behavior*, 31, págs. 263-273.
- LAUMANN, E. O., GAGNON, J., MICHAEL, R. T. y MICHAELS, S. (1994). *The social organization of sexuality: Sexual practices in the United States*. Chicago, University of Chicago Press.
- LEBSON, M. (2002). "Suicide among homosexual youth". *Journal of Homosexuality*, 42, págs. 107-117.
- LEVEY, B. (2002, 14 de junio). "Gays at the prom: Less of an issue than ever". *Washington Post*, C11.
- LEVINE, H. (1997). "A further exploration of the lesbian identity development process and its measurement". *Journal of Homosexuality*, 34, págs. 67-68.
- LEVINE, J. (2002). *Harmful to minors: The perils of protecting children from sex*. Minneapolis, University of Minnesota Press.
- LEWIN, T. (2004, 29 de febrero). "The gay rights movement, settled down". *New York Times*, pág. 5.
- LIPPA, R. A. (2000). "Gender-related traits in gay men, lesbian women, and heterosexual men and women: The virtual identity of homosexual-heterosexual diagnosticity and gender diagnosticity". *Journal of Personality*, 68, págs. 899-926.
- LIPSKY, D. (1998, 6 de agosto). "To be young and gay". *Rolling Stone*, págs. 55-65, 80, 82-85.
- LOCK, J. y STEINER, H. (1999a). "Gay, lesbian, and bisexual youth risks for emotional, physical, and social problems: Results from a community based survey". *Journal of the American Academy of Child and Adolescent Psychiatry*, 38, págs. 297-304.
- y STEINER, H. (1996b). "Relationships between sexual orientation and coping styles of gay, lesbian, and bisexual adolescents from a community high school". *Journal of the Gay and Lesbian Medical Association*, 3, págs. 77-82.
- LUTHAR, S. S., CICCETTI, D. y BECKER, B. (2000). "The construct of resilience: A critical evaluation and guidelines for future work". *Child Development*, 71, págs. 543-562.
- LYNCH, L. (2002, 15-17 de febrero). "Questions". *USA Weekend*, pág. 2.
- MACCOBY, E. E. (1998). *The two sexes: Growing up apart, coming together*. Cambridge, MA, Belknap Press of Harvard University Press.
- MALYON, A. K. (1981). "The homosexual adolescent: Developmental issues and social bias". *Child Welfare*, 60, págs. 321-330.
- MANALANSAN, M. F. (1996). "Double minorities: Latino, Black, and Asian men who have sex with men". En R. C. SAVIN-WILLIAMS y K. M. COHEN (Eds.), *The lives of lesbians, gays, and bisexuals: Children to adults*, págs. 393-415. Fort Worth, TX, Harcourt Brace College Publishing.
- MARCIA, J. E. (1966). "Development and validation of ego identity status". *Journal of Personality and Social Psychology*, 3, págs. 551-558.
- (1994). "The empirical sense of ego identity". En H. A. BOSMA, T. L. G. GROAF SMA, H. D. GROTEVANT y D. J. DELEVITA (Eds.), *Identity and development: An interactive approach*, págs. 67-80. Londres, Sage.
- MARECH, R. (2004, 8 de febrero). "Nuances of gay identities reflected in new language: 'Homosexual' is passé in a 'boi's' life". *San Francisco Chronicle*. Consultado en www.sfgate.com/cgi-bin/article.cgi?file.

- MARTIN, A. D. (1982). "Learning to hide. The socialization of the gay adolescent". En S. C. FEINSTEIN, J. G. LOONEY, A. Z. SCHWARTZBERG y A. D. y J. SOROSKY (Eds.), *Adolescent psychiatry: Developmental and clinical studies* (vol. 10), págs. 52-65. Chicago, University of Chicago Press.
- MARTIN, A. D. y HETRICK, E. S. (1988). "The stigmatization of the gay and lesbian adolescent". *Journal of Homosexuality*, 15, págs. 163-183.
- MCCINTOCK, M. K. y HERDT, G. (1996). "Rethinking puberty: The development of sexual attraction". *Current Directions in Psychological Science*, 5, págs. 178-183.
- MCCONAGHY, N. (1999). "Unresolved issues in scientific sexology". *Archives of Sexual Behavior*, 28, págs. 285-318.
- MCCONNELL, J. H. (1994). "Lesbian and gay male identities and paradigms". En S. L. ARCHER (Ed.), *Interventions for adolescent identity development*, págs. 103-118. Thousand Oaks, CA, Sage.
- MCDANIEL, J. S., PURCELL, D. y D'AUGELLI, A. R. (2001). "The relationship between sexual orientation and risk for suicide: Research findings and future directions for research and prevention". *Suicide and Life-Threatening Behavior*, 31 (suplemento), págs. 84-105.
- MCDONALD, G. J. (1982). "Individual differences in the coming out process for gay men: Implications for theoretical models". *Journal of Homosexuality*, 8, págs. 47-60.
- MCWHIRTER, D. P.; SANDERS, S. A. y REINISCH, J. M. (Eds.) (1990). *Homosexuality/heterosexuality: Concepts of sexual orientation*. Nueva York, Oxford University Press.
- MEAD, M. (1970). *Culture and commitment: A study of the generation gap*, Nueva York, Natural History Press. (Trad. cast.: *Cultura y compromiso*, Barcelona, Ediciones Gedisa, S.A., 1980.)
- MEYER, I. H. (2003). "Prejudice, social stress, and mental health in lesbian, gay, and bisexual populations: Conceptual issues and research evidence". *Psychological Bulletin*, 129, págs. 674-697.
- MEYER-BAHLBURG, H. F. L. (1984). "Psychoendocrine research on sexual orientation: Current status and future options". *Progress in Brain Research*, 61, págs. 375-398.
- MILLER, E. M. (2000). "Homosexuality, birth order, and evolution: Toward an equilibrium reproductive economics of homosexuality". *Archives of Sexual Behavior*, 29, págs. 1-34.
- MINTON, H. L. y McDONALD, G. J. (1983-1984). "Homosexual identity formation as a developmental process". *Journal of Homosexuality*, 9, págs. 91-104.
- MINZESHEIMER, B. (2000, 14 de septiembre). "'Listener' tells tales from Maupin's life". *USA Today*, págs. 1D-2D.
- MOHR, J. J. (2002). "Heterosexual identity and the heterosexual therapist: An identity perspective on sexual orientation dynamics in psychotherapy". *Counseling Psychologist*, 30, págs. 532-566.
- MOLLOY, M. y McLAREN, S. (2004). "Suicide? The right decision. The attitudes of heterosexual university students towards the suicide of gay, lesbian and heterosexual peers". *Journal of Gay and Lesbian Issues in Education*, 2, págs. 27-51.
- MORAN, T. (2000, 7 de agosto). "Mary Cheney's gay—so what?" *USA Today*.
- MORRIS, J. F. (1997). "Lesbian coming out as a multidimensional process". *Journal of Homosexuality*, 33, págs. 1-22.
- MUEHLENHARD, C. L. (2000). "Categories and sexuality". *Journal of Sex Research*, 37, págs. 101-107.
- MUEHRER, P. (1995). "Suicide and sexual orientation: A critical summary of recent research and directions for future research". *Suicide and Life-Threatening Behavior*, 25 (suplemento), págs. 72-81.
- MUSTANKI, B. (2003). *Semantic heterogeneity in the definition of "having sex" for homosexuals*. Original propuesto para su publicación.

- MUSTANKI, B. S., CHIVERS, M. L. y BAILEY, J. M. (2002). "A critical review of recent biological research on human sexual orientation". *Annual Review of Sex Research*, 13, págs. 69-140.
- MUSTO, M. (2004, marzo). "Liz Phair". *Out*, pág. 70.
- NEW YORK TIMES (2003, 28 de diciembre). "Year end review of music". Arts & Leisure, pág. 32.
- NYCUM, B. (2000). *The XY survival guide: Everything you need to know about being young and gay*. San Francisco, XY Publishing.
- OKAMI, P., OLMSTEAD, R. y ABRAMSON, P. R. (1997). "Sexual experiences in early childhood: Eighteen-year longitudinal data from the UCLA family lifestyles project". *Journal of Sex Research*, 34, págs. 339-347.
- ORENSTEIN, A. (2001). "Substance use among gay and lesbian adolescents". *Journal of Homosexuality*, 41, págs. 1-15.
- PAPADOPOULOS, N. G., STAMBOULIDES, P. y TRIANTAFILLOU, T. (2000). "The psychosexual development and behavior of university students: A nation-wide survey in Greece". *Journal of Psychology and Human Sexuality*, 11, págs. 93-110.
- PATTATUCCI, A. M. L. y HARMER, D. H. (1995). "Development and familiarity of sexual orientation in females". *Behavior Genetics*, 25, págs. 407-420.
- PEPLAU, L. A. y GARNETS, L. D. (2000). "A new paradigm for understanding women's sexuality". *Journal of Social Issues*, 56, págs. 329-350.
- , GARNETS, L. D., SPALDING, L. R., CONLEY, T. D. y VENIEGAS, R. C. (1998). "A critique of Bem's 'exotic becomes erotic' theory of sexual orientation". *Psychological Review*, 105, págs. 387-394.
- , SPALDING, L. R., CONLEY, T. D. y VENIEGAS, R. C. (1999). "The development of sexual orientation in women". *Annual Review of Sex Research*, 10, págs. 70-99.
- PETERSON, J. y BEDOGNE, M. (Eds.) (2003). *A face in the crowd: Expressions of gay life in America*. Sparks, NV, Prospect Publishing.
- , FOLKMAN, S. y BAKEMAN, R. (1996). "Stress, coping, HIV status, psychosocial resources, and depressive mood in African American, gay, bisexual, and heterosexual men". *American Journal of Community Psychology*, 24, págs. 461-485.
- PHILLIPS, G. y OVER, R. (1992). "Adult sexual orientation in relation to memories of childhood gender conforming and gender nonconforming behaviors". *Archives of Sexual Behavior*, 21, págs. 543-558.
- y OVER, R. (1995). "Differences between heterosexual, bisexual, and lesbian women in recalled childhood experiences". *Archives of Sexual Behavior*, 24, págs. 1-20.
- PLUMMER, K. (1975). *Sexual stigma: An interactionist account*. Boston, Routledge & Keegan Paul.
- PORTER, D. (2001, 7 de diciembre). "Needs assessment survey study". Trabajo presentado en el *GLSEN Research Roundtable*, www.apa.org/ed/hlgb.html.
- RAHMAN, Q. y WILSON, G. D. (2003). "Born gay? The psychology of human sexual orientation". *Personality and Individual Differences*, 34, págs. 1337-1382.
- REGAN, P. C. y BERSCHIED, E. (1995). "Gender differences in beliefs about the causes of male and female sexual desire". *Personal Relationships*, 2, págs. 345-358.
- REMAFEDI, G. (1985). "Adolescent homosexuality: Issues for pediatricians". *Clinical Pediatrics*, 24, págs. 481-485.
- (1987a). "Male homosexuality: The adolescent's perspective". *Pediatrics*, 79, págs. 326-330.
- (1987b). "Adolescent homosexuality: Psychological and medical implications". *Pediatrics*, 79, págs. 331-337.
- (1999a, 6 de octubre). "Sexual orientation and youth suicide". *Journal of the American Medical Association*, 282, págs. 1291-1292.
- (1999b). "Suicide and sexual orientation: Nearing the end of controversy?" *Archives of General Psychiatry*, 56, págs. 885-886.

- REMAFEDI, G., FRENCH, S., STORY, M., RESNICK, M. M. y BLUM, R. (1998). "The relationship between suicide risk and sexual orientation: Results of a population-based study". *American Journal of Public Health*, 88, págs. 57-60.
- , RESNICK, M., BLUM, R. y HARRIS, L. (1992). "Demography of sexual orientation in adolescents". *Pediatrics*, 89, págs. 714-721.
- REUTERS NEWS SERVICE (2001, 14 de marzo). "More Americans having gay sex, study shows". Consultado en www.reuters.com.
- (2003, 27 de mayo). "Bravo to keep gay reality date". Consultado en www.reuters.com.
- RIND, B. (2001). "Gay and bisexual adolescent boys' sexual experiences with men: An empirical examination of psychological correlates in a nonclinical sample". *Archives of Sexual Behavior*, 30, págs. 345-368.
- ROBB, G. (2004). *Strangers: Homosexual love in the nineteenth century*. Nueva York, W. W. Norton.
- RODRÍGUEZ RUST, P. C. R. (2000). *Bisexuality in the United States: A social science reader*. Nueva York, Columbia University Press.
- (2001). "Two many and not enough: The meanings of bisexual identities". *Journal of Bisexuality*, 1, págs. 31-68.
- (2002). "Bisexuality: The state of the union". *Annual Review of Sex Research*, 13, págs. 180-240.
- ROESLER, T. y DEISHER, R. W. (1972, 21 de febrero). "Youthful male homosexuality: Homosexual experience and the process of developing homosexual identity in males aged 16 to 22 years. *JAMA*, 219(8), págs. 1018-1023.
- ROSARIO, M., MEYER-BAHLBURG, H. F. L., HUNTER, J., EXNER, T. M., GWADZ, M. y KELLER, A. M. (1996). "The psychosexual development of urban lesbian, gay, and bisexual youths". *Journal of Sex Research*, 33, págs. 113-126.
- , MEYER-BAHLBURG, H. F. L., HUNTER, J. y GWADZ, M. (1999). "Sexual risk behaviors of gay, lesbian, and bisexual youths in New York City: Prevalence and correlates". *AIDS Education and Prevention*, 11, págs. 476-496.
- ROSE, S. (2000). "Heterosexim and the study of women's romantic and friend relationships". *Journal of Social Issues*, 56, págs. 315-328.
- ROTHBLUM, E. D. (2000). "Sexual orientation and sex in women's lives: Conceptual and methodological issues". *Journal of Social Issues*, 56, págs. 193-204.
- ROTHERAM-BORUS, M. J., HUNTER, J. y ROSARIO, M. (1994). "Suicidal behavior and gay-related stress among gay and bisexual male adolescents". *Journal of Adolescent Research*, 9, págs. 498-508.
- , MEYER-BAHLBURG, H. F. L., KOOPERMAN, C., ROSARIO, M., EXNER, T. M., HENDERSON, R., MATTHIEU, M. y GRUEN, R. S. (1992). "Lifetime sexual behaviors among runaway males and females". *Journal of Sex Research*, 29, págs. 15-29.
- , ROSARIO, M., VAN ROSSEM, R., REID, H. y GILLIS, J. R. (1995). "Prevalence, course, and predictors of multiple problem behaviors among gay and bisexual male adolescents". *Developmental Psychology*, 31, págs. 75-85.
- RUOFF, J. (2001). *An American family: A televised life*. Minneapolis, University of Minnesota Press.
- RUSSELL, G. M., BOHAN, J. S. y LILLY, D. (2000). "Queer youth: Old stories, new stories". En S. L. JONES (Ed.), *A sea of stories: The shaping power of narrative in gay and lesbian cultures*, págs. 69-92. Nueva York, Harrington Park Press.
- RUSSELL, S. T. y JOYNER, K. (2001). "Adolescent sexual orientation and suicide risk: Evidence from a national study". *American Journal of Public Health*, 91, págs. 1276-1281.
- , SEIF, H. y TRUONG, N. L. (2001). "School outcomes of sexual minority youth in the United States: Evidence from a national study". *Journal of Adolescence*, 24, págs. 111-127.
- y TRUONG, N. L. (2002, abril). "Adolescent sexual orientation, ethnicity and school

- achievement". Ponencia presentada al noveno encuentro bienal de la *Society for Research on Adolescence*. Nueva Orleans, LA.
- RUST, P. C. (1992). "The politics of sexual identity: Sexual attraction and behavior among lesbian and bisexual women". *Social Problems*, 39, págs. 366-386.
- (1993). "Coming out in the age of social constructionism: Sexual identity formation among lesbians and bisexual women". *Gender and Society*, 7, págs. 50-77.
- RUTTER, M. (1987). "Psychosocial resilience and protective mechanisms". *American Journal of Orthopsychiatry*, 57, págs. 316-371.
- RYAN, C. (2000, 15 de marzo). *An analysis of the content and gaps in the scientific and professional literature on the health and mental concerns of lesbian, gay and bisexual youth*. Trabajo preparado para el Healthy LGB Students Project de la American Psychological Association.
- SAEWYC, E. M., SKAY, C. L., BEARINGER, L. H., BLUM, R. W. y RESNICK, M. D. (1998). "Demographics of sexual orientation among American Indian adolescents". *American Orthopsychiatric Association*, 68, págs. 590-600.
- SAGHIR, M. T. y ROBBINS, E. (1973). *Male and female homosexuality*. Baltimore, MD, Williams & Wilkins. (Trad. cast.: *Hombres y mujeres homosexuales*, Barcelona, Fontanella, S.A., 1978.)
- SANDERS, S. A. y REINISCH, J. M. (1999). "Would you say you 'had sex' if...?" *Journal of the American Medical Association*, 281, págs. 275-277.
- SANDFORT, T. G. M. (1992). "The argument for adult-child sex: A critical appraisal and new data". En W. O'DONOHUE y J. H. GEER (Eds.), *The sexual abuse of children: Vol. 1, Theory and research*, págs. 38-48. Hillside, NJ, Erlbaum.
- (1997). "Sampling male homosexuality". En J. BANCROFT (Ed.), *Researching sexual behavior: Methodological issues*, págs. 261-275.
- (2003, 19 de julio). "Sexual orientation and gender: Stereotypes and beyond". Discurso presidencial, 29 Encuentro Anual de la International Academy of Sex Research, Bloomington, IN.
- SAVIN-WILLIAMS, R. C. (1990). *Gay and lesbian youth: Expressions of identity*. Washington, DC, Hemisphere.
- (1994). "Verbal and physical abuse as stressors in the lives of sexual minority youth: Associations with school problems, running away, substance abuse, prostitution, and suicide". *Journal of Consulting and Critical Psychology*, 62, págs. 261-269.
- (1995). "An exploratory study of pubertal maturation timing and self-esteem among gay and bisexual male youths". *Developmental Psychology*, 31, págs. 56-64.
- (1996). "Ethnic -and sexual- minority youth". En R. C. SAVIN-WILLIAMS y K. M. COHEN (Eds.), *The lives of lesbians, gays, and bisexuals: Children to adults*, págs. 152-165. Forth Worth, TX, Harcourt Brace College Publishing.
- (1998a). *"... and then I became gay": Young men's stories*. Nueva York, Routledge.
- (1998b). "The disclosure to families of same-sex attractions by lesbian, gay, and bisexual youths". *Journal of Research on Adolescence*, 8, págs. 49-68.
- (1999). "Mathew Shepard's death: A professional awakening". *Applied Developmental Science*, 3, págs. 150-154.
- (2001a). "A critique of research on sexual-minority youth". *Journal of Adolescence*, 24, págs. 15-23.
- (2001b). *"Mom, Dad, I'm gay": How families negotiate coming out*. Washington, FC, American Psychological Association.
- (2001c). "Suicide attempts among sexual-minority youth: Population and measurement issues". *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 69, págs. 983-991.
- (2003). "Are adolescent same-sex romantic relationships on our radar screen?". En P. FLORESHEIM (Ed.), *Adolescent romantic relations and sexual behavior: Theory, research, and practical implications*, págs. 325-336. Mahwah, NJ, Lawrence Erlbaum.

- SAVIN-WILLIAMS, R. C. (2004). "Boy-on-boy sexuality". En N. WAY y J. Y. CHU (Eds.), *Adolescent boys: Exploring diverse cultures of boyhood*. Nueva York, New York University Press.
- (e.p.). "... and then I kissed her": *Young women's stories*.
- y DIAMOND, L. M. (1997). "Sexual orientation as a developmental context for lesbians, gays, and bisexuals: Biological perspectives". En N. L. SEGAL, G. E. WEISFELD y C. C. WEISFELD (Eds.), *Uniting psychology and biology: Integrative perspectives on human development*, págs. 217-238. Washington, DC, American Psychological Association.
- y DIAMOND, L. M. (1999). "Sexual orientation". En W. K. SILVERMAN y T. H. OLLENDICK (Eds.), *Developmental issues in the clinical treatment of children*, págs. 241-258. Boston, Allyn & Bacon.
- y DIAMOND, L. M. (2000). "Sexual identity trajectories among sexual-minority youth: Gender comparisons". *Archives of Sexual Behavior*, 29, págs. 419-440.
- y DIAMOND, L. M. (2004). "Sex". En R. M. LERNER y L. STEINBERG (Eds.), *Handbook of adolescent psychology* (2.^a ed.), págs. 189-231. Nueva York, John Wiley & Sons.
- y REAM, G. L. (2003a). "Sex variations in the disclosure to parents of same-sex attractions". *Journal of Family Psychology*, 17, págs. 429-438.
- y REAM, G. L. (2003b). "Suicide attempts among sexual-minority male youth". *Journal of Clinical Child and Adolescent Psychology*, 32, págs. 509-522.
- y REAM, G. L. (e.p.-a). "Stability and consistency of same-sex romantic attraction, sexual behavior, and sexual orientation identity in adolescence and young adulthood". Cornell University, Ithaca, NY.
- y REAM, G. L. (e.p.-b). "Age of puberty and sexual orientation in an adolescent national probability sample". Cornell University, Ithaca, NY.
- SCALIA, R. (2003, 27 de septiembre). "When roots, sexuality clash". *Montreal Gazette*, págs. E1-E3.
- SCHUEFELE, D. A. (2004, 15 de marzo). "Gay marriage? Not this election". *Ithaca Journal*, pág. 11A.
- SCHNEIDER, M. (1989). "Sappho was a right-on adolescent: Growing up lesbian". *Journal of Homosexuality*, 17, págs. 111-130.
- (2001). "Toward a reconceptualization of the coming-out process for adolescent females". En A. R. D'AUGELLI y C. J. PATTERSON (Eds.), *Lesbian, gay, and bisexual identities and youth: Psychological perspectives*, págs. 71-96. Nueva York, Oxford University Press.
- SCHULMAN, S. (2004, enero-febrero). "What became of 'freedom summer'?" *Gay and Lesbian Review*, 11, págs. 20-21.
- SCHWARZ, N. (1999). "Self-reports: How the questions shape the answers". *American Psychologist*, 54, págs. 93-105.
- SEARS, J. T. (1991). *Growing up gay in the South: Race, gender, and journeys of the spirit*. Nueva York, Harrington Park Press.
- SELL, R. L. (1996). "The Sell Assessment of Sexual Orientation: Background and scoring". *Journal of Gay, Lesbian, and Bisexual Identity*, 1, págs. 295-310.
- (1997). "Defining and measuring sexual orientation: A review". *Archives of Bisexual Behavior*, 26, págs. 643-658.
- , WELLS, J. A. y WYPIJ, D. (1995). "The prevalence of homosexual behavior and attraction in the United States, the United Kingdom, and France: Results of national population-based samples". *Archives of Sexual Behavior*, 24, págs. 235-248.
- SENGUPTA, S. (1999, 6 de noviembre). "By the way, a mayor-elect is gay". *New York Times*, B-5.
- SHAFFER, D., FISHER, P., HICKS, R. H., PARIDES, M. y GOULD, M. (1995). "Sexual orientation in adolescents who commit suicide". *Suicide and Life-Threatening Behavior*, 35 (suplemento), págs. 64-71.
- SHAIKIN, B. (2000, 18 de septiembre). "Coming out to face the team". *Los Angeles Times*. Consultado en newsdesk@channelq.com.

- SHARP, D. (2003, 8 de diciembre). "Cities come out about wooing gays—and their dollars". *USA Today*, pág. 34.
- SHIVELY, M. G. y DECECCO, J. P. (1977). "Components of sexual identity". *Journal of Homosexuality*, 3, págs. 41-48.
- SIGNORILE, M. (1999, 19 de enero). "Ex-gay. Too gay. Postgay. What happened to gay?" *The Advocate*, págs. 71, 73, 75, 77, 81.
- SINGH, D., VIDAURRI, M., ZAMBARANO, R. J. y DABBS, J. M., Jr. (1999). "Lesbian erotic role identification: Behavioral, morphological, and hormonal correlates". *Journal of Personality and Social Psychology*, 76, págs. 1-15.
- SMITH, D. (2001, septiembre). "Assessing the needs of lesbian, gay, and bisexual youth". *Monitor on Psychology*, págs. 42-43.
- SMITH-ROSENBERG, C. (1985). *Disorderly conduct: Visions of gender in Victorian America*. Nueva York, Alfred A. Knopf.
- SOPHIE, J. (1985-1986). "A critical examination of stage theories of lesbian identity development". *Journal of Homosexuality*, 12, págs. 39-51.
- SPENCE, J. T. y HELMREICH, R. L. (1978). *Masculinity and femininity: Their psychological dimensions, correlates, and antecedents*. Austin, University of Texas Press.
- STEINBERG, L. (1995). "Commentary: On developmental pathways and social contexts in adolescence". En L. J. CROCKETT y A. C. CROUTER (Eds.), *Pathways through adolescence: Individual development in relation to social contexts*, págs. 245-253. Mahwah, NJ, Lawrence Erlbaum.
- STORMS, M. D. (1981). "A theory of erotic orientation development". *Psychological Review*, 88, págs. 340-353.
- STUKIN, S. (2002, 19 de marzo). "How the other half laughs". *The Advocate*, págs. 52-53.
- SULLIVAN, H. S. (1953). *The interpersonal theory of psychiatry*. Nueva York, W. W. Norton. (Trad. cast.: *La teoría interpersonal de la psiquiatría*, Buenos Aires, Psique, 1974.)
- SUPPE, F. (1984). "In defense of a multidimensional approach to sexual identity". *Journal of Homosexuality*, 10, págs. 7-14.
- SUTTON, M. J., BROWN, J. D., WILSON, K. M. y KLEIN, J. D. (2002). "Shaking the tree of knowledge for forbidden fruit: Where adolescents learn about sexuality and contraception". En J. D. BROWN, J. R. STEELE y K. WALSH-CHILDERS (Eds.), *Sexual teens, sexual media*, págs. 25-55. Mahwah, NJ, Erlbaum.
- SZALACHA, L. (2001). "The sexual diversity climate of Massachusetts' secondary schools and the success of the Safe Schools Program for gay and lesbian students". Disertación doctoral inédita. Harvard University, Cambridge, MA.
- TANNAHILL, R. (1980). *Sex in history*. Nueva York, Stein and Day.
- TARTAGNI, D. (1978). "Counseling gays in a school setting". *School Counselor*, 26, págs. 26-32.
- TELLJOHANN, S. K. y PRICE, J. H. (1993). "A qualitative examination of adolescent homosexuals' life experiences: Ramifications for secondary school personnel". *Journal of Homosexuality*, 26, págs. 41-56.
- TERMAN, L. M. y MILES, C. C. (1936). *Sex and personality: Studies in masculinity and femininity*. Nueva York, Russell & Russell.
- THOMPSON, S. (1995). *Going all the way: Teenage girls' tales of sex, romance, and pregnancy*. Nueva York, Hill and Wang.
- TOFIÑO, I. (2003, mayo-junio). "Spain and the 'Mediterranean Model'". *Gay and Lesbian Review*, 10, págs. 17-18.
- TOLMAN, D. L. (2002). *Dilemmas of desire: Teenage girls and sexuality*. Cambridge, MA, Harvard University Press.
- y DIAMOND, L. M. (2001). "Desegregating sexuality research: Cultural and biological perspectives on gender and desire". *Annual Review of Sex Research*, 12, págs. 33-74.
- TROIDEN, R. R. (1979). "Becoming homosexual: A model of gay identity acquisition". *Psychiatry*, 42, págs. 362-373.

- TROIDEN, R. R. (1984). "Self, self-concept, identity, and homosexual identity: Constructs in need of definition and differentiation". *Journal of Homosexuality*, 10, págs. 97-109.
- (1989). "The formation of homosexual identities". *Journal of Homosexuality*, 17, págs. 43-73.
- y GOODE, E. (1980). "Variables related to the acquisition of a gay identity". *Journal of Homosexuality*, 5, págs. 383-392.
- UDRY, J. R. y BILLY, J. O. G. (1987). "Initiation of coitus in early adolescence". *American Sociological Review*, 52, págs. 841-855.
- ; TALBERT, L. M. y MORRIS, N. M. (1986). "Biosocial foundations for adolescent female sexuality". *Demography*, 23, págs. 217-230.
- UPCHURCH, D. M. (2002). "Inconsistencies in reporting the occurrence and timing of first intercourse among adolescents". *Journal of Sex Research*, 39, págs. 197-206.
- URIBE, V. y HARBECK, K. M. (1991). "Addressing the needs of lesbian, gay, and bisexual youth: The origins of PROJECT 10 and school-based intervention". *Journal of Homosexuality*, 22, págs. 9-28.
- USA TODAY (25 de agosto de 2003). "More companies adopt gay-friendly policies, report says". Consultado en www.usatoday.com/money/companies.
- WARD, L. M. y RIVADENEYRA, R. (1999). "Contributions of entertainment television to adolescents' sexual attitudes and expectations: The role of viewing amount versus viewer involvement". *Journal of Sex Research*, 36, págs. 237-249.
- WEEKS, K. (1995). "History, desire, and identities". En R. PARKER y J. H. GAGNON (Eds.), *Conceiving sexuality: Approaches to sex research in a postmodern world*, págs. 35-50. Londres, Routledge.
- WEINBERG, M. S., WILLIAMS, C. J. y PRYOR, D. W. (1994). *Dual attractions: Understanding bisexuality*. Nueva York, Oxford University Press.
- WEINBERG, T. S. (1984). "Biology, ideology, and the reification of developmental stages in the study of homosexual identities". *Journal of Homosexuality*, 10, págs. 77-84.
- WHEATCROFT, G. (1999, 30 de agosto). "Scouting for boys: The alternative lifestyle of Lord Baden-Powell, the first Boy Scout". *Slate Culture*.
- WHORISKEY, P. (2003, 2 de enero). "First D.C. baby of '03 has two moms". *Washington Post*, pág. 10.
- WIEDERMAN, M. W. (1999). "Volunteer bias in sexuality research using college student participants". *Journal of Sex Research*, 36, págs. 59-66.
- WILLIAMS, W. L. (1986). *The spirit and the flesh: Sexual diversity in American Indian culture*. Boston, Beacon Press.
- (1996). "Two-spirit persons: Gender nonconformity among Native American and Native Hawaiian youths". En R. C. SAVIN-WILLIAMS y K. M. COHEN (Eds.), *The lives of lesbians, gays, and bisexuals: Children to adults*, págs. 416-435. Fort Worth, TX, Harcourt Brace College Publishing.
- WLOSZCZNA, S. (2004, 17 de marzo). "Affleck manages to laugh at life, love". Gannett News Service, *Ithaca Journal*, pág. 8A.
- WOODEN, W. S., KAWASAKI, H. y MAYEDA, R. (1983). "Lifestyles and identity maintenance among gay Japanese-American males". *Alternative Lifestyles*, 5, págs. 236-243.
- WHORTHINGTON, R. L., SAVOY, H. B., DILLON, F. R. y VERNAGLIA, E. R. (2002). "Heterosexual identity development: A multidimensional model of individual and social identity". *Counseling Psychologist*, 30, págs. 496-531.
- YANG, A. S. (1997). "Attitudes toward homosexuality". *Public Opinion Quarterly*, 61, págs. 477-507.
- ZACHAREK, S. (2003, 3 de agosto). "An earlier Russell Crowe: The loving gay son". *New York Times*, pág. 20.
- ZERNIKE, K. (2003, 24 de agosto). "The new couples next door, gay and straight". *New York Times*, pág. 16.
- ZUCKER, K. J. (Ed.) (2003, octubre). "Número especial". *Archives of Sexual Behavior*, 32(5).

Índice de autores y materias

- “A lo gay”, 16, 21, 83.
Abuso sexual, 56, 104, 120, 132, 145, 159.
Aceptación social/cultural, 24, 27-29, 69, 71, 120, 169, 170, 173.
Acoso, 28, 66, 83, 91, 156, 160, 188.
— . (Véase también: Victimización/violencia).
Actividades/aficiones de la infancia, 97-99, 154.
Activistas gays, 26, 30, 57, 59, 61, 76, 156, 168, 169, 170, 174, 184, 188, 190.
Add health, 65.
Adolescencia corriente, 58-60, 61-62, 80-81, 103, 187-188, 190.
— gay, 15, 52-68, 72, 78.
— — . Invención de la, 55-59.
Adrenarquía, 106-108, 125.
Afeminado, 17, 20, 75, 84, 88-100, 185.
Agentes de servicios sociales, 55-56, 59, 65, 126, 140.
Alianzas Gay-Heterosexuales, 13, 28, 29, 85, 161, 172, 177.
Alienación. (Véase Solitarios.)
Americanos africanos, 62-63, 74-75, 85, 143, 156, 160, 185.
Amigos/amistades, 15, 18, 19-22, 28-29, 32, 34, 40-42, 53, 54, 61, 71, 77, 81-86, 100, 108, 112, 115-116, 133, 120-126, 130-131, 142, 143, 154, 161, 169, 175, 177-180, 182, 184-185, 186, 188.
Amistades apasionadas, 53, 76, 177.
Amor, 13, 23, 32, 40, 43, 51, 53, 77, 81, 88, 103, 115, 123, 141, 180, 183, 185, 186, 188.
— . (Véase también: Flechazos, enamoramientos; relaciones románticas.)
Androginia, 94, 96.
Apoyo. Recibir/dar, 59, 83, 85, 157, 160.
Asexualidad, 103.
Asimilación (mezcla con los grupos dominantes), 25-27, 30, 162, 168, 169-170, 173-175.
Asio-americanos, 74-75, 84-85, 160.
Atracción heterosexual entre homosexuales, 43, 44-45, 48-50, 64, 74, 76, 105-106, 108-109, 114, 117, 150, 182.
— por personas del mismo sexo, 79, 103, 117.
— — — — — . Aparición de la, 104-106.
— — — — — . Contenidos de la, 113-116.
— — — — — . Importancia de la, 116-117.
— — — — — . Inicios de la, 106-113.
Autoestima (autoaceptación), 33, 56, 75, 81, 145-146, 149, 158, 161, 181, 188.
Bailes gays de graduación, 189.
BAILEY, M., 88, 96-97.
Belleza física, 116, 142.
Besarse, 38, 53, 120, 123-124, 127, 130, 182.
Bi-fobia, 150, 152.
Bisexualidad, 20-21, 32, 33-34, 37, 40-41, 43, 45-58, 50, 64, 71, 76, 78, 79, 99,

- 106, 129-130, 133-135, 141, 146-152, 163-164, 172, 177, 179, 183-185.
- Boy Scouts*, 54, 83, 189.
- BRONSKI, M., 26.
- BROWN, L., 73.
- Burlas/ridiculización, 97, 100, 116, 175, 188-189.
- —. (Véase también: Acoso, victimización/violencia.)
- Campaña por los Derechos Humanos, 25.
- Carrera profesional de los gays, 64-81, 82, 83, 95, 96, 143, 153, 154, 161, 170, 173, 175-176.
- CASS, V., 75, 138.
- Categorías de la sexualidad, 11, 13, 19, 37, 40-42, 46, 61, 78, 179-183, 190.
- CHAUNCEY, G., 92.
- Citas, 131, 138.
- Clase social/clasismo, 22, 26, 53, 74, 80, 84-85, 113, 138, 153, 165, 188.
- COHEN, K., 12, 36, 99.
- Cohortes (diferencias generacionales), 13-14, 16-17, 21-24, 36-37, 39, 47-48, 61, 73-75, 78-79, 80, 84, 87, 91, 106, 109-111, 125, 138, 143-144, 147-148, 155, 159, 168, 170, 175, 179-181, 188-191.
- Coito (pene/vaginal), 19, 38-39, 120, 122, 127-130.
- COLEMAN, E., 33, 57, 72.
- Compañero de sexo. Edad del, 132.
- Comunidades/organizaciones gays, 1, 30, 34, 60, 74, 131, 141, 151, 157-158, 181.
- Conducta sexual, 37-40, 44-45, 79.
- —. Frente a identidad sexual, 40-42.
- — — — orientación sexual, 35-38.
- Conservadores políticos/religiosos, 25, 26-28, 110, 170, 176, 181.
- Contextos del desarrollo, 114-115, 120, 143, 165, 184.
- Creatividad, 102, 148, 169, 179, 182.
- Cuestionar la propia sexualidad, 65, 73, 78, 95, 133, 138-142, 148-149, 153-154, 174-175, 178, 179.
- — — —. Del cuestionamiento a la identificación, 141.
- — — —. Motivos para, 138-140.
- Cultura gay, 27, 71, 139, 162, 170.
- D'AUGELLI, T., 66, 83, 108, 123-124, 126, 159.
- D'EMILIO, J., 30, 171.
- Deportes. Práctica de, 85, 89-91, 94, 96-101, 109, 114, 125, 139, 154, 161, 172-173.
- Derechos gays, 13-14, 18, 25, 27, 188.
- Desarrollo espiritual, 19, 48, 53, 81.
- social, 121, 124, 157-158.
- Destaparse (declararse públicamente homosexual), 17, 21, 23, 31, 41-42, 70, 71, 74-76, 86, 101, 117, 160-161, 164, 176, 181.
- DIAMOND, L., 18, 45, 49, 50, 51, 66, 139, 155, 165, 183, 186.
- DIAMOND, M., 44.
- DICKINSON, E., 53.
- Diferencia. Primeros signos de, 87-92.
- Sensación de, 12, 69, 87-102, 105, 112, 116, 136, 169.
- Discriminación, 64, 69, 122, 160, 177.
- Diversidad entre homosexuales, 14, 33, 42, 48, 60-61, 62, 65, 72, 78-80, 84, 89, 99, 101, 146, 155-167, 169, 188, 190.
- Dominios de la sexualidad, 34-36, 42, 46, 48, 64.
- Down low* (sexo no convencional pero discreto), 18, 75, 185.
- Drag queens*, 185.
- Drogas, uso/abuso, 19, 21, 27, 29, 31, 40, 56-57, 81, 125, 145, 156-158, 161, 176, 188.
- Edad mágica de los diez años, 106-108, 109, 140.
- Educadores/organismos educativos, 12, 14, 18, 28, 42, 56, 59, 69, 81.
- Encuestas, 23-24, 172.
- Enfermedad mental, 81, 156, 158-159, 161, 168-169.
- Enfermedades de transmisión sexual, 56-57, 64.
- Entorno (etiología), 35, 110, 125, 156, 159.
- facilitador, 139, 142.
- prenatal, 87, 88.
- ERIKSON, E., 70-71.
- Escuelas, 28, 36, 44-46, 56, 60, 69, 83-85, 114, 151, 156, 158-162, 165, 177, 179, 188-189.
- Especie separada. Homosexuales vistos como, 155.
- Estabilidad de la sexualidad, 34-36, 42, 58, 62, 70, 188.
- Estereotipos de los homosexuales, 12, 25-26, 55, 64, 67, 86, 88, 100-101, 150, 158, 165, 170-171, 181.

- Estigma de ser homosexual, 26, 32, 44, 46, 57, 60, 65, 78, 96, 150, 157, 161, 174.
- Estrés de la minoría, 156.
- Etiquetas/etiquetaje, 12, 13-19, 32, 33, 40-43, 47-48, 61, 63-64, 66, 73, 76-77, 79, 91, 117, 134, 137-138, 140-142, 146-148, 155, 163, 177, 179-180, 183-185, 190.
- —. Incidencia y edad de, 141-146.
- Excitación erótica, 104, 113, 121.
- sexual, 104, 105, 110-111, 113, 116, 120, 138-139, 142, 182.
- Expresión intercultural de la atracción por el mismo sexo, 44-45, 53-54, 60, 65, 114, 122, 142, 151, 184-185.
- FADERMAN, L., 74.
- Familia/miembros de la familia, 16, 25, 56-57, 62, 75, 77, 83, 85, 143, 154, 158-159, 168-169, 173, 175-176, 188.
- Feminidad, 89, 91-94, 96, 98-101, 116, 173, 185.
- Feminismo, 15, 30, 38, 73-74, 152, 155, 156, 166.
- Filosofía, 18, 23, 26, 41.
- Flechazos, enamoramientos, 14, 15, 41, 105, 115-116, 139, 142, 175.
- —. (Véase también: Amor, relaciones románticas.)
- Fluidez, 33, 35, 40, 63, 72, 73-74, 79, 110, 117, 147-149, 151, 155, 179, 182-184.
- Frank, B., 26.
- Gay. Definiendo quién lo es, 31-51.
- Gays. Cantidad de, 42-48.
- destapados/visibles/identificados a una temprana edad, 12, 60, 156, 158.
- GONSIOREK, J., 74.
- GOTTMAN, J., 187.
- Gould, J., 181.
- GREEN, R., 94.
- Grupos de apoyo, 13, 20, 31, 42, 56, 59, 65, 126, 140, 157, 185.
- HERDT, G., 106, 108, 114, 123, 133, 141, 148, 163, 179.
- Hermanos, 77, 130, 169, 175.
- —. (Véase también: Familia/miembros de la familia.)
- Heterosexismo/heterocentrismo, 29, 36, 62, 72-73, 76, 78, 80, 122, 151, 188.
- Heterosexuales. Atracción por el mismo sexo entre, 36-37, 48-50.
- Heterosexualidad (identidad), 77-78, 152-154.
- Herrick-Martin Institute*, 56, 65, 126.
- Hitos evolutivos, 23, 61, 65, 75-77, 78-79, 102, 105, 125, 144-145, 151, 165, 183.
- Homofobia, 19, 25, 55, 67, 72, 74-76, 83, 160, 181-182.
- —. (Véase también: Prejuicio sexual.)
- Homosexualidad como natural/normal, 27, 30, 36, 68, 80, 90-93, 116-117, 118, 153, 156, 165-167-169, 174, 181, 187, 189.
- HOOKE, E., 67.
- Identidad. Estable frente a transitoria, 134-135, 148-150, 151.
- —. Incoherencias de la, 34, 48.
- —. Personal, 53, 70-71, 78, 121.
- /política gay, 17-19, 37, 40, 65, 92, 146-148, 162-163, 170, 174, 177, 180.
- —. Positiva frente a negativa, 70-71.
- sexual, 45-46, 137-154.
- —. Final de la, 1, 2.
- —. Modelos, 14, 69-79, 89, 105, 138, 140-145, 147, 152, 155, 184.
- Identificar la propia sexualidad, antes/después del sexo, 140, 143.
- Indicadores de homosexualidad en la infancia, 50, 87.
- Indios americanos nativos, 37, 53, 74, 92, 148.
- Influencias biológicas en la homosexualidad, 35, 37, 53, 62, 80-83, 85-86, 93, 100, 106, 109-111, 112, 115, 120, 125, 135.
- genéticas, 35, 81-82, 87, 117, 156, 159.
- hormonales, 82.
- Inseguro. Como categoría, 34, 37, 133.
- Inteligencia, 64, 82, 102, 169, 188.
- Internet/ciberespacio, 64-66, 109, 122, 129, 132, 142, 160, 161, 169.
- Intimidación emocional, 81, 84, 113, 115, 124, 133, 165, 178.
- Inversión (sexual/de género), 82, 87, 92-94, 97, 100.
- Juego sexual, 118-120, 123, 130.
- Juventud corriente, 12, 14, 26, 30, 53, 67-69, 154, 186-191.
- en situación de riesgo, 31, 55-57, 61-63, 68, 81, 83, 132, 156, 157, 167, 176, 179, 186.

- KINSEY, A., 32, 44, 54, 104, 107, 113, 118-119, 121, 148.
- KLEIN. Cuadrícula de orientación sexual de, 32.
- KRAMER, L., 170, 174.
- Latinos, 51, 63, 74-75, 85, 93, 144.
- Lesbianas/gays "afeminados", 85, 144, 158.
- "hombrunas", 85, 90, 98, 100-101, 175.
- LEVINE, J., 103.
- Liberales, 28.
- Libido, 61, 86, 103, 175.
- Libros de texto. Jóvenes homosexuales en los, 57, 66.
- Literatura erótica, 111, 120, 140, 182.
- "Lo exótico se convierte en erótico", Teoría de, 100.
- "Lo gay" como concepto definidor, 12, 13-16, 21, 29, 188.
- Log Cabin Republicans*, 18.
- MACCOBY, E., 36.
- MALYON, A., 57.
- Marimacho (niña con gustos y conducta considerados propios de niños), 17, 84, 88, 91, 94, 96-97, 158.
- Masculinidad, 89-90, 91-101, 116, 185.
- Masturbación, 20, 40, 54, 104, 115, 119-120, 130.
- Matrimonio entre personas del mismo sexo, 23, 25-27, 164.
- Maupin, A., 174.
- MEAD, M., 22-23.
- Medios de comunicación. Homosexuales representados en los, 11, 14, 21, 23-24, 26-27, 29, 54, 61, 109-110, 113, 116, 144, 168-169, 170-174, 181-182.
- Metrosexualidad, 13, 15, 23, 173.
- Minoría sexual, 17, 18, 50.
- Modelo de Identidad Sexual de CASS, 71-72.
- Modelos, 109, 177.
- del déficit, 156-159, 162.
- Narrativas modelo, 69, 77.
- —. (Véase también: Identidad sexual: modelos.)
- Negocio/marketing, 25-27.
- Orgasmos, 36, 38, 44, 114, 118, 119, 122, 127, 130, 141.
- Orgullo gay, 16, 62, 71, 161, 172, 189.
- Orientación sexual, 35-38, 46.
- —. Escalas, 32-34.
- OutProud/Oasis*, 65.
- Padres/paternidad, 12, 19-20, 53, 57, 61-62, 64, 69, 70-71, 81, 83, 84, 88-89, 110, 119, 125, 130, 146, 158, 183, 188-189.
- Panorama cultural, 21-27, 29-30, 40, 42, 50, 70-71, 75, 78, 80, 83, 92, 94, 104, 106, 109, 162-163, 166, 169-175, 180, 184-185, 191.
- PEPLAU, A., 93, 114, 155.
- Política (general y gay), 17-19, 21, 23, 26, 30, 41-42, 61, 69, 76, 87, 95, 104, 151-152, 154, 166, 168-171, 180, 190.
- Popularidad, 109, 116, 166.
- "Pos-gay", 13, 30, 170, 174, 180, 190.
- "Pre-gay", 12, 18, 87, 89, 100.
- Prejuicio sexual, 67, 72, 81.
- —. (Véase también: Homofobia.)
- Prensa gay, 34, 162, 167, 177, 189.
- Primeros recuerdos de la sexualidad, 105, 107, 111, 112, 115-116.
- Prostitución/puto-a, 126, 144.
- Psicología positiva (aplicada a personas homosexuales), 1, 52, 62, 69, 71, 79, 138, 145, 155-156, 160, 165-167, 185-190.
- Pubertad, 48, 77, 81, 82, 103, 106-109, 118-120, 123, 125, 140.
- Racismo, 27, 188.
- Raza/etnicidad, 22, 30, 60, 73, 74-75, 78, 80, 84-85, 113, 138, 143, 148-149, 153, 162, 165, 184-185.
- Rechazo o resistencia a la identidad, 14, 19, 30, 61, 153, 168-191.
- Referencias evolutivas, 120, 159-162, 167, 175, 190.
- Relaciones románticas, 14, 15-18, 20-21, 29, 33, 38, 45-48, 53, 61, 63-64, 75, 76-77, 81, 83-84, 111, 114, 117, 122, 131-132, 138, 146, 150-152, 166, 174, 179, 185, 187-188.
- —. (Véase también: Flechazos, enamoramiento, amor.)
- Religión, 12, 18, 20, 25, 35, 38, 61, 83, 115, 121, 153, 176, 184.
- REMAFEDI, G., 54, 57.
- Renunciar a la identidad, 34, 45, 183.

- Resiliencia, 12, 15, 27, 30, 52, 61-62, 63-67, 85, 155-167, 185.
- Revolución sexual, 143.
- ROSARIO, M., 126, 127, 149.
- RUSSELL, S., 65.
- RUST, P. R., 48, 73, 146, 149-151, 155, 163, 166.
- Salud/adaptación, 62, 66-67, 75, 157-161, 166, 175, 176, 186, 189.
- mental, 56-61, 131, 177.
- —. Asesoramiento, 28, 55, 57, 62, 74, 161.
- —. Organizaciones/programas, 60, 159, 167, 190.
- —. (*Véase también*: ATemas y profesionales clínicos, 14, 19, 52, 56, 57, 58, 69, 72, 78, 158-159, 176.
- SANDFORT, T., 35, 43, 60, 93.
- SCHNEIDER, M., 163-164.
- SELL. ESCALA DE, 32-33.
- Sesgos retrospectivos, 61, 91, 98, 99, 111.
- Sexo anal, 19, 39, 40, 51, 93, 120, 122, 127-130, 172.
- atípico. Expresiones de, 42, 50, 53-54, 56, 62, 80, 82-82, 85-86, 88-97, 99-102, 116, 136, 143, 158, 165, 188.
- . Comportamientos específicos, 118-120, 123-130, 182.
- . Contextos del, 130-133.
- . Definiciones de, 37-40.
- . Diferencias de, 44, 47-48, 73-75, 80, 82, 84, 85-85, 88, 91, 92, 93, 96, 100, 104-108, 110-116, 119, 122-128, 131-133, 140-146, 150-151, 163, 165-182, 187.
- . Edad de la primera experiencia, 123-125.
- . Evaluación del, 133.
- informal, 126-127, 130, 131-132.
- . Motivación para el, 121, 130-133.
- oral, 39-51, 120, 126-132, 182.
- . Primera experiencia, 118-136.
- . Que se entiende por, 127-130.
- Sexualidad infantil, 103, 104, 118.
- SHIVELY. Escala de, 32.
- Sida. (*Véase* VIH/SIDA.)
- SIGNORILE, M., 170, 174-175.
- Simposio Nacional sobre Jóvenes Gays y Lesbianas. Primer, 57, 59.
- “Sin etiqueta”, como categoría, 19, 21, 34, 37, 40, 45, 76, 78, 147, 183.
- Socialización, 81-82, 110-111, 118, 134, 166.
- Society for Research on Adolescence*, 59.
- Solitarios, 101-102.
- . (*Véase también*: Alineación.)
- SOPHIE, J., 76.
- Stenwall. Disturbios de, 22.
- Suicidio, tendencia al/guion del, 15, 20, 21, 27, 52-53, 55-56, 59-63, 67-69, 81-82, 83, 156-161, 167, 169, 170, 176, 186, 221-222.
- SULLIVANT, H. S., 36, 54.
- Temas regionales, 60, 80, 145, 162-163, 184.
- Terapia, 13, 56-57, 67.
- reparadora, 35.
- “Tipos” de hombres (ADAM), 163-164.
- TOLMAN, D., 155, 165.
- Transexualidad, 40.
- Transgénero, 89, 147.
- Trayectorias evolutivas, 23, 40, 61, 66, 79-86, 163, 165, 178.
- — diferenciales, 14, 79-86, 100, 121, 132, 155, 170.
- Tribunal Supremo de EE.UU., 25-26.
- TROIDEN, R., 72-73, 90, 138-139.
- Urbano/rural. Diferencia, 109, 113, 165.
- Victimización/violencia, 28, 56, 64, 66, 69, 83, 85, 145-146, 156, 158, 161, 172, 185, 186, 190.
- — . (*Véase también*: Acoso.)
- VIH/SIDA, 27, 38, 57, 63, 126, 158, 180, 189.
- Virginidad, 18, 34, 38, 39-40, 64, 121.
- WILLIAMS, W, m92.
- YoungGayAmerica*, 161.

Otras obras de Ediciones Morata de interés

- Abdelilah-Bauer, B.: *El desafío del bilingüismo*, 2007.
- Bale, J.: *Didáctica de la geografía en la escuela primaria*, (3.ª ed.), 1999.
- Bergeron, M.: *El desarrollo psicológico del niño*, (4.ª ed.), 2000.
- Bruner, J.: *Enseñanza de la comprensión lectora*, (6.ª ed.), 2008.
- Cairney, T. H.: *Psicología de la adolescencia*, (4.ª ed.), 2005.
- Clemente Linuesa, M.: *Lectura y cultura escrita*, 2004.
- Dadzie, S.: *Herramientas contra el racismo en las aulas*, 2004.
- Delval, J.: *Aprender en la vida y en la escuela*, (3.ª ed.), 2006.
- — — *Hacia una escuela ciudadana*, 2006.
- Dewey, J.: *Democracia y educación*, (6.ª ed.), 2004.
- Donaldson, M.: *La mente de los niños*, (5.ª ed.), 2003.
- Dowling, E. y Gorell Barnes, G.: *Cómo ayudar a la familia durante la separación y el divorcio*, 2008.
- Dunn, J.: *Las relaciones entre hermanos*, 1986.
- Egan, K.: *Fantasia e imaginación, su poder en la enseñanza*, (3.ª ed.), 2008.
- Fernández Enguita, M.: *Educación en tiempos inciertos*, (2.ª ed.), 2006.
- Gardner, H.; Feldman, D. H. y Krechevsky, M. (Comps.): *El Proyecto Spectrum* (3 vols.), (2.ª ed.), 2008.
- Gillham, B. y Plunkett, K.: *Desarrollo infantil*, 1985.
- Gimeno Sacristán, J.: *El alumno como invención*, 2003.
- — — *Educación por competencias, ¿qué hay de nuevo?*, 2008.
- — — *El valor del tiempo en educación*, 2008.
- — — y Pérez Gómez, A. I.: *Comprender y transformar la enseñanza*, (12.ª ed.), 2008.
- Graves, D. H.: *Didáctica de la escritura*, (3.ª ed.), 2002.
- Gross, J.: *Necesidades educativas especiales en educación primaria*, 2004.
- Hargreaves, A.: *Profesorado, cultura y postmodernidad*, (5.ª ed.), 2005.
- — — *El liderazgo sostenible*, 2008.
- Harlen, W.: *Enseñanza y aprendizaje de las ciencias*, (6.ª ed.), 2007.
- Hegarty, S.: *Aprender juntos: La integración escolar*, (4.ª ed.), 2004.
- Jackson, Ph. W.: *La vida en las aulas*, (6.ª ed.), 2001.
- Kincheloe, J.; Steinberg, Sh. y Villaverde, L. (Comps.): *Repensar la inteligencia*, 2004.
- Kempe, R. S. y C. H.: *Niños maltratados*, (5.ª ed.), 1998.
- Olweus, D.: *Conductas de acoso y amenaza entre escolares*, (3.ª ed.), 2006.
- Osterrieth, P. A.: *Psicología infantil*, (15.ª ed.), 1999.
- Parke, R. D.: *El papel del padre*, (3.ª ed.), 1998.
- Peacock, A.: *Alfabetización ecológica en educación primaria*, 2006.
- Pérez Gómez, A. I.: *La cultura escolar en la sociedad neoliberal*, (4.ª ed.), 2004.
- Perrenoud, Ph.: *La construcción del éxito y del fracaso escolar*, (3.ª ed.), 2001.
- Piaget, J.: *Psicología del niño*, (17.ª ed.), 2007.
- — — *La representación del mundo en el niño*, (9.ª ed.), 2001.
- Pozo, J. I.: *Adquisición de conocimiento*, (2.ª ed.), 2006.
- — — *Teorías cognitivas del aprendizaje*, (9.ª ed.), 2006.
- — — y Gómez Crespo, M. A.: *Aprender y enseñar ciencia*, (6.ª ed.), 2009.
- Santos Guerra, M. A.: *La escuela que aprende*, (4.ª ed.), 2006.
- Suárez-Orozco, C. y M. M.: *La infancia de la inmigración*, 2003.
- Suckling, A. y Temple, C.: *Herramientas contra el acoso escolar*, 2006.
- Thornton, S.: *La resolución infantil de problemas*, (2.ª ed.), 2000.
- Torres, J.: *Globalización e interdisciplinariedad*, (5.ª ed.), 2006.
- — — *El currículum oculto*, (8.ª ed.), 2005.
- — — *Educación en tiempos de neoliberalismo*, (2.ª ed.), 2007.
- — — *Desmotivación del profesorado*, 2007.
- Willis, A. y Aicciuti, H.: *Orientaciones para la escuela infantil de cero a dos años*, (3.ª ed.), 2000.
- Wray, O. y Lewis, M.: *Aprender a leer y escribir textos de información*, 2000.
- Wrigley, T.: *Escuelas para la esperanza*, 2007.

Este libro ofrece un original y profundo examen sobre la nueva adolescencia homosexual, basado en numerosas investigaciones, contextualizándolas históricamente y tomando en consideración los discursos sociopolíticos dominantes acerca de las relaciones gays, lesbianas y bisexuales.

RITCH C. SAVIN-WILLIAMS, apoyado en un importante cuerpo de datos cuantitativos y cualitativos, recoge con realismo y rigor la opinión de jóvenes que hablan sobre sí mismos. La tesis que sostiene es que la juventud actual está rompiendo las limitaciones de las identidades gays, lesbianas y bisexuales. Revisa de un modo minucioso los hechos y datos referidos al sentimiento de ser diferentes, a las atracciones de personas del mismo sexo, a la primera relación sexual y a las identidades sexuales. Insiste en que las experiencias vividas por muchos adolescentes no se traducen en inequívocas identidades gays, lesbianas, bisexuales o heterosexuales; ni ellos se perciben a sí mismos como *queer*. A diferencia de lo que piensan un buen número de investigadores de las ciencias sociales, los adolescentes no están especialmente interesados en categorizar cuidadosamente su orientación sexual.

Se discute la imagen que muchos profesionales de la salud mental nos presentan acerca del colectivo adolescente de gays y lesbianas, en especial cuando aparecen como drogodependientes, personas aisladas, con tendencias suicidas, con estrés y otras patologías. SAVIN-WILLIAMS va más allá y se pregunta por qué se ha llegado a esas conclusiones.

Las nuevas generaciones tienen ideas cada vez más abiertas sobre la sexualidad, probablemente esto creará enormes cambios culturales en las próximas décadas. Pero existe una brecha entre lo que se está consiguiendo en el mundo real de la juventud de hoy y lo que conocen y asumen diversos profesionales de la investigación, de la salud física y mental, el profesorado, los dirigentes religiosos, personalidades de la política, responsables de diferentes servicios, y padres y madres.

La lectura de esta obra será muy provechosa para las personas y los especialistas relacionados con la juventud y, como subraya el autor, también para los propios adolescentes.

* Este libro fue premiado en el año 2005 por la *American Psychological Association*.

RITCH C. SAVIN-WILLIAMS es Catedrático de psicología clínica y del desarrollo, y Director del Departamento de Desarrollo Humano de la Universidad de Cornell, EEUU.



Temas: Feminismo
Psicología
Adolescencia
Personalidad
Sexualidad
Familia
Sociología



Morata



La Fundación PAIDEIA GALIZA se constituye en julio del año 2001, fusionándose y absorbiendo en enero de 2002 a la Fundación PAIDEIA, fundada en 1986, a la que da continuidad. Se conservan los fines fundacionales de PAIDEIA, ampliándolos en el deseo de adecuarse a las nuevas dinámicas del entorno gallego, escenario institucional donde desarrolla sus acciones.